

Historia
M·Í·N·I·M·A
de

Corea



JOSÉ LUIS LEÓN MANRÍQUEZ

Coordinador

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MÍNIMA
DE COREA

HISTORIA MÍNIMA DE COREA

José Luis León Manríquez
(coordinador)



EL COLEGIO DE MÉXICO

951.9
H67325

Historia mínima de Corea / José Luis León Manríquez, coordinador — 1a. ed. — México, D.F. : El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, 2010.
263 p. ; 21 cm.

Incluye bibliografía: p. 233-
ISBN 978-607-462-061-0

1. Corea — Historia. I. León Manríquez, José Luis, coord.

Primera edición, 2010

D.R. © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-061-0

Impreso en México

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
<i>José Luis León Manríquez</i>	
La Península Coreana: un laboratorio de las ciencias sociales	12
Organización del presente libro	16
I. DESDE LOS ORÍGENES HASTA FINES DEL SIGLO XIV D.C.	23
<i>Silvia Seligson</i>	
Introducción	23
Épocas prehistórica y protohistórica	27
El Mito de Tangun	33
Edad de Hierro (aprox. 300 a.C.-fines del siglo III d.C.)	35
Periodo de formación de los Estados tempranos y gestación de los Tres Reinos	35
a) Estados tempranos o incipientes en el Norte	37
b) Estados tempranos en el Sur	39
Periodo de los Tres Reinos y del Reino Unificado de Shilla	42
Desarrollo cultural de los Tres Reinos	44
Reino Unificado de Shilla (668-935)	47
Desarrollo cultural	50
El declive y la caída de Shilla	53
La Dinastía Koryo (918-1392)	55
Desarrollo cultural	58
Koryo Tardío (1196-1392)	62
Conclusiones	66

II. DE CHOSON A CHOSEN: UNIÓN Y FRACTURA	
DE LA NACIÓN COREANA	69
<i>Alfredo Romero Castilla</i>	
Introducción	69
El clan Yi	71
El confucianismo coreano	75
Estructura de clases y relaciones de poder	77
Invasiones externas y decadencia del sistema dinástico	81
El ocaso de la Dinastía Choson y la pérdida de la independencia	90
Dominación colonial y el quebranto de la nación	102
Conclusiones	115
III. EL ROMPECABEZAS COREANO DE LA POSGUERRA:	
LEGADO COLONIAL, LIBERACIÓN, DIVISIÓN Y GUERRA (1945-1953)	117
<i>Juan Felipe López Aymes, Alfredo Romero Castilla, Alejandro Escalona Agüero y José Luis León Manríquez</i>	
Introducción	117
El legado colonial	118
Liberación y división	122
La guerra de Corea (1950-1953)	135
Conclusiones	144
IV. COREA DEL SUR	147
<i>José Luis León Manríquez y Juan Felipe López Aymes</i>	
Introducción	147
Primer intento de reconstrucción nacional (1953-1961)	149
El régimen de Park Chung-Hee: reestructuración estatal, transformación económica y autoritarismo (1961-1979)	152

De la liberalización económica al inicio de la transición política (1980-1996)	162
Democracia, crisis económica y problemas en el Estado desarrollista (1997-2002)	172
Corea del Sur en la actualidad. Recuperación y consolidación de las reformas política y económica (2003-)	181
Conclusiones	188
 V. COREA DEL NORTE	 191
<i>Alejandro Escalona Agüero</i>	
Introducción	191
La RPDC: un baluarte ideológico durante la era Kim Il Sung	193
La consolidación de Kim Il-Sung como máximo líder de un peculiar modelo socialista (1953-1980)	196
El recrudescimiento de la crisis norcoreana (1990-1994)	201
Kim Jong-Il: El sucesor designado (1994-)	202
Nuevos aires en las relaciones intercoreanas	209
Los retos actuales para la RPDC	218
Conclusiones	229
 BIBLIOGRAFÍA GENERAL	 233
 COLABORADORES	 247
 ÍNDICE ANALÍTICO	 251

INTRODUCCIÓN

JOSÉ LUIS LEÓN MANRÍQUEZ

INICIO ESTA INTRODUCCIÓN LLAMANDO la atención sobre una paradoja que ocurre al menos en el mundo de habla hispana: la renovada importancia de Asia del Pacífico en términos de la economía y la geopolítica mundiales tiende a encontrar su principal expresión en las breves notas de las agencias noticiosas internacionales, o bien en las opiniones de una “comentocracia” con dudosas credenciales para abordar consistentemente estos temas. En otras palabras, el reciente interés por Asia del Pacífico no siempre se ha hecho acompañar por estudios que permitan entender, a quienes se acercan por vez primera a estos temas, la fascinante complejidad histórica de civilizaciones milenarias. Si bien existe una masa importante de obras sobre distintos aspectos históricos, culturales y contemporáneos de China, Japón y Corea, son pocas las obras que ubican los desarrollos del presente en el marco de un denso y dilatado contexto histórico.

Precisamente, la elaboración de una serie de historias mínimas de distintos países asiáticos, promovida por el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México, tiene como objetivo central la publicación de textos que, no obstante su brevedad, ofrezcan al lector una visión panorámica de la evolución histórica de dichos países. Los siguientes párrafos buscan brindar al lector una serie de elementos que justificarían la publicación de un volumen dedicado en exclusiva a la historia

de la Península Coreana. En ellos también se adelanta una descripción más o menos detallada de cada uno de los capítulos que conforman la presente obra.

LA PENÍNSULA COREANA:
UN LABORATORIO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

¿Por qué dedicar un volumen de esta naturaleza al pasado y presente de Corea? La Península Coreana comprende un territorio relativamente pequeño y quizá para algunos no lo suficientemente extenso como para dedicar mucha atención a su estudio. Sólo por compararla con algunos países de América Latina, Europa y Asia Pacífico, la extensión territorial combinada de las dos Coreas es de 220 000 km². Si bien esta superficie es casi la misma de Gran Bretaña, sólo representa 1/45 de Estados Unidos, 1/43 de China, 1/38 de Brasil, 1/9 de México y un poco menos de la mitad de Japón.

Es claro, pues, que la breve extensión territorial de Corea no es un factor que haga menos interesante su estudio. Incluso, la importancia regional y mundial de la Península de Corea parecería inversamente proporcional a su superficie. Siendo esto así, habría que buscar en otra parte las causas del interés contemporáneo por las dos Coreas. Para abreviar una discusión más larga, propongo explorar la hipótesis de que el principal motivo de interés en esta zona geográfica es que constituye un óptimo laboratorio para la historia y las ciencias sociales. Pienso específicamente en la historia, la economía, la ciencia política y las relaciones internacionales, cuya expresión coreana habrá de discutirse brevemente antes de abundar en las tesis y características de los distintos capítulos que componen el presente libro.

Como en el caso de los otros países del noreste asiático, la *historia* coreana es añeja, pues se remonta a por lo menos 5 000 años. Más allá de mitos tan célebres y debatidos como el de

Tangun, la formación cultural y política coreana tiene su origen en diversas inmigraciones provenientes de Siberia, Manchuria y Mongolia. A partir de estos asentamientos humanos, Corea —bajo sus diversas y sucesivas denominaciones— se fue conformando como una entidad con características propias, que desde temprano la diferenciaron de China y Japón. Corea compartió con esos países trayectorias de estabilidad política plasmadas en longevas dinastías. Pero, en consonancia con China y en abierto contraste con Japón, esa estabilidad se vería truncada por la presencia de fuerzas coloniales en el ocaso del siglo XIX y el amanecer del XX. Pese a los traumas que toda ocupación extranjera conlleva, la perspectiva de la historia como un proceso de largo alcance llevaría a ver el dominio extranjero sobre China y Corea como un simple interregno que se presenta en el cauce de lo que Fernand Braudel llamó “tiempo largo”.

Aunque estrechamente vinculada con la historia, la *religión* merece una mención por separado. Dificilmente puede suscribirse la afirmación de que la cultura significa por necesidad el estudio de las creencias. Aun así, las distintas *ideas religiosas* que a lo largo del tiempo se han hecho presentes en la Península Coreana ofrecen un fascinante motivo de análisis. Conviven ahí un milenarismo e idiosincrático chamanismo, que aún captura una importante franja del imaginario popular; un budismo de considerable popularidad a partir de su introducción a fines del siglo IV d.C. por monjes chinos; una disciplina confuciana acrecentada por el antiguo estatus de Corea como Estado tributario —en lo político, pero también en lo cultural— de China, y un cristianismo que, propagado por misioneros católicos desde fines del siglo XVIII y por misioneros protestantes en las postrimerías del siglo XIX, creció de forma sostenida hasta convocar hoy la fe de una tercera parte de la población en Corea del Sur. Incluso el marxismo, al que Jacques Attali ha denominado “la última religión de los nuevos siglos”, se ha asentado en el norte de la península, si bien en una peculiar versión sincrética que

fluctúa entre la parafernalia estalinista y los simbolismos de la autoridad confuciana.

En cuanto a la *economía*, la Península Coreana contemporánea ofrece abundantes evidencias para realizar estudios de la génesis, evolución y resultados de los distintos modelos económicos y estrategias de desarrollo instrumentados por naciones que, por diversas vías, procuran el desarrollo económico. En efecto, las dos entidades en que Corea quedó segmentada desde 1945 establecieron sistemas económicos radicalmente distintos. Si bien ambas secciones de la península tuvieron como punto de partida un proceso de industrialización tardía, iniciado en la primera mitad del siglo xx, los derroteros que habrían de seguir resultarían muy distintos, por no decir que francamente antagónicos.

El Norte buscó emular los éxitos iniciales de la Unión Soviética y la China maoísta, mediante el establecimiento de una rígida planificación central, sustentada a su vez en la denominada idea *Juche*. La implantación de esa estrategia resultaría muy favorable en los años sesenta y setenta del siglo xx, cuando no pocos economistas y líderes políticos en el mundo subrayaban la superioridad norcoreana sobre el modelo económico del Sur. A la vuelta de los años, sin embargo, el sueño se volvió pesadilla: al promediar la década de los noventa, los cuellos de botella en el agro convergieron con la escasa eficiencia de los proyectos industriales, con el excesivo énfasis en el fortalecimiento del sector militar y con el colapso de la ayuda de Moscú a Pyongyang. A finales de esa década, Norcorea había experimentado una hambruna que evidenció la necesidad de emprender reformas estructurales *à la* Beijing. La dirigencia norcoreana ha buscado realizar los cambios económicos a cuentagotas para evitar cualquier riesgo a su hegemonía política.

Corea del Sur, por su parte, inició su proceso de desarrollo con una política de sustitución de importaciones que arrojaría escasos frutos en los años cincuenta. A partir de 1961, el

gobierno de Park Chung-Hee comenzó a instrumentar un modelo que creativamente entrelazaba elementos de una estrategia de sustitución de importaciones con incentivos (como el control del crédito por parte del Estado) que permitieron iniciar un vertiginoso despegue económico. En los años setenta el crecimiento se apoyaría en un proceso de industrialización química y pesada que transformó de manera definitiva la faz de la economía surcoreana y permitió al país consolidarse como una de las principales economías en el mundo. Sin embargo, esa experiencia concluyó en una crisis de gran escala en el ámbito económico, político y social al final de la década. La crisis fue seguida, durante los ochenta, por un proceso de apertura económica, y más tarde política. Lo notable e interesante del caso de Corea del Sur es que aun con la transformación en ese periodo y la crisis financiera de 1997, el desempeño económico y la democratización alcanzaron niveles impensables cuarenta años atrás.

Desde la *perspectiva política*, la Península de Corea también ofrece una interesante diversidad empírica que permite poner a prueba el alcance de diferentes teorías. En efecto, el devenir político de la Corea previa al siglo XX puede arrojar luz en torno a los orígenes, evolución y extinción de sistemas monárquicos que prolongaron su dominio en Asia durante cientos de años. Igualmente permite estudiar, en una perspectiva comparada, los vicios y virtudes de la colonización japonesa *vis à vis* experiencias coloniales instrumentadas por las potencias europeas en África, América Latina y la propia Asia. En un plano más reciente, el caso de Corea del Norte constituye un medio de contraste entre los supuestos ideológicos que invocan las “democracias populares”, frente a una praxis centrada en el culto a la personalidad y la omnipresencia del partido de Estado. Corea del Sur, por su parte, presenta elementos para el contraste empírico de las teorías del autoritarismo burocrático y su aplicabilidad en el contexto asiático; de las relaciones entre formas de régimen y

crecimiento económico; de las transiciones hacia sistemas pluralistas, y de los retos de la gobernabilidad democrática.

Por último, pero de gran importancia, el proceso de nuclearización/desnuclearización de la Península Coreana ofrece una significativa muestra de la *importancia geopolítica* de esa entidad. La ubicación geográfica de Corea, una pequeña franja de tierra situada entre China y Japón justificó, desde hace siglos, que se le considerase como “un camarón entre las ballenas”. Como lo demuestran los distintos trabajos incluidos en este volumen, esta situación –ventajosa o desventajosa, según la perspectiva y el periodo histórico que se utilicen– ha permanecido sustancialmente intacta a lo largo de las últimas décadas. Es la variable geopolítica la que explicaría procesos como la consolidación de Corea como estado tributario de China a partir de la confluencia de las dinastías Ming en China (1368-1644) y Choson en Corea (1392-1910); la colonización japonesa de la Península en la primera mitad del siglo XX; la partición de la nación coreana en 1945-1948, y la sangrienta guerra entre el Norte y el Sur en 1950-1953. En la actualidad, la relevancia estratégica de Corea puede constatararse a la luz de un hecho ilustrativo: los territorios de grandes potencias mundiales como China, Estados Unidos (Alaska), Japón y Rusia están presentes si se traza un círculo imaginario de 1 500 kilómetros alrededor del Paralelo 38.

Organización del presente libro

Con lo anterior se espera haber convencido al lector de la importancia intrínseca del estudio histórico y actual de Corea. El libro que presentamos está dividido en cinco secciones, cuyo principal eje ordenador es cronológico. Se observará que la extensión de cada capítulo no necesariamente guarda una relación directa con la duración de los periodos históricos que se analizan; esto es porque, como en cualquier obra de este tipo,

el carácter sintético del libro demanda que largos periodos de tiempo deban comprimirse en unas cuantas cuartillas. Asimismo, el énfasis de las distintas secciones del libro es cambiante: mientras los dos capítulos iniciales tienden a hacer mayor énfasis en aspectos arqueológicos, culturales y religiosos, los dos últimos se concentran más en cuestiones políticas, económicas y de seguridad. En los siguientes párrafos se resume el contenido de cada uno de los artículos de la obra.

En el primer capítulo, Silvia Seligson articula una historia cultural de Corea, desde sus orígenes en la Era Paleolítica hasta finales del siglo XIV d.C. En la parte inicial de su colaboración, la autora realiza un detallado recuento de los diversos grupos étnicos que habitaron la Península Coreana en las eras Prehistórica y Protohistórica; en esta sección describe con detenimiento uno de los mitos fundadores de la nación coreana, amén de analizar las características de diversos vestigios arqueológicos que han permitido reconstruir la historia de ese periodo de formación sociopolítica.

La siguiente fase de la reflexión de Seligson se dedica al estudio de la gestación de los Estados Tempranos a partir del siglo III a.C., y relata el periodo de los Tres Reinos y del Reino Unificado de Shilla, de los siglos IV al X d.C. Las características centrales de esta prolongada etapa son la progresiva formación y centralización de gobiernos dinásticos, la cercanía política y cultural con China, la introducción del budismo y las reformas burocráticas vía la adopción de exámenes de ingreso en el gobierno. Para finalizar sus reflexiones, Seligson estudia el auge y la caída de la Dinastía Koryo, que inició en 918 y concluyó en 1392 d.C.; esta dinastía habría de caracterizarse por la creación de un poderoso ejército, el cambio de la capital a Kaesong, una fuerte estratificación social, un redoblado interés por la cultura y la filosofía chinas, la adopción del budismo como religión oficial y la invasión de los mongoles.

El fin de la Dinastía Koryo y el inicio de la Dinastía Choson constituyen, a su vez, el punto de partida del capítulo de Alfredo Romero Castilla. Durante el periodo Choson ocurrieron procesos políticos y sociales que, en buena medida, sentarían las bases del devenir histórico posterior. De acuerdo con Romero Castilla, los orígenes de Choson tienen que ver con el ascenso del llamado clan Yi, cuya base social se asentó en una clase burocrático-intelectual surgida de las filas de la milicia y no en los tradicionales linajes que habían dominado a la escena política coreana durante siglos. Tras cambiar la capital a Han-yang (la actual Seúl), la dinastía Choson habría de perpetuarse en el poder durante más de medio milenio, a lo largo del cual ocuparon el trono 27 de sus integrantes. En el plano cultural, el autor argumenta que esta prolongada dinastía se esmeró por erosionar la influencia del budismo y sustituirlo por un orden social basado en los cánones neoconfucianos; además, en los inicios de Choson se ideó el *hangul*, un sistema de transliteración fonética que pretendía reemplazar el uso de los caracteres chinos con el propósito de facilitar la extensión del conocimiento a los diversos sectores sociales.

En lo social, la dinastía Choson fue escenario del ascenso de los *yangban*, una aristocracia que concentraba la posesión de las tierras, el acceso a la educación y el ejercicio de los cargos públicos. Este entramado se complementó, en lo externo, por la consagración de Choson como un integrante del sistema tributario organizado alrededor de China. Romero Castilla señala que, no obstante la longevidad de la dinastía Choson, hacia mediados del siglo XIX ya comenzaban a advertirse los signos de su decadencia: la estructura social era rígida y autoritaria; la economía no había sido sujeta a un proceso de modernización; la elite política se había tornado crecientemente inepta, y la intromisión de las potencias regionales y mundiales era cada vez más evidente. La suma de estas condiciones facilitaría la caída de Choson y la colonización japonesa de la Península

(1910-1945), proceso que el autor analiza detalladamente en la última parte de su contribución.

La derrota de Tokio en la Segunda Guerra Mundial y el fin del dominio japonés en Corea parecían, en principio, constituir buenos augurios para la integridad e independencia de la Península Coreana. Sin embargo ésta se convirtió, con extraordinaria celeridad, en uno de los principales teatros de la Guerra Fría. Corea terminó siendo –junto con Alemania, China y Vietnam– uno de los países divididos que simbolizarían los antagonismos de Estados Unidos y la Unión Soviética. El análisis de la evolución de las dos Coreas a partir de 1945 es el objetivo de los tres subsiguientes capítulos de la obra.

El primero de ellos, elaborado por Juan Felipe López Aymes, Alfredo Romero Castilla, Alejandro Escalona Agüero y José Luis León Manríquez, se propone analizar el complejo entramado del periodo que corre desde la liberación del dominio japonés, en 1945, hasta el fin de la Guerra de Corea en 1953. Para entender este “rompecabezas”, frecuentemente soslayado, o insuficientemente estudiado en las narrativas históricas de Corea, los autores ponen en la mesa de discusión distintos factores internos e internacionales que explicarían la dinámica del periodo.

En una primera instancia, los autores diagnostican las condiciones nacionales que facilitaron la división coreana, tales como la herencia colonial japonesa y la división política de las fuerzas que lucharon contra ella. Posteriormente se estudia la influencia de los dos polos principales de poder mundial en la Península entre 1945 y 1948, y la partición formal de Corea en 1948. También se realiza un recuento de las causas y principales incidencias de la Guerra de Corea (1950-1953), cuya cauda de violencia y destrucción la convirtió en uno de los mayores conflictos de la Guerra Fría (1945-1990). Finalmente, el capítulo propone un balance de los factores externos e internos como detonantes de la guerra. Si bien se reconoce que la intervención de Estados Unidos, China y la Unión Soviética

fue un factor central, también se aduce que en ese conflicto se condensaron fuertes contradicciones ya existentes en el seno de la nación coreana.

El segundo capítulo sobre la Corea contemporánea, firmado por José Luis León Manríquez y Juan Felipe López Aymes, se aboca al análisis del desarrollo de Corea del Sur a partir de 1953. El texto articula una discusión a partir de la economía política, que comienza explicando los contornos de la economía surcoreana de la posguerra, así como el auge y caída del régimen de Syngman Rhee en 1960. Posteriormente aborda el notable cambio económico que ocurrió durante la administración militar de Park Chung-Hee en las décadas de los sesenta y setenta, cuando Corea del Sur pasó de ser un país predominantemente agrícola a una economía basada en la exportación de manufacturas cada vez más complejas. Los autores argumentan que, contra los supuestos básicos de las teorías clásicas del crecimiento, el veloz desarrollo de Corea del Sur ocurrió, en gran medida, a causa de la conformación de un peculiar Estado desarrollista. La maduración de ese proceso industrializador desembocaría en un prolongado estadio de liberalización económica y transición democrática, iniciada en los años ochenta y afianzada a mediados de los noventa.

Más adelante, León Manríquez y López Aymes revisan las causas y consecuencias de la crisis de 1997, año en el cual una pronunciada caída económica y financiera coincidió con la celebración de elecciones presidenciales en las que, por primera vez en la historia, triunfó la oposición en la persistente persona de Kim Dae-Jung; los autores relatan la manera como el gobierno de Kim enfrentó los desafíos políticos y económicos en los planos local y externo. Por último, se realiza un recuento del periodo de Roh Moo-Hyun (2003-2008) en el que destacan la continuidad con el régimen anterior y la consolidación de los procesos de apertura económica y política, así como las con-

tradiciones del nuevo modelo con los legados institucionales del Estado desarrollista.

En el último capítulo del libro, Alejandro Escalona Agüero efectúa un pormenorizado recuento de la historia de la República Popular Democrática de Corea. Con un sistema político y económico sui-géneris, Corea del Norte ha constituido, desde su fundación, una compleja realidad que el autor se propone desagregar. Escalona inicia sus reflexiones mediante un relato de la formación del Partido del Trabajo (PTC) y el Ejército Popular de Corea (EPC), ambos liderados por Kim Il-Sung. El autor analiza el papel de Pyongyang en las disputas entre China y la Unión Soviética, así como las continuas pugnas entre las diversas facciones del PTC y las grandes líneas de un proyecto económico basado en la búsqueda de la autosuficiencia y la intensa promoción de las actividades militares.

Posteriormente, Escalona Agüero profundiza en el proceso de sucesión dinástica operado a favor de Kim Jong-Il tras la muerte de su padre, Kim Il-Sung, en 1994. Este periodo no sólo se ha caracterizado por la continuidad del sistema político, sino también por una prolongada crisis económica que ha llegado al extremo de poner en entredicho la propia reproducción biológica de la población norcoreana. Desde mediados de los noventa, la posibilidad de que Corea del Norte pudiese producir armas nucleares había puesto al país en el centro de prolongadas negociaciones de desarme con Estados Unidos y otros países. En ese contexto, y a la luz de la política de acercamiento emprendida desde Seúl por el presidente Kim Dae-Jung, Escalona considera que las relaciones intercoreanas presentan una franca mejoría frente a las tensiones anteriores. El capítulo cierra con una serie de reflexiones sobre el futuro de las reformas económicas, el sistema político y las negociaciones a seis bandas para la desnuclearización de Corea del Norte que desde 2003 tienen lugar en Beijing.

Para finalizar este texto introductorio, y antes de desear a los lectores una venturosa travesía por las páginas que siguen, cabe formular una aclaración estilística de no poca monta: los coautores del presente libro hemos acordado emplear el sistema McCune-Reischauer de transliteración al alfabeto latino de los nombres coreanos (omitiendo los signos fonéticos), y el sistema *Pinyin* para los nombres chinos. Los nombres de las personas citadas se escriben siguiendo la costumbre coreana, o sea, primero el apellido y las dos sílabas del nombre de pila separadas por un guión. Sin embargo, como se subraya en su momento, se han permitido algunas excepciones en los casos de las grafías muy difundidas de los nombres de personajes tan conocidos como Syngman Rhee y Philip Jaisohn.

I
DESDE LOS ORÍGENES HASTA
FINES DEL SIGLO XIV D.C.

SILVIA SELIGSON

INTRODUCCIÓN

LA PENÍNSULA COREANA HA SIDO frecuentemente considerada sólo como un puente entre las culturas de China y de Japón en el Este de Asia. Esta idea ha contribuido a que, en algunas ocasiones, su cultura y sus aportaciones sean poco conocidas. Debido a su estratégica ubicación geográfica, Corea ha sido vulnerable a lo largo de su historia tanto a las invasiones de sus poderosos vecinos como a su influencia cultural, sin por ello perder su identidad e individualidad ni su homogeneidad étnica.

Los coreanos forman parte del tronco tungúsico del grupo mongólico. Su lengua está relacionada con la amplia familia lingüística altaica, que incluye, entre otros idiomas, al mongol, al turco y al tungúsico. El coreano contiene una gran proporción de palabras chinas; de hecho el idioma chino fue empleado en las esferas oficiales, educativas y literarias hasta la época moderna. Además, adoptaron la escritura china por carecer de una propia, hasta el siglo xv en que inventaron el *hangul*, un notable sistema de 28 signos gráficos que representan a 21 vocales (y diptongos) y 19 consonantes.

Las evidencias arqueológicas confirman que el origen del pueblo coreano está relacionado con las tribus nómadas altaicas de las estepas de Asia Central, que se extendieron desde Siberia, Mongolia, Manchuria y Corea –con su centro en las Montañas Altai y Urales– hasta Finlandia, Turquía y Hungría, en Europa.

Dicho origen se refleja en su religión autóctona, *musok* o chamanismo coreano que, en términos generales, es similar al practicado en Siberia, si bien a través del tiempo fue evolucionando como resultado de su transmisión oral y de la integración de elementos de varias creencias religiosas provenientes del Este de Asia, principalmente taoístas, budistas y confucianas. El budismo fue la religión dominante entre los siglos VII y XIV, mientras que el neoconfucianismo prevaleció a partir de entonces hasta principios del siglo XX. En la actualidad se siguen practicando estas religiones, así como el cristianismo, que introdujeron misioneros católicos en las últimas décadas del siglo XVIII y los protestantes un siglo después.

La Península Coreana tiene una extensión de 220 839 km²; más del 70% del territorio es montañoso, el pico más alto es Paektu-san (Montaña de la Cima Blanca) con 2 744 metros de altura; está ubicado en la frontera con Manchuria de la actual Corea del Norte y ahí nacen los ríos Amnok y Tuman. Es la montaña más venerada por estar asociada con Tangun, el legendario fundador de Corea y progenitor del pueblo coreano. En ese pico inicia la cordillera Taebaek, que se extiende hacia el sur a todo lo largo de la costa oriental y que contiene la mayor parte de los recursos minerales del país, contrastando con las planicies y pequeñas bahías meridionales de la costa occidental. En Taebaek-san se origina el río Han (Hangang), que desemboca en el Mar Amarillo o del Oeste, y cuyo fértil valle ha sido escenario de grandes combates, así como paso estratégico o vía de intercambio en los periodos más relevantes de la historia de Corea.

Corea cuenta con aproximadamente tres mil islas, siendo Cheju –de origen volcánico– la más grande y sobresaliente

debido a que ha conservado su peculiar cultura y tradiciones. Únicamente la quinta parte del territorio es apta para la agricultura, cuyo origen se remonta al quinto milenio a.C., con el cultivo del mijo, que es el predominante en el norte, mientras que en el sur prevalece el arroz, introducido de China a través de Manchuria hacia el segundo milenio a.C. Las regiones más productivas son las planicies irrigadas por los ríos Han, Kum y Nakdong (véase mapa 1).

Este capítulo resume los aspectos más relevantes de la historia del pueblo coreano, desde sus orígenes en la Era Paleolítica hasta fines del siglo XIV d. C. y se divide en tres partes: la primera abarca las épocas Prehistórica y Protohistórica culminando con la formación de los Estados Tempranos hacia el siglo III d.C.; la segunda describe el periodo de los Tres Reinos y del Reino Unificado de Shilla (siglos IV al X) y la tercera está dedicada a la Dinastía Koryo (918-1392).

Las fuentes documentales para los tiempos prehistóricos son escasas y en gran parte se basan en los hallazgos arqueológicos, o bien son principalmente textos chinos que, por lo general, hacen una esporádica alusión a Corea. La fuente para el periodo que comprende desde fines del Neolítico hasta la formación de los Estados Tempranos y que hace referencia a los antiguos coreanos o *Dongyi* (la gente o los bárbaros del Este) es el texto *Weizhi, Dongyichuan*, que forma parte de la obra *Sanguozhi (Historia de los Tres Reinos)* del siglo III d.C. (citada y traducida parcialmente en Lee y De Bary, 1997: 7-13).

Existen dos importantes obras de autores coreanos que, si bien no son contemporáneas de los hechos que describen, se basan en antiguos textos coreanos y chinos prácticamente desaparecidos. Una de ellas es *Samguk Sagi (Historia de los Tres Reinos)*, que escribió Kim Pu-sik (1075-1151), un funcionario de alto rango de la Corte de Koryo, y es la historia oficial de dicho periodo. Por lo tanto, los acontecimientos ahí narrados fueron seleccionados bajo las convenciones de la historiografía

Mapa 1



confuciana, es decir, estudian las virtudes y los defectos de los gobiernos del pasado e interpretan los mitos y las leyendas como distorsiones de los hechos (según los traductores del *Samguk Yusa*, Iryon, 2004: 9).

La otra obra es *Samguk Yusa (Leyendas e Historia de los Tres Reinos)*, compilada por Iryon (1206-1289), el Preceptor Nacional budista de Koryo, y se centra en uno de los Tres Reinos, Shilla, que con el tiempo conquistó a los otros dos (Koguryo y Paekche). Esta obra cubre principalmente el periodo siguiente, o sea, desde que se unifica la península en 680 hasta su caída a manos de la dinastía Koryo en 935. Si bien tres de los cinco capítulos que constituyen esta obra están dedicados al budismo, especialmente a la vida y milagros de famosos monjes, Iryon también preservó leyendas y costumbres antiguas, muchas de ellas anteriores a la introducción del budismo en Corea, tales como el mito de fundación del primer Estado coreano, Ko Choson, por Tangun y los mitos de los Tres Reinos. Una valiosa fuente de información adicional sobre dicho periodo proviene de los hallazgos arqueológicos en las tumbas de la realeza de los Tres Reinos.

La más importante obra para el estudio de la Dinastía Koryo es *Koryo sa* (Historia de Koryo), la cual fue compilada en los albores (1392-1451) de la Dinastía Choson bajo los auspicios de este Estado neoconfuciano (citada y parcialmente traducida en Lee y De Bary, 1997: 173-258).

ÉPOCAS PREHISTÓRICA Y PROTOHISTÓRICA

Durante el *Paleolítico* inferior (aprox. de 2 500 000 a 200 000 a.C) existía una continuidad cultural en lo que actualmente es el territorio de China, Corea y Japón. Es posible que el *Homo erectus* descubierto cerca de Beijing (el Hombre de Pekín), y que habitó ahí hace unos 500 000 años, haya llegado a la Península Coreana en ese tiempo, ya sea por Manchuria, por

el Mar Amarillo –en ese entonces de escasa profundidad– o por los puentes de tierra que existían entre Corea y Japón y entre las islas japonesas Hokkaido y Sakhalin hacia Siberia. Evidencia de ello son los restos fósiles de éste, así como de *Homo sapiens*, descubiertos en la Península de Liaodong (Sohn, 1970: 4-24. Kim, 1986: 25).

Es difícil determinar las fechas de los más antiguos sitios paleolíticos en la Península Coreana, pero se pueden inferir por los vestigios (con fecha aproximada de 400 000 a.C.) hallados en la cueva de piedra caliza en Komunmoru, al sureste de Pyongyang, que contenía herramientas de piedra (hachas y raspadores), huesos de varios animales (rinoceronte, mono, visón, caballo, elefante, tigre y oso), así como de un tipo de caballo que se extinguió después del Pleistoceno medio. Otro sitio importante es Chongoki-ri, en la parte central, en donde se encontraron hachas de mano tipo *acheulian* y restos habitacionales que datan de 270 000 a.C. (Kim, 1986: 26-27 y 154-157).

Del *Paleolítico medio* (aprox. 100 000-40 000 a.C.) son los restos humanos (dientes y huesos) encontrados en Daehyundong, cerca de Pyongyang, y en Turubong (en el sur de la península), cuya cueva 2 contenía además restos de una hoguera con carbón hecho de pino, arce y aliso, así como huesos de venado labrados con representaciones de este animal, por lo que Yi Yung-jo infiere que era venerado por sus habitantes (citado por Portal, 2000: 23-24).

Dos sitios importantes correspondientes a la última época glacial (*Paleolítico superior*, aprox. 40 000-10 000 a.C.) son: 1) Suyanggae, en el sureste de la península, donde se descubrieron hachas de mano, cuchillos rectangulares, raspaderas, puntas espigadas y buriles hechos de cuarcita, esquisto, riolita y obsidiana, así como restos de piel animal y madera de camelia, pino y arce. 2) Sokchang-ri, al sudoeste, que incluye un área habitacional delimitada por dos hileras de piedras, con un hogar y cinco orificios para postes, lo cual sugiere que ahí

residían unas diez personas; empleaban obsidiana y cuarzo para elaborar herramientas y trabajaban el cuerno y el hueso (Sohn, 1974: 4-14).

De las evidencias arqueológicas mencionadas, los estudios citados deducen que los pobladores de la península que arribaron durante este periodo eran grupos de nómadas paleosiberianos, aunque no se puede precisar si los coreanos actuales son sus descendientes étnicos. Los hallazgos conducen a pensar que habitaban tanto en cuevas como en construcciones a nivel de suelo, cuyos vestigios indican que el área de asentamiento estaba parcialmente rodeada por un muro y que usaban el fuego para cocinar y calentarse. Vivían de la recolección de frutos y raíces, así como de la caza y de la pesca, y sus implementos eran de piedra. Tenían cierto tipo de vida comunal y, según Lee (1984: 2), recurrían a algún poder mágico para pedir éxito en la cacería y protección personal, pero no hay ningún tipo de evidencia que lo sustente.

Posteriormente, durante el *Neolítico inferior* (aprox. 6 000-4 500 a.C.), sus pobladores, que eran del mismo grupo étnico de los que entonces habitaban en Siberia, se establecieron en las cuencas de los ríos y elaboraron implementos de piedra pulida que utilizaban sobre todo para la pesca, y una cerámica simple de base redonda o plana. Se conocen algunos sitios, entre ellos Kulpori y Misong-ri (en el norte), Osan-ri (en la costa del este) y Tongsam-dong, en la isla Yong-do cercana al puerto de Pusan, siendo este último el más antiguo. Los tipos de cerámica ahí encontrados son muy variados, lo cual sugiere la existencia de comunidades independientes con escasa interacción (Nelson, 2004: 101-106. Im, 1984: 11-22).

A partir del *Neolítico medio* (aprox. 4 500-3 500 a.C.), la presencia de estos grupos ya es evidente en toda la península, siendo Amsa-dong (cerca de la actual Seúl) el sitio mejor conocido y más importante. Durante este periodo, que Nelson llama de domesticación especializada (2004: 106-108),

criaron cerdos y cultivaron gramíneas como el mijo y el sorgo. Las vasijas de barro más representativas son de forma cónica y su superficie tiene incisiones de líneas paralelas hechas con un instrumento similar a un peine, por lo que se conocen con el nombre de “Patrón o modelo de Peine”. Esta cerámica (*Chulmun*) es similar a la encontrada en las cuencas de los ríos Amur y Sungari en Manchuria y en regiones de Siberia y Mongolia. Según Lee (1984: 8), estas líneas tenían un significado religioso: las paralelas simbolizan el agua y las otras en *zig-zag* el trueno o rayo, la fuerza celestial creadora. Posiblemente también tenían una connotación religiosa la pieza en forma de cabeza de animal esculpida en arcilla y la máscara humana hecha de concha y cuentas de piedra ornamentales, hallada en *Amsadong* y *Tongsam-dong*, respectivamente (Portal, 2000: 22 y 27; Kim, 1986: 54).

Las viviendas seguían siendo semisubterráneas y pequeñas, de forma circular o cuadrangular, con postes para sostener techos de paja, un hogar delineado con piedras en el centro y pequeñas fosas para colocar o almacenar los implementos y granos. En *Amsa-dong* se han hallado agrupamientos de 30 viviendas, lo que indica que la unidad social era la aldea constituida por familias nucleares y, aunque no hay evidencias directas, se infiere que había igualdad y dependencia mutua entre sus miembros, lo cual es un elemento básico en la noción de tribu (Nelson, 2004: 97-98).

A fines de este periodo, surgió una nueva cultura cerámica con motivos geométricos pintados, la cual se ha encontrado en *Nongpo-dong* (en la costa noreste) junto con implementos más variados y complejos para pescar –tales como pesas de piedra para las redes, ganchos y anzuelos– y para el cultivo y la recolección de plantas –azadones y hoces de piedra–, así como puntas de flechas y lanzas que servían para cazar animales, sobre todo venados y osos. Otros objetos son las agujas de hueso y los cuchillos de piedra empleados para elaborar su vestimenta,

primero con pieles de animales y posteriormente con fibras vegetales como el lino, tejidas en rudimentarios telares. Estos hallazgos sugieren cierta especialización para la manufactura de los objetos mencionados.

El periodo del *Neolítico tardío* (aprox. 2 000-1 000 a.C.) también se denomina Megalítico, debido a la existencia de megalitos o dolmen¹ que evolucionaron durante *la Edad de Bronce* (aprox. 1 000-400 o 300 a.C.). En ese entonces posiblemente ingresó a la península un nuevo grupo tungúsico llamado colectivamente *Yemaek* en coreano o *Weimo* en chino antiguo, de donde deriva la palabra coreana *Kom* y la japonesa *Kuma*, cuyo significado es oso, porque este animal era su tótem (Kim, 1986: 151). Este grupo seminómada –que los chinos identificaban con el nombre genérico *Dongyi* o bárbaros del Este– introdujo las culturas prevalecientes en Liaoning (provincia en la península de Liaodong, al sudoeste de Manchuria) y en Siberia, respectivamente. Se caracteriza por la presencia de dolmen y fosas funerarias de piedra, cerámica burda sin ornamentación llamada *Mumun*, dagas de forma peculiar (de violín o laúd) y otros objetos de bronce.

Se han encontrado unos 27 000 dolmen en la península, 90% de ellos en la actual Corea del Sur.² Se clasifican en tres tipos según la disposición de los bloques horizontales de piedra (algunos de más de 80 toneladas y 10 metros de longitud) que cubren la fosa: a ras del suelo, sobre un apilamiento de piedras o sobre grandes bloques elevados. Kim (1986: 36-37 y 136) opina

¹ La palabra dolmen deriva de la expresión *taol maen*, que significa “mesa de piedra” en bretón (una lengua céltica). Es la palabra más generalizada y comúnmente usada en arqueología desde fines del siglo XVIII.

² Algunos sitios, como Kochang y Hwasun, contienen la mayor concentración y variedad de Corea e incluso de otros países, según el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS, por sus siglas en inglés), por lo que esta institución recomendó que se nombraran Patrimonio de la Humanidad en 2000.

que fueron creados en Corea y que presentan una secuencia evolutiva de las fosas o cámaras de piedra provenientes de Siberia y de Manchuria. Las fosas funerarias tienen por lo general dos metros de largo por 30 cm de ancho, pero en Namsong-ri (cerca de la actual Seúl) se excavó una particularmente grande, la cual contenía numerosas ofrendas, entre ellas objetos rituales de bronce –similares a los que siguen usando en la actualidad los chamanes coreanos, como cascabeleros sencillos y octagonales, espejos con motivos geométricos lineales– y una pieza poco usual que posiblemente represente al chamán-gobernante realizando una danza ceremonial o bien a una deidad de la comunidad (Kim, 1986: 165-169). En el noreste de la península se encontraron pequeñas figurillas zoomorfas, la mayoría de cerdos, que son símbolos de fertilidad, y otras humanas de deidades chamánicas protectoras (Kim, 1986: 38-39).

También durante este periodo, a principios del segundo milenio a.C., se introdujo el cultivo del arroz, que se considera fue importado de China a través de Manchuria, asociado con sus características hoces de piedra no pulida en forma de media luna. La adopción de este nuevo cultivo conllevó la formación paulatina de una elite, el incremento de la población y el surgimiento de formas de organización social y política más complejas.

En esta etapa de “domesticación agrícola”, donde ya existía una agricultura intensiva como subsistencia básica, complementada con la caza y la pesca, las aldeas tenían casas semisubterráneas de base circular o rectangular, cuyo número variaba entre diez y más de cien, establecidas principalmente en las laderas de las montañas (Nelson, 2004: 108-109).

Los dolmen se colocaban en grupos de entre tres y cuarenta cerca de las aldeas y en las más grandes se ha encontrado la mayor cantidad y variedad de dolmen. Si bien muchos fueron saqueados, se han hallado (por ejemplo, en Songguk-ri) collares de cuentas tubulares de jade, vasijas de cerámica globulares

bruñidas de color rojo, cuchillos de piedra pulida y objetos rituales de bronce.

Estos hallazgos son indicadores del poder de la elite gobernante, consolidado con la propiedad de parcelas de cultivo y objetos suntuarios, el control económico e intercambio a nivel doméstico, comunitario y regional. Asimismo, sugieren la transformación de las aldeas en unidades territoriales con una estructura política más articulada, la cual agrupaba a varias tribus en federaciones bajo el mando de líderes político-religiosos elegidos o hereditarios. Paulatinamente se desarrollaron como Estados tempranos o incipientes desde los inicios de la Edad de Hierro (*ca.* 300 a.C.) hasta fines del siglo III d.C. —periodo también conocido como el de la Gestación de los Tres Reinos— que describimos más adelante.

El Mito de Tangun

La formación de federaciones tribales trajo consigo una serie de mitos de fundación, siendo el más sobresaliente el de Tangun, por ser el legendario progenitor del pueblo coreano y fundador de Choson o Kochoson, el primer Estado o Reino arcaico en la península, que se remonta al año 2 333 a.C.; éste abarcaba, en el norte de Corea, la región que actualmente es la provincia de Pyongan, en la cuenca del río Taedong, donde se ha encontrado el mayor número de objetos de bronce (Lee, 1984: 13).

El mito relata que Hwan-ung, hijo del Dios Supremo del Cielo o Hwan-in deseaba gobernar y llevar la cultura a la humanidad, por lo que descendió a la Tierra y apareció bajo un árbol en la montaña Taebaek (*Paektu-san*). En aquel entonces un oso y un tigre vivían juntos en una cueva y le pidieron a Hwan-ung que los convirtiera en seres humanos. Para ello tenían que comer un puñado de hojas de la planta de artemisa y veinte ajos y no ver la luz del día durante cien días. El tigre no pudo resistir pero el oso sí perseveró, y al final se convirtió en una mujer.

Ésta rogó al Cielo tener un hijo y Hwan-ung accedió a ser su esposo. Tuvieron un hijo llamado Tangun Wanggom (Rey o Príncipe del sagrado árbol de sándalo), quien fundó la nación Choson en la época de Yao, uno de los legendarios emperadores chinos. Su capital era Asadal y ahí gobernó durante 1 500 años hasta que el rey Wu de la dinastía china Zhou colocó a Kija en el trono (en 1122 a.C.); entonces Tangun regresó a su lugar de nacimiento donde se convirtió en el Dios de la Montaña (*Sanshin*) a la edad de 1 908 años (Iryon, *Samguk yusa*, 2004: 32-33).

Si bien este mito ha sido ampliamente debatido en torno a la fecha de creación de este Estado arcaico y de su ubicación (véase Pai, 2000: 55-96), el mito refleja hechos y circunstancias de la historia antigua del pueblo coreano, así como de sus creencias, y es concebido como el origen de su identidad y cultura. Tangun ha desempeñado un papel sobresaliente en el desarrollo de la conciencia nacional, el orgullo y la confianza en el resurgimiento de una nación con 5 000 años de antigüedad. Asimismo, en la primera mitad del siglo XX fue la inspiración espiritual para la resistencia y lucha contra la dominación japonesa (véase Seligson: 2003b).³

Algunos estudiosos del tema sugieren o asumen que este mito es una representación simbólica del momento en que los tres clanes principales de una confederación tribal estaban en vías de constituir un Estado arcaico; un clan había arribado de un lugar lejano y tenía una cultura más avanzada (el celestial) y los otros dos eran locales, el primero se une con el clan cuyo tótem era el oso después de eliminar al tercero, cuyo tótem era el tigre. La fundación de Kochoson representa tanto el origen de una entidad política y de una familia dominante, como la unión de las dos fuerzas principales del Cosmos (Cielo y Tierra), que

³ Esta conciencia de unidad nacional se incrementó después del establecimiento de la República de Corea en 1948, al designarse como fiesta nacional el Día de la Fundación de la Nación, que se celebra el 3 de octubre.

se unen armónicamente en la persona del gobernante Tangun, cuyo nombre indica que es a la vez jefe político y religioso, el soberano-chamán (Grayson, 1997: 41-42).

El mito también ofrece una explicación para el origen del culto del Dios de la Montaña o *San-shin*, que en las creencias coreanas es además concebido como el dios colectivo de todas las montañas, las cuales son veneradas, al igual que otras deidades y espíritus de la naturaleza (de la tierra, del agua) y del Cielo (el sol, la luna, las constelaciones), así como de individuos: personajes legendarios e históricos y ancestros. Una característica del *Musok* o chamanismo coreano es que todos sus dioses se visualizan y representan pictóricamente como seres humanos; la comunicación con ellos la establecen los chamanes en los rituales, donde los invocan con ofrendas, música, cantos y danzas, y luego los personifican al ser poseídos por ellos (véase, por ejemplo, Howard, 1998).

La mención de Kija en el mito le proporciona tanto una referencia histórica como una manera de legitimar religiosamente el cambio de liderazgo político en el Estado fundado por Tangun (Grayson, 1997: 44). Kija estableció en el año 1122 a.C. una nueva dinastía que gobernó casi mil años al ahora llamado *Kija-Choson*, que entonces incluía además las regiones noreste de China y sur de Manchuria, regiones que perdió hacia fines del siglo IV a.C. cuando el poderoso Estado chino *Yen o Yan* invadió la península de Liaodong (Lee, 1984: 16; Iryon, 2004: 34).

Edad de Hierro (aprox. 300 a.C.-fines del siglo III d.C.)

Periodo de formación de los Estados tempranos
y gestación de los Tres Reinos

Los turbulentos acontecimientos que condujeron a la caída de los Estados combatientes chinos bajo la hegemonía de la

dinastía Qin (fines del siglo III a.C.), ocasionaron un flujo de refugiados hacia la Península Coreana, entre ellos Weiman o Wiman, un astuto político que, tras lograr que el rey Chun del legendario Kija-Choson lo nombrara comandante de las fuerzas defensivas de la frontera noroeste, atacó sorpresivamente al rey, usurpando el trono entre los años 194 y 180 a.C. y estableciendo Wiman-Choson. Subyugó a otras tribus locales y su territorio abarcó hasta el río Han al sur y hacia Manchuria al norte. Luego Wiman se alió con la beligerante tribu Hsiung-un de Mongolia –que entonces se estaba extendiendo hacia el noreste de China– representando ambos una seria amenaza para la dinastía Han china (206 a.C.-220 d.C.). Como respuesta, ésta decidió invadir la Península Coreana en el año 109 a.C. y, un año después, al derrotar totalmente a Wiman-Choson, instaló cuatro unidades administrativas o comandancias en lo que fuera su territorio como parte de la política expansionista china que facilitaba la búsqueda de fuentes alternativas de sal, hierro, productos agrícolas y marinos.

La comandancia más importante era Lelang (*Nangnang* en coreano), el centro que absorbía y monopolizaba todo el flujo comercial de la península e incluso de Japón, entonces denominado Wa o Wae en los registros históricos chinos. Estaba dividida en 25 distritos y contaba con más de 400 000 habitantes. Los líderes políticos locales se sometían a la autoridad china ya que a cambio de ello recibían permisos comerciales, títulos e investiduras; además, les atraía la cultura china y adoptaron sus costumbres, como lo evidencian los objetos hallados en más de dos mil montículos funerarios de tierra con cámaras de madera, piedra o ladrillo, arcos y techos abovedados siguiendo el estilo de la dinastía *Han*, ubicados en un área de cuatro kilómetros en torno a Tosong-ri, el cuartel general fortificado de Lelang, cerca de Pyongyang. La mayoría de los lujosos objetos funerarios fueron importados de China como símbolos de prestigio y riqueza de sus ocupantes chinos

y nativos, tales como recipientes de bronce y madera laqueada, cerámica, joyas, armas de hierro, figuras de arcilla y madera, arreos de caballos y herrajes o adornos de carrozas (véase Pai, 2000: 162-173 y 211-236).

Entre los siglos IV y II a.C., también emergieron otras federaciones tribales de grupos tungúsicos, los descendientes de los *Yemaek* que, según Kim (1986: 24), son los ancestros directos del pueblo coreano moderno, y se distribuyeron por toda la península. En los registros chinos *Sangguozhi*, del siglo III d.C., se menciona la existencia tanto de entidades con un gran desarrollo social, político y cultural que habían alcanzado la complejidad de un Estado incipiente, como de unidades políticas de dimensiones variables (llamadas *guo*, en chino), sin una estructura administrativa centralizada. En el norte los grupos más sobresalientes fueron Puyo y Koguryo, quienes conservaron en un principio su tradicional vida seminómada, mientras que los del sur, Chin o Han (sin relación con los homónimos chinos), se dedicaron principalmente a la agricultura, y otros incluso cruzaron el Estrecho de Corea hacia la isla japonesa de Kyushu, introduciendo la cultura *Yayoi* en el siglo III a.C. (Kim, 1986: 151).

a) Estados tempranos o incipientes en el Norte

Puyo (*Fuyu* en chino), ubicado en la planicie del río Sungari en el suroeste de Manchuria (en la actual provincia china de Jilin), estaba conformado por varias tribus que se dedicaban a la agricultura y cría de animales, bajo el gobierno de un “rey” elegido entre las cinco tribus más poderosas, cuyos líderes integraban el Concejo real y cada uno administraba un distrito del territorio dividido en cinco provincias. Mantuvo una mutua y conveniente relación con China, al proporcionarle caballos, pieles y piedras preciosas, así como protección contra la continua hostilidad de las tribus seminómadas de las estepas en el noreste de China.

No obstante, a fines del siglo III d.C. ambos fueron invadidos por la más poderosa de ellas, Hsien-pei, quien estableció en el norte de China el efímero Estado Yen temprano.

En la región montañosa del norte de la península se asentó Koguryo, una agresiva federación de tribus, famosa por sus guerreros a caballo, que vivía del tributo y del botín obtenido en las continuas guerras de conquista de otras tribus vecinas (Imdun, Chinbon, Tongye o Ye y Okcho). Se dedicó a expandir su territorio y a reajustar constantemente su estructura política, que también estaba conformada por cinco tribus, cuyo líder, Chumong del clan Ko (concebido como descendiente del legendario Tangun), fundó en el año 37 a.C. el Estado temprano de Koguryo; su primera capital fue Kungnae-song (la actual Jian en la provincia china Jilin), ubicada en la cuenca del río Amnok (véase su Mito de fundación en Iryon, 2004: 45-47).

Paulatinamente se constituyó un gobierno más centralizado, regido por una monarquía, cuyo primer rey hereditario fue Kukjo o *Taejo*⁴ (53-146), quien prohibió que se realizaran transacciones comerciales personales con los chinos residentes en Lelang, éstas las harían solamente como representantes del Reino. En vista de que entonces las regiones que Koguryo conquistó estaban administradas por China o bajo su esfera de influencia, los desacuerdos y enfrentamientos bélicos entre ellos fueron inevitables, lo cual no impidió que mantuvieran relaciones comerciales. Koguryo exportaba oro, plata, perlas, pieles, telas y esclavos e importaba de China armas, seda y otros objetos suntuarios. El vasto territorio de Koguryo llegó a abarcar las cuencas del río Liao (al oeste) y del río Taedong (al sur), después de anexarse el área de Lelang en el año 313 y lograr la supremacía en la región de Liaodong hacia el año

⁴ *Taejo* significa “Gran Ancestro” y es el nombre póstumo que también recibieron los reyes fundadores de las dinastías Koryo y Choson.

370. Entonces estableció relaciones con la dinastía Jin, que reunificó el norte de China por breve tiempo tras la caída de la dinastía Han.

b) Estados tempranos en el Sur

Los Chin del sur de la península, también conocidos como Han o Samhan, se asentaron en los valles y planicies aluviales en sitios convenientes para el cultivo del arroz, y donde los depósitos de hierro eran más abundantes. Se separaron en tres grupos:

1. Mahan, en el sudoeste, era el más grande de los tres al estar constituido por cincuenta y cuatro unidades tribales. En el año 18 a.C. sentó las bases de una entidad política más compleja que constituiría en el siglo III d.C. el Reino de Paekche, con su primera capital cerca de la actual Seúl, en la cuenca norte del río Han.
2. Pyonhan se estableció en la parte meridional central, en la cuenca del río Nakdong, y en el año 42 d.C., Suro, del clan Kum o Kim consolidó sus doce tribus en una federación llamada Karak o Kaya; las dos unidades tribales más poderosas fueron Pon Kaya, en el área de Kimhae, y Tae Kaya, en la de Koryong (véase su Mito de fundación en Iryon, 2004: 42-43).
3. Chinhan se asentó en el sudeste y también estaba constituido por doce comunidades tribales, y una de ellas fundó en el año 57 a.C. Sorabol o Saro, que con el tiempo se transformaría en el Reino de Shilla, con su capital en Kum-song, la actual Kyongju.

Las federaciones tribales de los Samhan no tenían en un principio un centro urbano ni una autoridad centralizada, eran gobernadas por un Concejo que elegía por unanimidad a sus jefes político-religiosos, éstos recibían diferentes nombres o títulos que indicaban

las dimensiones y el poder de su grupo. Si bien existía cierta supremacía en las relaciones intertribales, cada una era más o menos independiente.

La emergencia de los Estados Tempranos o incipientes mencionados debe entenderse en el contexto de los cambios de poder en China central y en el noreste a raíz de la caída de la dinastía Han y la fragmentación del imperio chino (de 220 a 589 d.C.) en varios estados.⁵ Al parecer, su desarrollo hacia una entidad más articulada fue frenado por la deliberada política china de “dividir y gobernar”, o sea, de impedir la alianza o unificación de las federaciones tribales existentes. Pero a medida que su control e influencia en la Península Coreana fue disminuyendo, estos incipientes Estados lograron consolidar su estructura política y convertirse gradualmente en poderosos reinos.

Paekche fue el incipiente Estado o reino más avanzado en el sur y se considera que quienes lo fundaron en el siglo I a.C. provenían de Koguryo, al mando de Onju, uno de los hijos del mencionado Chumong, y conquistaron a las tribus establecidas al sur del río Han, mudando la Corte a la actual Kwangju (Iryon, 2004: 392-393). Paekche expandió sus dominios controlando a todos los grupos Mahan y, bajo el liderazgo de su octavo rey, Koi (234-285), estructuró rápidamente su organización política al instaurar seis ministerios y dividir a los funcionarios en varios rangos; luego estableció relaciones con la dinastía Jin Oriental y con Japón.

Shilla, en cambio, era el menos desarrollado debido a su ubicación geográfica (al suroeste), y ahí llegó la cultura del hierro un siglo más tarde que a los otros grupos, pero con el tiempo

⁵ Los Tres Reinos (Wei, Wu y Shuhan), el Estado o la dinastía Jin (Occidental y Oriental), los 16 Estados de Los Cinco Bárbaros, en el norte, y las Seis dinastías, en el sur.

logró una mayor cohesión y un poder más estable que los demás. Saro (su antiguo nombre) fue fundado en el año 57 a.C. por Hyokkose, del clan Pak, quien fue su primer rey; después de él gobernaron alternativamente miembros de los tres clanes principales (Sok, Pak y Kim) de las seis comunidades tribales originales que lo constituyeron, hasta el año 356 cuando los derechos hereditarios permanentes pasaron a la familia Kim (véase su Mito de fundación en Iryon, 2004: 49-51).

Kaya, ubicado entre Paekche y Shilla, logró en sus inicios un mayor desarrollo cultural y económico que sus vecinos, era un próspero centro que desde el siglo I a.C. exportaba objetos de hierro (tanto armas como herramientas) por vía marítima hacia Lelang (y de ahí a Koguryo) y a Japón. Ocupaba una de las planicies más fértiles de la península y contaba con una próspera agricultura, elaboraba textiles y un nuevo tipo de cerámica gris horneada a temperaturas más altas (lo cual sugiere el uso de hornos de túnel) que se conoce como Kimhae, por ser el nombre del sitio (cerca de Pusan) donde primero se excavó en 1921, junto con lingotes de hierro y monedas chinas con fecha del año 14 d.C., que atestiguan el activo intercambio comercial mencionado (Portal, 2000: 40-41; Kim, 1986: 41-43). Sin embargo, no logró constituirse como un reino. Política y militarmente era débil y fue constantemente atacado por sus vecinos, por lo que pidió apoyo a Japón, que había fomentado sus relaciones con Kaya no sólo por la necesidad que tenía de armas e implementos de hierro, sino también por su avanzada tecnología y cultura que contribuyó (al igual que la de Paekche) al desarrollo japonés. No obstante, esta estrategia política resultó contraproducente para ambos, debido a que dicha alianza constituyó una seria amenaza para Shilla, que primero se alió con el Reino de Koguryo para combatir y derrotar a los japoneses en el siglo V y después, cuando incrementó su poder, atacó y se anexó Kaya en el año 562.

PERIODO DE LOS TRES REINOS
Y DEL REINO UNIFICADO DE SHILLA

El periodo de los Tres Reinos propiamente dicho abarca del año 300 al 668, que es cuando éstos consolidaron su organización política y evolucionaron, en algunas ocasiones colaborando como aliados y en otras luchando entre sí por el control político y económico de la península. Cada vez que uno de los Reinos se fortalecía, los otros dos más débiles se aliaban para combatirlo, hasta que finalmente uno de ellos logró la hegemonía.

Paekche completó su consolidación como un Estado centralizado aristocrático durante el gobierno del rey Kungchogo (346-374); en 371 atacó a Koguryo apoderándose de parte de su territorio, estableció relaciones con el Estado Jin Oriental mencionado y con Japón, marcando el inicio de la transmisión cultural de Paekche a las Cortes japonesas, la cual culminaría con su florecimiento en el siglo VII.

Koguryo alcanzó su máxima extensión y poderío durante los gobiernos del rey Kwanggaeto (391-413) –cuyas exitosas campañas militares quedaron registradas en la lápida de su monumental tumba en Kungnae-song– y del rey Changsu (413-491), quien trasladó su capital a Pyongyang (hoy en día capital de Corea del Norte) en la cuenca del río Taedong, se anexó Puyo en el norte y recuperó el territorio perdido un siglo antes a manos de Paekche, por lo que éste mudó su capital a Kongju en 475. Aun cuando era un reino relativamente próspero, su organización política y militar era inferior a la de Koguryo, de ahí que constantemente se viera obligado a pedir apoyo a Japón para poder enfrentarlo.

Shilla reorganizó sus seis comunidades como distritos administrativos del gobierno central y durante el periodo del rey Chijung (500-514) logró importantes avances en la tecnología agrícola, adoptó oficialmente el nombre de Shilla, así como un sistema de estratificación de la aristocracia llamado *Kolpum* (que

explicamos más adelante) y un código administrativo que incluía las regulaciones básicas de los rangos de funcionarios, logrando así consolidar una poderosa estructura política y económica.

Ante el creciente poder de Koguryo y su avance hacia el centro de la península, Paekche y Shilla se habían aliado desde el año 433, pero Shilla rompió esta alianza durante el gobierno del rey Chinhung (540-576), ya que también tenía ambiciones expansionistas y, tras conquistar a Kaya e incrementar su fuerza militar, expandió sus fronteras hacia el noroeste abarcando parte de los territorios de Paekche y de Koguryo. La ocupación de las fértiles y estratégicas regiones del valle y la cuenca del río Han le permitió ponerse en contacto directo con China a través del Mar Amarillo y también aumentar su poderío económico, cuya consecuencia fue que los otros dos Reinos se aliaron con el propósito de aniquilarlo.

Entonces Shilla concertó una alianza con la recién instaurada dinastía china Tang (618-907) que estaba interesada tanto en combatir a Koguryo —que cuatro años antes había derrotado a las fuerzas invasoras chinas de su predecesora Sui (581-618)— como en volver a instalar comandancias en la Península Coreana. Ambos ejércitos atacaron y destruyeron primero a Paekche en 660 y luego a Koguryo, entre 645 y 668, año en el que Shilla logró finalmente la supremacía y la unificación de los Tres Reinos.

Sin embargo, hasta 735 Shilla logró delimitar sus fronteras, debido a que primero tuvo que combatir a las fuerzas chinas que controlaban la región noroeste de Corea, quedando éstas finalmente establecidas entre el río Taedong al oeste y la actual Wonsan en el este. El territorio restante del noreste de la península y parte del sudeste de Manchuria pertenecía al Reino de Parhae, que fue fundado entre 698 y 712 por refugiados o sobrevivientes del derrotado Koguryo y de varias tribus tungúsicas. Era un próspero Estado cuya economía se basó en la cría de ganado, en la agricultura y en el comercio con la dinastía

Tang y con Japón. Sin embargo, en el año 926 fue conquistado por la tribu esteparia Khitan, la cual instauró la dinastía Liao en la frontera septentrional de China.

Desarrollo cultural de los Tres Reinos

Tras la caída de la dinastía Han, hubo varias oleadas de refugiados chinos a la Península Coreana y los tres Reinos emergentes aceptaron las innovaciones culturales de su poderoso vecino con la esperanza de obtener alguna ventaja en la violenta competencia existente entre ellos.

La incorporación de los habitantes de Lelang y de otras partes de Manchuria ocupadas por Koguryo tuvo un profundo impacto en su organización política y social. Desde mediados del siglo IV mantuvo relaciones tributarias con China, primero con los estados del norte y luego con las dinastías del sur. En el año 372 introdujo oficialmente el budismo, fundó una academia para el estudio de los clásicos confucianos e instauró un código legal y un complejo sistema burocrático para la recolección de impuestos y la ubicación de puestos o guarniciones militares siguiendo el modelo chino. El Reino prosperó, tal como lo atestiguan las numerosas tumbas de sus reyes y su aristocracia. La mayoría de éstas fueron saqueadas siglos antes de ser excavadas, por lo que se han encontrado pocos objetos en su interior, entre ellos dos coronas de bronce dorado, varias vasijas y tejas de cerámica vidriada.

Sin embargo, más de 90 tumbas (ubicadas en el área en torno a las actuales Jian –en China– y Pyongyang)⁶ contienen en sus cámaras internas pinturas murales que son una valiosa fuente de información acerca de la vida, costumbres y creencias

⁶ Las 63 tumbas actualmente en Corea del Norte, fueron decretadas Patrimonio Cultural de la Humanidad en 2004 por su gran valor histórico y artístico. Véase *Koreana*, 2004.

de sus ocupantes. Las más antiguas datan del siglo IV y son retratos del difunto y de algunos acompañantes; en cambio, las del siglo V y principios del VI (que son las más abundantes) muestran a varias figuras en actividades cotidianas y ceremonias oficiales con danzantes y músicos, escenas de cacería y largas procesiones de guerreros. También aparecen en los techos figuras de seres inmortales y animales míticos, flores de loto y símbolos del sol, la luna y las constelaciones, que eran los dioses que veneraban. A partir de entonces y hasta mediados del siglo VII, estas pinturas costumbristas fueron gradualmente sustituidas por otras en las que predominan las “Cuatro Deidades”, o sea, los animales míticos relacionados con los puntos cardinales en la cosmovisión china y que en las creencias tradicionales de Corea se han concebido como guardianes protectores de sepulcros y casas (Kim, 1986: 389-399).

Este tipo de pinturas murales se difundió a Paekche, pero también aquí casi todas las tumbas fueron saqueadas y destruidas como resultado de las continuas guerras con los otros dos Reinos, y sus pinturas se han deteriorado o perdido por completo, con la excepción de dos que datan del siglo VI con representaciones de las “Cuatro Deidades” mencionadas. La única tumba intacta que se ha descubierto hasta la fecha perteneció al rey Muryong (501-523) y a su consorte, la cual muestra la influencia china tanto en su construcción con ladrillos labrados como en su contenido: más de cinco mil objetos suntuarios que ejemplifican el gran desarrollo y calidad de sus manifestaciones artísticas (Kim, 1986: 193-203). Éstas también se enriquecieron a raíz de la introducción del budismo a fines del siglo IV. Sus diestros y creativos artífices elaboraron refinadas esculturas de oro o bronce dorado —principalmente de Maitreya o Buda del Futuro (*Miruk-pol* en coreano)— y edificaron templos y pagodas (*Stupa*) de los que tan sólo quedan algunos vestigios.

Paekche desempeñó un sobresaliente papel en la transmisión de su propia cultura, de la china y del budismo a Japón,

desde mediados del siglo VI hasta fines del VII, con la llegada de destacados monjes, hábiles artesanos y artistas coreanos, quienes crearon la arquitectura y la escultura budista japonesa del periodo Asuka, obras que son testimonio del excelso nivel artístico de este Reino (Covell y Covell, 1987: 44-89).

Shilla permaneció aislado de la influencia cultural china prácticamente hasta el siglo VI, conservando las tradicionales o autóctonas creencias chamánicas y la veneración a sus soberanos, según atestiguan las ofrendas y reliquias encontradas en las tumbas de la realeza en la capital *Kyongju* y sus alrededores, en donde se han preservado hasta hoy en día ciento cincuenta y cinco túmulos intactos, con cámaras sepulcrales y fosas adicionales, que datan de los siglos V y VI (Kim, 1986: 177-187). En su interior se han encontrado numerosos objetos, entre los que sobresalen los elaborados con oro y piedras preciosas, como brazaletes, aretes, anillos, cinturones y, especialmente, seis espléndidas coronas, las cuales son obras de arte catalogadas como tesoros nacionales, no sólo por la refinada calidad de su elaboración, sino también por estar impregnadas de simbolismo en sus delicados motivos ornamentales en forma de prolongaciones para representar el árbol cósmico y los cuernos del venado, o de pendientes de jade que simulan las garras del tigre (Seligson, 2003a: 119-146). Las coronas están hechas de lámina de oro muy delgada y son muy frágiles, por lo que se infiere que eran réplicas de las usadas en las ceremonias religiosas por los reyes, hecho que explica por qué se les denominaba *Chacha-ung* (Chamán Supremo) o *Maripkan*, “que significa en el dialecto de Shilla ‘marcador de asiento’ y se refiere a la indicación del sitio asignado al soberano y a los cortesanos en dichas ceremonias” (Iryon, 2004: 52).

También el budismo llegó más tarde a Shilla que a los otros Reinos, hacia el siglo V, pero una vez que fue aceptado (a mediados del VI), se desarrolló con un vigor inigualable, ya que respondía a sus necesidades de fortalecer su estructura

política y a la vez de coexistir con el chamanismo. Se convirtió en la religión de la realeza, y es a partir de entonces que sus soberanos adoptaron el título de *Wang* (rey, en chino), así como nombres póstumos para ellos y para el periodo de su reinado (Iryon, 2004: 396-397). Con su patrocinio se edificaron templos y monasterios y se elaboraron esculturas en bronce dorado o piedra de gran calidad artística, los cuales se incrementarían durante el siguiente periodo.

El rey Chinhung (540-576) fue un devoto budista—incluso se ordenó como monje—y estableció una institución llamada *Hwarang-do* (agrupación de jóvenes floridos) dedicada a la educación de los jóvenes de la aristocracia; estaba a cargo de destacados funcionarios de la Corte y monjes budistas, quienes les enseñaban los valores universales del confucianismo y del budismo, el cultivo de la virtud, el orden y la armonía de cuerpo-mente-espíritu, a través de la poesía, la música y la danza, así como de las artes marciales. Como parte de su formación, los discípulos viajaban a las montañas y a los ríos para orar por la paz, el bienestar y la prosperidad del Reino, y hacían votos de servicio a su nación cuando fuera necesario. Con esta firme base ideológica, que continuaría inspirándoles en su vida adulta como funcionarios o guerreros, *Hwarang-do* desempeñó un relevante papel en las exitosas guerras de Shilla contra sus enemigos (Lee y De Bary, 1997: 54-55).

Reino Unificado de Shilla (668-935)

Una característica sobresaliente de este periodo es el fortalecimiento de la autocracia monárquica bajo el poder exclusivo del linaje Kim mediante una serie de reformas institucionales, tales como el establecimiento de un Ministerio de Estado (*chipsabu*), que dependía directamente del rey, en sustitución del anterior Concejo de Nobles (*hwabaek*), cuyos integrantes decidían por consenso o unanimidad los asuntos más re-

levantes del gobierno, con el consiguiente debilitamiento del poder de la aristocracia.

Se modificó la administración local para gobernar el territorio conquistado, que fue dividido en nueve provincias, donde se establecieron cinco capitales secundarias y comandancias militares; se otorgaron altos rangos y puestos privilegiados a algunos aristócratas de los Reinos vencidos para de esta manera obtener su apoyo, pero éstos fueron obligados a residir en dichas capitales con la finalidad de controlarlos. Los representantes de las familias locales más poderosas debían pasar cierto tiempo en la capital Kyongju en calidad de rehenes para evitar levantamientos o insurrecciones contra la autoridad central.

Otra medida fue perfeccionar el sistema hereditario de estratificación de la aristocracia, el cual se clasificaba en *kolpum*, que literalmente significa la “calidad de hueso”, y *yuktupum* o “calidad de cabeza”. El primero se subdividía en *songgol* o “hueso sagrado o divino” –al que ahora pertenecía únicamente la familia real Kim–, y *chingol* o “hueso verdadero”, que en un principio incluía a otros miembros del linaje Kim y a los del linaje Pak. El segundo comprendía seis rangos; del sexto al cuarto agrupaba, de acuerdo con su poder económico y político, a los aristócratas que eran los funcionarios de alto y mediano nivel de la Corte (incluidos a los eruditos y letrados) y a los líderes locales mencionados. Los otros tres rangos pertenecían a los plebeyos (*pyongin*) o gente común (*paeksong*).

También se refinó la jerarquización de los funcionarios civiles y militares e incrementó la burocracia al adoptar en 788 el sistema chino de exámenes para el servicio en el gobierno, y se instauró otro con el fin de reclutar a los pueblos conquistados en los rangos inferiores de funcionarios asignados a las provincias. No obstante, a diferencia de China, persistió la tradición de los privilegios hereditarios de la aristocracia, que siguió acaparando la mayoría de los rangos y puestos gubernamentales, quedando únicamente los tres inferiores para las familias de los plebe-

vos. La categoría más baja en la rígida estratificación social la constituían los productores de bienes y servicios, e incluía a los semi-independientes (campesinos y artesanos) y los prisioneros de guerra, quienes fueron convertidos en esclavos y concentrados en comunidades a lo largo del territorio, utilizando su fuerza de trabajo para los proyectos de gran escala en la capital y en otras ciudades.

Asimismo, se llevó a cabo una serie de reformas económicas tales como el sistema mediante el cual los funcionarios recibían el pago a sus servicios con tierras o con aldeas completas según su rango y además una parte del impuesto en granos. Esto propició el surgimiento de una nueva clase de terratenientes que no pertenecían a la aristocracia, y la acumulación de riqueza, al grado que llegaron a poseer hasta tres mil esclavos, grandes extensiones de tierra, ganado y gran cantidad de armas y caballos. También fue el caso de los aristócratas de las provincias que, si bien no tenían injerencia política en la Corte, gozaban de prestigio social y poder en sus respectivos distritos e incluso contaban con su ejército privado y campesinos que se fueron transformando en sus siervos, cuyo trabajo e impuestos contribuyeron de esta manera más al enriquecimiento de dicha aristocracia local que al apoyo económico del gobierno central (Joe, 1972: 144-148).

El gobierno monopolizó la elaboración de todos los productos manufacturados e instaló catorce departamentos para la producción de textiles (seda, lino y ramie), artículos de piel, lana y bambú, recipientes de madera y laca, vasijas y tejas de cerámica, ropa y bordados, armas y herramientas de hierro, todos ellos destinados al mercado doméstico y al próspero mercado exterior en China y Japón, a través de relaciones tributarias intergubernamentales. Luego, hacia fines del siglo VIII, el comercio privado empezó a desarrollarse y alcanzó su auge en las décadas siguientes cuando los conflictos políticos internos en Shilla y Tang debilitaron la administración del

gobierno central, dando lugar a la formación de grupos de mercaderes regionales con gran poder económico y político gracias al floreciente comercio marítimo. Esto contribuyó a que los coreanos dominaran el comercio en el noreste de Asia y que la mayor parte de las mercancías fueran transportadas en sus barcos (Seth, 2006: 65-66).⁷

Desarrollo cultural

Las relaciones establecidas con la dinastía *Tang* contribuyeron al florecimiento cultural de Shilla durante los siglos VIII y IX. Se importaron gran cantidad de bienes suntuarios, libros y obras de arte, así como nuevos estilos de música secular y sacra que dieron como resultado el surgimiento de una novedosa representación artística llamada *Kamugiak* que combinaba canto, danza y música. El gobierno instaló una escuela confuciana en 682 para el estudio de los textos clásicos chinos, a cargo de destacados maestros provenientes del anterior Reino de Paekche y destinado a los hijos de funcionarios cuya edad fluctuaba entre los nueve y treinta años. Algunos de sus egresados fueron a China para estudiar e incluso aprobaron los exámenes de admisión al servicio civil de la Corte *Tang*, donde permanecieron cierto tiempo, y a su regreso propagaron los valores confucianos como un criterio razonable para organizar los asuntos del Estado (Joe, 1972: 110-111).

Kyongju,⁸ cuyo plano de la ciudad se basó en el de Changan —la capital china— constaba de 1 360 secciones con numerosas casas y se embelleció con la construcción de mansiones con

⁷ El monje japonés Ennin proporciona valiosa información al respecto en su obra *Account of a Pilgrimage to Tang in Search of the Law*, escrita en 840 a raíz de su viaje en un barco de la flota privada de Chang Po-go, un coreano plebeyo que controlaba el comercio en el Mar Amarillo.

⁸ Su primer nombre fue Kumsong (“fortaleza de oro”); en 2000 fue nombrada Patrimonio de la Humanidad.

techos de gran variedad de tejas de cerámica y amplios jardines con lagos artificiales donde cortesanos y aristócratas solían disfrutar y apreciar los cambiantes paisajes estacionales. Se erigieron templos budistas, cuyos "...techos dorados brillan en el cielo como la vía láctea y las pagodas coronadas con motivos de flores de loto se yerguen en el horizonte como parvadas de gansos salvajes" (citado en Lee, 1997: 38).

El budismo atrajo a los soberanos por ser un vehículo de la avanzada y prestigiosa civilización china y por su fuerza de cohesión que reforzaba su autoridad espiritual y política, así como el carácter divino del linaje Kim, y continuó la tradición de los reyes presidiendo tanto los asuntos mundanos o profanos como los sagrados. Su teoría del *karma* (retribución de los actos presentes y pasados) resultaba útil para legitimar la jerarquía social existente y para motivar al individuo a mejorar las condiciones de su vida mediante la acumulación de méritos; asimismo, se utilizó como un efectivo medio de protección de la nación contra conflictos internos e invasión externa.

El budismo también sedujo a los coreanos por su arte. Al adoptarlo mostraron una capacidad notable para dominar las técnicas y elaborar espléndidas obras de gran calidad. Sobresale su trabajo en metal para la fundición de enormes campanas de bronce con bajorrelieves de seres celestiales y medallones de flores de loto, como la del templo Pondok en honor del rey Songdok (702-737), así como relicarios (*sarira*) y esculturas de deidades budistas en bronce dorado o hierro fundido, que son admiradas por sus realistas y armónicas proporciones (Kim, 1986: 359-366 y 310-337).

Los reyes y nobles de Shilla financiaron la construcción de templos y monasterios en la capital, en sus alrededores y en las provincias como una defensa espiritual contra las amenazas externas. Gran parte de ellos fue destruida como resultado de los combates o enfrentamientos bélicos que han asolado a Corea a lo largo de su historia, pero otros se han conservado hasta

la actualidad, destacando Pulguk-sa (Templo de la Tierra de Buda), un complejo de edificaciones construidas sobre amplias terrazas y circundando espaciosos patios, y Sokkuram, templo en una cueva artificial hecha con cientos de bloques de granito de variados tamaños y formas, en cuyas paredes y nichos interiores se esculpieron cuarenta deidades, las cuales rodean al majestuoso Buda (una escultura elaborada con una sola pieza de granito de 3.5 metros de altura), con el propósito de recrear un microcosmos budista. Ambos templos se erigieron durante el gobierno del rey *Kyongdok* (742-764) en las cercanías de *Kyongju* y fueron declarados Patrimonio de la Humanidad en 1995 (Lee, 1997: 8-45).

Por su parte, los monjes budistas se dedicaron a difundir las enseñanzas de las escuelas budistas imperantes en China; las más populares fueron las de las Tierras Puras de Maitreya (el Buda del Futuro, *Miruk-po*, en coreano) y de Amitabha (Buda de la Infinita Luz, *Amita-bul*) en donde cualquier creyente, sin distinción de ningún tipo, podía aspirar a renacer con sólo invocar devotamente su nombre. La creencia en ambas y su evolución complementaria es una de las características distintivas del budismo coreano (Iryon, 2004; Lee y De Bary, 1997: 108-116).

Uno de los monjes más renombrados de Shilla fue Wonhyo (617-686), honrado póstumamente como el “Preceptor Nacional que armoniza las disputas”, ávido lector de textos budistas, los cuales sistematizó, interpretó y explicó en términos sencillos, para luego sintetizar y consolidar todas las tendencias de las escuelas budistas de la época y establecer su esencial unidad e igualdad. También armonizó la teoría y la práctica, la vida monástica y la secular y las actividades cotidianas de ambas. Escribió numerosas obras con explicaciones y comentarios sobre la doctrina budista y contribuyó así al desarrollo de un distintivo estilo coreano de budismo filosófico y práctico. Sus obras fueron transmitidas a China y a Japón, donde ejercie-

ron una considerable influencia (Iryon, 2004; Lee y De Bary, 1997: 80-93).

Las escuelas meditativas, llamadas en chino *Chan*, en japonés *Zen* y en coreano *Son*, surgieron en Shilla con el apoyo de aristócratas de bajo rango y poderosas familias locales hacia fines del periodo, cuando el gobierno central ya había perdido el control de la nación, y tendrían un gran florecimiento a partir de entonces (Lee y De Bary, 1997: 117-135). Los monjes budistas y los jóvenes guerreros aristócratas (*hwarang-do*) enriquecieron el estilo de poesía *Hyangga* con nuevos temas, tales como la devoción y las alabanzas a Buda, el patriotismo y esquelas de ilustres personas. A veces tenían connotaciones mágicas para otorgar protección contra desastres naturales, lograr la felicidad o curar enfermedades, y son evidencia de la influencia de los ritos chamánicos.

Tanto el gobierno central como la familia real y otros devotos creyentes donaron tierras libres de impuestos a los monasterios que de esta manera incrementaron sus edificaciones y se convirtieron en grandes propiedades. En un principio todas las instalaciones del monasterio eran atendidas por sirvientes laicos (*saye*), incluso miembros de familias aristócratas y de la realeza, quienes vivían ahí y daban su trabajo voluntario como ofrenda a Buda para acumular méritos. Con el paso del tiempo, dichas labores quedaron a cargo de esclavos y campesinos siervos cuyos impuestos y tierras fueron acaparados por los monasterios acrecentando aún más su poder económico, en detrimento de la administración central.

El declive y la caída de Shilla

La Edad de Oro de Shilla empezó a declinar desde mediados del siglo VIII debido a varios factores. Por una parte, el extenso clan o linaje de la realeza se había fragmentado en familias colaterales que luchaban entre sí por la riqueza y el poder, el sistema de

rangos de la aristocracia ya no proporcionaba cohesión u organización a la sociedad y la agrupación de los jóvenes guerreros había degenerado en una de *diletantes* que tan sólo disfrutaban de la danza, la música y la poesía (Lee y De Barry, 1997: 54-55). Por otra parte, el rígido sistema de estratificación social impedía que las personas más capacitadas y talentosas tuvieran acceso a los altos cargos. Por lo tanto, las instituciones políticas adoptadas de China no habían logrado crear una verdadera burocracia de mérito y además resultaban ser cada vez más costosas y menos eficientes.

El mal manejo de los asuntos del gobierno, la gradual decadencia de la monarquía, rodeada del lujo y la extravagancia, la falta de incentivos y el creciente descontento de los aristócratas, que se opusieron a las reformas gubernamentales, y del pueblo, agobiado por los excesivos impuestos y explotado por los terratenientes, se manifestaron en más de una década de rebeliones y alcanzaron un punto álgido o crítico en el año 780 a raíz del asesinato del rey Hyegong. Durante los siguientes 150 años, le sucedieron veinte reyes, pertenecientes a familias rivales del linaje Kim, quienes ascendieron por breve tiempo al trono con el apoyo de ambiciosos aristócratas que contaban con su propio ejército. El que lograba la victoria en la batalla por la sucesión ya no representaba a la aristocracia sino a sus partidarios que lo habían elegido, por lo que cada nuevo rey se convertía en blanco de las venganzas de las facciones que había derrotado y en la mayoría de los casos era asesinado (véase Lee, 1984: 92-94).

La autoridad central se fue debilitando a la vez que se fortalecía la local, encabezada por terratenientes y mercaderes que tenían el control político y económico en sus respectivos distritos y contaban con ejércitos privados. Hacia fines del siglo IX estallaron levantamientos campesinos y de esclavos a lo largo del país encabezados por líderes regionales rebeldes como Kyonhwon, militar de origen campesino, quien estableció el estado de Paekche Tardío, y un hijo ilegítimo del rey Hongang

(875-886), Kungye, se unió al grupo rebelde de *Yanggil* para fundar el de Koguryo Tardío o Taebong. Por lo tanto, Shilla quedó circunscrito a Kyongju y sus alrededores. El ejército del rey Kungye atacó primero a Paekche, al mando de uno de sus más destacados generales llamado Wang Kon, cuya familia se dedicaba al comercio marítimo; éste tomó el control de Taebong en 918 y, tras una serie de exitosos combates con sus rivales, logró en 935 la reunificación de la península bajo la naciente dinastía Koryo (abreviatura de Koguryo, y de donde deriva *Korea* o Corea, el nombre empleado en otras lenguas).

LA DINASTÍA KORYO (918-1392)

Este largo periodo se divide en *Koryo Temprano*, que abarca desde su fundación en 918 (o 935, cuando el 56 y último rey de Shilla se rindió) hasta finales del siglo XII, y *Koryo Tardío*, a partir de entonces hasta su caída en 1392. El fundador de Koryo, Wang Kon, conocido en la historia de Corea por su nombre póstumo *Taejo* (Gran Ancestro), gobernó de 918 a 943 y su propósito fue reinstaurar la gloria del Reino de Koguryo, por lo que estableció una nueva capital central en su ciudad natal, Songdo o Songak (Kaesong en la actual Corea del Norte) y tres subcapitales estratégicas, la del oeste o Pyongyang, la del este o Kyongju y la del sur o Hanyang (la actual Seúl).

Asimismo, llevó a cabo una política expansionista hacia el norte de la península para recuperar los antiguos territorios de Koguryo, en ese entonces en poder de la tribu seminómada Khitan, fundadora de la dinastía Liao del norte de China (907-1125). Entre los años 993 y 1018, dicha tribu invadió en tres ocasiones a Koryo, llegando incluso a ocupar Songdo por breve tiempo ya que, a fin de cuentas, ambos negociaron la paz. No obstante, para evitar una nueva invasión, Koryo levantó años después una muralla defensiva en su frontera norte, desde la boca del río Amnok en el oeste hasta la actual Wonsan en

la costa del este, la cual también tenía el propósito de evitar los continuos ataques de la beligerante tribu Jurchen de Manchuria que, tras derrotar a la dinastía Liao, se apoderó en 1127 de la capital de la dinastía china Song del Norte e instauró la dinastía Jin. Koryo, que anteriormente había enviado tributos anuales a ambas dinastías derrocadas por la Jin, se convirtió también en tributario de esta última (Lee, 1984: 124-129).

También Koryo era una sociedad muy estratificada, encabezada por una nueva aristocracia hereditaria formada por personas allegadas al rey Taejo, por un lado, un amplio y sólido grupo de parientes cercanos que se constituyó mediante alianzas matrimoniales consanguíneas y con miembros de prominentes clanes de los reinos derrotados y, por el otro, el grupo de los sujetos de mérito que contribuyeron a la creación de Koryo e incluía a líderes militares y poderosas familias locales que contaban con sus propias bases económicas en las provincias. Esta aristocracia gozaba de privilegios y monopolizaba los puestos gubernamentales.

Las instituciones del gobierno central eran similares a las chinas, con tres Concejos centrales, un Departamento de Asuntos Militares, los seis ministerios tradicionales y otros organismos administrativos. En 958 se estableció el sistema de exámenes para ocupar puestos en la burocracia (*Kwango*) y escuelas destinadas al estudio de los textos clásicos de Confucio y otros requeridos para preparar dichos exámenes. Si bien en teoría éstos eran abiertos, en la práctica los prejuicios de clase y la falta de oportunidad para dedicarse al estudio, excluían a los plebeyos.

Los hijos de los aristócratas de mayor jerarquía podían tener acceso a puestos gubernamentales sin necesidad de presentar los exámenes, y de hecho las escuelas eran exclusivamente para ellos. Los funcionarios civiles se clasificaron en 18 rangos y eran considerados superiores a los militares, debido a que éstos no tenían acceso a los tres rangos más altos. El ejército se convirtió

en una poderosa fuerza permanente, se desarrolló un sistema de movilización nacional para tiempos de guerra y todos los campesinos entre 20 y 60 años de edad prestaban servicio militar obligatorio.

Los aristócratas y funcionarios recibían del gobierno tierras y cantidades fijas de granos (arroz, centeno y mijo) para su sustento de acuerdo con su rango, posición y servicios prestados, de manera temporal o permanente; pero algunos de ellos gradualmente las convirtieron en su propiedad privada, aunque legalmente estaba prohibido hacerlo, y además acapararon las restantes tierras públicas y gran parte de los impuestos, al grado que, para principios de siglo XII existían 360 grandes latifundios y miles de campesinos se habían convertido en sus siervos (Nahm, 1993: 67). Como consecuencia de ello, la base económica del gobierno central se fue erosionando, aunado a que tampoco se incrementó el comercio interno ni el exterior, que en gran medida estaba regido por las relaciones diplomáticas o tributarias antes mencionadas. Estos nobles eran latifundistas ausentistas que vivían básicamente en la capital y rara vez aceptaban puestos en las provincias, dejando el gobierno local en manos de subalternos, a quienes controlaban mediante el sistema de rehenes practicado desde el periodo de Shilla Unificado.

El grueso de la población, cuya producción mantenía tanto al gobierno con sus impuestos como a los aristócratas con sus rentas, eran los plebeyos, conocidos como *yamgmin* o buena gente (campesinos, pescadores, artesanos y mercaderes) y eran libres; mientras que el bajo pueblo o *chonmin* no tenía libertad de movimiento y vivía en lugares asignados por el gobierno. Este pueblo incluía a cazadores, carniceros, músicos y juglares ambulantes, así como a trabajadores en las minas y factorías públicas o gubernamentales donde se producían materias primas (tales como metales, hilos, papel, carbón, sal, aceite), cerámica y artículos diversos para el consumo local.

La manufactura de productos industriales y de objetos de gran calidad artística estaba concentrada en la capital y era para el consumo exclusivo de la Corte y de la aristocracia. Entre ellos destacan las elegantes y refinadas piezas de porcelana de color verde, conocida con el término europeo de “celadón”, que se caracteriza por: a) su hermoso color que emana una luz misteriosa y evocativas tonalidades que imitan al apreciado jade, b) la estilizada línea de la amplia variedad de jarrones, vasijas, cuencos e incensarios y c) sus discretos y armónicos motivos ornamentales. Para la realización de estos motivos, los artífices coreanos fueron los primeros en emplear en la cerámica la técnica de incrustación o embutido que ya habían utilizado en piezas de laca y metal, creando así peculiares e inigualables obras de arte que no han sido superadas.

Desarrollo cultural

Koryo Temprano (hasta mediados del siglo XII) fue un periodo de esplendor y florecimiento, como resultado de las relaciones establecidas con China durante la dinastía Song. Dentro del marco del sistema tributario existente, los funcionarios del gobierno y algunos mercaderes privados exportaban diversos productos, desde los usuales como oro, plata y ginseng, hasta pinceles, abanicos y papel que eran muy apreciados por los chinos, e importaban aquellos que codiciaba la aristocracia: seda, porcelana, libros, instrumentos musicales, especias y medicinas (Nahm, 1993: 68).

La admiración por todo lo chino modeló la opulenta vida de la Corte y se reflejó en los rituales, la música y la danza, así como en la arquitectura. La capital contaba con numerosos y majestuosos palacios, edificios públicos, hermosos pabellones y templos budistas. La ciudad estaba rodeada por una muralla con veinticinco imponentes entradas y la surcaban amplios y bien cuidados bulevares que dividían los 343 distritos. Esta

majestuosidad contrastaba con la pobreza imperante en los centros y aldeas regionales.

El budismo alcanzó su auge durante este periodo al convertirse en la religión oficial e incorporar elementos del chamanismo y del taoísmo; ocupó un lugar importante en la vida y cultura de los coreanos; muchos miembros de la familia real y de la aristocracia, e incluso algunos plebeyos se convirtieron en monjes. El rey Taejo manifestó en tres de los “Diez Mandatos” que dejó a sus herederos, que el éxito y continuidad de la dinastía dependía totalmente de la protección de Buda, por lo que debían seguirse realizando las ceremonias Yondunhae (conocida como Festival de las Linternas) para venerarle y Palgwahae en honor de las divinidades chamánicas del Cielo, las Montañas y los grandes ríos, que se celebraron por primera vez en el año 551 (Hogarth, 1999: 302-307). Asimismo, la construcción de templos y monasterios se realizaría de acuerdo con los principios de la geomancia establecidos por el eminente monje Toson (827-898) y “...no deberá hacerse si daña la buena energía de la Tierra (*chidok*)” (citado en Lee y De Bary, 1997: 154-156). Resulta pertinente señalar que la geomancia (*Feng shui*, en chino o *Pung-su*, en coreano) ha ejercido una gran influencia en la sociedad a lo largo de su historia, tanto para identificar los lugares propicios en la ubicación de sus ciudades y tumbas de sus ancestros, como para determinar el arreglo espacial y la distribución estructural del sitio elegido según los principios taoístas del *Yin/Yang* y de los cinco elementos.

Por consiguiente, en 1198 se fundó la oficina gubernamental dedicada a examinar la energía (*chi*) de toda la nación y a poner en práctica una administración equilibrada y armónica del territorio con fines defensivos y de protección. Se edificaron más de setenta monasterios en sitios estratégicos y además recibieron tierras no gravables o libres de impuestos; contaban con su propio ejército privado para proteger su propiedad y sus monjes más prominentes fueron respetados y ocuparon

posiciones privilegiadas en la Corte como asesores del gobierno, con los títulos de Preceptor Real (*wangsa*) y Preceptor Nacional (*kuksa*). Residían en el templo del palacio, enseñaban las doctrinas budistas, meditaban y oraban por la seguridad y la paz de la nación, por el bienestar y la prosperidad del pueblo.

El budismo continuó siendo la ideología dominante, contribuyendo a su florecimiento generaciones sucesivas de eruditos y destacados monjes coreanos, quienes fueron a estudiar a China desde la época del Reino Unificado de Shilla y trajeron de allá las doctrinas de las ramas o escuelas budistas entonces prevalecientes. Entre ellos destaca Uichon (1055-1101), hijo del rey Munjong, quien introdujo la secta Tien-tai (*Chontae*, en coreano) y estableció una nueva, Chongye, con elementos de las recién unificadas escuelas del budismo Son. Ésta fue fortalecida por otro destacado preceptor, Chinul (1158-1210), convirtiéndose en la predominante desde entonces hasta la actualidad. Uichon, también conocido como Taegak kuksa, tuvo a su cargo la compilación de una amplia variedad de textos budistas, entre ellos los escritos por los eminentes monjes de Shilla antes mencionados (Lee y De Bary, 1997: 216-239; Grayson, 2002).

También motivaron el predominio del budismo las invasiones de pueblos seminómadas del norte de Asia Central, primero las mencionadas de Khitan y de Jurchen y luego la de los mongoles, quienes atacaron y dominaron a Koryo entre 1231 y 1356. Los coreanos invocaron la ayuda de Buda y buscaron refugio, consuelo y protección en las enseñanzas budistas. Con el fin de acumular méritos, realizaron actos piadosos, elaboraron esculturas, erigieron monasterios, templos y pagodas (Stupa o Budo, en coreano) —que son monumentos para colocar reliquias— por todo el territorio peninsular, y redactaron, transcribieron e imprimieron numerosos textos y escrituras sagradas budistas (Sutra).

En el transcurso del siglo XI se llevó a cabo la gran empresa de imprimir las escrituras budistas *Tripitaka* (“Las Tres Canastas”-*sutra*, reglas y tratados del canon Pali), con la finalidad de promover las enseñanzas de Buda y fortalecer las creencias populares. Uichon se encargó de su edición y además de hacer el catálogo de las obras y sus comentarios suplementarios. Los 5 048 volúmenes resultantes fueron posteriormente destruidos por los mongoles invasores. Por consiguiente, en el siglo XIII los textos se volvieron a imprimir, empleando para ello 81 340 placas de madera grabadas en ambas caras. Esta extraordinaria colección, única en el mundo, es valorada tanto por la exactitud o precisión del contenido de las enseñanzas, como por la elegancia de la caligrafía y la calidad del grabado. Se ha resguardado desde entonces en el templo *Haein* (Reflexiones en un Sereno Océano), edificado en el año 802 en la montaña Kaya que está en el sudeste de la península, y ambos fueron declarados Patrimonio de la Humanidad en 1995 (Lee, 1997: 90-123).

La adopción del sistema chino de exámenes para ingresar al servicio de la Corte trajo consigo el desarrollo de la educación, al fundarse a fines del siglo X la Academia Nacional, la cual tenía tres divisiones dedicadas a estudios confucianos y otras tres a estudios de leyes, administración, matemáticas, astronomía, geomancia y medicina. También, a partir de 1055, floreció la literatura china y la autóctona, cuando la primera de una serie de escuelas confucianas privadas fue instalada por distinguidos funcionarios civiles deseosos de profundizar sus conocimientos sobre la ética social del confucianismo. Estos funcionarios eran una elite que se enorgullecía de su habilidad para memorizar los textos clásicos chinos y para escribir poemas líricos. Algunos eruditos escribieron también textos históricos –tales como los citados *Samguk Sagi* y *Samguk Yusa*– y una variedad de obras cuya edición y publicación se incrementó cuando los

coreanos perfeccionaron en el siglo XIII la imprenta de tipos móviles inventada dos siglos antes por los chinos, al crear tipos de metal para sustituir a los frágiles de cerámica originales.⁹

Koryo Tardío (1196-1392)

A pesar de sus brillantes logros culturales, los problemas económicos y sociales se fueron incrementando, debido a la rígida estratificación social y desigual distribución de la riqueza. Los líderes políticos se mantenían indiferentes y estaban más concentrados en obtener poder y riqueza que en solucionar dichos problemas. Entre ellos, uno de los más serios, era el conflicto existente entre los funcionarios militares y los civiles, debido a la supremacía de éstos y, en cierta medida, al énfasis que estos “caballeros cultivados” otorgaban a las actividades intelectuales o culturales en detrimento de las otras. Esta situación afectó la posición social tanto de los altos funcionarios militares, quienes quedaron reducidos a actuar como guardaespaldas de los aristócratas amantes de festejos y placeres, como de aquellos de rangos inferiores, que eran menospreciados. Por consiguiente, su resentimiento fue aumentando hasta alcanzar su clímax durante el gobierno del rey Uijong (1147-1170), quien llevaba una opulenta y licenciosa vida, rodeado de eunucos y adivinos que ejercían una perjudicial influencia política.

En 1173 los guardias reales se sublevaron, tomaron el palacio y masacraron a los burócratas civiles. Aun cuando la aristocracia no fue aniquilada, los militares acapararon los puestos civiles más altos y se adjudicaron el estatus de aristócratas. Asimismo, con la creciente burocratización del aparato de

⁹ El texto budista llamado *Jikji*, escrito por el monje Hwasang en 1377, fue decretado Patrimonio de la Humanidad en 2001 por ser el primero en el mundo impreso con tipos móviles de metal, más de 70 años antes que la Biblia de Gutenberg.

estado, la habilidad demostrada en los exámenes de ingreso se volvió un importante criterio para la movilidad social. Mientras tanto, el descontento en las provincias también se incrementó y en 1176 estalló un movimiento campesino, que fue el inicio de una serie de rebeliones de esclavos y campesinos que duró varias décadas (Lee, 1984: 142-144).

Finalmente, en 1196, el oficial militar Choe Chung-Hon usurpó el poder y durante los siguientes años logró estabilizar la situación en la capital y en el medio rural; instauró un régimen militar basando su poder en una elite de tres mil guardias y una masa de soldados esclavos; reasignó la posesión de la tierra para favorecer a sus leales seguidores; creó organismos de administración gubernamental privados que controlaban al Estado y utilizó a los reyes como sus títeres (Lee y De Bary, 1997: 190-200).

Choe Chung-Hon mantuvo una fuerza militar centralizada debido a la continua presión de los mencionados imperios seminómadas de Manchuria y, sobre todo, a la creciente amenaza de los mongoles, quienes lograron invadir la península y tomar la capital en 1231. *Choe* negoció la paz aceptando pagar un inmenso tributo y la presencia de guarniciones militares y gobernadores mongoles en todo el país. Al año siguiente la Corte de Koryo se mudó a la isla de Kanghwa para protegerse de la devastadora caballería mongol. Durante los siguientes 25 años el pueblo coreano llevó a cabo un combate de guerrilla contra los mongoles que repetidamente causaron estragos o devastaron el país llevándose consigo numerosos cautivos, entre ellos a jóvenes doncellas destinadas a ser sus concubinas. Finalmente, cuando el cuarto y último dictador de la familia Choe fue asesinado en 1258, el rey Kojong retomó el poder y al año siguiente la Corte se rindió a los mongoles, pero no regresó a la capital entonces sino en 1270 y la esporádica resistencia a su dominio se prolongó hasta 1273.

Los mongoles, que ya se habían apoderado de gran parte de Europa oriental y de Asia y estaban a punto de conquistar

China e instaurar la dinastía Yuan (1271-1368), se anexaron el norte de la Península Coreana y obligaron a los coreanos a participar en los preparativos para sus dos fallidas expediciones contra Japón en 1274 y luego en 1281. En ambas ocasiones los súbditos coreanos construyeron más de novecientas embarcaciones, suministraron abundantes provisiones y contingentes militares, lo cual incrementó aún más la pesada carga tributaria de los campesinos.

El largo periodo de dominación de los mongoles fue, por lo tanto, uno de opresión política, económica e ideológica para el pueblo, la aristocracia e incluso los reyes, quienes tuvieron que casarse con princesas mongolas (empezando con la unión del rey Chungnyol –1275-1308– y una hija de Kublai Khan) convirtiendo así a la familia real en una rama de la casa gobernante de los mongoles. Los reyes y príncipes herederos residieron más tiempo en *Beijing* (en calidad de rehenes) que en Corea. La Corte, al igual que la aristocracia residente en Kaesong o Songdo, fue obligada a adoptar la indumentaria, el peinado y el idioma mongoles, y a pagar tributo a la dinastía *Yuan* en forma de oro, plata, textiles y granos, así como con halcones que los mongoles aficionados a la cacería requerían. Por lo tanto, muchos coreanos se dedicaron a criar halcones, con lo cual se enriquecieron y gozaron de privilegios especiales.

Por otro lado, al ser Koryo parte del vasto imperio mongol, también recibió la influencia cultural y los avances técnicos y científicos del exterior, entre ellos, el cultivo del algodón, el uso de la pólvora, los conocimientos astronómicos y matemáticos del oeste asiático y la filosofía neoconfuciana de China. Ésta tuvo un gran impacto en la sociedad y conllevó el fortalecimiento de una nueva clase de eruditos burócratas (*sadaebu*) y funcionarios militares (*hallyang*) que habían obtenido sus cargos en el gobierno central y local –sobre todo por sus méritos o logros académicos en los exámenes oficiales– así como de pequeños propietarios de tierras que vivían del producto de su

propio trabajo. Ellos enarbolaron un fuerte sentido de rectitud e integridad moral y organizaron un movimiento en pro de reformas políticas y sociales, manifestando su inconformidad, entre otros, con los monjes budistas por su excesivo énfasis en ceremonias, su posición social privilegiada, y sus actividades lucrativas que minaban la economía nacional (Lee, 1984: 160; Lee y De Bary, 1997: 251-258).

La mano firme de los mongoles sirvió para sostener o apuntalar la dinastía *Koryo* por cerca de un siglo, pero por debajo de la superficie los fundamentos del gobierno central se estaban derrumbando: las tierras agrícolas continuaron pasando del dominio público a los latifundios de los aristócratas y de los monasterios budistas, y los campesinos que les pagaban impuestos se transformaron prácticamente en sus esclavos. Los ingresos del gobierno se redujeron al grado de no poder pagar a sus funcionarios menores. Otro factor desestabilizante fueron las repetidas incursiones de piratas japoneses (*waegu*) que empezaron en el siglo XIII y alcanzaron graves proporciones a mediados del XIV, no sólo por devastar los distritos y pueblos costeros de la península, sino también porque bloquearon la transportación marítima de los vitales impuestos de granos. Estas incursiones, aunadas a las de rebeldes chinos, conocidos como Los Turbantes Rojos, que penetraron en la península en 1359 e incluso llegaron hasta la capital en 1361, fueron combatidas y aniquiladas por fuerzas coreanas al mando de los destacados comandantes Choe Yong y Yi Song-Gye.

A medida que el poder de los mongoles decrecía ante la oposición de China a la dinastía Yuan —a la que finalmente derrotó en 1368— el rey Kongmin (1351-1374) empezó a reducir la influencia mongola en la Corte, reestructuró el gobierno y recuperó el control del norte de la península. También intentó, con la ayuda del Preceptor Nacional budista Shin Ton, recuperar las tierras y a la gente que había pasado a formar parte de los latifundios privados, política a la que desde luego

se opusieron sus propietarios. La oposición fue tal que ambos, el rey Kongmin y el preceptor Shin Ton, fueron asesinados. Entonces se desató un violento debate en la Corte entre los reformistas partidarios de una alianza con la recién fundada dinastía china Ming (1368) y los conservadores que se oponían a ello. Estos últimos finalmente resultaron vencedores, frenando así los intentos de mejorar las condiciones políticas, económicas y sociales imperantes.

Cuando en 1388 el gobierno chino manifestó su intención de anexarse el territorio que había administrado la dinastía *Yuan* en el noreste de la península, la facción conservadora encabezada por el rey U (1375-1388) y el general Choe Yong —en calidad de comandante en jefe— decidió combatir a las fuerzas chinas en Manchuria y avanzó con sus tropas hasta el río Amnok; mientras que el general Yi Song-Gye, considerando que dicha acción no era justificable, aprovechó la ocasión para apoderarse de la Corte y eliminar a sus oponentes conservadores. Al consolidar su poder, usurpó el trono en 1392 y fundó la dinastía Yi o Choson, dando así por terminados 475 años de gobierno de la dinastía Koryo.

CONCLUSIONES

En este capítulo se ha resumido el desarrollo del pueblo coreano para mostrar cómo se constituyó en una peculiar nación caracterizada por su homogeneidad cultural y unidad política, con gran sentido de continuidad y conciencia histórica. Prueba de ello son las múltiples evidencias arqueológicas, históricas y legendarias que se remontan al Paleolítico y Neolítico.

El concepto de grupo basado en la unanimidad o solidaridad desempeñó un papel importante en el periodo formativo de la cultura. En el caso de Corea, la organización política y social evolucionó a partir de comunidades consanguíneas que se agruparon constituyendo primero tribus y después Estados

incipientes, por acuerdo común o por el dominio del grupo más poderoso sobre los demás. En una sociedad altamente jerarquizada, la aristocracia estaba constituida por familias, clanes o linajes que trazaban su origen desde varias generaciones atrás. La unificación de la península se logró parcialmente en el siglo VII y se consolidó en la dinastía Koryo, definiéndose la frontera norte del territorio que se conservaría hasta mediados del siglo XX.

Gran parte de la historia temprana de Corea se caracterizó por su vinculación con China; aceptó su papel de miembro subordinado a través de relaciones tributarias –sin perder por ello su autonomía– y adoptó la cultura china. A pesar de su gran impacto, el pueblo coreano logró conservar una visión política y cultural propia. Evidencia de ello son los bienes tangibles e intangibles que han sido decretados Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO.

II
DE CHOSON A CHOSEN:
UNIÓN Y FRACTURA
DE LA NACIÓN COREANA

ALFREDO ROMERO CASTILLA

INTRODUCCIÓN

EN EL CAPÍTULO ANTERIOR SE HA EXPLICADO el largo proceso de formación cultural de la nación coreana que comprende la presencia, desde épocas tempranas, de distintos grupos tribales. Paulatinamente, estos grupos fueron fusionándose hasta empezar a constituir los Estados primigenios que del siglo IV al X formaron los Tres Reinos, el reino unificado de Shilla en 676 y la hegemonía política de la dinastía Koryo a partir de 918. La primera demarca el control territorial del reino de Shilla, y la segunda anuncia la unificación política. Dicho de otra manera, Shilla representó el momento en que el pueblo coreano empezó a vivir en un mismo espacio físico, mientras que Koryo simbolizó el comienzo de una naciente identidad étnica que habrá de perfilarse más claramente durante el periodo de la dinastía Choson (1393-1910). Estos antecedentes permiten iniciar el presente capítulo, ya que constituyen dos etapas significativas en el proceso de unificación sociopolítica en la Península Coreana del que trataremos a continuación.

El recorrido que sigue este prolongado itinerario transita por varias estaciones. De ellas, las más señaladas son: el auge y ocaso del clan Yi; la consolidación de la ideología confuciana como fuente y sostén de un Estado burocrático de carácter jerárquico, incorporado al sistema de relaciones tributarias impuesto por China a sus vecinos; la formación de estructuras económicas y sociales rígidas que fijaron una marcada diferencia entre los distintos estamentos sociales y la recurrencia de invasiones externas que animó la formación de una incipiente conciencia nacional la que, con altibajos, generó la capacidad de repeler las irrupciones. Empero, las presiones extranjeras durante la segunda mitad del siglo XIX, provocaron una desestabilización política, la cual aceleró el deterioro de la economía con sus concomitantes repercusiones sociales. Las distintas fuerzas sociales adoptaron entre sí posiciones encontradas ante la amenaza externa, y esta dispersión acabó por bloquear la construcción de un frente nacional unificado, capaz de resistir la intromisión extranjera. Estas condiciones hicieron más ostensible la debilidad gubernamental.

Dicha situación terminó por abrir la puerta a un nuevo proceso histórico en el que Japón, un país en vías de consolidación de las bases de su modernización capitalista, emprendió con éxito una estrategia de expansión territorial que lo llevó a consolidar una posición hegemónica sobre el Este de Asia. Con este logro, Japón consiguió satisfacer sus ambiciones expansionistas que le permitieron finalmente hacer de la Península Coreana una dependencia colonial, a la que se le impuso la acepción japonesa de su nombre coreano: Chosen.

Durante el periodo que duró la dominación japonesa, 1910 a 1945, Japón pretendió, en un principio, la absorción cultural de sus nuevos súbditos, propósito que enfrentó el rechazo de los coreanos y dio impulso al surgimiento de un movimiento nacionalista que por muy diversas vías buscó la independencia. Pese a estos esfuerzos, Japón terminó por incorporar de manera

forzada a Corea a un proceso de modernización colonial que sentó las bases del capitalismo. Todas estas acciones provocaron graves fisuras entre el pueblo coreano que, a la postre, vio trastocados todos los ámbitos de su existencia; su efecto más nocivo fue la fractura de la identidad nacional.

EL CLAN YI

El origen de la dinastía Choson está ligado a la lucha de resistencia en contra de los invasores mongoles que forzaron la conversión del rey de Koryo en vasallo del Gran Khan, luego de los ataques de 1213, mencionados en el capítulo anterior. Cuando el dominio de los mongoles empezó su declive y en China se dio la recuperación del poder por parte de la dinastía Ming, este cambio dinástico tuvo un efecto favorable entre el círculo de los letrados leales a la monarquía coreana, quienes vieron en este acontecimiento la oportunidad de poder contrarrestar la influencia política que hasta ese momento había tenido el budismo. Su fundador, Yi Song-Gye, un hábil general que combatió a los mongoles, encabezó en 1392 una revuelta que destronó al rey y lo reemplazó por otro. Éste fue el primer paso de una estrategia que lo llevó a proclamarse como el fundador de una nueva dinastía y paulatinamente fue ocupando los espacios del poder político, militar y económico.

La figura de Yi Song-Gye representa el ascenso de un nuevo tipo de grupo social, surgido de las filas del ejército y no de los grandes linajes que, a la postre, acabaron fusionándose. En este sentido Yi aparece como el abanderado de una nueva clase burocrático-intelectual que le sirvió de apoyo para consolidar su proclamación como rey. La nueva dinastía fue denominada con el nombre del más antiguo Estado establecido en la Península Coreana, el reino de Ko Choson (siglo III d.C.). Este acto y la fundación de una nueva capital, en Hanyang, la actual Seúl, simbolizan la transición hacia una nueva era en la que Seúl sería

el espejo en el que se esperaba se habría de reflejar la gloria de la dinastía. Desde ese entonces hasta nuestros días, esta ciudad ha sido el centro político, económico y cultural de Corea (Eckert *et al.*, 1990: 101-102).

Entre 1392 y 1910, se sucedieron en el trono 27 soberanos que ocuparon el reino de Choson con el título de rey, con excepción de los dos últimos. La dinastía dio inicio con el reinado de su fundador Taejo (el gran ancestro) (1392-1398) y su final llegó con los reinados de Kojong (1864-1907), quien abdicó a favor de su hijo, Sunjong, (1907-1910). El primero adoptó, a finales del siglo XIX, el título de emperador; sin embargo, debido al despacho de una misión secreta, en la que denunciara en la Conferencia de Paz de La Haya de 1907 las maniobras de los japoneses en contra de su país, éstos lo forzaron a abdicar. Su sucesor fue finalmente depuesto luego de la firma del Tratado de Anexión a Japón en 1910 (Pratt, Rutt y Hoare, 1999: 65).

Así, Kojong pasó de ser reconocido con el título de *Tae-hwanje* “el gran emperador” al de *Yi Taewang* “el gran rey”, conferido después de 1910 y terminó el resto de sus días solo y abandonado en el Palacio Toksu hasta su muerte en 1919 (Pratt, Rutt y Hoare, 1999: 227-228). Su sucesor no corrió con mejor suerte. De emperador pelele de los japoneses, *Yunhui Hwangje*, continuó su vida convertido en *Yi Wang*, ‘el rey Yi’, hasta el día de su muerte en 1926 (Pratt, Rutt y Hoare, 1999: 451). Su hijo, el príncipe Yi Un, fue llevado desde temprana edad a Japón, donde transcurrió la mayor parte de su vida. Ahí contrajo nupcias con una princesa de la familia Nashimoto, mejor conocida por su nombre coreano de Yi Pangja. En 1963 regresó a Seúl en un estado de salud muy precario que sólo le permitió vivir siete años más (Yi, 1973). El último de los descendientes del Gran Imperio Han, el príncipe Yi Ku, murió en julio de 2005. Al no haber tenido descendencia, su deceso puso fin al linaje de esta dinastía derrotada.

Vista en retrospectiva, la existencia política de la dinastía Yi fue prolongada y azarosa y sólo tuvo contados momentos de gloria. La preocupación inicial del primer monarca Yi y sus seguidores era minar la fuerza política que había tenido el budismo durante el reino de Koryo y adoptar, en su lugar, la práctica del neoconfucianismo que condujo a la formación de un sistema social cuyas estructuras tuvieron una mayor rigidez. La continuidad dinástica ofrece ejemplos de avances y estancamientos. A una época de esplendor le siguieron otras de oscuridad, las que con el paso del tiempo acabaron por tornarse más lóbregas.

El sello distintivo de esta nueva era se lo imprimió el rey Taejong (1400-1418), cuando se dirigió al emperador Hwagwu de China con el propósito de obtener de éste las cartas de investidura que reconocieran oficialmente el nombre de su dinastía. En esa ocasión, al rendirle pleitesía, le expresó su sumisión como vasallo. Asimismo, le aseguró que adquiriría el compromiso de ser leal al culto de los ritos y al conocimiento del pensamiento confuciano.

El cuarto sucesor del linaje de Taejo, el fundador de la dinastía Choson, el rey Sejong (1418-1450), es el monarca que ha dejado la huella más profunda en la cultura coreana. Al mismo tiempo que continuó impulsando la construcción del Estado confuciano a través de la aplicación de reformas administrativas, mostró también un interés en el budismo. Del florecimiento cultural que tuvo lugar durante su reinado destacan la refundación, en el año de 1420, de la Academia Chipyon-jon, y la invención del *hangul*, el alfabeto coreano. La primera había sido fundada durante el periodo Koryo a imagen y semejanza de la Academia Imperial China de la dinastía Tang. Este instituto estuvo en un principio formado por 10 miembros, número que después fue ampliado a 20. Éstos, aparte de dedicarse al estudio de la vida intelectual y las instituciones chinas susceptibles de servir de modelo a la dinastía Choson, fungían, asimismo, como asesores

del rey en asuntos relacionados con los principios filosóficos, la conducción de la política y realizaban investigación literaria, histórica y cultural (Kim, 1992).

El *hangul* es un avanzado sistema de transliteración fonética de la lengua coreana, la que hasta entonces se escribía en caracteres chinos, cuyo texto fue publicado en 1446 con el título de *Hunmin chongum*, “los verdaderos sonidos para la educación del pueblo” (Ledyard, 1998). La invención de este sistema de escritura significó por un lado, el propósito del rey Sejong de afirmar la independencia cultural de Corea, sin que ello implicara un rechazo al intercambio intelectual con China; y por otro, una genuina preocupación porque la cultura fuera asequible a todos los sectores de la sociedad.

Sin embargo, esta última intención no gozó de la simpatía de los letrados, quienes despectivamente se refirieron a la propuesta como *onmun*, “escritura vulgar”, que no poseía el mérito literario de la escritura china. Esta oposición redundó en que el *hangul* no fuera utilizado ni en los documentos oficiales ni en los textos eruditos. No obstante, logró alcanzar una difusión limitada como medio de expresión escrita de las mujeres, en las letras de canciones y otras piezas literarias vernáculas hasta que, en 1504, una propuesta del príncipe Yonsan proscribió su aprendizaje y enseñanza (Kim, 1997).

Desde una perspectiva más precisa, la personalidad de Sejong es reconocida en la historiografía coreana como el prototipo por excelencia del ideal confuciano del soberano que gobierna con la virtud y el ejemplo de su vida personal. Su reinado es referido como una era semejante a la Utopía en la que imperó la paz y la prosperidad. No obstante, debe apuntarse que este periodo no estuvo exento de problemas con los pueblos vecinos, como fue el caso de los jurchen, quienes, dirigidos por Yi Chingok, emprendieron ataque en la región noreste (1453) y por Yi Siae en el noroeste (1467), así como de los continuos merodeos de los piratas japoneses. No obstante, su reinado

representó el inicio de una etapa de tranquilidad en la que no se presentaron mayores zozobras, la cual se prolongó por cerca de doscientos años.

EL CONFUCIANISMO COREANO

La adopción del confucianismo fue un proceso gradual que se remonta a los albores de la historia coreana. Empero, el advenimiento de la dinastía Choson dio impulso a la adopción de la versión neoconfuciana propuesta por Chu Hsi, en China, que establecía preceptos para la renovación social y política. No obstante, en 1392 el reino coreano distaba de constituir la entidad moral requerida por el ideal confuciano. Fue hasta los siglos XVI y XVII cuando, a través de un complejo proceso de fusión de las costumbres de Koryo –la dinastía anterior– con estas nuevas ideas, el confucianismo logró constituirse en una “práctica nacional” (*kuksok*); esta expresión refleja el carácter distintivo de la transformación confuciana de Corea, una mezcla del modelo preconfuciano con una particular interpretación de los textos neoconfucianos (Deuchler, 1992: 127-128).

El desarrollo de esta práctica transitó por una primera etapa en la que se buscó eliminar la influencia política que tenía el budismo, a una segunda en la que se consolidó la hegemonía de una visión de confucianismo ortodoxo, que finalmente condujo a la institucionalización de un sistema ético que afectó todos los ámbitos de la vida de la aristocracia coreana que le imprimió su sello distintivo al reino de Choson.

Así, la idea de una gran familia jerárquicamente organizada bajo una red de relaciones recíprocas de deberes y obligaciones entre cada uno de sus miembros, se proyectó hacia la construcción de un Estado confuciano que duró 500 años, durante los cuales el rey fue siempre considerado como el padre del Estado. En este sentido, la concepción de esta idea de la familia extendida, propugnada por la ideología confuciana, regía a la sociedad

no sólo internamente, sino que también incluía a las relaciones políticas con las naciones vecinas. Éstas eran, a su vez, consideradas como una extensión de las relaciones interpersonales; lo cual implicaba que el emperador chino debería ser reconocido como el hermano mayor del rey coreano.

La figura de esta relación aparece contenida en la expresión *sadae kyorin*. El primer término quiere decir “servir al más grande” (China), mientras que el segundo connota “el mantenimiento de relaciones amistosas entre vecinos” (Japón). La primera frase proviene de la antigua filosofía política china y se refiere a las responsabilidades mutuas que debe haber entre el hijo y el padre, la que por analogía aplicada a las relaciones interestatales, constituye lo que algunos autores han denominado “el orden mundial chino” (Fairbank, 1968), en el cual China ocupaba el centro, situación que era ratificada a través de la práctica del sistema tributario. En este sentido, Corea le debía lealtad y obediencia a China, virtudes que se refrendaban con el intercambio, cada tres años, de enviados oficiales, quienes en un estricto acto ceremonial intercambiaban mutuamente presentes (Kim y Kim, 1967: 12-13).

Empero, al margen del boato protocolario, este intercambio perseguía también objetivos económicos a la manera de transacciones comerciales, particularmente de oro, plata y ginseng que llevaban los enviados coreanos, y la adquisición por parte de estos últimos de telas de seda, satín, hierbas medicinales y otros bienes suntuarios chinos (Chun, 1968: 107). Asimismo se llegaron a intercambiar caballos y toros coreanos por ramina y algodón, y en otro momento también se comercializaron productos como: cáñamo, piel de foca, madera de sándalo, alud y chile por gasa de seda (Palais, 1996: 31).

Aunado a lo anterior también merece apuntarse el intercambio cultural. Si bien la cultura no figuraba como un objetivo expreso del sistema tributario, en las listas del intercambio de bienes también aparecen obras literarias y artísticas que de al-

guna manera podían influir entre los miembros de las misiones oficiales coreanas. Este contacto con la intelectualidad china permitió, de manera indirecta, contribuir al avance cultural de Corea. Sin embargo, debe quedar asentado que el verdadero sentido que revestía el sistema tributario era de índole política. China demandaba al reino de Choson obediencia, la presentación del tributo y una coexistencia pacífica basada en la no interferencia en los asuntos coreanos (Chun, 1968: 110-111).

Visto en términos estratégicos, Corea era muy importante para la seguridad de China y por ello el poder del imperio chino garantizaba la protección del territorio coreano. En este sentido, en aras de este interés mutuo, el reino de Choson aceptaba gustoso la subordinación. Además, en última instancia esta política era la garantía absoluta de que China no interferiría en los asuntos políticos o militares internos de Corea (Lee, 1987: 475). En otras palabras, el *sadae* puede interpretarse como un mecanismo de política realista, a través del cual Corea pudo gozar por varios siglos de autonomía. De esta manera, la observancia coreana a los preceptos y la práctica del confucianismo constituyó la base de la práctica diplomática de la dinastía Choson hasta la segunda mitad del siglo XIX (De Bary y Kim-Haboush, 1985: 65).

ESTRUCTURA DE CLASES Y RELACIONES DE PODER

La adopción de las ideas neoconfucianas implicó asimismo la construcción de una estructura de clases sociales a la manera de la China confuciana, aunque con ciertos matices de diferencia. Durante la dinastía Choson se consolidó el predominio de una clase aristocrática que constituyó un sólido bloque social formado por un estrato burocrático-intelectual fusionado con los terratenientes. En sentido estricto, se trataba de un mismo grupo social identificado como *yangban*, el término coreano

utilizado para referirse a los aristócratas. Este nombre define literalmente la fusión de dos grupos que simboliza la unión de la pluma y la espada, la cual implica una referencia a todos aquellos que pueden ser elegibles para ocupar puestos gubernamentales. Dicho de otra manera, los *yangban* detentaban la propiedad de la tierra y tenían además el monopolio de la educación y los puestos administrativos, para lo cual establecieron un rígido sistema de control que les permitiera asegurar la continuidad del linaje (Cumings, 1984b: 11).

Esta endogamia explica la continua permanencia de este estrato social en las altas esferas del poder. Las bases de esta estabilidad estaban fincadas en el estudio de los clásicos confucianos y en la aprobación de los exámenes oficiales que se convocaban cada tres años. De acuerdo con un estudio realizado sobre los resultados de estos certámenes, se encontró que 14 000 de los candidatos que calificaron en las pruebas eran personajes pertenecientes a los grandes linajes, posición que les aseguraba la posibilidad de mantener su posición y heredarla a sus descendientes (Cumings, 1984b: 11). Este rango social no se perdía aun en el caso de aquellas familias venidas a menos.

De esta manera, el grupo *yangban* se ostentaba orgulloso de pertenecer a un alto estrato social que le permitía gozar de una posición exclusiva y privilegiada que lo mantenía apartado del resto de la sociedad la que, a su vez, estaba formada por tres grupos principales: *chungin*, el estrato medio, *sangmin*, los plebeyos, más los esclavos y los desclasados.

Los primeros eran un grupo reducido formado por los descendientes de familias nobles de la época de Koryo y algunos otros que se dedicaban a la medicina, la pintura, las matemáticas y la astronomía. Los segundos constituían la mayoría campesina e incluía a otros subgrupos formados principalmente por comerciantes, artesanos y pescadores. El tercer grupo lo formaban estratos minoritarios, que incluye además de los esclavos a los desclasados. Los esclavos eran un grupo dividido en dos secto-

res, el público y el privado. En el primer caso se trataba de los convictos y sus descendientes, mientras que en el segundo, eran aquellos que habían sido objeto de compraventa para servir por tiempo indefinido o parcial en casas privadas. Los desclasados eran un grupo rechazado por razón de los oficios que habían heredado de sus ancestros: los carniceros, los curtidores de pieles y los mendigos (Kim y Kim, 1967: 7).

Cabe agregar, en relación con la práctica del neoconfucianismo durante la dinastía Choson, que ésta tuvo su arraigo entre el selecto grupo de los *yangban*, mientras que el resto de la población permaneció ligada a las prácticas budistas y a las religiones populares: el chamanismo, la geomancia y la predicción de la suerte (Cumings, 2004: 76). Esta situación contradice la versión comúnmente aceptada de que la práctica del confucianismo abarcó a todos los ámbitos de la sociedad coreana.

Este rígido sistema político y social, caracterizado por el control de una administración central fuerte en la que participaba un conglomerado de funcionarios que constituían una burocracia civil, ha tendido a ser definido como feudal. Sin embargo, ésta es una apreciación imprecisa porque, si se le compara con las formas de feudalismo surgidas en Europa y también en Japón, se observa que en la experiencia coreana, el elemento sobresaliente es su carácter burocrático, el cual radica en la formación de un sistema administrativo centralizado dirigido por una elite de funcionarios, escogida a través de un riguroso procedimiento de selección (Cumings, 2004: 74).

En este sentido reviste una cierta analogía con el llamado sistema *fengjian* en China, iniciado en la época Zhou y continuado por espacio de ochocientos años (Fairbank, 1992: 39), con la salvedad de que el carácter de la interacción agrario-burocrática coreana resulta ser de cierto modo una desviación de la experiencia china. En el caso coreano eran frecuentes los conflictos entre los burócratas y los terratenientes por el control de los recursos, disputas en las que los últimos siempre salían

victoriosos. En este sentido debe considerarse que, a pesar de que el Estado era el propietario de la tierra, el dominio privado de ella tendió a ser más fuerte en Corea que en China (Cumings, 2004: 74).

Asimismo, el carácter hereditario que definía la pertenencia de cada quien a un determinado estrato social, dotaba a sus miembros de una conciencia social diferenciada, lo cual limitaba cualquier tipo de interrelación entre los distintos estratos y en ocasiones aun entre ellos mismos, según lo muestra el caso de las sangrientas luchas entre facciones que periódicamente ocurrían entre la elite *yangban*. Tales luchas se remontan a las purgas de los letrados, las llamadas *sahwa*, iniciadas a mediados del siglo xv las que fueron seguidas por 12 enfrentamientos acaecidos entre 1453 y 1722, los cuales socavaron la autoridad del rey y desestabilizaron al gobierno (Pratt, Rutt y Hoare, 1999: 397).

Este es un fenómeno inherente a los sistemas monárquicos absolutistas gobernados por una burocracia, que en el caso coreano se hacía más ostensible por el influjo de la ética neoconfuciana. El sentido de lealtad imponía la pertenencia a una determinada facción enfrentada a otras, no por motivos precisamente ideológicos sino por espacios de poder, que se agudizaban en periodos de sucesión al trono en los que solían tomar parte activa los intereses de las familias de las reinas y las otras consortes. Estas luchas se recrudecieron durante el reinado de Sejo en 1574 y se sucedieron periódicamente a lo largo de la historia de la dinastía (Pratt, Rutt y Hoare, 1999: 115-116).

Los campesinos, al igual que los aristócratas, también tenían un fuerte sentido de pertenencia a un clan, pero a diferencia de los primeros, los vínculos sanguíneos mantenidos entre ellos, los dotaban de un sentido de solidaridad que les servía como mecanismo de autodefensa, ante cualquier tipo de abusos, en particular los cometidos por los terratenientes *yangban*, en sus funciones como representantes de la administración central. En este sentido, el gobierno era visto por los campesinos como un

órgano explotador y represor, preocupado únicamente por el cobro de impuestos y por exigir obediencia sin ofrecer ningún beneficio a cambio (Kim y Kim, 1967: 9-10).

Este predominio político que ostentaba la elite *yangban* frente al resto de la sociedad dio pie para que se presentara un divorcio entre gobernantes y gobernados, factor que en más de una ocasión actuó en detrimento de la posibilidad de concertar una acción coordinada para la defensa del país y poder enfrentar las amenazas externas.

INVASIONES EXTERNAS Y DECADENCIA DEL SISTEMA DINÁSTICO

A lo largo de su existencia histórica, Corea ha sido tierra de paso de múltiples invasiones externas. Según se ha apuntado, Yi Taejo, el fundador de la dinastía Choson, fue un combatiente contra los mongoles; más adelante, durante el reinado de Sejong, surgieron algunos incidentes que no representaron mayor problema. Sin embargo, a finales del siglo XVI, tuvieron lugar, entre 1592 y 1597, dos invasiones militares conducidas por Toyotomi Hideyoshi, uno de los caudillos militares japoneses que luchó por lograr la unificación política del Japón feudal, las que aparecen registradas en los anales de la historia coreana con el nombre de *Imjin Weran*: “la invasión de los bandidos japoneses en el año del dragón de agua”, y en la historiografía japonesa como *yakimono senso*, “guerra de la cerámica”, nombre que se refiere a la introducción de las técnicas de producción de cerámica a Japón por un grupo de ceramistas coreanos que fueron traídos a este país entre el contingente de prisioneros de guerra (Hawley, 2205: xii, 133 y 496).

En la opinión de algunos autores, Toyotomi estaba al tanto de las intrigas palaciegas en la corte de Choson. Este hecho le permitió pensar que podría fácilmente tener éxito en atacar Corea, como un primer paso para avanzar después sobre China.

En la primavera de 1592, desembarcaron por sorpresa 158 000 efectivos japoneses en el puerto de Pusan, causando estupor y confusión entre los coreanos. Esta reacción persuadió a Toyotomi de que no era infundada su percepción sobre la desunión coreana, lo cual ciertamente le dio una ventaja inicial.

El gobierno se aprestó para la defensa y despachó al general Sin Ip hacia el norte y al general Yi Il hacia el sur, con el propósito de estimar la capacidad de defensa y trazar una estrategia. La información obtenida estaba lejos de ser la más adecuada, porque solamente se limitaba a hacer un recuento de los pertrechos con que se contaba y no hacía mención alguna sobre las fortificaciones y otras medidas estratégicas necesarias para repeler un ataque. Asimismo, estos militares parecieron no percatarse de la superioridad numérica de las tropas japonesas y del arsenal con que éstas contaban, el cual incluía armas de fuego, un avance tecnológico que había sido introducido en Japón por comerciantes portugueses en 1543 (Hawley, 2005: 5 y 125).

Esta falta de visión llevó incluso a Sin Ip a mostrarse escéptico sobre la efectividad del uso de los mosquetes y afirmó categóricamente que éstos no le causarían daño a nadie (Turnbull, 2002: 16). Las tropas comandadas por Sin Ip fueron derrotadas y él mismo perdió la vida en la batalla de Chungju, después de la cual ya no hubo obstáculos para que las fuerzas japonesas avanzaran hacia Seúl y tomaran la ciudad en una acción que duró menos de tres semanas.

El rey Sonjo y algunos miembros de su corte buscaron refugio en el norte de la península, en la frontera con China, la única zona libre del control japonés y pidió ayuda al emperador chino. El gobierno Ming se mostró reticente a esta petición y, sólo después de haber despachado a un grupo de oficiales chinos a que constatará la gravedad de la situación, envió un ejército. Finalmente, en enero de 1593 logró liberar a Pyonyang. Este triunfo reavivó el ánimo de los coreanos y en un esfuerzo con-

junto de *yangban*, campesinos y esclavos al mando del almirante Yi Sunsin, derrotaron a las tropas japonesas en las batallas de Haengju en el río Imjin, Chinju y Hansan, acciones que forzaron la evacuación del ejército japonés.

El 24 octubre de 1593, el rey regresó a Seúl, una ciudad devastada al igual que el resto del país. La labor de resarcimiento era muy difícil debido la magnitud de los daños infringidos. El deterioro de la economía afectaba gravemente a la población y era preciso atender este problema. Por otro lado, también era necesario obtener recursos para renovar la capacidad del ejército porque según la opinión de los militares chinos su forma de organización era totalmente anticuada. Esta última cuestión era de vital importancia, porque el retiro japonés de ninguna manera implicaba que el peligro de un nuevo ataque hubiese sido conjurado.

Una segunda invasión fue emprendida por un ejército de 141 500 efectivos japoneses en 1597. Esta vez el objetivo de Toyotomi Hideyoshi se centraba sólo en Corea, olvidando su propósito de conquistar a China, cuya capacidad de respuesta en favor del reino de Choson, le hizo comprender su inviabilidad. En consecuencia, el avance de sus tropas se circunscribió a las provincias sureñas de Kyongsang, Cholla y Chungchong, en atención al interés de algunos de sus generales de que la conquista se concentrara en esta región, para que una vez conseguida la victoria, estos territorios fueran convertidos en provincia japonesa (Hawley, 2005: 441-442).

De nuevo el desánimo y la falta de confianza cundieron entre los coreanos, quienes demandaron que el almirante Yi Sunsin asumiera el mando de la defensa. Éste fue liberado de la prisión en la que se encontraba cumpliendo una condena injusta, víctima de un acto de insidia perpetrado por uno de sus colegas. Yi recurrió a los famosos “barcos tortuga” (*kobuk-son*), uno de los primeros acorazados, amén de una innovación tecnológica para su tiempo, esta arma le permitió diezmar a la

armada japonesa. La ya inminente derrota se aceleró después de que Toyotomi Hideyoshi cayera enfermo y abandonara Corea para ir a morir en Japón. Yi Sunsin persiguió a las naves japonesas hasta sus costas y en esta acción perdió la vida (Pratt, Rutt y Hoare, 1999: 524-525).

Con la muerte de ambos militares, en 1598, llegó a su fin esta guerra que dejó diversas consecuencias entre sus contendientes. Para Corea el saldo fue negativo en términos de pérdida de vidas humanas y los graves daños materiales causados. Para China, significó pérdidas económicas, difíciles de resarcir, y que incidieron en el ocaso de la dinastía Ming. Para Japón, por el contrario, los efectos resultaron más benéficos. Si bien en un primer momento la interpretación giró en torno a que se trató de una campaña onerosa de la que sólo se obtuvo la técnica para mejorar la fabricación de cerámica, esta visión soslaya el hecho de que, aparte de los ceramistas, hubo entre los prisioneros de guerra coreanos otro tipo de artífices que también hicieron aportaciones en sus respectivos dominios de saber.

Por otro lado, la desaparición de Toyotomi Hideyoshi allanó el camino para que Tokugawa Ieyasu lograra el objetivo de unificar a Japón y, una vez entronizado como *shogun*, procediera a poner en marcha su proyecto de constituir un gobierno centralizado, el *Edo bakufu* (porque su sede fue Edo, la actual Tokio), más propiamente referido por los historiadores japoneses como *bakuban teisei* (régimen de *bakufu*) y en algunas fuentes anglosajonas como *shogunato*, que marcó el inicio de la también llamada *Pax Tokugawa*; una era de estabilidad política y social que transformó a Japón.

Corea todavía no se recuperaba totalmente de los estragos causados por la invasión japonesa, cuando de nuevo volvió a ser víctima de otra agresión. Esta vez fueron los manchús, quienes habían conseguido derrocar a la dinastía Ming en China. Luego de no haber podido resistir los combates de 1627 y 1637, el reino coreano optó por aceptar la realidad de esta imposición, lo

que implicaba continuar sometida al sistema tributario y reiterar su condición de vasallo de la que, posteriormente, habría de ser la última dinastía china: la Qing (1644-1911).

A continuación siguió una época de relativa tranquilidad que favoreció el desarrollo de un movimiento intelectual surgido entre un sector de los letrados confucianos denominado *sirbak*, conocimiento práctico. Sus impulsores pretendían buscar nuevas fuentes de conocimiento susceptibles de redituarse un mayor beneficio para el país. Esta inquietud tiene sus raíces en el desencanto que causaron entre ciertos sectores *yangban* algunas de las acciones de China durante las invasiones japonesas y la incertidumbre generada por el cambio dinástico llevado a cabo por los manchús; situaciones que, en cierta medida, pusieron en tela de juicio la conveniencia de continuar perteneciendo al sistema tributario.

Por otro lado, la formación de esta corriente puede interpretarse también como una reacción contraria al sentido de exclusividad con el que la elite *yangban* solía comportarse en su afán por mantener el control de los hilos del poder. Quienes así pensaban eran aquellos que habían sido expulsados de las esferas del gobierno a causa de los frecuentes enfrentamientos entre facciones, una práctica que además de bloquear las funciones del gobierno, cortaba de tajo las aspiraciones de todos aquellos que tenían un genuino interés por el futuro de su país.

Esta nueva visión sobre lo que debería ser el conocimiento se fundaba en la necesidad de que el estudio de la filosofía debía avocarse a la solución de los problemas reales de la sociedad, para lo cual se requería de mentes abiertas hacia toda clase de información, la que debería ser juzgada por sus efectos prácticos. Por lo tanto, las fuentes de conocimiento no sólo deberían ser las chinas, también tendrían que buscarse en otros lugares, sin que ello implicara olvidarse de la importancia de recuperar el valor del pensamiento tradicional coreano. Esto requería del uso del *hangul* como medio de expresión escrita, de fomentar

las técnicas pictóricas y el uso de los instrumentos musicales, así como practicar el *sijo*¹ como género literario por excelencia (Kalton, 1975).

De haber prosperado este movimiento el reino de Choson pudo haber estado en mejores condiciones para enfrentar su ulterior encuentro con formas de pensamiento provenientes de allende el continente asiático. El movimiento *siŕhak* tuvo en su contra la práctica de un sistema de conocimiento dogmático que postulaba la homogeneización ideológica y sólo reconocía a los letrados que se manifestaban fieles a la ortodoxia del pensamiento confuciano, mientras que condenaba al ostracismo a quienes sostuvieran ideas consideradas incorrectas según los cánones de la ideología dominante. Por tanto, resultaba difícil que tuvieran eco las propuestas innovadoras sobre la administración, la justicia, la estructura de la política y la reforma agraria sustentadas de manera magistral por Chong Yag-Yong; que no merecieran mayor atención las reflexiones de Yi Su-Gwang sobre su encuentro con las ideas europeas que se propalaban en Beijing, así como tampoco el *Registro de Preocupaciones por los no privilegiados*, escrito por Yi Ik (Cumings, 2004: 79-81).

Este recelo hacia el libre flujo de las ideas, aunado a la amarga experiencia tenida con las invasiones externas, generaron entre la elite *yangban* y la monarquía coreana un resquemor que se tradujo en el rechazo hacia todo contacto con el exterior que se manifestó en la aplicación de una política de introspección que mantuvo enclaustrado al país por aproximadamente dos siglos y medio, periodo en el que sólo se mantuvieron dos ventanas abiertas: una hacia China en el norte y otra hacia Japón en el sur.

Sin embargo, a finales del siglo XVIII empezaron a aparecer indicios de que este aislacionismo iba a ser difícil de mante-

¹ El *sijo* es un poema escrito en tres líneas en las que se forman grupos de entre tres o cuatro sílabas, hasta sumar cuarenta y cinco.

ner. En 1784 llegaron las primeras ideas cristianas traídas de Beijing por algunos de los enviados en las misiones tributarias a China, las que llamaron la atención de los partidarios del conocimiento práctico, quienes comenzaron a formar una incipiente comunidad católica, actividad que, una vez advertida por los censores del gobierno, fue reprimida en el año de 1801 a través de una acción que obedeció más al hecho de que varios de sus miembros pertenecían a la llamada “facción sureña” y no a que, en una primera instancia, hubieran abjurado de la ideología dominante por haberse convertido a la “maligna” religión extranjera. Al arribo del cristianismo le siguió, entre 1797, 1816 y 1832, la presencia de barcos de guerra y naves comerciales provenientes de Inglaterra, Francia y Rusia que empezaron a merodear por las costas coreanas en demanda de comercio (Kim y Kim, 1967: 11-12).

En 1866 un escuadrón francés formado por seis barcos de guerra con 600 soldados a bordo invadió la isla de Kanghwa para exigir una explicación por la ejecución de un grupo de misioneros católicos pertenecientes a la *Société de Missions Étrangères*, condenados por no haber respetado el decreto que les negaba la entrada y permanencia en suelo coreano. La expedición no logró cumplir sus objetivos y acabó por retirarse (Dallet, 1874: II, 578-586). Igual suerte corrió la expedición de cinco navíos de Estados Unidos que, en 1871, exigieron explicaciones por la destrucción del barco *General Sherman*, que encalló en aguas coreanas. Todas estas incursiones eran el presagio de futuras amenazas, ante las cuales el gobierno de Choson tenía una escasa capacidad de respuesta.

La revisión de los subsecuentes acontecimientos requiere tener en cuenta dos aspectos importantes. En primer lugar, el juego de poder internacional que empezó a rodear a la Península Coreana, sobre el cual la elite *yangban* no estaba adecuadamente informada, y por lo tanto actuó ante él con desconocimiento de

causa. En segundo, las condiciones sociales internas que desde un tiempo atrás, daban fuertes muestras de deterioro.

Entre 1860 y 1882 se resquebrajó el sistema tributario que exigía la supeditación jerárquica de los estados vecinos al emperador chino. Esta fisura fue provocada por la intrusión del colonialismo europeo y su visión sobre la conducción de las relaciones interestatales basada en la igualdad soberana de todos los estados. Cabe acotar que, en la práctica, la aplicación de este principio no se hizo extensiva a los estados del Este de Asia, por considerar que éstos se encontraban fuera del perímetro de lo que los europeos consideraban el círculo de “las naciones civilizadas”. En consecuencia, tanto China, como Japón y Corea, fueron objeto de la imposición de tratados desiguales.

Sin embargo, debido a las diferentes características sociales prevalecientes en cada uno de estos países, se observan diferencias de matiz en las respuestas frente al embate imperialista europeo. Mientras Japón emprendió la tarea de transformar sus estructuras internas con el fin de alcanzar y superar a los invasores, y se avocó a la tarea de formar un ejército que lo dotara de capacidad militar, China fue víctima de las ambiciones imperialistas, y sometida a un sistema de tratados internacionales que, paradójicamente, le sirvieron de acicate para garantizar su seguridad. Corea, por su parte, se mantuvo renuente a integrarse a este nuevo sistema y, a la postre, quedó expuesta a los vaivenes de los intereses políticos de las potencias imperialistas, todo lo cual ahondó la rivalidad entre China y Japón, que terminó siendo decisiva para romper el aislamiento internacional del reino de Choson (Kim, 1980).

En los albores del siglo XIX las instituciones políticas moldeadas a imagen y semejanza de China se encontraban en decadencia debido a las cruentas luchas entre las facciones políticas y la corrupción gubernamental. La estructura de la sociedad era rígida y autoritaria basada en atávicas formas de producción agrícola en la que no había espacio para el desarrollo de otras

actividades económicas como la manufactura y el comercio, lo cual hacía más ostensible la miseria de las masas campesinas, las que, por su parte, se sentían arraigadas a su solar natal y muy lejos de las instancias del gobierno central y su anquilosado aparato burocrático (Kim y Kim, 1967: 3 y 10).

La primera fase del deterioro del sistema tradicional coreano se inició cuando en 1864, un niño de 11 años, mejor conocido por su nombre póstumo de Kojong, sucedió en el trono de Choson al rey Cholchong, quien murió sin dejar descendencia. Dada su corta edad, su padre, el príncipe Yi Ha-Ung, ocupó el cargo de regente con el título de *Taewongun* (Príncipe de la Gran Corte).

Este personaje era un noble relativamente desconocido y una vez encumbrado, dio muestras de poseer una fuerte personalidad. De inmediato desplegó una gran energía para acabar con la facción que virtualmente había usurpado el poder soberano de los reyes e intentó algunas reformas. La más importante fue la de retirar los privilegios y la exención del pago de impuestos a las academias confucianas (llamadas *sowon*), las cuales se habían convertido en centros de oposición al gobierno. Pero la rudeza con la que emprendió tales acciones impidió que tuvieran éxito sus propuestas reformistas (Kim y Kim, 1967: 13-14).

En el plano externo, el *Taewongun* se obstinó en rechazar todo contacto con países extranjeros y esta cerrazón fue la que de manera directa o indirecta provocó las invasiones extranjeras por la muerte de los misioneros y la destrucción del *Sherman*. También fue responsable de la renuencia a aceptar, en 1870, la petición de Japón de reformular la conducción de las relaciones entre ambas naciones en los términos establecidos por la práctica diplomática europea (Kim y Kim, 1967: 14).

De esta manera, tanto el reino como la sociedad de Choson enfrentaban un dilema entre el cambio y la tradición. Al optar por asumir una posición de aislacionismo a ultranza, el *Taewongun* logró preservar temporalmente la unidad de la nación y no

se percató de que con esta actitud, también ponía un freno a la posibilidad del cambio social que se requería para superar el estancamiento económico. Estas condiciones aumentaron el descontento de la población campesina, agobiada por los altos impuestos y la explotación de los terratenientes desde tiempo atrás. Vale la pena acotar que las reformas jamás estuvieron a la altura de la necesidad de cambio que el país realmente requería, especialmente debido al carácter pragmático, mas no programático, de sus propuestas. Es decir, las reformas no modificaron el *statu quo*, lo cual implicaría acabar con la situación privilegiada de la que por tan largo tiempo había gozado la elite *yangban* (Pallais, 1991: 4).

EL OCASO DE LA DINASTÍA CHOSON Y LA PÉRDIDA DE LA INDEPENDENCIA

Ante tan desolador panorama, todo parecía indicar que ya nada podría evitar que el reino de Choson se encaminara a su fin. El *Taewongun* se retiró de la vida de la corte en 1873, con lo cual dejó de tener influencia sobre su hijo, el rey, quien pasó ahora a tener el influjo de su esposa, la reina Min, una mujer ambiciosa, dotada de cierta sagacidad política que utilizó para favorecer a los miembros de su familia a quienes colocó en puestos clave del gobierno y para inmiscuirse en repetidas ocasiones en los asuntos del Estado.

La historia de la caída de la dinastía Choson está llena de incidentes de los que no se puede dar cuenta en su totalidad en un solo capítulo. Por lo tanto, debe partirse de una consignación general de algunas de las razones que condujeron a la pérdida de la independencia para después señalar algunos de los acontecimientos subsiguientes.

En primer lugar figura la posición geopolítica del reino de Choson, que para la segunda década del siglo XIX se había convertido en un tablero de ajedrez en el que con soltura se

movían las piezas que dirimían las rivalidades entre China, Rusia y Japón, mientras el resto de las potencias imperialistas se mantenían a la expectativa. En segundo, la dificultad de poder emprender reformas debido al conservadurismo de la ideología política dominante; el enfrentamiento faccionario con que solían zanjarse los asuntos políticos entre la elite; la corrupción del aparato burocrático; la constante recurrencia de los miembros de la elite a buscar aliados entre las potencias extranjeras; el rechazo a las reformas por el temor de la elite a la pérdida de sus privilegios y, sobre todo, el divorcio que desde siempre había mantenido separada a la elite gobernante del resto de la población, la que aceptaba pasivamente esta suerte. De esta manera un rey prisionero entre las redes de los intereses de los aristócratas, las intrigas de su esposa para favorecer las aspiraciones de sus familiares y, desvinculado además, de las bases de su pueblo, poco podía hacer para resistir las presiones externas que como una terrible sombra, se cernía día a día sobre la cabeza de su reino (McGrane, 1973: 37-38).

En 1875, después de varios intentos frustrados, Japón logró al fin forzar la “apertura” de Corea a través de una acción calcada del modelo que Estados Unidos había utilizado en su contra algunos años atrás. En esta ocasión se trató de provocar un incidente militar para después exigir por la fuerza las excusas de rigor y la suscripción de un tratado, el cual fue firmado en la isla de Kanghwa el 16 de febrero de 1876. Este tratado, a su vez, era una copia de los tratados desiguales que las potencias imperialistas habían impuesto a China y Japón, el cual estipulaba el intercambio de enviados diplomáticos, la apertura de dos puertos coreanos, además de Pusan, y el derecho de extraterritorialidad para los japoneses residentes en Corea. Sin embargo, el punto más importante del contenido del texto del tratado aparecía en el artículo 1, en el que se asentaba que Corea era un Estado independiente y soberano, término que curiosamente no fue objetado por China. Al parecer hubo un

error de interpretación y la palabra *chaju* fue entendida en el sentido de autónomo y no de independiente (Kim y Kim, 1967: 18-19).

La firma del tratado de Kanghwa puso fin a la política de aislamiento del reino de Choson e inauguró una era de intenso intercambio entre Japón y Corea que colocó a esta última prácticamente bajo la dominación económica japonesa que además de la extraterritorialidad, le garantizaba a este país el derecho de usar su moneda en los puertos coreanos, la exención de impuestos a la importación de productos japoneses y el establecimiento de una misión diplomática en Seúl y consulados en los puertos comerciales. Junto con estas acciones también fueron enviados a Japón algunos coreanos con el fin de que observaran la forma en que se estaba llevando a cabo el proceso de modernización del país. A su regreso, animados por lo que ahí vieron, procedieron a tratar de organizar un movimiento reformista que impulsara la modernización en Corea (Kim y Kim, 1967: 18).

China se mantuvo a la expectativa del desarrollo de estos vínculos hasta que, en el verano de 1882 tuvo la oportunidad de intervenir para sofocar una rebelión militar en Seúl que le brindó la ocasión de tratar de reafirmar su poder hegemónico sobre Corea. Esta acción redundó en el nombramiento de un Comisionado residente en la capital de Choson, responsabilidad que recayó en Yuan Shi-Kai, quien permaneció en Corea de 1885 a 1894, el último periodo de supremacía china.

El grupo pionero de aquellos jóvenes que viajaron a Japón formado por Kim Ok-Kyun, Pak Yong-Ho, So Kwang-Bom y So Chae-Pil, quienes habían fundado el *Kaewhwadan*, el Partido Progresista con el fin de reformar al gobierno y modernizar a Corea, intentaron tomar el poder para contrarrestar la influencia que China y Rusia ejercían sobre la corte del rey Kojong. El golpe tuvo lugar el 4 de diciembre de 1884, el año *Kapsin*, durante una cena para celebrar la inauguración de la primera oficina postal en Seúl. Durante tres días mantuvieron

el control del gobierno y al rey como rehén hasta que el Comisionado chino tomó cartas en el asunto y envió a sus fuerzas militares acantonadas en Seúl a sofocar a los golpistas y a sus cómplices extranjeros. Esta acción obligó al jefe de la legación japonesa, a su personal y a la guardia militar que lo custodiaba, a emprender la huida hacia su país. Junto con ellos también se embarcaron Kim Ok-kyun y otros de los instigadores. Así terminó este intento fallido de reforma, cuyo efecto mayor fue el retorno de la corriente conservadora encabezada por el clan Min bajo la férula de China (Cook, 1972).

El control chino llegó a su fin en 1893, cuando quedó fuera del control gubernamental el levantamiento de los rebeldes del movimiento *Tonghak* (El conocimiento del Este), una revuelta campesina en la que participaron los miembros de un nuevo credo religioso, *Chondo* (El camino del cielo), que preconizaba la igualdad social. Las causas del levantamiento fueron el daño que sobre la vida de los campesinos infringían el autoritarismo y la corrupción gubernamentales, la ineficiencia de su aparato administrativo y la intrusión extranjera. El avance logrado por los rebeldes obligó al gobierno coreano a solicitar la ayuda militar de China. En respuesta, Japón también envió tropas dando lugar a un enfrentamiento entre ambos países que culminó con la derrota china, hecho que vino a restarle apoyo a las fuerzas conservadoras coreanas. A pesar de la derrota militar del movimiento *Tonghak*, éste marcó un hito en la historia coreana por representar una primera acción reformista emprendida por un actor hasta entonces ausente, el estrato campesino, que mostró con este movimiento que las masas también podían tener la capacidad de organizarse (Weems, 1964).

Aún antes de que Japón ganara la guerra, su gobierno había decidido que Corea debería permanecer independiente y las estructuras de su gobierno deberían ser objeto de una profunda reforma. A instancias de Japón, se promulgaron las reformas *Kabo*, nombre que se refiere al año de 1894 en que dieron ini-

cio. Un conjunto de 208 leyes firmado por el rey, entre las que merecen destacarse la abolición de las distinciones de clase, de la esclavitud y del sistema de exámenes; una reforma administrativa que reestructurara a los órganos de gobierno a la manera del modelo japonés, una reforma fiduciaria que puso en circulación una nueva moneda, así como un intento de modernizar los mecanismos de recaudación de impuestos. En el terreno de los hábitos y las costumbres, se dispuso el cambio de los atuendos tradicionales y la adopción de los trajes de corte europeo, así como la renuncia a fumar en las largas pipas, símbolo de la dignidad de los *yangban* (Cumings, 2004: 131).

Los nacionalistas coreanos vieron en estas reformas el propósito deliberado de Japón por dominar a Corea, mientras que a los estratos bajos pareció no importarles la deshonra del orgullo de los *yangban*. Los líderes coreanos intentaron revertir algunas de las reformas y con esta acción provocaron que el ministro japonés, Miura Goro, decidiera terminar con la oposición y para tal efecto planeó, utilizando en su propósito a la figura del *Taewongun*, un asalto al Palacio Kyonbok que culminó con el asesinato de la reina Min (Cumings, 2004: 132).

El programa de reformas prosiguió. El siguiente paso fue el establecimiento de un sistema de educación primaria abierto a todos los sectores sociales. Sin embargo, esta euforia reformista llegó al exceso de decretar que todos los hombres se cortaran el cabello a la usanza europea. Esta disposición rebasaba todo límite, porque exigir el abandono del rodete, era un crimen de lesa cultura que generó el malestar de toda la población en contra de los japoneses; éste se agudizó luego de la noticia del asesinato de la reina, provocando levantamientos armados por todo el país (Cumings, 2004: 132-133).

Este atentado puso en alerta al rey, quien bajo tales circunstancias se sintió temeroso de permanecer en su palacio y de manera secreta pidió ayuda a Rusia. El 11 de febrero de 1896, 120 marineros rusos atracaron en el puerto de Inchon y,

acompañados de un grupo de funcionarios coreanos cómplices, entraron al Palacio y secuestraron al rey, quien se refugió en la legación rusa. Desde ahí continuó despachando los asuntos del gobierno durante un año, lapso en el que Rusia dejó sentir su influencia sobre el gobierno coreano (Cumings, 2004: 133).

En 1897 el rey se instaló en el Palacio Toksu, confiado en que éste sería un lugar seguro por su ubicación entre las legaciones de Estados Unidos e Inglaterra y procedió a nombrarse emperador, debido a que consideraba que su título de *wang*, rey, no era acorde con el rango que ahora debería ostentar como soberano de un Estado independiente, figura que, además, lo colocaba a la par con los emperadores de China y Japón. Así, Corea se convirtió, de la noche a la mañana, en *Taehan Cheguk*, el Gran Imperio Han (Cumings, 2004: 134).

A partir de ese momento hasta 1903, puede hablarse de un periodo de relativa calma que pudo haber representado una excelente ocasión para continuar el impulso del cambio, pero no hubo mayores indicios de intentos de proseguir las reformas. La excepción, tal vez, fue el esfuerzo realizado por So Chae-Pil, también conocido como Philip Jaisohn, quien a causa de su participación en el golpe de 1884, se había refugiado en Estados Unidos, donde adquirió una formación académica con la que esperaba, podría contribuir a la transformación de Corea para lo cual fundó, junto con otros jóvenes imbuidos de un sentimiento nacionalista, y dispuestos a trabajar en pro del cambio social, el *Tongip Hyophoe* (Club Independencia), organización que funcionó durante dos años, durante los cuales logró generar una relativa dinámica social. Syngman Rhee,² quien posterior-

² En el caso de Syngman Rhee haremos una excepción en el orden y la transliteración de su nombre (en coreano Yi Seng-Man o Sŭngman), ya que es mucho más frecuente encontrarlo así en la literatura y además porque fue la manera que él mismo insistió en llamarse.

mente sería presidente de Corea del Sur (1948-1960), fue uno de sus miembros.

El Club contó en un principio con el apoyo del emperador Kojong y de algunos personajes prominentes del gobierno. Su primera actividad fue la publicación de un periódico, el *Tongnip Sinmun (El Independiente)*, el cual fue editado en *hangul* y contenía además una sección en inglés.³ Con esta innovación, los editores buscaban llegar a un mayor número de lectores sobre todo entre la población no educada por no haber tenido acceso al estudio de los caracteres chinos. En 1899 empezó a recibir presiones y su editor fue obligado a no continuar publicándolo en coreano y limitarse únicamente a editar la sección en inglés, lo cual redundó en su clausura el 4 de diciembre de ese mismo año (Pratt, Rutt y Hoare, 1999: 478).

Entre los propósitos del Club se encontraba despertar en la clase *yangban* un interés en la democracia y la modernización, eliminar la influencia extranjera y forjar un movimiento nacional que impulsara la educación y la industria. Su sede principal estaba en Seúl, pero también se fundaron asociaciones hermanas en las provincias con el fin de captar un mayor número de simpatizantes entre los distintos grupos sociales del país. Entre las actividades realizadas figuran, además del periódico arriba mencionado, la erección del Arco de la Independencia, en el sitio en donde estuvo ubicada la Puerta Young-un, en la entrada de Seúl, donde solían ser recibidos los enviados del emperador chino; sesiones de conferencias públicas y debates que se llevaban a cabo en el Salón de la Independencia, en Seúl. Asimismo impulsaron el uso de la bandera nacional y de la letra del himno nacional.

No obstante, el interés despertado por estas primeras acciones y otras propuestas reformistas no fue, salvo excepcio-

³ Syngman Rhee fue uno de los miembros fundadores de *El Independiente*.

nes, aquilatado por la elite en el poder e incluso por el propio soberano. A medida que las aspiraciones de los miembros del Club parecían lograr sus propósitos, decrecía el apoyo que en un principio les había brindado Kojong. Este desvanecimiento obedeció a las presiones ejercidas por los altos dignatarios de la Corte, alarmados por la aceptación de la demanda de abrir algunas instancias del gobierno a la participación ciudadana. Tal era el caso de la reestructuración del Consejo Real, el que debería poseer el carácter de una Asamblea Nacional. El 3 de noviembre de 1899, el rey firmó la proclama que recogía, en su artículo III, la propuesta del Club de ampliar el número de miembros del Consejo y que 25 de ellos fueran elegidos por voto directo. Este rechazo provocó el descontento popular que se manifestó por las calles de Seúl. Las protestas sirvieron de pretexto para que se decretara la prohibición de las actividades del Club y sus partidarios terminaron en prisión (Chandra, 1988).

De esta manera, tendieron a privar una vez más los intereses de la clase en el poder, reacia a abandonar sus privilegios y se echó por la borda la oportunidad que tuvo el gobierno coreano de aprovechar la ausencia de injerencias externas e intentar trazar un camino propio. Esta acción condujo al inevitable final de la dinastía Choson, que fue definido por la rivalidad entre Rusia y Japón al inicio del siglo xx.

En el juego de poder internacional que rodeaba a la Península Coreana confluyó, en 1902, un nuevo elemento: la firma del Tratado de Alianza entre Inglaterra y Japón. Este acuerdo buscaba frenar los intereses rusos sobre la esfera de influencia británica en China y, por otro lado, disipar el temor de Japón hacia una amenaza rusa en Corea. En el fondo, la intención de Japón iba más allá de la prevención, lo que verdaderamente buscaba era la aquiescencia británica hacia su propósito de poder actuar libremente a favor de sus intereses “peculiares” en Corea. El conocimiento de esta declaración contenida en el primer párrafo del Tratado dejó en claro al gobierno coreano

que Japón se aprestaba a pelear contra Rusia y procedió a solicitar formalmente, en agosto de 1903, a los gobiernos ruso y japonés que consideraran la neutralidad del territorio de Corea en caso de que surgiera un conflicto entre ambos. Esta petición no tuvo el menor eco en San Petersburgo y Tokio y la guerra fue inevitable (Kim y Kim, 1967: 100-102).

La guerra ruso-japonesa inició el 9 de febrero de 1904 con el ataque sorpresa de Japón a la flota rusa en Puerto Arturo: las tropas japonesas entraron a Seúl al mismo tiempo. Al día siguiente Japón declaró el estado de guerra. Al fragor de estas acciones el 23 de febrero, con el pretexto de brindar a Corea apoyo para proteger su independencia, el ministro japonés en Seúl forzó la firma de un Protocolo por el cual obtuvieron el derecho de mantener tropas en territorio coreano. A este primer compromiso le siguió un segundo acuerdo, firmado el 22 de agosto de 1904, que le permitió a Japón ejercer un mayor control sobre los asuntos políticos coreanos. La derrota de Rusia puso fin a la influencia de un rival que le disputaba a Japón su capacidad de construir el destino del noreste de Asia.

El fin de la guerra no cambió la situación y gradualmente Japón fue tomando medidas para lograr establecer un Protectorado en Corea,⁴ que quedó formalizado el 17 de noviembre de 1905. Fue tal vez en este momento cuando el gobierno coreano se percató de que la independencia nacional realmente estaba en riesgo, pero ya era tarde para impedirlo, Japón estaba dispuesto a lograr el dominio de Corea a como diera lugar, sólo era cuestión de tiempo.

Puede afirmarse que la independencia coreana era ya una causa perdida, luego de la firma del Protectorado, por la apli-

⁴ También denominado gobierno tutelar o fiduciario. Como se observa en el siguiente capítulo, este término era semejante al utilizado por las potencias ganadoras de la Segunda Guerra Mundial en las negociaciones para resolver “el problema coreano”.

cación de los mecanismos de control impuestos por el gobierno japonés por parte de Ito Hirobumi, el primer Residente General japonés, con el exclusivo propósito de conseguir la anexión. Ito no vivió para ver este final porque fue asesinado por un patriota coreano en la estación de Harbin, Manchuria, en 1909.

Sin embargo, a partir de 1905 las cosas cambiaron y varios grupos de coreanos se lanzaron a un movimiento de resistencia al protectorado y a la anexión. Por fin se lograba despertar un sentimiento nacional que sólo en un momento crítico podía haberse generado, en el que participaron sectores de la alta burocracia, movimientos guerrilleros y los intelectuales progresistas (McGrane, 1973: 63).

Entre los primeros figuraban miembros de la clase *yangban*, en especial quienes habían adoptado posiciones pro rusas y pro estadounidenses, otros que habían perdido sus puestos a causa de los anteriores intentos japoneses de reforma, así como aquellos dignatarios que bajo ningún concepto estaban dispuestos a aceptar la humillación de tener que rendirle pleitesía a los japoneses. Algunos de ellos cometieron suicidio, otros se pronunciaron por asesinar a los japoneses y a sus incondicionales coreanos; mientras que los más decididos optaban por unirse a los grupos guerrilleros (Hatada, 1969: 110 y McGrane, 1973: 64-65).

Otra forma de acción oficial fue la de conseguir apoyos en el exterior. El emperador Kojong envió a Washington a Homer B. Hulbert, un misionero protestante, para que en su nombre solicitara ayuda del gobierno de Estados Unidos, petición que nunca fue escuchada. Este mismo personaje figuró entre la Comisión enviada a la Conferencia de Paz de La Haya en 1907 para que hicieran la denuncia de las maniobras japonesas. Esta Comisión no tuvo acceso al pleno de la reunión y sólo logró tener una conferencia de prensa con los corresponsales extranjeros. Otro intento fallido fue la misión de Syngman Rhee a Estados Unidos en 1905. Estas acciones llevaron a Ito

Hirobumi a presionar a Kojong para que abdicara al trono (McGrane, 1973: 65-67).

La resistencia militar consistía en iniciativas guerrilleras llamadas *ubiyong* (ejércitos justicieros), que emprendieron acciones en contra de los llamados *ilchinboe* (los partidarios de los japoneses). Este movimiento, que no dejaba de revestir una forma tradicional de respuesta, tuvo entre una parte de sus miembros lo mismo a literatos confucianos, como a soldados licenciados, a raíz de la disposición japonesa de disolver al ejército coreano (McGrane, 1973: 68). El movimiento cundió por todos los confines del país con excepción de las regiones norte de Hamgyong y Pyongan y la parte sur de Kyonsang. A sus filas también se incorporaron algunos miembros del estrato campesino, el cual no dejó de sentirse extraño de participar junto a los *yangban* y los militares en un propósito que parecía no ser el mismo, porque estos últimos aspiraban a lograr la restauración dinástica. A este respecto, difícilmente puede catalogarse a estas acciones como expresiones puramente nacionalistas, debido a que por el carácter que revestía, éste le imprimía más bien un sello conservador y xenófobo (Hatada, 1969: 111).

El movimiento intelectual tenía como objetivo formar organizaciones que se encargaran de instruir a la gente para formarles la conciencia del deber de resistir a los japoneses. Con ese fin, era necesario explicarles qué representaba la independencia y el significado de la libertad, para así imbuirles un sentimiento patriótico, a través de la publicación de artículos escritos en *hangul* y la organización de conferencias públicas en las que se abordaban algunos otros temas, como la historia de Corea y el estudio de otras experiencias de unificación nacional como las llevadas a cabo por Garibaldi en Italia y Bismarck en Alemania (McGrane, 1973: 72).

Antes de 1905 el número de estas organizaciones no fue muy significativo, pues sólo logró descollar el ya mencionado Club Independencia. Entre 1905 y 1910 se multiplicaron y se

conformaron hasta 36 organizaciones. Entre ellas se pueden mencionar la *Taehan Chagang Hoe* (Asociación para el Fortalecimiento del Gran Han), la *Sou Hakhoe* (Sociedad de Amigos del Estudio de Occidente), la *Hambuk Hungak Hoe* (Sociedad Impulsora del Conocimiento del Norte de la Provincia de Hamgyong) y la *Chongnyong Hoe* (Asociación de Jóvenes) (Hatada, 1969: 110).

Todas estas agrupaciones también se expresaron a través de periódicos y revistas y los autores de los textos no eran en su totalidad *yangban*; también hubo gente que pertenecía a los estratos campesinos. Su estilo de escritura era elusivo y se cuidaban de no mencionar directamente a Japón por el temor a ser reprimidos. Las únicas publicaciones que atacaban directamente a este país eran aquellas publicadas por extranjeros, como fue el caso de Ernest T. Bethel, periodista británico, editor del *Taehan Mail Sinbo* en coreano y del periódico en inglés *Korea Daily News*, quien realizó una importante labor informativa (McGrane, 1973: 74-75).

Todos estos esfuerzos no lograron evitar el dominio de Japón; por el contrario, su resonancia avivó más en los japoneses su propósito de proceder a la anexión. A pesar de la fuerza y arraigo que por momentos alcanzaron estos grupos, jamás pudieron lograr el éxito, debido a que se toparon con el fuerte aparato represivo del ejército japonés. No obstante, debe reconocerse que estas vicisitudes de alguna manera sirvieron para que todos estos movimientos de resistencia prepararan el terreno para que, más tarde, se pudiera poner en marcha un movimiento de independencia en mayor escala, el cual brotó de muy diversas formas en los años subsecuentes (Hatada, 1969: 111).

El último capítulo de esta historia se cerró luego de que Terauchi Masatake, el nuevo Residente General japonés, presentara el 16 de agosto de 1910, el borrador del Tratado de Anexión a los ministros del Gabinete. Acto seguido ordenó que

sus tropas rodearan el Palacio con el propósito de intimidar al emperador Sunjong y forzarlo a firmar el documento, el cual ya había sido suscrito por el primer ministro, Yi Wang-yong y el propio Terauchi. El Tratado se hizo público el 29 de agosto de 1910. En esa misma fecha los emperadores de Japón y Corea promulgaron respectivamente los Edictos en los que reiteraban su propósito común de buscar la unión entre Corea y Japón (Nahm, 1993: 219).

Así se cumplieron los designios japoneses de dominar al reino de Choson. A partir de ese momento, Choson pasó a denominarse Chosen, convirtiéndose así en una región *gaichi* (“territorio exterior”), el nombre dado a las colonias de ultramar, mientras que los nuevos súbditos (14.7 millones de coreanos) pasaron a ocupar la categoría de *senjin* (“los nativos”), nombre que los diferenciaba de los japoneses identificados como *naichi jin* (“la gente del interior”). De esta manera, Corea perdió su soberanía estatal.

DOMINACIÓN COLONIAL Y EL QUEBRANTO DE LA NACIÓN

El periodo de los 35 años de dominación colonial japonesa (1910-1945), es una etapa histórica poco estudiada. Esto se debe en parte a la oscuridad que envuelve a muchos de sus pasajes y a que la interpretación de los hechos suele estar sesgada por cuestiones políticas e incluso sentimentales. Este aserto puede parecer desmesurado a quien no haya tratado de sumergirse en la profundidad de las lagunas históricas que cubren a los procesos de la experiencia histórica coreana durante la primera mitad del siglo xx.

Empero, hay quienes, menos preocupados por esta situación, consideran que no necesariamente el pasado es prólogo, subrayando con esta frase que la descolonización, al impulsar la constitución formal de nuevos estados, dio un paso hacia

adelante para el advenimiento de otra época. Así, la puesta en marcha de un proyecto divergente de construcción nacional, en Corea después de 1945, significa una ruptura con el pasado y por tanto, el inicio de una nueva era. Esta visión no es admisible porque sin una adecuada explicación de lo acaecido durante esos aciagos años, se continúa corriendo el riesgo de tener una visión trunca del por qué de los procesos subsecuentes.

Las razones que explican esta cuestión no son difíciles de discernir. La forma inusitada como se llegó a la independencia coreana y la manera escapista como Japón ha tratado de desentenderse de sus acciones pasadas, ha hecho que los archivos en donde se guardan las fuentes para documentar el relato histórico continúen cerrados, como si el medio siglo transcurrido después de que Corea recuperó formalmente su independencia y los japoneses dejaran inconcluso su proyecto de extinguir las bases sociales y culturales coreanas, no justificara la necesidad de su elucidación.

Es, por tanto, un imperativo tener acceso a toda esta información, porque los fragmentos conocidos son piezas dispersas de un rompecabezas difícil de armar. El resultado de esta situación ha sido la difusión de versiones deformadas carentes de sustento. Esta falta de apoyo historiográfico ha permitido la propalación de mitos sobre hechos que no acontecieron en la manera en que se presentan. Asimismo, ha dejado correr la idea de que es necesario fijar criterios que eviten la distorsión de los hechos históricos.

Este parece ser el sentido que revisten las propuestas hechas recientemente en Corea del Sur, por la Asociación de Profesores de Historia contenidas en dos volúmenes intitulados *Historia fácil de Corea*, editados en varias lenguas por el Centro de Información y Cultura Coreana y la Academia de Estudios Coreanos (Asociación de Profesores de Historia, 2005). La motivación de estos autores es hacer asequible a un público internacional los pasajes históricos más significativos acaecidos en Corea en

los últimos dos mil años y deshacer los yerros supuestamente cometidos por algunos autores extranjeros.

La primera parte de este argumento es ciertamente plausible. No se puede, en cambio, opinar lo mismo de la segunda. El camino escogido para contrarrestar las supuestas inexactitudes que se difunden en el exterior no resulta ser el más idóneo. Éste se basa en la adaptación de un texto de historia utilizado en los cursos de educación secundaria, cuyo contenido es un conjunto de interpretaciones *ad hoc*, debidamente sancionadas por las instancias educativas oficiales que, si bien presentan un relato articulado, en un formato ágil y visualmente atractivo, de la historia coreana, no logra, empero, satisfacer su pretensión última: deshacer los entuertos en los que según, sus autores, suelen incurrir los estudiosos extranjeros, cuyos textos son calificados de flagrantes distorsiones históricas.

Dicho de otra manera, lo que realmente se persigue es difundir una historia oficial en la que se dé por sentada la aceptación incontrovertible de los hechos ahí presentados. En consecuencia, la ocupación japonesa constituye “una modernización anómala” que convirtió a la Península Coreana en “un infierno”, en el que si bien, se operaron cambios en términos de infraestructura económica que redundaron en el establecimiento de fábricas modernas, éstos no representaron un mayor beneficio para la población coreana, porque en síntesis: “el único legado del gobierno japonés fue la pobreza” (Asociación de Profesores de Historia, 2005: 72, 74, 79 y 92).

En otra parte del texto se pasa revista al movimiento nacionalista. Éste es presentado como un movimiento unitario en el que concurrió la participación de todas las fuerzas sociales, con excepción de un grupo de incondicionales de Japón (Asociación de Profesores de Historia, 2005: 124). Empero, en toda esta narración general de la gesta patriótica se soslaya el hecho evidente de que la liberación de Corea efectuada en 1945, no fue en rigor la victoria de los patriotas coreanos, sino

el resultado de un hecho fortuito: la ocupación por razones de estrategia militar de los ejércitos aliados durante la Segunda Guerra Mundial.

Una vez apuntadas las anteriores consideraciones se expondrán a continuación, *grosso modo*, algunos puntos en relación con este periodo histórico con el fin de bosquejar un somero panorama que permita un acercamiento a los hechos acontecidos durante ese breve, pero intenso lapso.

La primera fase de la colonización parte del Tratado de Anexión y se extiende hasta el 1 de marzo de 1919, fecha de la Declaración de Independencia y de una manifestación masiva en contra de Japón. La segunda cubre desde este suceso hasta principios de la década de los años treinta. A partir de este momento, se abrió la puerta para el inicio de la tercera, luego de que Japón asumió el control sobre Manchuria, que sirvió de plataforma para atacar a China, haciendo más ostensibles las pretensiones expansionistas japonesas, cuyos ejércitos marcharían después hacia otros confines del continente asiático, el campo de batalla de la llamada Guerra del Pacífico.

En la primera década Japón procedió a lograr la subordinación de Corea en todos los órdenes de la vida política, económica y social. Se trató de un proceso no de creación, sino de “sustitución,” según lo apunta Bruce Cumings, en el que la elite gobernante japonesa reemplazó a la elite letrada de los *yangban*; se puso en funcionamiento un sistema de coordinación imperial que acabó con el control del anterior sistema de administración central; se implantó un sistema de educación moderno que rompía con el estudio de los clásicos confucianos; se privilegió el acopio de capital y la experiencia económica japonesa en detrimento de la incipiente iniciativa de los coreanos; concomitantemente se dio primacía al talento japonés por encima del coreano, lo que condujo a que la lengua coreana fuera reemplazada por el japonés (Cumings, 2004: 157).

Todas estas acciones eran humillantes para los coreanos, quienes fueron acumulando un profundo resentimiento que acabó desbordándose en una primera gran manifestación de protesta el 3 de marzo de 1919, cuando en ocasión de las exequias de Kojong, un grupo de patriotas formado por budistas, cristianos y miembros del Chondogyo redactó una Declaración de Independencia. Aprovechando la presencia de una gran multitud se dio lectura pública al documento en el Parque Pagoda. Inmediatamente después se entregaron a la policía.

Los organizadores plantearon una acción de resistencia pacífica en contra de las autoridades japonesas, pero el contenido del texto inflamó los ánimos de los estudiantes y de otros grupos radicales que acometieron actos en contra del personal militar japonés y algunos civiles. Estas manifestaciones de protesta también se suscitaron en otras partes del país. El ejército japonés actuó en consecuencia y mató a más de 7 mil coreanos, hirió a otros 16 mil y encarceló a 20 mil (Pratt, Rutt y Hoare, 1999: 278).

Con estas acciones represivas, las autoridades japonesas pensaron que se podría acallar las protestas y terminar con el movimiento. Empero, el paso del tiempo lo mantuvo vigente y no se logró evitar que su expresión quedara impresa en la memoria colectiva. De esta manera, el llamado movimiento *Samil*, también conocido como *Mansei*, pese a no haber alcanzado mayor éxito, se convirtió en el antecedente obligado de la lucha por la independencia coreana.

Las críticas que en el extranjero se hicieron a la represión brutal con la que actuó el gobierno japonés para reprimir las expresiones nacionalistas, redundaron en un cambio en la política seguida hacia Corea que buscó despojarse de su atuendo militar, lo cual llevó al gobernador general, Makoto Saito, a poner en práctica una serie de medidas tendientes a atemperar la tensión. Éstas redundaron en que se buscara limitar los actos discriminatorios en contra de los coreanos y tratar de encontrar

mecanismos que garantizaran una convivencia armónica entre ambos grupos étnicos. Lo anterior implicaba el aprendizaje del coreano por parte de los funcionarios japoneses, el mejoramiento de los programas de educación, la eliminación de las diferencias en las percepciones salariales entre coreanos y japoneses, la garantía de la libertad religiosa, y la reaparición de los periódicos que habían sido clausurados (Pratt, Rutt y Hoare, 1999: 82).

Sin embargo, de acuerdo con el historiador japonés Hatada Takashi, el cambio de una política de control militar a otra de apertura y comunicación cultural posee, además, otras implicaciones. Este viraje ocurrió en un momento en que la crisis de alimentos acaecida en Japón, como efecto del fin de la Primera Guerra Mundial, obligó a voltear la cara hacia Corea y a su potencial agrícola. Esta situación llevó a la implantación de un sistema de producción de arroz que garantizara el abastecimiento a Japón que funcionó de 1920 a 1935, con lo cual la agricultura coreana tomó el carácter de monocultivo, que hizo girar al resto de las actividades económicas en torno a la producción de arroz; todo ello canalizado en beneficio de Japón y sujeto a las fluctuaciones de la producción y el comercio (Hatada, 1968: 117).

Más adelante, en la década de los años treinta, tuvo lugar un nuevo cambio. Para ese momento, la producción agrícola empezó a decaer y los esfuerzos realizados para levantarla no tuvieron éxito. Tal situación planteó la conveniencia de atraer capital japonés para instalar un programa de desarrollo industrial. Esta iniciativa adquirió mayor importancia luego del éxito de la aventura militar japonesa, durante el llamado incidente de Manchuria.

El control de este territorio y las implicaciones que a futuro tenía para la conducción de la política expansionista, planteó la necesidad de acometer de inmediato el desarrollo de una zona de industria pesada. El lugar por excelencia donde podía esta-

blecerse ésta, era precisamente Corea, cuya ubicación geográfica la convertía en el punto de unión entre Japón y Manchuria. Aparte de esta ventaja, en la parte norte de la península había yacimientos minerales, plantas hidroeléctricas y mano de obra barata. En otras palabras, representaba grandes ventajas para convertirse en una base de abastecimiento militar para Japón (Woo, 1991: 31).

Manchuria fue una fuente de oportunidades para los coreanos, porque como lo señala Cumings, hizo que Manchukuo se convirtiera en una frontera que atrajo a campesinos productores de arroz, burócratas, soldados y empresarios coreanos, quienes en 1940 habían alcanzado la cifra de cerca de un millón y medio de personas. En 1936 la industria pesada alcanzó el 28 por ciento del total de la producción industrial y en ella trabajaba más de medio millón de coreanos, cifra que en 1945 se había triplicado (Cumings, 2004: 184).

Todos estos cambios económicos acaecidos a lo largo de la dominación colonial, tuvieron otros efectos que repercutieron en la transformación de la sociedad. En primer lugar, cabe señalar que el proceso de romper con la antigua estructura social emprendido por la administración militar, no alteró sustancialmente el sistema de tenencia de la tierra que se mantuvo en manos de los terratenientes pero sí generó una cierta movilidad social que impulsó la aparición de nuevos estratos.

Entre éstos merecen señalarse los casos de aquellos coreanos que se incorporaron a actividades empresariales, comerciales y profesionales, así como la formación de un incipiente proletariado. Sobre este fenómeno deben apuntarse las siguientes referencias: las biografías de los personajes precursores de la primera elite económica coreana durante el periodo colonial (McNamara, 1990); el caso de los fundadores de la Compañía Textil Kyongbang (Eckert, 1991); las relaciones laborales y la formación de la primera generación de obreros coreanos especializados (Park, 1999); y una obra de mayor alcance que

aborda la compleja relación que se presentó entre colonialismo, modernidad y nacionalismo, en la Corea colonial (Shin y Robinson: 1999).

Algunos de estos empresarios procedían de los estratos aristocráticos, pero hubo otros de origen plebeyo que amasaron sus fortunas trabajando para los japoneses. Este fue el caso de Pak Hung-sik, célebre personaje por su dinamismo empresarial, el cual le permitió realizar todo tipo de negocios que lo llevaron a hacer inversiones en una variedad de importantes empresas industriales, como la Compañía Aérea Chosen y una asociación conjunta con Mitsui para la construcción de aviones *kamikaze* en el último año de la guerra (Cumings, 2004: 186-187).

En ningún otro país asiático colonizado por los europeos ocurrieron estos casos de encumbramiento de empresarios locales, lo cual habla de que, pese a las restricciones de la dominación, no se les cerraron todas las puertas a aquellos coreanos con talento y dispuestos a sacar ventaja de las relativas oportunidades que brindaba el gobierno colonial. El hecho escueto que explica esta situación radica en que aun antes de la anexión, los logros económicos alcanzados por Japón llamaron la atención de muchos coreanos. Por tanto, no es de sorprender que ya bajo la férula japonesa esta inclinación subvirtiera a un buen número de coreanos para que prestaran servicios a la administración colonial, “más de lo que a la mayoría le gustaría admitir” (Cumings, 2004: 162). Ésta es una cuestión de la que la historiografía oficial preferiría no tener que hablar y cuya mención por otras voces, genera reacciones de indignación tanto entre los coreanos del Norte como del Sur, empeñados en señalar que nada positivo y de trascendencia ocurrió durante la dominación colonial.

En lo que respecta a la génesis y desarrollo del movimiento nacionalista, suelen también presentarse tabúes y anatemas sobre las distintas corrientes que participaron en la lucha por

lograr una Corea libre e independiente. Por lo general, el estudio de estas corrientes ha tendido a ser enfocado hacia las acciones japonesas y la forma en que los coreanos reaccionaron ante ellas.

Desde esta perspectiva, puede afirmarse que las distintas tendencias en que se ramificaron las posiciones nacionalistas siguieron un proceso que transitó por varias etapas: la resistencia en contra de las pretensiones de Japón por anexarse a Corea; la expresión de un movimiento de masas en contra del yugo militar representado por el movimiento *Samil* de 1919, el que, pese a su fracaso, abrió el camino para la proliferación de una serie de agrupaciones que abrigaron diversos proyectos políticos. Esta ramificación refleja el grado de desorganización social que privaba al interior de la sociedad coreana y los efectos nocivos de los propósitos divisionistas de la política colonial, así como una consecuencia también de los cambios sociales que, pese a todo, la administración colonial produjo.

Según se ha asentado, después de la traumática experiencia de la represión de 1919, en ese mismo año, Japón efectuó un cambio en su política colonial que lo condujo a abandonar su régimen de mano dura militar y optar por otra de carácter “intercultural”, la que según la opinión de algunos autores, a la postre resultó ser una manera más sutil y perversa de forzar la asimilación de los coreanos. El lobo se cubrió con piel de oveja y construyó un discurso libertario a la manera de los colonialistas europeos. Los funcionarios japoneses empezaron a hablar de que estaban en Corea animados por el ideal de preparar el camino para que un día los coreanos lograran su independencia. Este cambio redundó en la apertura de un espacio para la publicación de periódicos y revistas que estimularon la expresión de las ideas.

Éstas provinieron de varias fuentes, entre las que destacan la influencia del cristianismo llevada a cabo por la acción misionera particularmente de Estados Unidos, y la Revolución de

octubre de 1917 en la Unión Soviética, hechos que muestran que, desde sus orígenes, el movimiento nacionalista coreano se bifurcó entre dos flancos, claramente irreconciliables, uno de derecha y otro de izquierda. Lo anterior no quiere decir que no haya habido otros grupos, con posiciones menos encontradas, que trataron de tender puentes hacia el fortalecimiento de la unidad nacional.

El cristianismo llegó a Corea en su versión católica, la que, empero, no logró alcanzar avances significativos. El mérito del éxito alcanzado en la difusión del cristianismo fue de las iglesias protestantes, en su mayoría auspiciadas por la acción de misioneros estadounidenses, quienes tenían un sentido diferente de la acción evangelizadora, la que descansaba en la fundación de escuelas y en el establecimiento de organizaciones de servicios médicos y de asistencia social, con los cuales alcanzaron un mayor arraigo.

Tal vez el aspecto más importante de la labor llevada a cabo por los misioneros protestantes sea haber mostrado la necesidad de una renovación social que requería del acceso a la educación moderna, la práctica de una conducta ciudadana y la unión de todas las clases sociales. La llegada de estas nuevas ideas religiosas encontró un campo fértil en las condiciones de una Corea colonial que permitía inducir a la población hacia un ejercicio de la democracia que los misioneros predicaban con el ejemplo, lo cual coadyuvó a generar una conciencia política que les permitió implantar el ideal de la construcción de un Estado-nación (Wells, 1990).

El movimiento comunista, por su parte, tuvo su génesis entre los exiliados e inmigrantes coreanos que la inestabilidad política de finales de la dinastía Choson y la ocupación japonesa habían expulsado hacia el territorio de la Provincia Marítima de Rusia y Siberia. Aquí fundaron la primera organización, la que *ipso facto* se dividió en dos facciones que se enfrentaron entre sí. Luego de arduas discusiones llegaron al consenso de

establecer sus bases en el territorio de la Península Coreana y esta unificación de esfuerzos formalizó la fundación del Partido Comunista Coreano, organización que tuvo una existencia efímera debido a las escisiones internas y a la persecución de la que fue objeto por parte de la administración japonesa, que los obligó a dispersarse y a que después continuaran su militancia en partidos comunistas extranjeros. En el periodo que va de 1931 a 1945 los comunistas coreanos participaron en el Partido Comunista de Japón, en varias acciones conjuntas con los comunistas chinos y hubo también quienes trabajaron en el Comité Provincial de Manchuria del Partido Comunista Chino, de cuyas filas emergió la figura de Kim Il-Sung (Sunoo, s.f.; Suh, 1967).

Otra corriente importante en el movimiento nacionalista coreano fue la formada por aquellos grupos de patriotas que convergieron en torno al *Munhwa undong* (movimiento cultural), quienes sostenían posiciones contrarias a aquellos grupos de radicales partidarios de la revolución social y de la resistencia abierta en contra de Japón. Estos “nacionalistas culturales”, como generalmente se les conoce, asumían una posición moderada fundada en la idea de impulsar un programa gradual de educación y desarrollo económico, como pasos previos a la recuperación de la independencia nacional. Sus posiciones fueron objeto de un intenso debate con las fuerzas radicales identificadas con el pensamiento social revolucionario y la revolución bolchevique, en torno a la identidad nacional y el carácter que en el futuro debería tener Corea como país independiente (Robinson, 1988: 6-7).

Todas estas discusiones terminaron ahondando más las diferencias, lo cual habla de un movimiento desarticulado. No obstante, hubo intentos como los realizados por la *Singanhoe* (Sociedad de la Nueva Corea), agrupación de tendencia moderada fundada en 1927, que buscó establecer una base común de comunicación entre las distintas corrientes políticas. A lo

largo de sus cuatro años de existencia logró fundar 386 filiales que congregaron a 76 939 miembros entre los que se contaban, campesinos, obreros y asociaciones juveniles, así como un sector intelectual. A pesar de contar con este importante capital político, los esfuerzos realizados para conciliar intereses entre los nacionalistas coreanos fueron infructuosos (Eckert *et al.*, 1990: 301).

Estas desavenencias inhibieron la posibilidad de crear un frente nacional unificado, situación de la que se aprovechó el gobierno colonial que toleró las actividades de la *Singanhoe*, por sus posiciones moderadas, pero también con el ánimo de poder penetrar al movimiento nacionalista, una cuestión que para ese momento le resultaba de suma importancia para poder dar el impulso final a la política de asimilación forzada, puesta en práctica a partir de la década de los años treinta y reavivada al fragor de las campañas bélicas de los años cuarenta.

El gobierno de Japón consideró que había llegado el momento de avanzar en los esfuerzos por romper la identidad cultural coreana aprovechando la oportunidad que ofrecía el reforzamiento de su política expansionista en Asia. Con este proyecto, se buscaba imbuir en los coreanos un sentido de pertenencia a una misma unidad política al lado de los japoneses, idea que sólo fue aceptada por un conjunto minoritario de la población coreana, formado por quienes aspiraban a lograr mejores oportunidades de vida. No obstante, con el paso del tiempo, esta tendencia fue desdibujando la línea divisoria entre la congruencia política y la decisión de colaborar con el sistema colonial, prurito que también fue desapareciendo una vez que los coreanos se vieron impelidos a participar, en mayor o menor medida, en las actividades de defensa organizadas por la administración colonial (Eckert *et al.*, 1990: 319-320).

El primer tipo de colaboración se dio en las campañas de movilización para la defensa que llevó a varios coreanos a responder a la demanda de mano de obra requerida por la economía

de guerra y a cumplir con otras tareas propiamente de carácter militar. Toda la población fue incorporada a las llamadas Asociaciones Patrióticas que cumplían con los programas de apoyo pecuniario, realizaban trabajo voluntario y cumplían funciones de vigilancia. Los estudiantes fueron llamados de manera paulatina a incorporarse a actividades relacionadas con la guerra, en obras de construcción primero, y luego como conscriptos (Eckert *et al.*, 1990: 321).

Miles de coreanos ingresaron a las filas del ejército japonés, muchos otros trabajaron en las fábricas y las minas de Manchuria, Corea del Norte y Japón, lo cual generó un flujo migratorio de trabajadores dentro y fuera del país. Mientras esto sucedía en el territorio de la Península Coreana, fuera de él las distintas organizaciones nacionalistas que luchaban por la independencia continuaron actuando de manera separada. Por un lado, se encontraban los combatientes en China, Manchuria y el territorio asiático de la Unión Soviética, y por el otro, los grupos patrióticos establecidos en otros lugares del extranjero, entre los que destaca la figura de Syngman Rhee, con sus labores de cabildeo en los pasillos de Washington, la capital de Estados Unidos. “Todas estas numerosas facciones de la resistencia coreana empezaron a planear su regreso a la patria cuando se hizo evidente la inminencia de la victoria aliada sobre Japón. Pero ciertamente ninguna de estas organizaciones puede clamar mayor mérito en el logro de la salida de los japoneses de Corea” (Eckert *et al.*, 1990: 325).

La hora final sonó en agosto de 1945, cuando Japón reconoció su derrota. Esta noticia llenó de júbilo a los coreanos; esta alegría, empero, pronto se desvaneció. La manera tan abrupta del desenlace abrió de inmediato el cauce para que se comenzara a construir el escenario de una nueva puesta en escena, en la que el protagonismo recayó otra vez en actores internacionales. Mientras tanto, en el lado coreano reinó nuevamente la confusión e hizo más ostensible el quebranto de la identidad

nacional, hecho que acabó por postergar la aspiración de lograr una Corea libre e independiente.

CONCLUSIONES

Como conclusión del presente capítulo, merece subrayarse la particularidad de las condiciones históricas que han moldeado el desarrollo histórico de Corea y que han definido lo que podría denominarse su etapa moderna. La fundación de la dinastía Choson permitió consolidar un Estado unificado con un sistema político de carácter neoconfuciano influenciado por China, y vinculado con ella a través del llamado sistema tributario, que le permitía mantener su autonomía. Esta situación perduró por 500 años, durante los cuales se efectuó la construcción diferenciada de sus estructuras sociales, políticas y culturales que sirvieron de fundamento a la formación de una identidad nacional. Sin embargo, dicha identidad sufrió un embate externo que le infringió las primeras fisuras en el siglo XIX.

Ante el debilitamiento de la estructura política e institucional, los esfuerzos coreanos por mantener su independencia frente a las presiones imperialistas resultaron poco efectivos y no lograron impedir la pretensión de Japón de convertir a Corea en su colonia. Las tres décadas de dominio colonial japonés transformaron al país a través de la modernización del sistema político y la transición de una economía agraria a otra semiindustrializada, pero el efecto más nocivo fue la fractura de la identidad nacional marcada por la organización de varios movimientos de resistencia patriótica, cuya dispersión impidió la formación de un frente unificado en contra del dominio colonial japonés. Por esta razón, es posible decir que la liberación de Corea en 1945, no fue obra de las fuerzas nacionalistas sino de los avatares de la estrategia bélica de Estados Unidos y la URSS que delimitaron dos zonas de ocupación militar en el territorio de la península.

Esta nueva correlación de fuerzas internacionales, aunada al clima de confusión y desasosiego social generado por la salida de los japoneses, fueron la puesta en escena para un nuevo proceso que condujo a la división política y territorial de la península y a un enfrentamiento ideológico que aún perdura. El capítulo siguiente dará cuenta de este complejo proceso.

III
EL ROMPECABEZAS COREANO
DE LA POSGUERRA: LEGADO COLONIAL,
LIBERACIÓN, DIVISIÓN Y GUERRA
(1945-1953)

JUAN FELIPE LÓPEZ AYMES
ALFREDO ROMERO CASTILLA
ALEJANDRO ESCALONA AGÜERO
JOSÉ LUIS LEÓN MANRÍQUEZ

INTRODUCCIÓN

LOS 35 AÑOS DE OCUPACIÓN JAPONESA en la Península de Corea tuvieron su fin con la rendición de Japón al término de la Segunda Guerra Mundial. Los 13 años siguientes fueron un turbulento proceso de reencuentro, redefinición nacional y también de división. Cuando mencionamos que se trata de un proceso de reencuentro se debe aclarar que nos referimos a los coreanos dispersos por diversos lugares que se reintegraron a su país, recién liberado junto con sus demás compatriotas. Entre todos ellos se discute la necesidad de un proyecto nacional que nunca se alcanza y termina bifurcándose en dos corrientes ideológicas; ellas, a su vez, determinan dos posiciones antagónicas que desembocan en la división, no sólo territorial sino también política y social. Es por ello que este periodo es uno de los más controvertidos y su estudio ha estado plagado

de interpretaciones a veces opuestas, sobre todo entre las partes directamente involucradas. Por fortuna, ahora se cuenta con mayor acceso a archivos oficiales de la época, lo cual facilita la obtención de algunas piezas clave del rompecabezas.

Este capítulo servirá para comprender los procesos históricos de la formación y consolidación de dos sistemas económicos y políticos de signo opuesto. Revisar lo ocurrido entre 1945 y 1953 es de gran importancia, por cuatro razones principales: primera, se percibe un movimiento nacionalista de regeneración institucional que trata de “limpiar” el legado japonés, aunque después se readaptan varios de sus elementos para la organización económica; segunda, esclarece las causas por las cuales Corea fue dividida; tercera, constituye el punto de partida de la construcción de dos proyectos opuestos de desarrollo, y cuarta, proporciona elementos para comprender por qué ha sido tan complejo y difícil concretar la reunificación. Los capítulos siguientes harán un estudio más detallado de cada una, y su comprensión se facilitará tras la lectura de los párrafos que siguen a continuación.

EL LEGADO COLONIAL

La ocupación japonesa (1910-1945) trasladó la autoridad de la aristocracia coreana a una elite militar emanada de aquella naciente potencia. Aunque hubo diversas reacciones de rechazo a la presencia japonesa, éstas no lograron articular una corriente unificada en pro de la independencia. La excepción fue la sublevación Mansei, descrita en el capítulo anterior, que en 1919 detonó un movimiento independentista de alcance nacional, pero que fue brutalmente reprimido por las tropas japonesas. Después de esta acción, el régimen establecido por el imperio japonés configuró una estructura económica supeditada al modelo de expansión económica y política de la metrópoli durante la primera mitad del siglo xx. Con ello se desmanteló la estructura

tradicional, que nunca volvería a tener presencia en la península. Corea se convirtió en un eslabón geopolítico y estratégico para la “Esfera de Coprosperidad” nipona (Cumings, 1984a). Para todo efecto práctico, su estatus era el de una colonia a la que incluso se le impuso el idioma de sus ocupantes.

Como Alfredo Romero Castilla dejó claro en su contribución a este volumen, la huella de la ocupación japonesa en la península ha sido y es objeto de un fuerte debate histórico e ideológico tanto en Corea como en el exterior. Comprensiblemente, para los coreanos resulta difícil reconocer la durabilidad e incluso la existencia de los legados del periodo colonial, aunque dicha predisposición no se reduce a la academia y a la clase política coreana en su afán de diferenciarse de Japón. El restar importancia, si no es que la abierta negación del legado colonial, también se manifiesta en los análisis de varios observadores extranjeros (Amsden, 1989; Haggard, 1990; Krueger *et al.*, 1985).¹ En el caso particular de la academia extranjera, la desatención se debe más bien al uso de enfoques, que por tradición epistemológica, suelen ignorar el recurso de la historia. En este capítulo y los siguientes, tomaremos una posición intermedia en la que no seguimos enfoques deterministas sobre el legado japonés, pero tampoco negamos su relevancia en la consolidación de los dos Estados. Comenzamos por destacar algunos hechos.

A grandes rasgos, Japón implantó una infraestructura organizacional e institucional que no fue suprimida aun después de terminada su ocupación de la península. Por ejemplo, se introdujo un sistema educativo y financiero moderno, así como una base industrial avanzada, una nueva red de transportes y comunicaciones y nuevas relaciones de producción, basadas en la explotación agraria y manufacturera para sostener su aparato industrial y militar ya en franco desarrollo (Cumings,

¹ Para una revisión amplia del tema véase Kohli (1999).

1984b: cap. 2). De esta forma, Corea sostuvo altas tasas de crecimiento y generó su propia “revolución industrial” entre 1935 y 1945, la cual derivó en las consecuencias de cualquier otro proceso de modernización, es decir, movilización poblacional y urbanización. La semilla de una clase proletaria fue sembrada durante este periodo. En este mismo proceso, la actividad de los grupos industriales japoneses o *zaibatsu* promovió la formación de pequeñas empresas de suministro de bienes intermedios y proveedoras de servicios cuyos fundadores eran de origen coreano. De esta conexión, como apuntó Alfredo Romero en el capítulo anterior, surgieron varios de los futuros líderes empresariales que construyeron sus propios imperios industriales (véase también McNamara, 1990; Steers, Shin y Ungson, 1989).

En cuanto a la conducción económica durante el periodo de ocupación, podríamos decir que Japón ejerció en Corea lo que Cumings (1984a: 9) llamó “administración guiada”, lo cual implica la planificación centralizada del desarrollo económico a través de agencias estatales en estrecha coordinación con el banco central y los *zaibatsu*. Para los que se inician en el estudio del desarrollo económico de Corea del Sur, esta relación tripartita resulta sumamente familiar y suelen pensar que es una característica distintiva de su trayectoria. Para el caso de Corea del Norte, quizá esta vinculación no sea tan evidente debido al modelo socialista carente de sistemas de propiedad privada. Por otra parte, aunque los puestos más altos de la burocracia colonial habían sido ocupados por japoneses, la operación del aparato administrativo era conducida por personal local, dejando así un capital humano relativamente capacitado para reproducir ciertas prácticas modernas de administración pública. Lo mismo ocurrió con las fuerzas armadas y la policía nacional (Cumings, 1984b).

Como se verá en el siguiente capítulo, la experiencia de conducción económica fue retomada en los sesenta, una vez

terminado el primer gobierno civil surcoreano, no obstante la purga de los coreanos “colaboracionistas” del régimen imperial japonés. Fue entonces que se constituyó el modelo capitalista genéricamente denominado “Estado desarrollista”. Asimismo, como se apuntó arriba y se confirma en el capítulo de Alejandro Escalona en este mismo volumen, el grupo otrora guerrillero que tomó el mando en Corea del Norte allanó el camino de manera similar y organizó el poder en torno a instituciones centralizadas que permitían controlar, desde el Estado, el proceso de industrialización. La purga de colaboracionistas en el Norte fue mucho más severa que en el Sur y se siguió un rumbo más apegado al modelo soviético.

El argumento determinista de que Corea del Sur emuló enteramente el modelo japonés es, sin duda, debatible. Por ejemplo, podría ignorarse que el estilo de penetración colonial buscaba moldear la sociedad local mediante la imposición de la cultura *a la* japonesa (Cumings, 1984a: 11), puesto que la lengua coreana en realidad nunca desapareció; asimismo, se podría deducir que la planificación económica y la centralización del poder en un par de agencias gubernamentales fueron producto “natural” o inevitable dadas las circunstancias socio-políticas y económicas de la época. También podría decirse que la similitud de los conglomerados industriales coreanos respecto a los *zaibatsu* obedece a la lógica de formación de economías de escala necesarias para la racionalización de recursos, además de que podrían no ser tan distintos de otros conglomerados industriales en Estados Unidos. Sin embargo, pensamos que, además de los factores históricos específicos y el carácter particular de la sociedad coreana, sería desatinado negar el aprendizaje práctico adquirido, incluidas las ventajas de una estructura institucional que contribuyó a que Japón lograra una rápida modernización industrial. En otras palabras, el legado japonés fue importante y no meramente un residuo prescindible de su estancia colonial.

Aunque la esencia de un número notable de instituciones introducidas por Japón persistió más allá del periodo que analizamos aquí, sustituyendo definitivamente la estructura monárquica previa por un gobierno burocrático-autoritario, así como los sistemas de producción, también debemos admitir que no fue la única base sobre la cual las dos Coreas forjaron sus economías políticas una vez divididas. Para comprender el proceso de formación y consolidación de los dos nuevos estados, es preciso considerar la combinación de factores externos e internos. Por lo general, ha predominado la idea de que el contexto internacional ha dictado un limitado número de opciones políticas en buena parte de la historia reciente de la península. Esta idea se refuerza toda vez que en ella existen dos entidades representativas de modelos político-económicos contrapuestos: capitalismo y comunismo. Sin embargo, quedarnos con esta idea limitaría la comprensión de la problemática general. Por eso, en los siguientes párrafos nos proponemos analizar algunos factores internos que paralelamente afectaron el proceso de división y que suelen ser pasados por alto cuando se piensa en las posibilidades de reunificación.

LIBERACIÓN Y DIVISIÓN

Los acontecimientos que siguieron a la derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial, sobre todo aquellos vinculados con la rivalidad entre Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS o Unión Soviética), tuvieron un impacto decisivo y permanente en el desarrollo histórico de la península. Las consecuencias inmediatas de la capitulación de Japón en agosto de 1945 fueron la emancipación de Corea y también el vacío de poder en una zona geopolíticamente crítica. Ante la posibilidad de recobrar por completo el control político del país, los diferentes grupos nacionalistas comenzaron el retorno desde las diferentes trincheras de su resistencia. Entre

estos grupos se destacan la guerrilla que operó destacadamente en el norte, cuyos miembros pertenecían a movimientos comunistas –algunos de ellos entrenados en China y la misma Unión Soviética– y el grupo que obraba en el exilio en Estados Unidos y China, entre los que también se encontraban familias pertenecientes a la antigua aristocracia.² Sin embargo, antes de que Corea pudiera recuperar la categoría de Estado independiente, los intereses de las grandes potencias y la división entre grupos políticos coreanos obturaron esta posibilidad. Así, la Península Coreana habría de convertirse en uno de los primeros y más relevantes escenarios del conflicto bipolar, conocido históricamente como Guerra Fría.

Para entender la compleja dinámica que habría de conducir primero a la división de la península y después a la sangrienta guerra de Corea (1950-1953), consideramos necesario referirnos a algunos antecedentes. El 9 de agosto de 1945 –es decir, el mismo día en que la bomba atómica fue arrojada en Nagasaki– el Ejército Rojo traspasó la frontera de la URSS con Corea. Mientras esto ocurría, en Potsdam se negociaba entre los altos mandos militares (no entre jefes de Estado) el establecimiento de un régimen de administración conjunta para la Península Coreana, en el cual las operaciones terrestres correrían a cargo de fuerzas de la URSS y las navales y aéreas serían responsabilidad de Estados Unidos. Para el 15 de agosto, día de la rendición japonesa, las tropas soviéticas ya controlaban un buen sector de la parte norte de la península, mientras que los estadounidenses aún se encontraban en Okinawa, Japón (McCormack, 2004: 17). Esta situación fue motivo de preocupación para Estados Unidos, a pesar de la alianza que ese país aún mantenía con Moscú y de que ya se habían logrado acuerdos en Potsdam.

² Para el grupo de exiliados que mantuvo su causa particularmente en Estados Unidos hubo muy pocas muestras de haber logrado un apoyo significativo.

Desde Washington se sugirió que Estados Unidos enviara inmediatamente al menos un destacamento militar pequeño como medida simbólica de su presencia.

Además, en respuesta a la rápida movilización soviética hacia el sur de la península, y contradiciendo las negociaciones previas, el 12 de agosto de 1945 el gobierno de Estados Unidos propuso a José Stalin dividir la Península en dos áreas de influencia, delimitadas a partir del Paralelo 38.³ De acuerdo con la nueva propuesta de Washington, la URSS ocuparía *temporalmente* la parte norte de la península, que contenía la mayor parte de los establecimientos industriales, y Estados Unidos se haría cargo del sur, donde residía la mayor parte de la población coreana. Para alivio de Washington, Moscú aceptó el arreglo, ya que no era de su interés que una sola potencia tuviera control sobre ese territorio y posiblemente como una medida para ganar tiempo mientras se organizaba un gobierno independiente y “amigable” a la Unión Soviética, en el cual Japón no tuviera ninguna injerencia (Bluth, 2008; Weathersby, 1993).

El acuerdo permitía a la URSS ocupar una posición prominente en los asuntos de la península. Eso satisfizo momen-

³ Se dice que esta línea imaginaria, carente de significación económica, histórica o social alguna, fue sugerida por el mayor Dean Rusk y el coronel Charles H. Bonesteel, en respuesta a la solicitud de sus superiores y usando como toda referencia cartográfica un mapa de la revista *National Geographic* (Oberdorfer, 1997: 6). Si esto fuera cierto, quizá podría atribuirse a la premura (30 minutos) con la que se pidió a Rusk y Bonesteel que seleccionaran una línea divisoria apropiada (Eckert, 1992: 378). Como dato curioso de semejante arbitrariedad en la formación de los límites fronterizos, Seúl quedó deliberadamente a casi 30 kilómetros al sur del Paralelo 38, ubicándose bajo la jurisdicción estadounidense. Otro dato revelador es que 50 años antes rusos y japoneses ya habían contemplado trazar una división de la península muy cercana a ese punto. Eventualmente, Rusk se convertiría en secretario de Estado durante las presidencias de John F. Kennedy y Lyndon B. Jonson, mientras que Bonesteel devendría en comandante de las tropas estadounidenses en Corea.

táneamente los intereses estratégicos de Moscú, que buscaba contrarrestar sin enfrentamientos la presencia estadounidense en la zona, así como fortalecer las posiciones soviéticas en torno a Manchuria. Acto seguido, Stalin instruyó a sus tropas a no avanzar más allá del Paralelo 38; mientras tanto, las tropas estadounidenses se dirigían a tomar su posición al sur del Paralelo, lo cual tardaría varias semanas hasta desembarcar el 8 de septiembre en Inchon, al oeste de Seúl.⁴ Como resultado de estas negociaciones y de las conversaciones en Potsdam se estableció la Comisión Conjunta Estados Unidos-URSS que tenía como propósito coordinar las negociaciones para el establecimiento de un gobierno provisional. Sin embargo, tanto la URSS como Estados Unidos apoyaron abiertamente a bandos opuestos y fueron incapaces de conformar una coalición ente las diferentes fuerzas políticas.

Como era de esperarse, la nueva ocupación por parte de potencias extranjeras y la consecuente división fue inaceptable tanto para los líderes del norte como los del sur. De la misma forma, la opción de conformar un gobierno de administración fiduciaria (o “régimen de tutela” que se venía discutiendo desde 1943 y propuesta formalmente en la Conferencia de Moscú en diciembre de 1945) fue repudiada fervientemente tanto por la izquierda como por la derecha durante 1946, en parte por tratarse de un concepto similar a “protectorado”, utilizado en 1905 por Japón y que derivó en el ya referido periodo colonial.⁵

⁴ La definición de una península dividida y con administraciones separadas se acató al pie de la letra por las fuerzas soviéticas, ya que no sólo se detuvo el avance de las tropas, sino que se selló la nueva frontera impidiendo el paso de correo, mercancías, energéticos y hasta electricidad del norte hacia el sur. Sin embargo, no se detuvo el éxodo de coreanos que atravesaban la frontera hacia el sur (aproximadamente 1 600 000 personas), lo cual fue causa de cierta inestabilidad social (Cumings, 1990; Weathersby, 1993: 13).

⁵ El movimiento anti-tutela fue uno de tantos de los procesos nacionalistas que eventualmente extrapolaron el antagonismo ideológico, pues

Además, el carácter “temporal” de la ocupación estadounidense y soviética demostraría ser inadecuado, toda vez que la presencia de las grandes potencias pronto se tradujo en una partición estructural y permanente de la península.

En los tres años siguientes a la liberación coreana, Estados Unidos estableció un gobierno militar de ocupación en el Sur conocido por sus siglas en inglés como USAMGIK.⁶ Cumings apunta que el general John R. Hodge, comandante del XXIV Corps of the United States Tenth Army fue nombrado Comandante General de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos en Corea (USAFIK por sus siglas en inglés), y que para el cumplimiento de sus nuevas funciones llegó a Seúl con instrucciones de llevar a cabo la ceremonia formal de rendición y la formación del gobierno de ocupación. Poco después de este primer acto, el 9 de septiembre de 1945, Hodge “anunció que el Gobierno-General continuaría sus funciones con todo su personal japonés y coreano, incluyendo al Gobernador General Abe Nobuyuki...” (Cumings, 1990: 138). Esta declaración causó el enojo de los coreanos y las críticas del Departamento de Estado, el *New York Times* y del propio MacArthur (Cumings, 1990: 138 y 139; Eckert 1992: 379). Debe tenerse presente que la declaración de Hodge implicaba que alrededor de 700 000 burócratas japoneses permanecerían en el gobierno, lo cual explica el enojo de los coreanos, quienes tenían razón de sentirse relegados. El resultado fue que se dio marcha atrás y paulatinamente los japoneses fueron reemplazados por coreanos y estadounidenses. Sin embargo, a finales de enero de 1946, todavía permanecían en sus puestos 60 de ellos (Nahm, 1988: 341). En ese mismo lapso, diversos grupos nacionalistas de

no obstante su origen netamente nacionalista la derecha se apoderó de él mientras que, como se verá abajo, la izquierda optó por apoyar el Acuerdo de Moscú.

⁶ Las siglas USAMGIK corresponden a United States Army Military Government in Korea.

derecha en el Sur competían por el reconocimiento de Estados Unidos. Para Washington lo importante era identificar un grupo capaz de conducir eficientemente la estructura administrativa (básicamente utilizando la establecida por Japón) y un aliado lo suficientemente confiable para asistir a sus esfuerzos de contención al comunismo.⁷ Por ello, el general John R. Hodge, instaló a varios de los colaboracionistas, sin importar el estigma y repudio en contra de ellos, y permitió que antiguos terratenientes y empresarios prósperos ocuparan altos cargos del gobierno. La mayoría de estos cuadros estaban asociados al Partido Democrático de Corea, cuyos miembros eran parte de la clase alta bajo los estándares coreanos de la época, pero que los ocupantes estadounidenses confundieron con la clase media. Este grupo conservador fue el operador de las reformas agrícolas y promotor de las políticas anticomunistas, lo cual impidió una justa repartición de la tierra y exacerbó las animosidades ideológicas, sociales y políticas entre los coreanos (Clifford, 1998; Eckert, 1992: 379-380).

Para el caso de Corea del Norte, las reformas iniciales se llevaron a cabo bajo los auspicios de la Unión Soviética. En contraste con el papel de Estados Unidos, los soviéticos no impusieron un gobierno formal de ocupación en el Norte, aunque sí apoyaron, entrenaron y financiaron a un grupo comunista altamente nacionalista bajo la estructura del Partido Comunista (PC) y del Comité Interino del Pueblo como el brazo operador del gobierno provisional. Y no obstante la relativa autonomía del gobierno provisional, las políticas y reformas tenían el sello inconfundible de una revolución comunista estilo soviético. A los pocos meses de la liberación, la estructura burocrática

⁷ Esta política se acentuó con la llegada de Harry S. Truman a la Casa Blanca, acompañado por George F. Kennan como primer director del Equipo de Planeamiento Político del Departamento de Estado y autor intelectual de la doctrina de contención, también conocida como Doctrina Truman.

y social del régimen colonial fue desmantelada, incluso los residuos de la estructura tradicional de propiedad de la tierra que los japoneses habían mantenido. Se llevó a cabo una extensa purga de colaboracionistas y latifundistas, la tierra se redistribuyó y las grandes industrias fueron nacionalizadas, aunque los negocios pequeños y medianos pudieron seguir sus actividades. Las reformas laborales y de género sobresalen por su carácter progresista y ciertamente revolucionario dadas las condiciones sociales imperantes en la época (Eckert, 1992: 379). Sin duda, dichas reformas no habrían sido posibles sin el amparo de la Unión Soviética. Frente a la rivalidad con Estados Unidos, la URSS buscaba afianzar su influencia en la zona, aunque con un estilo más disimulado.

No obstante las diferencias en la forma de ocupación y apoyo a cada bando coreano, originalmente Estados Unidos y la Unión Soviética no tenían intención de crear dos estados en la península; tampoco consideraron la formación de un gobierno soberano inmediatamente después de la liberación de Japón. De hecho, en las negociaciones previas entre esas dos potencias (más Inglaterra) en El Cairo en 1943, el acuerdo era que Corea debería ser libre e independiente “en su debido momento” (“*in due course*”) (Clifford, 1998: 28; Eckert, 1992: 380).⁸ Eckert (1992: 380) señala que esa frase significaba cosas distintas para los coreanos que para las potencias europeas: para los primeros, quería decir la independencia *inmediata* después de la liberación; para los segundos, la formación de un gobierno fiduciario de largo aliento. Desafortunadamente para Corea, la segunda interpretación fue la que imperó en las conferencias siguientes de Yalta y Potsdam en 1945.

⁸ Según Clifford (1998: 28), en la conferencia de El Cairo en 1943 se había propuesto que Corea fuera independiente luego de la guerra. Sin embargo, los británicos, “preocupados por el precedente que Corea pudiera establecer para sus colonias, se opusieron a la independencia inmediata de Corea”. De ahí que se dictara la sentencia “*in due course as one unified country*”.

La antipatía de ambos bandos coreanos hacia la idea de un gobierno de tutelaje generó mayor polarización entre ellos. Esta polarización era atizada por las inconsistencias entre los acuerdos internacionales y las mismas fuerzas de ocupación en cada lado, las cuales fomentaban la idea de que un gobierno general en la península sólo podría seguir un camino: derecha o izquierda. “Tal posición naturalmente inclinó a cada fuerza de ocupación y a sus (respectivos) aliados coreanos a preferir dos estados separados que un solo estado en el que el poder tendría que ser compartido” (Eckert, 1992: 382).

En este contexto de rivalidad, la Comisión Conjunta EE.UU.-URSS se disolvió en agosto de 1947 tras el fracaso de formar un solo gobierno general interino para toda la Península. Un mes después, no obstante la protesta soviética, Estados Unidos logró llevar el caso coreano a la Asamblea General de las Naciones Unidas, formando así la Comisión Temporal de las Naciones Unidas para Corea (UNTCOK, por sus siglas en inglés). La UNTCOK tenía como misión organizar y supervisar elecciones generales para elegir representantes de toda la península y establecer la primera Asamblea Nacional. Sin embargo, los líderes del Norte y diversos grupos políticos dentro del Sur se negaron a participar y reconocer el resultado de los comicios.⁹ La desaprobación de Pyongyang (y Moscú), no impidió que

⁹ Según el estudio de Weathersby (1993: 21-22) la negativa de participar y reconocer las elecciones de 1948 fue en parte producto de una argucia política en la que la URSS condicionó el apoyo al Partido Comunista Coreano (PCC, también conocido como Partido de los Trabajadores de Corea, con una sede en Pyongyang y otra en Seúl) a cambio del apoyo a la iniciativa impulsada tras la Conferencia de los Tres Ministros. En esa reunión, celebrada en diciembre de 1945 en Moscú, se había acordado establecer por un periodo de cinco años un gobierno temporal conjunto de la península administrado por la URSS, Estados Unidos, China e Inglaterra. Ante la rotunda negativa del resto de la población hacia la iniciativa, era claro que el PCC sería un factor de división; esta postura era adecuada para el doble discurso soviético acerca de su interés por la reunificación coreana (véase también Eckert, 1992: 382).

Estados Unidos lograra que la ONU avalara elecciones sólo en el Sur, las cuales se llevaron a cabo en mayo de 1948.

A pesar de la cuestionada legitimidad de la elección, Syngman Rhee¹⁰ del Partido Democrático de Corea fue el ganador. De esta forma, la República de Corea (RDC) se proclamó formalmente el 15 de agosto de 1948. En consecuencia, la división en la península se profundizó aún más, especialmente porque los comicios fueron acreditados poco después por la Asamblea General de la ONU durante su Tercera Sesión, reconoció al nuevo gobierno de la RDC como el único legítimo y se recomendó a los Estados Miembros establecer relaciones con la RDC.¹¹

En contrapartida, Corea del Norte organizó sus propias elecciones el 25 de agosto de 1948 y el 9 de septiembre del mismo año se instituyó la República Popular Democrática de Corea (RPDC), bajo el liderazgo de Kim Il-Sung y con el apoyo de la Unión Soviética.¹² Ambas Coreas, sobra decirlo, se reivindicaban –y aún lo hacen– como las auténticas representantes de toda la nación coreana. A partir de la instauración de las dos repúblicas, la divergencia entre ellas se ensanchó aún más, a causa del establecimiento de sistemas políticos, económicos y sociales francamente antagónicos.

Las elecciones de 1948 contribuyeron a acentuar e institucionalizar el dominio de Kim Il-Sung en el Norte y de Syngman

¹⁰ Véase nota al pie de página sobre la excepción respecto al nombre en la primera ocasión que aparece Syngman Rhee en el capítulo de Alfredo Romero.

¹¹ Véase Resolución 195 (III) adoptada por la Asamblea General durante la Tercera Sesión el 12 de diciembre de 1948 <http://www.un.org/documents/ga/res/3/ares3.htm> (revisado el 1 de marzo, 2009).

¹² Para un recuento “oficial” más detallado de este periodo, de las elecciones y los resultados puede consultarse el segundo tomo de *Historia fácil de Corea. Historia moderna y contemporánea*, editado por el Centro de Información y Cultura Coreana junto con la Academia de Estudios Coreanos, ambos institutos son de Corea del Sur. Cabe hacer notar que uno de los propósitos explícitos del CICC es la difusión de la *correcta* historia de Corea.

Rhee en el Sur. Recordemos que Kim era un miembro de la resistencia que había peleado contra los japoneses en China y había vivido los últimos años de la Segunda Guerra Mundial en los campamentos militares soviéticos de Manchuria (Cumings, 1984: cap. 3). Una vez finalizada la guerra, los soviéticos vieron en Kim una opción viable para resguardar su área de influencia como un gobierno “amigable” a la URSS. Esto demuestra la “empatía con la revolución coreana y el cálculo de que la revolución no era en forma alguna contraria a sus intereses” (Eckert, 1992: 378). Sin embargo, el gobierno dirigido por Kim alimentaba grandes expectativas por extender su autoridad al resto del país, lo cual eventualmente derivó en un enfrentamiento que Moscú no deseaba.

Kim Il-Sung tenía 36 años cuando se fundó la RPDC en 1948. Desde entonces, consolidó su poder y logró robustecer las ambiciosas reformas iniciadas un par de años antes, como la repartición de tierras y la nacionalización de las principales empresas de propiedad coreana y japonesa.¹³ Asimismo, logró vigorizar los mecanismos de economía centralizada y se fortaleció el Ejército Popular Coreano (EPC), que sería el sustento militar del régimen. De esta forma se dio paso a una estructura autárquica. Adicionalmente, Kim terminó de eliminar fuentes alternas de poder, reprimió a minorías religiosas —como los cristianos— y estableció una política de corte represivo frente a sus opositores. En consecuencia, el éxodo de un número importante de coreanos hacia el sur incluyó no sólo terratenientes, cristianos y coreanos que colaboraron con el régimen japonés, sino también a buena parte de la mano de obra calificada (véase nota 4 del presente capítulo).

Algo similar ocurrió en Corea del Sur bajo el liderazgo del conservador Syngman Rhee, quien tenía 73 años cuando

¹³ Básicamente se trató de la confiscación de tierras de japoneses y coreanos y la distribución gratuita de las mismas.

asumió el poder en 1948. En contraste con Kim Il-Sung, Rhee era miembro de la elite *yangban*; desde muy joven se convirtió al cristianismo y empezó a hacer causa común con otro grupo de coreanos ilustrados que veían en Estados Unidos el modelo de modernización a seguir. Por este motivo fue objeto de persecución política y tuvo que salir del país en 1904. Después de obtener el doctorado en Princeton regresó a Corea en 1910, pero fue expulsado por las autoridades japonesas dos años después. Permaneció en Estados Unidos (Hawái y Washington, principalmente) donde desarrolló actividades en los corrillos de cabildeo político. El nuevo mandatario forjó su popularidad como patriota desde el Club de la Independencia, por su participación en la revuelta Mansei de 1919 –mencionados en el capítulo anterior– y por su actividad dentro del Gobierno Provisional en el exilio mientras estuvo en Shanghai, del cual fue presidente.

Obviamente, aunque Syngman Rhee tuviera reputación de político hábil, no sólo carecía de experiencia en la administración pública, sino que, al parecer, tampoco contaba con un plan de desarrollo mínimamente articulado que diera salida a una situación de pobreza alarmante. Además, había radicado tanto tiempo en el extranjero, que no conocía con detalle la realidad del país (Clifford 1998: 30). Las únicas fuentes de legitimidad que poseía el gobierno de Corea del Sur eran el cuestionado marco institucional democrático y la ayuda económica exterior. De hecho, no obstante su origen civil y sus credenciales de patriota, Rhee impuso un gobierno autoritario donde reinaba la corrupción.

De manera semejante a la política de eliminación de grupos de oposición y resistencia del régimen del Norte, Syngman Rhee persiguió a los coreanos “colaboracionistas”, combatió ferozmente a las guerrillas izquierdistas que subsistían en el Sur (sobre todo en las provincias de Cholla y Kyongsang), además de propiciar la desaparición violenta de los “comités

populares” que se habían formado para combatir a la ocupación japonesa. Aparentemente Rhee era un “mal necesario” incluso para los intereses de Estados Unidos en la península, pero fue lo suficientemente hábil como para obtener provecho de las circunstancias y mantener el apoyo de Washington y las Naciones Unidas.¹⁴

Considerando el origen e inclinaciones autárquicas de los líderes tanto en el Norte como en el Sur de la península, es claro que la rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética –ajena en principio a los afanes nacionalistas e independentistas de los líderes coreanos– no hizo más que acrecentar las hostilidades existentes entre las partes (Cumings, 1984: 33-37). Esto es porque el liderazgo y la sociedad coreana estaban divididos no sólo antes de que la guerra estallara, sino incluso durante el periodo colonial japonés. La división previa de las fuerzas políticas en la península se refleja en las formas de resistencia de ambos bandos, destacando los combates de guerrillas y las acciones en el exilio con agrupaciones nacionalistas en China¹⁵ y Estados Unidos.

¹⁴ Según Cumings (1984b: 35), Estados Unidos no tenía mucho de dónde escoger, ya que las otras opciones moderadas como Kim Gu (o Kim Koo) podrían igualmente simpatizar con la causa comunista con tal de lograr la unificación del país. Kim Gu fue una de las figuras más importantes de la historia coreana y su memoria es respetada tanto en el Norte como en el Sur de la península.

¹⁵ De las agrupaciones independentistas establecidas en China, destaca particularmente la organización de un Gobierno Provisional (1940) en Chungking (previamente en Shanghai), del cual tanto Syngman Rhee y Kim Gu fueron sus presidentes. Bajo el liderazgo de este último se organizó el Ejército de Restauración o de Independencia en coordinación con otros combatientes como el Ejército de Voluntarios de Choson, que marchaba desde Manchuria. Yeon Un-Hyeong, junto con Kim Gu, fueron actores importantes en el intento por establecer un gobierno unificado después de la independencia, pero sus esfuerzos no pudieron contener la radicalización ideológica y la consecuente profundización de la brecha que separaba al Norte y el Sur. Ambos políticos

Esto no significa que el “padrinazgo” de las grandes potencias sobre cada una de las dos nuevas repúblicas haya tenido una importancia menor; el punto es que las discrepancias entre Estados Unidos y la URSS¹⁶ hicieron patente las diferencias sociales y el encono ideológico entre ambas Coreas. Por un lado, los soviéticos no “intervinieron” en la administración de la parte norte. Le dieron espacio de maniobra a Kim Il-Sung para que, basado en una política de masas, eliminara a elementos que se le opusieran. Por el otro Estados Unidos, tuvo que tomar parte directa en la administración del territorio del Sur, y sus efectivos e instituciones *in situ* fueron partícipes de las políticas represivas contra todo movimiento opuesto a su presencia o a Syngman Rhee. Ciertamente, la situación de posturas irreconciliables proporcionó los ingredientes de un explosivo cóctel que derivó en uno de los conflictos regionales armados más destructivos y sanguinarios del siglo xx.¹⁷

No tan en el fondo, ambos contendientes tenían la convicción de que la reunificación coreana podría lograrse por medios militares y que al final les correspondería la victoria. Cabe hacer notar que, antes del estallido de la guerra civil ya se observaban dos procesos paralelos. Por un lado, el retorno a Norcorea, entre

fueron asesinados en Seúl en 1947 y 1949, respectivamente, aparentemente por jóvenes activistas asociados a grupos de ultraderecha.

¹⁶ Cumings (1984b: 32-33) destaca un dato importante que suele pasarse por alto en la comprensión del conflicto armado; se trata de la incorporación de China a la esfera comunista en 1949. En este sentido, Cumings considera que, gracias al triunfo de la Revolución china, Kim Il-Sung logró tener un mayor margen de maniobra ante la tensa relación entre su gobierno y el de Moscú.

¹⁷ En una carta fechada el 4 de noviembre de 1950, al referirse a los combates en Corea, el general Douglas MacArthur escribió lo siguiente al entonces general Eisenhower: “Nunca había conocido una pelea más salvaje ni a enemigo con tanta determinación, tenacidad y habilidad”, <http://www.dwightdeisenhower.com/koreanwar/Letter%20fr.%20MacArthur%20to%20DDE,%20Nov.%201950.gif> (revisado 28 de enero, 2009).

1948 y 1950, de unos 14 000 combatientes coreanos que habían peleado en la Revolución china y que al regresar se sumaban a las fuerzas del EPC (Weathersby, 1993: 34). Por otra parte, a lo largo de 1949 se registraron numerosos enfrentamientos fronterizos, promovidos por Seúl y por Pyongyang, que buscaban propiciar la guerra; algunos de los encuentros armados más significativos ocurrieron en Kaesong, Wonsan y la península de Ongjin a mediados de ese año (Cumings, 1990; 1997: 241-247).

LA GUERRA DE COREA (1950-1953)

Al iniciar 1950, ambas naciones seguían manteniendo el ánimo belicoso, pero el Norte parecía más resuelto y deseoso de iniciar la guerra. A ello contribuyeron un par de factores. Primero, la ambigüedad de la Unión Soviética en cuanto a su aprobación de los planes de guerra; Stalin trataba con reserva las solicitudes de apoyo de Kim Il-Sung, pero no hacía explícita una objeción definitiva a las iniciativas de Pyongyang (Oberdorfer, 1997: 8; Weathersby, 1993: 24-31). Segundo, el triunfo de la Revolución china en 1949 que llevó al poder a un régimen amigo de Corea del Norte. En este contexto, a principios de 1950, Kim Il-Sung visitó en secreto Moscú y Beijing para convencer a las potencias comunistas de la viabilidad de una reunificación por la vía armada (Bluth, 2008).¹⁸ La propuesta de Kim deducía que había condiciones para el triunfo de una campaña militar

¹⁸ Estudios recientes indican que Washington no deseaba que el gobierno de Syngman Rhee se lanzara a la guerra por el control total de la península, pues ello pondría en riesgo la delicada estabilidad propiciada por la división. Probablemente por esta razón fue que la invasión por parte de las tropas del Norte los tomó por sorpresa, ya que al menos sabían que el Sur no tenía la capacidad de iniciar la guerra y que la Unión Soviética no querría estar en primera fila. Por ello, quizá en Washington se subestimó el ánimo beligerante de los líderes de ambas Coreas, lo cual “hizo fallar los mecanismos de disuasión” (Bluth, 2008: 17).

que concluyera en la unificación. Entre los argumentos más importantes era, por un lado, el retiro de posiciones militares estadounidenses en la región del noreste de Asia. Por otro lado, que Corea del Norte superaría en número y armamento a su contraparte en el Sur,¹⁹ bajo el supuesto de que a Estados Unidos en efecto le tomaría mucho tiempo recobrar el control militar en la península y, que para cuando eso ocurriera, el dominio de Pyongyang ya se habría consumado.²⁰ Un tercer argumento estaba basado en la idea de que los grupos opositores –varios de ellos comunistas– al régimen del Sur podrían organizarse y simpatizar con el Norte para derrocar a Rhee.

Finalmente Stalin aprobó la iniciativa de la invasión. Sin embargo, existe cierta controversia en cuanto a las motivaciones del Kremlin para apoyar los planes de Kim Il-Sung, ya que aparentemente la Unión Soviética prefería el *statu quo* (Weathersby, 1993). También es poco verosímil que Stalin haya subestimado la capacidad estadounidense de reacción en la defensa del Sur (Bluth, 2008). Un informe del gobierno norteamericano sobre su estrategia en el extremo oriental asiático, elaborado en 1949, y presentado en enero del siguiente año, excluía a la península de Corea de su perímetro defensivo en esa región, elemento que envió señales ambiguas tanto a Pyongyang como a Moscú (Isaacs y Downing, 1998: 86). Tanto norcoreanos como soviéticos asumieron ese hecho como un factor favorable para sus planes de acción militar en la península.

¹⁹ La correlación de fuerzas a favor de Corea del Norte era: tropas 1:2, pistolas 1:2, metralletas 1:7, tanques 1:6.5 y aviones de combate 1:6 (Weathersby, 1993: 30).

²⁰ De hecho, Estados Unidos ya había declarado que no participaría en un conflicto armado en Corea, lo cual formaba parte del cálculo en la iniciativa de Kim Il-Sung, que según sus planes la invasión duraría tres días.

Quizá el factor clave que precipitó el sustancial apoyo material, técnico y estratégico de Moscú a Kim Il-Sung²¹ fue la confianza que la URSS experimentaba por haber desarrollado su propia arma nuclear en 1949, cinco años antes de las previsiones de la inteligencia estadounidense. Otra razón pudo haber sido su preocupación por la creciente influencia de China, tras el triunfo de Mao Zedong y sus inclinaciones revisionistas. De este hecho podría derivarse que el apoyo soviético tenía objetivos estratégicos que vislumbraban un eventual involucramiento de China y consecuentemente el fomento de hostilidades entre Estados Unidos y el naciente Estado socialista. Además, Pyongyang estimaba que, en caso de conflicto armado, recibiría un amplio apoyo popular de las fuerzas que en el Sur se oponían a Syngman Rhee. Asimismo, las declaraciones provocadoras y beligerantes del mandatario surcoreano, sugiriendo acciones unilaterales para la unificación de la península (Weathersby, 1993: 33), fueron consideradas como elementos de prueba de la amenaza de una invasión del Sur al Norte. Por las razones que fuesen, las tropas de Corea del Norte traspasaron el Paralelo 38 en la madrugada del 25 de junio de 1950 en una operación militar llamada “plan de ataque preventivo”.²²

²¹ Es importante hacer notar que el apoyo era principalmente en armamento, equipo y asistencia técnica, militar y naval. La Unión Soviética había comenzado a retirar sus tropas desde finales de 1948 (las fuerzas estadounidenses lo hicieron después, pero regresarían para combatir en 1950). Fueron los chinos quienes eventualmente se involucraron directa y abiertamente en el conflicto bélico con sus propios combatientes.

²² Según documentos citados por Weathersby (1993), Kim Il-Sung tenía preparado un plan táctico-estratégico bastante detallado, considerando las etapas de la invasión, así como anticipando las respuestas de Seúl ante una supuesta llamada a la unificación pacífica (bajo los términos de Pyongyang) que seguramente serían rechazadas. En este sentido, el inicio de las hostilidades pareciera no ser estrictamente un acto de defensa sino un ataque premeditado.

Según se puede observar en el registro de comunicación entre altos funcionarios del gobierno estadounidense, el acto tomó al presidente Harry S. Truman (1945-1953) y a su gabinete de seguridad un tanto por sorpresa. Sin embargo, casi de inmediato y contrario a los cálculos de Pyongyang, Estados Unidos decidió entrar en la contienda para defender a Corea del Sur.²³ Al calor de los acontecimientos y la información limitada, el presidente Truman consideró que la invasión de Corea del Norte era un desafío directo del Kremlin y que la credibilidad de Estados Unidos en la política de contención del comunismo estaba en juego.

Aunque a fin de cuentas la participación de Estados Unidos en el conflicto fue mayoritaria y prominente, las gestiones diplomáticas fueron cuidadosas para evitar una intervención unilateral. En este sentido, Washington logró maniobrar con rapidez dentro del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para emitir una condena a la violación de su Carta. El mismo día de iniciada la invasión, el Secretario General de las Naciones Unidas reunió al Consejo de Seguridad y logró la adopción de la resolución con nueve votos a favor,²⁴ una abstención (Yugoslavia) y una ausencia (URSS). Según Bluth (2008) la ausencia de la URSS en esta crucial votación se debió a que sus representantes estaban ocupados (vale decir, distraídos) boicoteando al Consejo para que la República Popular China fuese quien ocupara el asiento permanente; la ausencia, en todo caso, implicó que la Unión Soviética no pudiese ejercer su derecho

²³ Para un interesante recuento de lo ocurrido horas después de confirmarse la noticia y la velocidad de reacción diplomático-militar de Estados Unidos, ver <http://www.trumanlibrary.org/korea/> y <http://www.trumanlibrary.org/hstpapeer/koreawar.htm> (revisado el 28 de enero, 2009).

²⁴ Los votos fueron de China, Cuba, Ecuador, Egipto, Francia, India, Noruega, Reino Unido y Estados Unidos. Cabe recordar que la representación de China en 1950 estaba en manos de la República de China de Chiang Kai-Shek y no de la República Popular de Mao Zedong.

de veto. Una vez aprobada la moción, Estados Unidos se puso al frente de una coalición de tropas integrada por 16 países, incluyendo contingentes de la Gran Bretaña, Canadá, Turquía y Filipinas. Esta era la primera vez que la ONU desplegaba una fuerza militar de este tipo.

El éxito inicial del ataque norcoreano fue contundente, gracias al factor sorpresa. Al tercer día, Seúl ya había sido completamente capturada y las fuerzas de resistencia se redujeron a desarticuladas y pequeñas zonas defensivas. En unas cuantas semanas, las tropas norcoreanas lograron tomar casi el 95% del territorio nacional (Halliday y McCormack, 1973: 27; Oh, 1999: 38). La ocupación del puerto sureño de Pusan donde se había refugiado el gobierno surcoreano, parecía cuestión de tiempo. De haber ocurrido, probablemente hubiese conducido a una derrota irreversible para Corea del Sur y sus aliados estadounidenses, o bien hubiera derivado en una guerra de escala muy superior a la que de por sí alcanzó.

Sin embargo, la historia no se escribió así. Al avecinarse una inminente derrota, el general Douglas MacArthur, líder de las tropas de Naciones Unidas y veterano estadounidense de la Guerra del Pacífico, logró convencer al presidente Truman de dedicar el grueso de los recursos militares de la coalición a revertir el curso de la guerra mediante un golpe decisivo a las vías de abastecimiento y comunicación del ejército norcoreano. A raíz del famoso “desembarco de Inchon”, el 25 de septiembre de 1950 la coalición liderada por Estados Unidos desarticuló la avanzada norcoreana. La coalición comenzó a recuperar terreno. A finales del mes, los norcoreanos ya habían perdido el control de Seúl. A mediados de octubre, las tropas surcoreanas avanzaban al norte respaldadas por las fuerzas de la ONU.²⁵ Tras

²⁵ Kim Il-Sung estaba seguro de que, en el transcurso de su avance, sus tropas serían apoyadas por la población y las fuerzas antigubernamentales en Corea del Sur. Esto no ocurrió, posiblemente a causa de la debilidad de dichas

la pérdida de Pyongyang, todo parecía indicar que el empuje de la coalición obligaría a las fuerzas norcoreanas a retroceder al menos hasta la frontera con China. Este escenario parecía especialmente preocupante para la causa del gobierno comunista de Beijing, que había tomado el poder muy recientemente.

Cuando el gobierno soviético reparó en la inminente entrada de Estados Unidos al conflicto, dio marcha atrás al apoyo explícito que había brindado a Kim Il-Sung y detuvo el envío de tropas y fuerzas navales al campo de batalla. Tales hechos parecen sugerir que Stalin sobreestimó los cálculos de un asalto militar rápido y contundente de Kim, y que al mismo tiempo subestimó la capacidad de respuesta estadounidense, sobre todo en la arena multilateral. Lo que parece cierto en este punto es que Stalin no quería enfrentarse directamente con Estados Unidos, no obstante el creciente equilibrio de fuerzas debido al desarrollo de armamento nuclear que anotamos líneas arriba. Una explicación probable es que Moscú tenía como prioridad mantener el control sobre su órbita de influencia en Europa y que consideraba que Estados Unidos habría de mantener a Japón y China contenidos en la región del Pacífico. Esto no quiere decir que la Unión Soviética se desentendiera de esta parte estratégica, ya que mantuvo lazos cercanos y apoyo económico y material a su aliado asiático. Por eso, cuando supo que Mao Zedong se involucraría de lleno en el conflicto armado enviando tropas y armamento, Stalin vio con buenos ojos la decisión, ya que resolvía temporalmente su propio dilema de no abandonar a Kim Il-Sung, pero tampoco enfrentar cara a cara a Estados Unidos (Weathersby, 1993: 33).

fuerzas como consecuencia de la fuerte represión sufrida por la izquierda entre 1946 y 1950 en esa parte de la península. No obstante, Kim aprovechó la coyuntura para destituir a varios generales y cuadros del partido, acusándolos de incapacidad y de traición. Para entonces, la guerra se había tornado favorable para las fuerzas de Estados Unidos, Corea del Sur y las Naciones Unidas.

La coalición prácticamente avanzó hasta la frontera de Corea del Norte con China. Tras calibrar detenidamente las consecuencias de ingresar abiertamente en la guerra y consultar con sus entonces aliados soviéticos, Mao Zedong decidió enviar un refuerzo masivo al campo de batalla. El 26 de octubre, entre 250 y 300 000 soldados chinos cruzaron el río Yalu. Los soviéticos también participaron, aunque de manera más discreta, enviando unos 200 aviones MIG en apoyo de las tropas sino-norcoreanas. Como resultado de este esfuerzo, Pyongyang fue recuperada el 5 de diciembre; para el año nuevo de 1951 la coalición estadounidense nuevamente se encontraba a la defensiva, pues los soldados norcoreanos, chinos y soviéticos ya habían logrado traspasar el paralelo 38 y tomado Seúl de nueva cuenta.

En los meses subsecuentes la coalición encabezada por Washington pudo desalojar a las fuerzas comunistas de Seúl; en julio, la frontera del contraataque comunista había retrocedido otra vez hasta el paralelo 38. La línea de batalla se movió de esta forma cuatro veces, las mismas que Seúl fue tomada por tropas norcoreanas y recuperada por el ejército de la coalición. Durante los dos años siguientes la guerra quedó estancada en una suerte de empate estratégico a lo largo de esa línea, a pesar de los intentos de ambos bandos por cambiar el *statu quo* y de los infructuosos ruegos del general Douglas MacArthur (destituido en abril de 1951)²⁶ para que el presidente Harry S. Truman le

²⁶ La destitución de Douglas MacArthur se fundamentó en su abierto desacuerdo con la decisión de limitar el conflicto a Corea y no extenderlo más allá de esa frontera, así como a la ejecución de acciones militares sin el consentimiento del presidente. Por ejemplo, una vez retomada la capital Seúl, supuestamente no tenía autorización de continuar la marcha hasta la frontera con China, pues eso evidentemente induciría a las fuerzas de Mao a ingresar a la guerra, lo cual, a fin de cuentas magnificó las dificultades y las pérdidas materiales y humanas, y condujo la guerra a una dimensión imprevista desde el principio. Sin embargo, ahora existe información que sugiere que tal decisión no fue enteramente unilateral por parte de MacArthur. Además, la destitución del general MacArthur afectó sensiblemente la popularidad de

permitiera lanzar una ofensiva definitiva contra China y arrojar 26 armas nucleares sobre distintos lugares de China, la URSS, y la Península de Corea (McCormack, 2004: 30-31).

Desde el 10 de julio de 1951, las partes beligerantes iniciaron conversaciones de paz en Kaesong y luego en Panmunjon. Tales negociaciones no significaron en automático el cese de las hostilidades. Por el contrario, la escala de las operaciones militares continuó siendo de gran magnitud, mientras que el territorio norcoreano sufría incesantes bombardeos por parte de la aviación estadounidense. Si bien ambas partes sabían que la guerra difícilmente podría decidirse a favor de uno u otro bando, el tema de la repatriación voluntaria de los prisioneros de guerra dilató el fin de las negociaciones. Asimismo, la creciente impopularidad del presidente estadounidense Harry S. Truman aparentemente fue un obstáculo, que habría de ser removido con la llegada del republicano Dwight D. Eisenhower a la Casa Blanca, el 20 de enero de 1953.²⁷ Junto con la muerte de Stalin el 5 de marzo de ese mismo año, la correlación de fuerzas cambió sustancialmente; en conjunto, estos hechos propiciaron que los líderes de China y Corea del Norte aceptaran el compromiso de repatriación de los prisioneros de guerra. Finalmente, el 27 de julio de 1953, sin la participación de Corea del Sur,²⁸

Truman, quien ni siquiera se presentó a la reelección de 1952. Véase <http://www.trumanlibrary.org/korea/> y <http://www.dwightdeisenhower.com/koreanwar.html> (revisado el 28 de enero, 2009).

²⁷ Supuestamente una de las primeras acciones de Eisenhower como presidente fue comunicarse con los líderes chinos para informarles que estaba resuelto a extender la guerra más allá del territorio coreano y a utilizar armamento no convencional si no se llegaba a un arreglo.

²⁸ La ausencia de la delegación surcoreana se debió en parte al rechazo de Syngman Rhee sobre la dirección que estaban tomando las negociaciones. Rhee era especialmente crítico frente al hecho de que uno de los resultados previsibles de las negociaciones consistiría en dar marcha atrás a la posibilidad de un solo gobierno; por lo tanto, no sería bajo su liderazgo que se lograra unificar al país.

representantes de la ONU, Corea del Norte y China firmaron un armisticio, tres años después del inicio de la guerra. Este instrumento significó una tregua concertada que mantiene aún en estado técnico de guerra a las dos Coreas.²⁹

La unificación por la fuerza fue interrumpida. Paradójicamente, la línea demarcatoria entre las dos Coreas terminó fijándose en el mismo lugar en el que se había establecido en 1945: el Paralelo 38. De esta forma, la división recompuso la balanza de poder en la zona, la cual se ha mantenido relativamente estable, pero a costa de una experiencia traumática. Las secuelas de la guerra dejaron tras de sí hogares y economías totalmente destruidas, familias separadas y la posibilidad latente de reanudar la violencia, lo cual asentó el miedo y la inseguridad. En adición a la cuenta material de la tragedia bélica, debe añadirse el saldo de vidas humanas perdidas o heridas. Aunque las cifras varían de acuerdo con la fuente, las estimaciones más verosímiles arrojan unos dos millones de coreanos muertos, entre soldados y civiles del Norte y del Sur. Cerca de 30 000 soldados estadounidenses murieron, más de 75 000 fueron heridos y hubo más de 10 000 desaparecidos o capturados. Asimismo, unos 900 000 chinos cayeron en combate. Pero lo verdaderamente trágico de esta guerra en particular, como concluyen Cumings (1984b: 38), Eckert (1992: 385) y muchos otros observadores, es que no resolvió ninguno de los problemas de fondo que la habían originado.

²⁹ El final de la lucha no marcó, en efecto, el final de las hostilidades. Para evitar un nuevo conflicto, el armisticio creó la Zona Desmilitarizada, una franja de cuatro kilómetros de ancho compuesta por terreno montañoso en su mayoría, la cual atraviesa la península cerca del paralelo 38 y está diseñada como zona de contención, fuera del alcance de las grandes concentraciones de efectivos y armamento pesado. La frontera política se trazó a lo largo de su centro y se le llamó Línea de Demarcación Militar, teniendo a Panmunjon como centro de encuentros.

Además, la presencia de más de 40 000 soldados norteamericanos en el sur de la península incorporaba un nuevo elemento de tensión que aún persiste.³⁰ Las continuas amenazas, escaramuzas y provocaciones configuraron un escenario de conflicto que enfatizó las diferencias entre Corea del Norte y del Sur. Esto sirvió de pretexto para legitimar diferentes modelos de desarrollo, mismos que se analizan en los siguientes capítulos.

CONCLUSIONES

Para recapitular, este trabajo abordó tres aspectos críticos de la historia contemporánea de la Península Coreana: el legado colonial japonés, la liberación y división y la guerra civil. Desde nuestro punto de vista, es difícil comprender a las dos Coreas sin conocer estos antecedentes. Como muchos otros países de Asia y África, Corea se incorporó plenamente al sistema internacional como colonia de una potencia imperial en expansión. La península formó parte de la órbita de Japón durante la primera mitad del siglo xx, periodo en el cual el imperio japonés transformó el tejido institucional de los territorios bajo su dominio. El alcance y duración de su legado son objeto de debate, aún en nuestros días. En los siguientes capítulos podrán advertirse algunas huellas del paso de Japón por Corea, aunque en ocasiones sea difícil distinguirlos debido a la igualmente formidable presencia de Estados Unidos, China y la URSS, según el caso y el momento que se estudie. Asimismo, debe darse crédito al pragmatismo de los líderes coreanos en el proceso de mixtura institucional en su afán de alcanzar a los países avanzados y derrotar a los “enemigos”.

Asimismo, una de las consecuencias de la ocupación japonesa en Corea fue vigorizar el nacionalismo. Sin embargo, es importante aclarar que el movimiento nacionalista coreano

³⁰ Actualmente hay 37 000 soldados estacionados en Corea del Sur.

fue un movimiento patriótico en el que intervinieron muchas corrientes siempre dispersas, por lo que no logró formar un frente unificado (Romero, 1996). Esto era evidente incluso desde finales de los treinta, cuando grupos nacionalistas fuera y dentro de Corea intentaban organizar sus fuerzas con miras a la recuperación de la soberanía de su país. Antes de poner a prueba sus planes, Estados Unidos y la Unión Soviética derrotaron a Japón, poniendo fin abruptamente al régimen colonial. En este sentido, la llamada liberación no fue obra de los coreanos, sino de la aparición fortuita de los intereses estratégicos de Estados Unidos y la URSS, quienes, además, contribuyeron a frustrar la formación de un Estado coreano libre e independiente. Se comenzó entonces una nueva –y trágica– era histórica de la península, de la cual este capítulo ha dado cuenta.

Cuando los archivos del periodo entre la emancipación de Corea en 1945 y el fin de la guerra de Corea fueron desclasificados en Rusia y Estados Unidos, aparecieron algunas de las piezas faltantes del rompecabezas que explica la división de la Península Coreana y su guerra intestina. Sin embargo, aunque ahora se sepa que la guerra no fue precisamente un plan de expansión comunista de José Stalin, ni que la aventura de Douglas MacArthur de tomar el Norte fue estrictamente una decisión unilateral, es importante que el lector tenga claro que tanto en el Norte como en el Sur había un genuino deseo nacionalista de unificación, aun si ésta requiriese la fuerza. A fin de cuentas, los soviéticos, chinos, estadounidenses y, por supuesto, los japoneses, ejercieron un papel central en el desarrollo de esta fase de la historia coreana.

La guerra de Corea no sólo instituyó dos estados con regímenes antagónicos; también quebrantó la unidad nacional de casi 1 500 años. Tal hecho fue lamentable, aunque vale la pena acotar que, no obstante la relativa homogeneidad étnica de la nación coreana, su historia no ha estado exenta de periodos de fragmentación social e ideológica. Los textos de Silvia Seligson y

especialmente de Alfredo Romero Castilla en este libro ofrecen importantes evidencias de esta realidad.³¹

Para ilustrar un poco más el punto, considérese los siguientes ejemplos: la división entre la clase aristocrática (*Yangban*) y la población común, cuya estructura de estratificación se institucionalizó durante la dinastía Yi; más tarde, aún bajo el dominio japonés, en Corea se formó el Partido Comunista desde los veinte, mientras grupos conservadores también formaban parte del escenario sociopolítico. Por lo tanto, aunque la historia de Corea ha vivido largos periodos de estabilidad (por ejemplo, la era Choson), la unidad sociopolítica ha sido más una excepción que la regla. Lo penoso del asunto es que la división de dos estados partiendo una nación haya significado la separación de familias y el permanente sentimiento de pérdida. Esta es la base con la que los siguientes dos capítulos presentan las trayectorias de Corea del Sur y Corea del Norte.

³¹ Véase también Romero Castilla (1996).

IV COREA DEL SUR

JOSÉ LUIS LEÓN MANRÍQUEZ
JUAN FELIPE LÓPEZ AYMES

INTRODUCCIÓN

LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX testificó casos notables de transformación económica mediante la cual un pequeño grupo de países logró insertarse de manera exitosa en el sistema productivo internacional. En este sentido, la República de Corea (en adelante Corea del Sur o RDC) resulta un caso paradigmático. Desde nuestro punto de vista, su estudio puede destacar elementos de análisis útiles para estudios comparativos sobre el cambio económico y la transición política en países de reciente industrialización. Asimismo, aunque ninguna experiencia histórica es totalmente reproducible en otros contextos, las estrategias coreanas de desarrollo económico pueden brindar algunas lecciones a aquellos países que aspiran a mejorar su posición en el sistema internacional.

El encanto de Corea del Sur como ejemplo de desarrollo económico¹ ha sido frecuentemente mal entendido. Desde las

¹ Existen numerosos indicadores duros que documentan la transformación económica de Corea del Sur. Por ejemplo, su producto interno bruto (PIB) per cápita es en la actualidad de 17 690 dólares anuales, cifra comparable

trincheras liberales, suele considerarse que el acelerado crecimiento de este país a partir de 1961 tiene su origen en la aplicación prácticamente irrestricta de políticas de mercado (véase, por ejemplo, Friedman y Friedman, 1983: 87-88). Sin embargo, el milagro económico de Corea del Sur difícilmente puede explicarse sin un análisis detenido del papel del gobierno en la economía y las instituciones que hicieron posible la conducción política en el marco del Estado. Por ello es conveniente estudiar el caso desde una perspectiva más amplia para comprender la relación entre el crecimiento económico y el proceso evolutivo que, en lo político, ha vivido ese país. Nuestro enfoque considera que las relaciones económicas van estrechamente ligadas a la política; es decir, los factores de producción y el poder no son elementos aislados ni estáticos. Así, el Estado, el mercado y la sociedad son las variables clave para el análisis de las distintas experiencias históricas.

El capítulo anterior demostró la enorme complejidad que reviste la historia poscolonial de la Península Coreana. El “rompecabezas” coreano es una intrincada combinación de legados y memorias, fuerzas externas, ideologías y ambiciones. La trayectoria histórica particular del desarrollo político y económico de la República de Corea posterior a la guerra civil no es menos compleja. Sin embargo, para efectos de organización analítica, en este capítulo identificamos cinco periodos en los últimos cincuenta años.

La primera parte analiza desde el fin de la Guerra de Corea en 1953 hasta la caída del régimen de Syngman Rhee en 1960.

con algunos países desarrollados: de hecho, el per cápita coreano es similar al de países europeos mediterráneos como Portugal y Grecia. En cuanto al PIB total, Corea del Sur ocupa el lugar 12, ligeramente por debajo de Canadá, Brasil e India, pero por arriba de Rusia, México, Australia y los Países Bajos. Para comparaciones más detalladas de las cifras del PIB, PIB per cápita y otros indicadores de la economía surcoreana, véase León (2000: 61-71); Banco Mundial (2007).

La segunda sección aborda la veloz transformación económica que ocurrió en el periodo 1961-1979, al amparo del régimen autoritario de Park Chung-Hee. La tercera parte se concentra en los procesos de liberalización económica y la prolongada transición democrática iniciada en los años ochenta y afianzada a mediados de los noventa. La cuarta parte brinda especial atención a la crisis de 1997, año en el cual una pronunciada caída económica y financiera coincidió con la celebración de elecciones presidenciales en las que, por primera vez en la historia, triunfó la oposición; también se analizan algunas secuelas de dicha crisis, así como la respuesta del régimen de Kim Dae-Jung a los desafíos políticos y económicos internos e internacionales. La quinta y última parte hace un recuento del periodo de Roh Moo-Hyun, iniciado en 2002, en el que destaca la continuidad con el régimen anterior y la consolidación de los procesos de apertura económica y política, así como las contradicciones del nuevo modelo con los legados institucionales del Estado desarrollista.

PRIMER INTENTO DE RECONSTRUCCIÓN NACIONAL (1953-1961)

Al término de la conflagración y la “repartición” de la península en 1953, Syngman Rhee permaneció en la presidencia de Corea del Sur durante siete años más. En el transcurso de este periodo, se hizo cada vez más claro que la estructura constitucional republicana y sus vetas de incipiente democracia no tenían nada que ver con la praxis política del mandatario y su entorno. En el plano económico, el gobierno de Syngman Rhee debió encarar la contienda bélica y sus devastadoras consecuencias que se apuntaron al final del capítulo anterior.

De no haber sido por la asistencia de Estados Unidos, principal aliado de la RDC, muy probablemente la economía se habría desplomado. De hecho, en los años cincuenta la ayu-

da estadounidense llegó a representar 100% del presupuesto gubernamental, el 83% de las importaciones, el 75% de la inversión fija bruta y el 8% del producto interno bruto (PIB) surcoreanos (Kim y Kim, 1997: 11; Cumings, 1997: 306). Así, al terminar la guerra se presentaban tres grandes desafíos para el Sur: en primer lugar, el país debía dedicar grandes esfuerzos a la reconstrucción para asegurar su viabilidad económica; en segundo lugar, la República de Corea aún se caracterizaba por ser una economía agrícola que debía recorrer un largo camino para crear una estructura industrial avanzada; en tercer lugar, era imperativo paliar la alta inflación que la guerra había provocado.

A tono con la tendencia entonces vigente en otros países en desarrollo (destacadamente en América Latina), el gobierno surcoreano decidió enfrentar tales retos mediante una estrategia de industrialización vía sustitución de importaciones (ISI). El principal instrumento de la ISI coreana fue una sobrevaluación del tipo de cambio; aunque se registraron devaluaciones nominales de la moneda coreana frente al dólar en 1953 y 1955, la tasa real permaneció sin cambios hasta 1960. La ISI también se basó en la protección generalizada de la industria nacional mediante el expediente de aranceles altos y licencias previas de importación.

Esta estrategia generó resultados aceptables, aunque de ningún modo espectaculares: el crecimiento económico se retomó después de la guerra, mientras que los efectos combinados de la reforma agraria y la urbanización ampliaron los mercados para las nuevas industrias, sobre todo en bienes de consumo e intermedios. Como resultado, el PIB industrial pasó de 8 a 14% del PIB total entre 1953 y 1960, cuando Corea ya estaba completando la “etapa fácil” de la sustitución de importaciones. Al propio tiempo la inflación, otro de los grandes retos, fue cediendo ante el programa de estabilización que el gobierno lanzó en 1957.

A pesar de sus relativos logros, hasta 1960 no existía nada peculiar en el proceso de industrialización en Corea. De hecho, la estructura proteccionista había generado serias distorsiones y generado un alto grado de corrupción. En particular, las lucrativas licencias para importar “los tres blancos” (harina de trigo, azúcar y fibra de algodón), se habían convertido en objeto de disputa entre las distintas facciones de empresarios y la clase política. Más aún, entre 1954 y 1959 la economía coreana creció únicamente a una tasa de 4.3%, ritmo inferior al de la economía mundial, de Europa Occidental y Oriental, de América Latina y de Asia en su conjunto (León, 2001: 33). Si bien la economía coreana transitaba con cierta velocidad de las actividades agrícolas a las industriales, hasta finales de los cincuenta su trayectoria se asemejaba a la de algunas naciones latinoamericanas de industrialización tardía.

En el plano político, hacia principios de los años sesenta, era claro que el gobierno se hallaba ante una crisis de legitimidad. El autoritarismo insensible, caótico y casi monárquico de Syngman Rhee, quien reformó la constitución para mantenerse en el poder indefinidamente, seguía sin ofrecer una salida viable al problema de la pauperización de la sociedad coreana, lo cual significó un campo fértil para la inestabilidad política. En ese ambiente, el sector militar aprovechó la agitación social contra lo que ya se había convertido en un gobierno autocrático y corrupto. Las protestas estudiantiles se agudizaron en 1960 y la imposibilidad de sofocarlas mediante los disminuidos recursos políticos ejerció una tensión fatal que condujo no sólo a la represión, sino también a la caída del régimen de Rhee. Después de unos meses de interinato civil, en 1961 las fuerzas armadas se hicieron del poder. La nueva junta militar, encabezada por Park Chung-Hee, lanzó una ambiciosa ofensiva para restaurar el orden público, a la vez que introdujo ajustes mayores en el aparato estatal y realizó importantes innovaciones en el modelo de desarrollo económico.

EL RÉGIMEN DE PARK CHUNG-HEE:
REESTRUCTURACIÓN ESTATAL, TRANSFORMACIÓN
ECONÓMICA Y AUTORITARISMO (1961-1979)

Park Chung-Hee, un militar profesional, asumió el poder el 16 de mayo de 1961. A partir de entonces, el régimen autoritario sustentó su legitimidad en tres pilares: la reorganización burocrática, el desarrollo económico y el anticomunismo. Presionado por imperativos de seguridad nacional y legitimidad política, Park comprendió que la supervivencia de su gobierno estaba vinculada a una acelerada transformación económica y que ésta, a su vez, dependía en gran medida de un Estado fuerte y de una burocracia eficiente. Tanta fue la atención que Park brindó a la organización de agencias públicas con orientación desarrollista y nacionalista, que gustaba definir su proyecto de gobierno como “democracia administrativa”.

Pocas semanas después de asumir el poder, el nuevo gobierno inició un ambicioso programa de modernización del aparato de Estado, mediante el cual se impulsó la jubilación obligatoria de empleados públicos de la vieja guardia, se reinstituyeron los exámenes de ingreso al servicio civil (que habían sido una característica de la administración pública coreana al menos desde la dinastía Shilla; ver capítulo de Silvia Seligson en este volumen), y se diseñó un sistema de promoción basado en el desempeño y no únicamente en la antigüedad. La administración de Park Chung-Hee instaló numerosos centros de reentrenamiento para los burócratas e impartió cursos de técnicas modernas de gestión. Todos los ministerios fueron obligados a crear oficinas internas de planeación y control, y a trazar metas de largo plazo. Estos pasos significaron un cambio fundamental respecto de la administración de Syngman Rhee, en la que los puestos clave en el gobierno eran asignados a miembros de la aristocracia coreana y los resultados de los exámenes de ingreso a la burocracia eran predeterminados (Root, 1998: 65-68).

En el plano organizacional, el gobierno de Park Chung-Hee creó y reestructuró una constelación de agencias e instituciones que servirían de apoyo al crecimiento económico. Destaca entre ellas el Buró de Planeación Económica (EPB, por sus siglas en inglés). De entre las funciones que el EPB llegó a adquirir es posible mencionar el control de los subsidios, del comercio exterior, de las licencias de importación y de los precios de ciertos artículos; la preparación del presupuesto gubernamental; la política de competencia; la elaboración del censo y las cuentas nacionales; la coordinación de políticas entre ministerios y agencias del área económica, y la evaluación de planes y programas del gobierno (Choi, 1987; León, 2000). Los planes quinquenales preparados por el EPB establecieron las metas y los mecanismos de operación económica, y en ellos era explícito cuáles empresas o ramas industriales serían objeto de promoción por parte del Estado. Es en este tipo de arreglos institucionales y configuración de agencias de planeación que algunos autores distinguen semejanzas con el modelo japonés (Cumings, 1984a; Johnson, 1987).

En las décadas de los sesenta y setenta, el Estado fue la entidad dominante en la economía coreana. La autonomía estatal en relación con las fuerzas políticas y las presiones ejercidas por intereses especiales de las clases sociales existentes permitieron al aparato burocrático ejercer una sólida influencia en las actividades de las fuerzas económicas. La temprana nacionalización de los bancos comerciales otorgó al sector público la facultad de asignar los créditos y otros recursos financieros que quedaron bajo su absoluto control. No obstante sus altos márgenes de autonomía, el Estado se cuidó de no convertirse en propietario de grandes corporaciones públicas, lo cual podría obstruir la eficiencia en el desarrollo industrial y la productividad. Más bien, su papel consistió en brindar fuertes incentivos para que las empresas privadas invirtieran en actividades que se juzgaban vitales en términos del interés general.

Para lograr este objetivo, la estrategia frente al capital consistió en una mezcla de zanahoria y garrote. En el lado de la zanahoria, pese a que el gobierno argumentaba que su planeación era estrictamente indicativa, en realidad el cúmulo de exenciones fiscales, facilidades aduaneras, divisas extranjeras, protección de los mercados y acceso a crédito abundante y barato era tan tentador que los actores privados tenían pocas excusas para no orientar su esfuerzo a los sectores que el gobierno se proponía desarrollar. Para retribuir a quienes colaboraban en el esfuerzo de industrialización y exportación, el gobierno premiaba, en ceremonias ampliamente difundidas, a los empresarios más exitosos en la conquista de los mercados internacionales.

Por el lado del garrote, el gobierno podía llegar a ejercer represalias (auditorías fiscales, escándalos de prensa, retiro de subsidios) contra las empresas o empresarios que se negaban a obedecer las directrices desarrollistas emanadas de la burocracia, o bien podía retirar su patrocinio a las empresas que no cumplieran con los objetivos pactados. La burocracia también gozó de una considerable autonomía frente a los sindicatos; de hecho, parte del éxito de este modelo de desarrollo se basó en la carencia de mecanismos de representación colectiva de los trabajadores coreanos, lo cual condujo a la parálisis reivindicativa y por lo tanto a la falta de presencia política de los sindicatos.

Sería erróneo pensar que la autonomía estatal en Corea era indiscriminada y suponía una burocracia autista, ajena a las necesidades del capital. Más bien, la experiencia de ese país se relaciona con la idea de autonomía inserta (*embedded autonomy*), que autores como Evans (1995) han desarrollado. Los canales de comunicación entre gobierno y empresarios eran múltiples y cruzaban por varios niveles. Para el sector de las grandes corporaciones, la instancia de diálogo más importante era la Federación de Industrias Coreanas (FKI, por sus siglas en inglés). En cuanto a sectores específicos, los empresarios eran obligados a afiliarse a una de las 62 cámaras de comercio que fungían como

intermediarias entre el Ministerio de Industria y Comercio (MTI, por sus siglas en inglés) y el sector privado. Para cuestiones específicas de promoción comercial en el exterior, la labor de la cuasi-gubernamental Asociación Coreana de Comercio Exterior (KFTA, por sus siglas en inglés) fue fundamental, especialmente en la regulación de los flujos de exportaciones por parte de la dupla empresa-Estado. Esto quiere decir que el gobierno, a pesar de su carácter autoritario, sostenía un diálogo sistemático con las diferentes fuerzas económicas (Michell, 1986).

En cuanto a la estrategia económica adoptada, el gobierno coreano mostró un enorme pragmatismo. Mientras los países latinoamericanos mantenían en los sesenta y setenta una ISI a ultranza, Corea del Sur adoptó una estrategia mixta de sustitución de importaciones y promoción de exportaciones. Contrariamente a lo que argumentan algunos libros de texto en defensa del paradigma liberal, en Corea no existió una frontera claramente definida entre ambos caminos de industrialización. Más bien, el gobierno adoptó y combinó lo mejor de cada uno de ellos, de acuerdo con los sectores económicos que pretendía impulsar. Entre 1961 y 1979, la política industrial coreana se semejaba a un ornitorrinco, que parece mamífero o ave, dependiendo del ángulo en el que se le observe. De ahí la etiqueta aparentemente contradictoria con la que Chang (1994: 102) describió este modelo: “régimen de sustitución de importaciones con incentivos para la exportación”.

Los principales instrumentos de la política industrial en Corea durante este periodo fueron la devaluación del won, la promoción de las exportaciones, una cuidadosa regulación de la inversión extranjera directa (IED), el establecimiento de algunas empresas paraestatales que sustentaran la industrialización,²

² Por ejemplo, la creación de POSCO como el principal productor y proveedor de acero, la Korea Electric Power Corporation y la Korea Gas Corporation en la producción de energía, la administración directa de los

la protección temporal y selectiva a la industria nacional, y el otorgamiento de crédito blando. Este último rasgo fue particularmente interesante: el Banco de Desarrollo de Corea y la banca comercial, estatizada por Park Chung-Hee en 1961, proveían de capitales con tasas negativas de interés a aquellas firmas que invirtieran en los sectores favorecidos por los planes quinquenales y que cumplieran objetivos de exportación pre-establecidos en común con el gobierno.

En los años setenta, este mecanismo se empleó intensivamente para desarrollar las industrias químicas y pesadas. Entrenados en una tradición militar y nacionalista, Park Chung-Hee y su equipo pensaban que la capacidad de producir bienes de capital era una condición indispensable para mantener la soberanía nacional. Esta percepción se vio fortalecida a partir de 1969, cuando el presidente estadounidense, Richard Nixon, anunció que sus aliados asiáticos deberían compartir, en adelante, la responsabilidad por la seguridad de la región. En Corea, este mensaje se interpretó como un signo de que Washington reduciría su apoyo a su tradicional aliado, pudiendo éste quedar a la deriva frente a la amenaza comunista de sus vecinos del Norte, quien ya había logrado un importante repunte económico en los sesenta (ver capítulo siguiente). El anuncio de la Doctrina Nixon llegó en un momento donde la rivalidad y competencia entre el Norte y el Sur estaban en uno de sus puntos más ásperos. En respuesta, Park anunció, en 1972, el lanzamiento del Tercer Plan Quinquenal, cuyo *leitmotif* era la promoción de la industria pesada. Como se revisará más adelante, la etapa compleja de la sustitución de importaciones se correlacionó

servicios de telecomunicaciones por parte del Ministerio de Comunicaciones, y el desarrollo de la red de transportes a través de la Korea Road Developing Agency y la Korea Railway Agency. Esta estructura no es muy diferente a la de otros países desarrollados en las etapas tempranas de su industrialización.

estrechamente con el endurecimiento del régimen político, en lo que se conoce como el régimen nacionalista *Yushin*.

En 1973 la protección para las industrias ligeras e intermedias, que habían sido el pilar del desarrollo industrial en los sesenta (específicamente los textiles) comenzó a disminuir. Por el contrario, el grueso del crédito, aún controlado por el sector público, se canalizó a sectores intensivos en capital como la siderurgia, la maquinaria pesada, la construcción de barcos, la petroquímica, los metales no ferrosos, los automóviles y los electrónicos. Asimismo, los aranceles en estos sectores aumentaron sustancialmente. Sin embargo, la protección a estas actividades fue nuevamente temporal: de hecho, el gobierno coreano estableció un plazo de diez años para que los sectores pesado y químico adquirieran competitividad a nivel mundial. Aquellas empresas pesadas que lograron cumplir un rápido ciclo de maduración e incorporación a los mercados internacionales, continuaron recibiendo generosos créditos por parte del gobierno.

Aunque estos mecanismos de centralización del control sobre el mercado y el desarrollo industrial fueron costosos, también fueron efectivos y produjeron resultados favorables en al menos tres aspectos: el crecimiento económico, la transformación de la estructura productiva y la creación de un modelo basado en la exportación de productos de creciente densidad tecnológica. En efecto, el gobierno de Park Chung-Hee logró establecer, desde sus inicios, un crecimiento económico inusitado. En los periodos 1960-1969 y 1970-1979, el PIB coreano creció, respectivamente, a promedios de 7.7 y 8.8% anual, que destacaban entre los ritmos más altos del mundo. En efecto, la experiencia coreana representa uno de los procesos de crecimiento más acelerados en los últimos 200 años. Como observa Angus Maddison (cit. por Clifford, 1991: 19), mientras que a Corea del Sur le tomó 11 años duplicar el PIB per cápita (1966-

1977), a Japón le tomó 34 (1885-1919), a Estados Unidos 47 (1839-1886) y a la Gran Bretaña 58 años (1880-1938).

El principal impulso de esta transformación fue el comportamiento del sector industrial. Si la economía coreana en general creció a altos ritmos, la industria lo hizo a una velocidad superior: casi dobló el crecimiento del PIB entre 1971 y 1988. Gracias a este impactante desempeño, en muy pocos años el sector industrial pasó a ser el más dinámico de la estructura económica del país. En 1961, el 48.8% del PIB coreano provenía de la agricultura y la minería y únicamente el 12.3% de las manufacturas. Tres décadas más tarde, las proporciones se habían prácticamente invertido: en 1993, 7.4% del PIB coreano provenía de la agricultura, mientras el porcentaje de la industria había escalado a 43% (Perkins, 1997: 61).

Finalmente, Corea del Sur se fue afianzando como un exportador de talla mundial, cuyos envíos al exterior fueron adquiriendo perfiles de creciente complejidad tecnológica. Mientras en 1961 las exportaciones representaban únicamente el 2.4% del PIB coreano, en 1993 la proporción había escalado a 41.2%. Más aún: la proporción de las exportaciones manufactureras como porcentaje del total de exportaciones pasó de 15.2% en 1961 a 93.6% en 1994. Mientras en el primer año las cinco principales exportaciones coreanas al mercado mundial consistían en mineral de hierro, tungsteno, seda cruda, antracita y calamares, en 1993 eran productos electrónicos, textiles, acero, químicos y automóviles (Perkins, 1997: 62; Krueger, 1997: 324-325).

El Aquiles coreano, sin embargo, tuvo varios talones: destacan entre ellos el sobrecalentamiento de la economía a fines de los años setenta, la enorme concentración de la producción industrial en manos de unos cuantos conglomerados, y el autoritarismo político. Con respecto al primer punto, es un hecho que el proceso de industrialización pesada y química demandó el empleo de enormes recursos económicos. Así, en 1980, Co-

rea del Sur se había convertido en el mayor deudor de Asia y el tercer deudor del mundo en desarrollo, sólo por debajo de Brasil y México. Además, el aumento del gasto público asociado al financiamiento de la industrialización presionó para que la inflación sufriera considerables aumentos. Finalmente, el déficit de la cuenta corriente se quintuplicó entre 1978 y 1980.

La concentración del capital en pocas manos y la simbiótica relación gobierno-empresas comenzó a mostrarse, hacia fines de los setenta, como otro elemento preocupante de la estrategia coreana de desarrollo. Por lo menos desde la década anterior los oligopolios industriales de administración familiar, conocidos como *chaebol*, fueron impulsados bajo esta óptica de diversificación de riesgo y cobijados por políticas comerciales proteccionistas. Estas compañías constituyeron un importante mecanismo de promoción de industrias nacientes mientras Corea alcanzaba niveles de competencia internacional. Sin embargo, la concentración del poder económico en los *chaebol* llegó a un grado extremo, introduciendo severas distorsiones en los mercados coreanos. En 1982, 82% de la producción de bienes y 67% de las ventas tenían su origen en monopolios, duopolios y oligopolios. Asimismo, alrededor de la mitad del PIB coreano era producido por estos conglomerados industriales (Hart-Landsberg, 1993: 64-65; Cumings, 1997: 330). El alto grado de concentración en la industria coreana ha convertido a los *chaebol*, desde hace varias décadas, en blanco de las más severas críticas. No obstante el reconocimiento de su contribución al crecimiento económico, se argumenta que dichas empresas han florecido al amparo de relaciones perniciosas con la estructura política, hecho que ha dado paso a toda una red de corrupción.

En el ámbito político, el costo del crecimiento coreano en los sesenta y los setenta fue alto. El anticomunismo, erigido en ideología del Estado, percibía a cualquier manifestación popular como contraria a los intereses supremos y la estabilidad de la

nación. En consecuencia, el gobierno de Park Chung-Hee se dio a la tarea de reprimir y suprimir a la oposición, incluyendo los movimientos pro-democracia (generalmente interpretados como fruto de la subversión comunista). Se estableció un aparato de vigilancia y control férreo principalmente conducido por la Agencia Central de Inteligencia Coreana (KCIA, por sus siglas en inglés), cuyos directores eran personalmente designados por el presidente. La KCIA obviamente tenía tareas de espionaje, pero también se encargaba de llevar a cabo las órdenes secretas de intimidación, represión y hasta ejecuciones sumarias contra quienes se atrevían a contravenir las prácticas autoritarias. Por ejemplo el entonces líder de la oposición, Kim Dae-Jung, fue víctima de frecuentes vejaciones y estuvo a punto de ser asesinado en tres ocasiones. De no ser por la intervención diplomática de Washington, el régimen de Park habría terminado con la vida de este tenaz opositor.³

En este contexto, el sistema de pesos y contrapesos se encontró justamente sin los mecanismos de equilibrio que, en teoría, toda república debe contener. Aunque los poderes legislativo y judicial en Corea existían formalmente, en la práctica la Corte Suprema y la Asamblea Nacional estaban a merced del presidente. Por lo tanto los juicios y las reformas constitucio-

³ Salvo en casos como el rescate de Kim Dae-Jung, Estados Unidos se abstuvo de condenar los métodos poco ortodoxos que se utilizaban para mantener el orden social en Corea del Sur. Es claro que la actitud permisiva de la potencia ante la violación de los derechos humanos se puede explicar en el contexto de guerra fría, donde la estabilidad política se percibía como una variable fundamental en la política de contención del comunismo. Estados Unidos, además, jugó un papel central en la seguridad nacional coreana tanto en el financiamiento y apoyo técnico del aparato militar como en la misma capacidad bélica desplegada en el interior del país. Igualmente, en los sesenta y setenta su contribución al crecimiento y desarrollo industrial fue vital, gracias a la ayuda canalizada a Corea y a la apertura de su enorme mercado a las exportaciones de ese país.

nales operaron en función de los intereses personales de Park Chung-Hee, así como de su camarilla militar, principalmente del llamado *hanahoe*.⁴ En 1971 el poder central había podido controlar los destinos políticos y económicos de Corea mediante una amplia y profunda red de lealtades en todos los niveles, pero la cruda represión y la insatisfacción de los electores (a pesar del notable avance económico) estaban creando las condiciones para un desempeño poco favorable del partido oficial en la contienda por el poder ese mismo año. Kim Dae-Jung se presentó por primera vez como candidato opositor y perdió por un pequeño margen, suficiente para acrecentar de manera desmedida la paranoia de Park.

En medio de un contexto regional de incertidumbre,⁵ el general Park Chung-Hee, obsesionado por mantener el poder, decretó una ley marcial que se prolongó por un par de meses. En 1972 reformó una vez más la constitución para eliminar la posibilidad de elecciones abiertas, cambiándola por un esquema de elecciones indirectas que le permitiría permanecer indefinidamente en la presidencia. Este acto se denominó *Yushin* o “reforma de revitalización” (Oh, 1999: 58-60). El régimen de Park terminó en 1979, cuando el mandatario fue baleado por el director de la KCIA.

⁴ El *hanahoe* (literalmente, sociedad de uno) era una hermética sociedad secreta de militares que funcionaba de manera similar a una mafia, brindándose apoyo implícito y explícito entre sus miembros. No sorprende que de esta sociedad emergieran Chun Doo-Hwan y Roh Tae-Woo, los dos presidentes que sucedieron a Park Chung-Hee.

⁵ Entre otros acontecimientos y procesos regionales en Asia, resulta significativo rescatar la incertidumbre generada por la Guerra de Vietnam y las crecientes dificultades de Estados Unidos para obtener una victoria. Para esas fechas, comenzaba a quedar claro que Estados Unidos tenía pocas oportunidades de triunfar, por lo cual Washington debía enfrentar crecientes presiones políticas y económicas internas.

DE LA LIBERALIZACIÓN ECONÓMICA
AL INICIO DE LA TRANSICIÓN POLÍTICA
(1980-1996)

El asesinato de Park Chung-Hee produjo un vacío de poder y, por consiguiente, una creciente inestabilidad social y política, que quedó evidenciada en hechos como la “masacre de Kwaju” en 1980. El desconcierto político, sumado a los desequilibrios económicos, estaba provocando un fuerte impacto en la economía, que en 1980 experimentó su primer año de crecimiento negativo desde 1956. El ascenso al poder del general Chun Doo-Hwan, ocurrido mediante un golpe de Estado en 1981, no sólo significó una más violenta represión contra grupos opositores y sindicatos, sino también la instrumentación de un drástico programa de ajuste y estabilización. Para frenar la inflación, el gobierno coreano recurrió a políticas monetarias y fiscales restrictivas, aunque también obligó a los conglomerados a reducir sus precios y a racionalizar su aparato productivo mediante fusiones con otras compañías competidoras para alcanzar economías de escala y reducir costos.

Tras un turbulento periodo de crisis e incertidumbre, los programas de ajuste fueron relativamente exitosos en contener la estrepitosa caída de la economía coreana. La recuperación pudo arrancar en 1983 y fue apuntalada con el nuevo empuje de las “tres bajas” entre 1985 y 1986: bajo valor del dólar respecto al yen japonés, bajo precio del petróleo, y bajas tasas de interés en los mercados internacionales. Estos ajustes se convirtieron en los cimientos de una transformación de la estrategia de desarrollo económico seguida desde 1961. En efecto, el nuevo modelo económico coreano comenzó a orientarse, de manera paulatina, hacia la privatización de empresas estatales, la liberalización comercial, el establecimiento de regulaciones antimonopólicas, la apertura al capital extranjero, la racionalización industrial y la provisión de fuertes incentivos para la inversión en desarrollo

tecnológico. El gobierno fomentó una amplia transformación económica nacional e impulsó la presencia en el sistema internacional. El crecimiento de las exportaciones y el proceso de apertura encaminaron a Corea a integrarse fuertemente a la división internacional del trabajo. Una mayor libertad en la movilidad de bienes, mano de obra y capital se consideraba esencial para continuar la expansión capitalista en Corea.

En 1981 se inició el proceso de privatización de la banca comercial. Aunque retuvo el control de la mayor parte de las actividades bancarias, el gobierno autorizó la creación de dos nuevos bancos privados y decretó la unificación de las tasas de interés prevalecientes en el mercado (disposición esta última que, en los hechos, implicaba renunciar a la provisión de créditos preferenciales como medio de promoción industrial). Es importante subrayar que las privatizaciones en Corea no asumieron los estilos precipitados y radicales que este proceso llegó a adquirir en otras latitudes, como América Latina en los ochenta o Europa del Este en los noventa. En algunos casos, el gobierno coreano prefirió sanear las empresas estatales que arrojaban cuentas pobres; en otros, como el de la exitosa siderúrgica POSCO, se privatizaron algunas acciones, pero sólo fueron vendidas a los sectores sociales más necesitados. En este caso la privatización actuó simultáneamente como una medida de distribución progresiva del ingreso.

La apertura al comercio exterior también se caracterizó por su gradualismo. En 1983 el gobierno coreano anunció un programa para reducir las licencias de importación y los aranceles hasta entonces vigentes. En ambos casos los calendarios para liberalizar las importaciones se anunciaron oportunamente, permitiendo que los agentes económicos pudiesen adaptarse al cambio. Por ejemplo, el periodo de liberalización comercial anunciado en 1985 era de cuatro años y el de 1988 era de cinco años (Sakong, 1993: 88). Además, la liberalización comercial y financiera no significó la creación de un paraíso librecambista

en Corea; de hecho, el gobierno conservó en sus manos una multiplicidad de mecanismos para inhibir una escalada de importaciones, especialmente en lo que respecta a artículos suntuarios. Por ejemplo, el gobierno llegó a amenazar a los potenciales compradores de automóviles extranjeros de lujo de investigar sus declaraciones fiscales si finalmente decidían comprar el vehículo.

En lo que respecta a la legislación anti-monopolio, el Estado comenzó a atender un malestar que la sociedad coreana venía expresando desde los años setenta a causa del excesivo poder económico de los *chaebol*. En 1981 el gobierno de Chun Doo-Hwan promulgó una reforma al acta de Libre Comercio y Regulación de Monopolios, que limitaba la expansión de los conglomerados industriales. En 1984 se reformaron los sistemas de supervisión crediticia y en 1996 se estableció formalmente la Administración de Pequeños Negocios, cuyo objetivo era apoyar a este tipo de empresas.

En el plano de los apoyos a la industria, el gobierno adoptó la política de sólo brindar fondos a aquellas actividades en donde existiese una falla de mercado comprobada. Esta visión implicó el fin de las vigorosas políticas de promoción sectorial puestas en marcha en décadas anteriores. De hecho, los subsidios industriales fueron severamente restringidos y las tasas preferenciales de crédito desaparecieron. En contraste, el gobierno conservó suficiente espacio de maniobra para favorecer fusiones de empresas en determinados sectores con miras a reducir el desperdicio en la capacidad instalada y promover economías de escala. Tal fue el caso de sectores como el automotriz, la construcción de barcos, los fertilizantes y la construcción.

El régimen de inversión extranjera fue abierto mediante la reducción de sectores restringidos o prohibidos y se replanteó el sistema de aceptación. Una diferencia significativa con el régimen anterior fue el cambio de una lista positiva a una negativa. Esto significa que cualquier inversión que no estuviese

especificada como restringida o prohibida sería en esencia permitida, pero si era efectuada fuera de los lineamientos de la ley entonces no sería elegible para hacer uso de los incentivos provistos. En 1988, de los 999 sectores industriales incluidos en la Clasificación Industrial Coreana para inversionistas extranjeros, más del 76% estaban abiertos a extranjeros y 92.5% del sector manufacturero fue completamente liberalizado. En ese entonces, el número total de sectores prohibidos era 51, la mayoría de ellos relacionados con la agricultura, el transporte y los servicios (Kim, 1988: 192-200).

Finalmente, pero de la mayor importancia, la política industrial buscó deliberadamente promover la inversión en investigación y desarrollo (ID), con miras a aumentar la participación internacional de Corea en sectores intensivos en capital y tecnología, tales como las computadoras, los semiconductores y las telecomunicaciones. Como resultado de estos esfuerzos, la estructura de la inversión en ID por parte del gobierno coreano fue adquiriendo características similares a las de los países más avanzados. Por ejemplo, el porcentaje de los gastos en ID en relación con el PIB pasó de 0.77% en 1977 a 2.61% en 1994. Mientras el sector privado erogaba 32% del presupuesto en ID en 1971, esa proporción escaló a 83% en 1993; así, los institutos de investigación tecnológica asociados a empresas crecieron de 52 a 749 entre 1980 y 1990 (Seong, 1997: 57).

Gracias a estos ajustes, para mediados de los ochenta las principales variables económicas se habían saneado. El país encontró de nuevo la ruta de crecimiento con estabilidad y poco a poco fue relajando las medidas más restrictivas de la política económica. Pese al descalabro económico de 1980, en las dos décadas siguientes Corea del Sur superó con creces el dinamismo económico de la mayoría de los países y regiones del mundo. Por ejemplo, mientras en los ochenta América Latina vivía una “década perdida” en razón del virtual estancamiento de su economía, Corea crecía al 7.9%. Además, después de un

ciclo de inflación recurrente iniciado en 1966, el aumento de precios retornó a niveles de un dígito en 1982, y en ese rango ha permanecido desde entonces. Asimismo, en 1986, el país comenzó a registrar algunos superávits en la balanza de cuenta corriente.

El nuevo despegue económico, sin embargo, contribuyó poco a menguar los ímpetus democratizadores y el descontento social. Especialmente a partir de 1987, las fuerzas más organizadas comenzaron a expresar numerosas demandas por la democratización del sistema político. Esta presión interna se vio favorecida por las condiciones internacionales, pues fue en esa década cuando ocurrió un debilitamiento general de los gobiernos autoritarios en distintas partes del mundo. En este sentido, la gradual liberalización en Corea bien puede inscribirse en lo que Huntington (1991) ha llamado “la tercera ola” democrática.

Ciertamente, las transformaciones en el modelo económico constituyeron un importante catalizador del cambio que algunos sectores de la sociedad coreana ya demandaban. En efecto, las reformas económicas arriba referidas dieron paso a importantes transformaciones en el ejercicio del poder. La privatización del sistema bancario y la relativa apertura de la economía contribuyeron a disminuir el control que el gobierno ejercía sobre la asignación de recursos financieros y, en consecuencia, sobre las voluntades políticas. Por tanto, el gobierno vio disminuir su capacidad de manejo e influencia en el sector privado, convirtiéndose más bien en un mero dotador de un ambiente favorable para las empresas; además, el sector público perdió su importancia como proveedor de información y comenzó a mostrar fallas en su papel de director del mercado. El consiguiente debilitamiento del pacto de dominación, cuya piedra angular era la subordinación del capital al Estado, condujo a un incremento de los conflictos intra-élite y fue socavando la base política del régimen autoritario.

El creciente ingreso per cápita, las altas tasas de escolaridad y la prosperidad económica de finales de los ochenta elevaron el grado de conciencia política y la expectativa social de obtener mayores beneficios por el crecimiento económico. Aunque la cada vez más amplia clase media adoptó una posición un tanto cauta, su misma existencia generó mayores niveles de crítica al régimen.⁶ Además, los conflictos en las relaciones industriales generaron una alta agresividad sindical, que alcanzó su momento cúspide en 1987; las protestas masivas ocurridas ese año buscaban llamar la atención internacional sobre las deplorables condiciones laborales de los trabajadores coreanos.⁷ A las expectativas de la nueva clase media y las movilizaciones de los trabajadores se sumó la notoriedad internacional que Corea había adquirido en razón de los inminentes Juegos Olímpicos de Seúl, situación que inhibía los márgenes de maniobra para las políticas represivas del Estado.

Estas variables, en su conjunto, forzaron el anuncio de la llamada Promesa de Democratización del 29 de junio de 1987. Mediante este anuncio, el general retirado Roh Tae-Woo, candidato del oficialismo, se comprometía a promulgar una nueva constitución que estableciera la elección directa para presidente

⁶ La proporción de trabajadores de “cuello blanco” –incluyendo intelectuales– creció de 4.8% en 1965 a 17.1% en 1985. A mediados de los ochenta más del 70% de los coreanos del sur se identificaban como pertenecientes a la clase media, lo cual indica el surgimiento de una base social sobre la cual la democracia pudo institucionalizarse de manera firme. Véase Laothamatas (1997: 246).

⁷ En 1987 se registraron 3 749 disputas laborales, frente a 1 833 en 1988 y 1 532 en 1989. Gran parte del éxito económico coreano descansa no sólo en un sistema de producción eficiente, sino también en las largas jornadas de trabajo, los bajos salarios, y una mínima inversión en el mejoramiento de las condiciones laborales y la seguridad social. Durante el despegue económico, el combate a las manifestaciones laborales fue instrumentado por las empresas y por el mismo aparato de Estado. Véase al respecto Bello y Rosenfeld (1990: 28-34, 43).

por un periodo de cinco años, sin posibilidad de reelección (Bello y Rosenfeld, 1990; Sakong, 1993: 173; *Platforms and Pledges*, 1997: 96-97). Ello impulsó una primera etapa de democracia formal con la creación de un marco político de competencia y participación.

En 1988, posteriormente al anuncio de la Promesa de Democratización, Roh (miembro destacado del *hanahoe*) participó en elecciones directas como candidato del partido oficial. Sus contrincantes políticos fueron Kim Young-Sam y el viejo opositor Kim Dae-Jung, quienes obtuvieron 28 y 27% de los votos, respectivamente. Roh ganó las elecciones con el 36.6% de los sufragios, pero no con mayoría absoluta; su partido tampoco pudo obtener la mayoría en la Asamblea Nacional, pues sólo alcanzó 125 de 299 asientos.⁸ Probablemente el candidato oficial habría sido derrotado si la oposición hubiera presentado un candidato único. Era evidente, sin embargo, que los deseos personales de los dos Kim iban más allá de sus ideales democráticos y su afán de desbancar del poder a los militares.⁹ De todos modos, las condiciones de ingobernabilidad con una Asamblea de oposición fueron agravando la débil posición del presidente Roh.

En una medida insólita, ideada para aumentar los márgenes de maniobra del oficialismo, en 1990 se conformó una alianza entre el gobernante Partido Democrático de la Reunificación, el Partido de la Reunificación, encabezado por Kim Young-Sam, y el Partido Republicano Nueva Democracia de origen ultra-

⁸ El Partido para la Paz y Democracia, de Kim Dae-Jung obtuvo 70 asientos; el Partido Republicano Democrático, de Kim Young-Sam, 59; el Partido Republicano Nueva Democracia, de Kim Jong-Pil, 35. Entre los candidatos independientes se repartieron 10 escaños.

⁹ El cálculo político de Chun y Roh fue acertado, al permitir que se dividiera el voto entre los dos candidatos de oposición. De hecho, los militares dejaron de perseguir a Kim Dae-Jung e incluso apoyaron a su partido de manera indirecta.

conservador, de Kim Jong-Pil. Muchos correligionarios de Kim Young-Sam comenzaron a ver a su líder como un traidor; sin embargo, este pragmático político pensaba que la estabilidad del país dependía de la alianza aparentemente *contra natura* con el partido oficial. Además, Kim Young-Sam aseguraba así el apoyo económico, logístico y político del gobierno en funciones para el siguiente proceso electoral. El pacto surtió efecto y el candidato de la coalición triunfó sobre Kim Dae-Jung en los comicios de 1992.

En 1993 Kim Young-Sam tomó el poder como el primer presidente coreano que carecía de orígenes militares y con un fuerte compromiso de ejecutar cambios dentro del sistema político, construir una sociedad abierta y combinar creativamente el capitalismo con la democracia. La agenda política del presidente Kim se concentró en la racionalización del aparato burocrático mediante la fusión de varios ministerios y agencias y el combate a la corrupción, el regionalismo como médula de la política electoral y la influencia del *hanahoe*. Como parte del plan de racionalización, a finales de 1994 Kim hizo desaparecer el EPB y con ello perdió la capacidad de monitoreo directo de las grandes transacciones financieras y la vigilancia del sector bancario y no bancario. Abandonó formalmente la política industrial como instrumento directivo de la economía y privilegió los mecanismos de mercado para disciplinar a los grupos industriales coreanos. Con respecto al combate a la corrupción, las principales medidas fueron el establecimiento del “sistema de nombre real” en las transacciones financieras,¹⁰ la obligación de los funcionarios elegidos y burócratas de alto rango de presentar una declaración pública de sus bienes personales, y el inicio de una purga de po-

¹⁰ Este sistema consistía en la prohibición de usar nombres falsos para las transacciones financieras, lo cual evidentemente contribuía a fomentar prácticas de corrupción. Así, el decreto estipulaba que toda transacción debería contener el nombre con el registro de residencia y el número de identificación universal expedido por el gobierno de Corea.

líticos y militares implicados en actividades ilegales. El segundo blanco se atacó con un llamado a reformar los partidos políticos, la reinstitucionalización de elecciones provinciales y locales, y un mayor control sobre los fondos, donaciones y campañas de financiamiento. El tercer objetivo buscó extirpar cualquier tipo de intervención directa de los gobernantes anteriores al nuevo gobierno civil. Además, basado en la necesidad de “rectificar la historia”, el nuevo gobierno procedió en 1995 al juicio de importantes figuras como los ex presidentes Chun Doo-Hwan y Roh Tae-Woo. Los juicios se convirtieron en un tremendo golpe publicitario que alentaba el espíritu de rendición de cuentas impulsado por los nuevos gobernantes.

Sin embargo, el nuevo conjunto de normas para gobernar la conducta política y la distribución del poder en la sociedad civil no pudo asegurar la paz social ni la estabilidad política. Los objetivos de reforma política entraron en contradicción con la coyuntura económica y, al atacar a los militares y a la burocracia, demolieron dos de los pilares fundamentales que brindaban estabilidad a la política coreana. El anterior sistema fue alterado, pero las reformas no pudieron llenar los críticos vacíos de poder con esquemas plenamente democráticos. Como destacan Mo y Moon (1998: 3): “las reglas formales e informales requeridas para ser compatibles con el funcionamiento efectivo de la democracia no fueron completamente desarrolladas, especialmente aquellos requisitos de conducta como la tolerancia, la voluntad para negociar y el compromiso y respeto por el imperio de la ley”.

En efecto, el sistema de partidos no pudo brindar la necesaria estabilidad política, pues su desarrollo era (y aún es) incompleto. Debido a una organización débil, a una ideología superficial¹¹ y a una cultura política que privilegia las relacio-

¹¹ En el marco de la guerra fría no existían diferencias ideológicas sustanciales entre los partidos de oposición que, en lugar de proponer líneas concretas

nes familiares, escolares y regionales, los partidos políticos no lograron construir un espectro amplio de compromisos entre los actores sociales y el interés colectivo (Kim y Suh, 1997: 10). La prensa, por su parte, tomó esta excelente oportunidad para convertirse en un actor determinante en el proceso político.

En este ambiente, la popularidad del gobierno de Kim Young-Sam comenzó a sufrir una fuerte erosión. Mientras el liderazgo se apresaba a sí mismo en tensiones y contradicciones, las expectativas de reforma y cambio escalaban de manera incontrolable. En las elecciones intermedias de 1995, el partido en el poder sufrió una grave derrota en las provincias y ciudades autónomas que solían formar parte de su abrigo, y se encontró en una situación de ingobernabilidad semejante a la sufrida por Roh Tae-Woo entre 1987 y 1990. Esta derrota se reafirmaría en las elecciones presidenciales de 1997.

En suma, el intento de Kim Young-Sam por introducir un abanico de modificaciones sociopolíticas que afectaban al *statu quo* (la comunidad de negocios, los militares y la burocracia), generó cierta ingobernabilidad y provocó la desintegración de la coalición electoral del gobierno. La cooperación de esta amplia coalición era esencial para mantener el crecimiento, contener a Corea del Norte y asegurar la estabilidad social. Imposibilitada para llevar adelante su ambiciosa agenda de transformación en sólo cinco años y sin el apoyo de actores sociales y políticos cruciales, la administración de Kim fue “capturada en el dilema entre la reforma y la gobernabilidad” (Kim y Suh, 1997: 27).

para el bienestar público, centraban su esfuerzo en terminar con la dictadura. Aunque Kim Dae-Jung era acusado de pro-comunista por las administraciones militares, en realidad puede considerársele como un político pragmático. Por ejemplo, en la carrera presidencial de 1997 Kim no sólo realizó importantes ajustes en su discurso, sino que también eligió al ultra-conservador Kim Jong-Pil (entonces miembro del Partido Demócratas Liberales Unidos, fundado por él mismo en febrero de 1995) como su compañero de fórmula.

DEMOCRACIA, CRISIS ECONÓMICA
Y PROBLEMAS EN EL ESTADO DESARROLLISTA
(1997-2002)

La transición coreana de un modelo de desarrollo cerrado a uno más abierto no ha sido lineal ni ha estado exenta de problemas, que en ocasiones se entremezclan con coyunturas adversas en el ámbito internacional. A principios de los años ochenta, la estrategia económica basada en un Estado centralista y protector del mercado nacional (pero a la vez promotor del crecimiento por exportaciones), había alcanzado ya una etapa de madurez y declive que, al paso de los años, se tornó insostenible. Con objeto de enfrentar con mayor éxito los desafíos internos y externos, Corea del Sur instrumentó procesos de cambio estructural mediante la liberalización económica; casi paralelamente inició una transición política hacia cierto tipo de democracia. Sin embargo, la transición no proveyó de nuevos mecanismos de ajuste que mantuvieran el crecimiento económico ni la estabilidad política y social.

Estas tensiones, contradicciones e inestabilidades se agravaron en el último tramo del mandato de Kim Young-Sam. Las reformas económicas y políticas quedaron atrapadas en un delicado año electoral, hecho que estableció las condiciones para inducir la ruptura de alianzas y la capitalización de los errores gubernamentales por parte de la oposición; a su vez, la racionalidad de la política monetaria acabó por drenar las reservas internacionales del banco central. En esas circunstancias, era casi imposible separar la política de la economía. La extrema movilidad del capital ha conformado un sistema financiero internacional muy lucrativo, pero sumamente inestable e incapaz de suministrar elementos de control que impida el derrumbe de economías en transición. En 1997, Corea del Sur fue víctima del desmantelamiento previo de los mecanismos de monitoreo y control de las actividades financieras e industriales

de los conglomerados. La expansión y diversificación desenfrenada generó las condiciones de vulnerabilidad estructural e institucional que, en combinación con la turbulencia nacional y regional, condujeron a la crisis económica.

Por el lado político, el sistema fue deteriorándose y el poder se dispersó, saliendo del control del gobierno. La transición democrática en los ochenta contribuyó a disminuir la otrora fuerza indiscutida de la figura presidencial, la burocracia y los militares, que en conjunto concentraban grandes dosis de poder (Hahm y Plein, 1997). El problema fue que, pese a las bondades de la liberalización política, la retracción de la intervención del gobierno en la economía no fue acompañada por la creación de instituciones democráticas sólidas. Por lo tanto, la liberalización política no ayudó a armonizar ni a asegurar la estabilidad del sistema. El faccionalismo se hizo cada vez más manifiesto, mientras la transición proyectaba una sensación de caos y creaba un virtual “estado de naturaleza” entre los distintos actores (gobierno, empresas, sindicatos, partidos políticos, inversionistas nacionales e internacionales, bancos y otros agentes financieros).

En efecto, los diversos grupos de la sociedad civil han mejorado sus capacidades de organización y expresión. Ejemplos relevantes de lo anterior fueron las revueltas estudiantiles en el verano de 1996 y el movimiento obrero de principios de 1997, que levantó grandes protestas ante la inminente aprobación de una ley que permitiría la ejecución de despidos masivos. A su vez, las iglesias ganaron un espacio significativo como intermediarias en este tipo de conflictos, mientras que los medios de comunicación masiva construyeron mayores espacios de libertad. Durante la presidencia de Kim Young-Sam, la prensa desplegó una agresiva campaña para descubrir los malos manejos de la elite política, militar y económica, y tuvo por fin en sus manos la capacidad de erigirse como un cuarto poder. En el plano externo, el ingreso de Corea a organizaciones inter-

nacionales —como la OCDE en 1996— forzó a las autoridades a pugnar por la transparencia y la aplicación de la ley. Esto llevó a la exposición pública de las prácticas y comenzó a minar la credibilidad del gobierno.

Frente a la sumatoria de estas presiones, el presidente Kim Young-Sam debió elegir entre dos opciones: seguir un camino de reformas y ganarse así el reconocimiento público de su integridad o, por otro lado, contener las voces reformistas de la sociedad civil y quedar registrado en la historia como un líder moralmente débil. Kim escogió el riesgo de la reforma y se embarcó en un agitado mar de cambios. En el año electoral de 1997, la inestabilidad política generó un escenario de posible —y quizás inminente— victoria de la oposición. El temor de las elites gobernantes ante esta posibilidad provocó que el manejo económico fuese supeditado a la política. Los apremios políticos orillaron al gobierno surcoreano a ocultar la información económica, o bien a publicarla incorrectamente y a destiempo. Al final, la estrategia de presentar pronósticos económicos optimistas se reveló como un engaño y, desde la percepción popular, se juzgó como una falta de control por parte del gobierno.

Los problemas económicos de Corea del Sur incluían pero también excedían a la delicada coyuntura electoral de 1997. Desde principios de los ochenta Corea comenzó a instrumentar programas de liberalización económica, destinados a mejorar la competitividad internacional de la nación. El cambio implicó la modificación de las relaciones entre el Estado, la sociedad y el mercado, así como la necesidad de reconciliar las doctrinas y estrategias económicas tradicionales con las nuevas demandas económicas. En este sentido, el nuevo modelo de acumulación requería la reducción o eliminación del marco regulatorio vigente. La liberalización de los flujos de capital y de comercio incrementó las expectativas de inversión, pero también estimuló el consumo, expandió el déficit en la balanza

de pagos y facilitó la vulnerabilidad de Corea frente a las crisis financieras. Una causa central de la crisis mayor (1997-1998) fue que la desregulación gubernamental en el sector financiero no fue acompañada por una correlativa supervisión, creándose así un sistema financiero débil (Lee, 2000).

Los principales receptores de capital eran los bancos, quienes distribuyeron los créditos de manera ineficiente a los ya excesivamente endeudados *chaebol*. Los propios conglomerados también fueron responsables de los malos manejos productivos y financieros. Las decisiones de las cúpulas directivas (que generalmente son los mismos dueños) de estas firmas no fueron tomadas a la luz de criterios de racionalidad económica. Al no existir un mecanismo de monitoreo interno ni externo para el uso apropiado de las inversiones, varios *chaebol* expandieron su capacidad instalada sin un adecuado cálculo de la demanda real. Además, la mayoría de los *chaebol* se concentraron en la producción de unos cuantos bienes de exportación como pilares del crecimiento. La saturación y el movimiento cíclico de esas mercancías en el mercado externo constituyeron una de las causas del desequilibrio comercial. En el caso de los electrónicos, que son la principal exportación coreana, la excesiva concentración en un reducido número de productos produjo una tendencia a la baja de sus precios en los mercados internacionales (Estrada, 1999: 409). La desregulación financiera también permitió a los *chaebol* el control de otras instituciones financieras no bancarias, con las cuales financiaron sus proyectos de largo plazo con créditos de corto vencimiento (Thurbon, 2001). En conjunto, la estructura económica y las prácticas corporativas crearon las condiciones propicias para la crisis.

Las raíces de la crisis también pueden atribuirse, en cierta medida, a la presión ejercida por los cambios económicos originados en la lógica del sistema económico internacional. Las nuevas tecnologías, especialmente en las áreas de transportes, telecomunicación, información, producción y técnicas geren-

ciales han impactado las relaciones económicas mundiales en general, y en el sistema financiero internacional en particular. La rápida innovación tecnológica ha catalizado la acelerada movilidad del capital financiero en los mercados internacionales y ha impactado negativamente en la estabilidad de la economía internacional. En este sentido, la crisis coreana de 1997 bien puede entenderse como parte de las consecuencias negativas de una globalización financiera que periódicamente origina efectos sistémicos como el “tequila” (1995), el “vodka” (1998), el “zamba” (1999) o el “tango” (2001).

En el plano regional, la crisis financiera en Asia ocasionó una salida masiva de capitales. Este fenómeno presionó a la baja los tipos de cambio, y los bancos centrales drenaron sus reservas monetarias de manera abundante. Después se presentó un problema de liquidez, demostrando una vulnerabilidad extrema en la estructura del capital y sus fuentes. La crisis financiera estalló ante la imposibilidad de pagar enormes deudas de corto plazo, privando a las compañías, los bancos y los sistemas financieros nacionales de la posibilidad de adquirir más créditos o inversión para liberarse temporalmente de las presiones económicas.

En el caso coreano, los grandes desequilibrios en las cuentas nacionales, la vulnerabilidad estructural y el peso de la deuda, tomaron al gobierno por sorpresa. Las inconveniencias financieras se habían gestado y desarrollado de manera paulatina, pero la crisis no fue detectada en vista del desmantelamiento de los instrumentos de vigilancia. También contribuyó a ello la negligencia y el manejo político de un gobierno obsesionado en reforzar su legitimidad y ganar las elecciones. Como consecuencia de esta crisis, el PIB coreano se derrumbó, pasando de 520 000 millones de dólares en 1996 a 316 000 millones de dólares en 1998. En términos porcentuales, la tasa de crecimiento del PIB cayó de 5% en 1997 a -6.7% en 1998, la cifra más baja desde 1953. Sin embargo, la recuperación del país ha sido alentadora, creciendo a tasas promedio de 4-5% desde 1999.

Ciertamente, la inestabilidad y los fracasos económicos estuvieron presentes en la mente de los ciudadanos antes y durante las elecciones de 1997, hecho que ciertamente dañó la legitimidad del liderazgo político del partido en el gobierno y su candidato, Lee Hoi-Chang. Aunque Lee fue nominado como candidato del partido oficial mediante un proceso interno relativamente democrático, el segundo aspirante, Rhee In-Je, consideró tener fuerza propia suficiente para aspirar a la presidencia, provocando así una escisión fatal en el partido. A pesar de la ruptura pública del candidato oficial con el gobierno, que tenía como objetivo deslindarse de la crisis económica, la posición de Lee no mejoró de manera sustancial frente a la coalición de Kim Dae-Jung y Kim Jong-Pil. Finalmente, Lee perdió las elecciones presidenciales por un margen muy pequeño.

El gobierno de Kim Dae-Jung, iniciado en 1998, dio continuidad a las reformas iniciadas por sus antecesores, tanto como parte de sus planes de transformación (Kim, 1996) como por la condicionalidad impuesta por el Fondo Monetario Internacional a cambio del rescate financiero de 55 000 millones de dólares. Tales reformas se enfocaron al sector corporativo, financiero, laboral y público, y tenían por objeto dismantelar completamente el anterior modelo desarrollista. La reforma del sector corporativo consistió en reducir el número de compañías filiales y la especialización, para lo cual fueron prohibidas las inversiones cruzadas y los subsidios intragrupo. Con la finalidad de mejorar la transparencia contable, se incorporaron nuevas instituciones de gobernabilidad corporativa mediante el empoderamiento de los accionistas minoritarios y la formalización de mesas directivas externas. Se eliminaron completamente los límites para fusiones y adquisiciones y se abrió casi por completo el régimen de inversión extranjera directa.

Tras la nacionalización de la banca comercial y el rescate de varias empresas, la reforma financiera buscó establecer nuevos

estándares de conducta para una asignación eficiente de capital. Para ello, el sector bancario fue gradualmente privatizado y expuesto por completo al capital extranjero, los mercados de valores y de capitales fueron abiertos casi en su totalidad, y las tasas de interés se liberalizaron paulatinamente. Con las nuevas prácticas bancarias, los préstamos serían otorgados en función de los méritos del proyecto y no sólo por los bienes presentados como colaterales. Asimismo, el ingreso de bancos extranjeros abrió un nuevo mercado de créditos al menudeo (para el consumo), lo cual era una novedad en Corea después de varias décadas de privilegio en el sector corporativo. El nuevo sistema financiero sería monitoreado por una nueva agencia centralizada e independiente del Ministerio de Finanzas y Economía (MOFE, por sus siglas en inglés) y del Banco de Corea; esta instancia era la Comisión de Servicios Financieros (FSC, por sus siglas en inglés).

La reforma laboral estableció nuevas reglas para flexibilizar el mercado de mano de obra y permitir a las empresas hacer ajustes con mayor celeridad respecto a las fluctuaciones del mercado. Tales reformas fueron acompañadas de un programa de seguridad social, ausente en la RDC debido a su modelo de desarrollo y al sistema de retiro y pensiones basado en empleo vitalicio, entre otros esquemas. Para mitigar la sonora militancia de los trabajadores coreanos y fomentar mayor cooperación en las relaciones industriales, se creó en 1998 la Comisión Tripartita que incluía miembros del gobierno, el sector privado y las cúpulas sindicales. En la reforma del sector público el gobierno de Kim Dae-Jung se concentró en el adelgazamiento del aparato burocrático, incluyendo recortes de personal, congelamiento de plazas y reducción de ministerios y agencias del sector público (León, 2000). También llevó a cabo un proceso amplio de privatizaciones de empresas estratégicas como POSCO y Korea Telecom, y estableció esquemas de subcontratación de servicios

públicos mediante contratos temporales para especialistas del sector privado contratados por el gobierno (OCDE, 1998).

En el plano institucional, el cambio más relevante ha sido la eliminación del EPB y el consiguiente proceso de dispersión de la política económica entre varias agencias, como la Comisión de Planeación y Presupuesto, el Comité de la Reforma Regulatoria y la Oficina del Presupuesto Nacional. Algunas de estas agencias, que después elevaron su rango a ministerios, asumieron las funciones que pertenecían al EPB y al MOFE, como la planeación, la elaboración del presupuesto y las políticas de regulación. Aunque el MOFE mantiene las funciones de recolección de impuestos, diseño de la política fiscal y monetaria, y ciertas actividades de planeación, sus atribuciones son mucho menores que las del extinto EPB. Pareciera que, aparte de la necesidad de ahorrar gasto corriente, la lógica que subyace a la reestructuración administrativa es la de un mejor control presidencial de la administración pública, evitando el surgimiento de ministerios fuertes que hagan sombra a la presidencia. La virtual desaparición del Estado desarrollista en Corea estaría creando, sin embargo, riesgos importantes. El más evidente de ellos es que la fragmentación ministerial puede redundar en la pérdida de coherencia de la política económica y en el incremento de pugnas inter-burocráticas al interior del aparato del Estado.

Semejante a su antecesor, la profundización de las reformas económicas emprendidas por el gobierno de Kim Dae-Jung después de la crisis se topó también con el dilema entre reestructuración económica y estabilidad social. Por un lado, el gobierno fue presionado por organismos internacionales y empresas extranjeras para someter a los *chaebol* al albedrío del mercado o fuesen absorbidos por el capital extranjero. Por otro lado, el gobierno prefería librarse del problema social que acarrearían las quiebras masivas, por lo cual tenía un fuerte incentivo para

rescatar a varias de las empresas que quizá en otras condiciones hubieran sido dejadas a su suerte.

El gobierno de Kim Dae-Jung tomó un camino intermedio y, en efecto, algunas empresas e instituciones financieras fueron cerradas; otras fueron obligadas a fusionarse y un importante número de bancos y *chaebol* fueron conducidos a planes individuales de reestructuración bajo la supervisión de la FSC. Para mejorar la imagen y el compromiso del gobierno hacia las reformas de mercado, grupos como Daewoo fueron cerrados y sus filiales vendidas a inversionistas locales y extranjeros. La recuperación económica a finales de 1999 y principios de 2000 hicieron que el gobierno redujera su ímpetu reformista. En consecuencia, los conglomerados industriales lograron mantener su poder económico aunque las reformas a la gobernabilidad corporativa parecen irreversibles.

Así como la transformación económica quedó insertada en los primeros lugares en la agenda del presidente Kim Dae-Jung, la preocupación por las relaciones con Corea del Norte también ocupó un lugar preponderante. La “Política de Brillo de Sol”, mejor conocida en occidente como “*Sunshine Policy*”, dio un giro a la postura tradicional de los gobiernos anteriores, ya que no intentaría derrocar al régimen de Pyongyang como precondition para la reunificación nacional. La política de acercamiento privilegiaba el diálogo y los contactos periódicos y constantes en niveles intermedios con objeto de producir una dinámica de reconciliación y coexistencia que eventualmente derivaría en un proceso de integración gradual. La iniciativa unilateral del presidente Kim consistía en el reconocimiento oficial y la normalización de relaciones y la cooperación económica, no en la absorción de uno sobre el otro. La prueba más elocuente del alcance de esta visión fue la reunión sostenida por los dos jefes de Estado en junio de 2000 en Pyongyang, a la cual siguieron múltiples encuentros ministeriales y de familias separadas desde la guerra civil, así como la visita de la entonces secretaria de

Estado estadounidense, Madeleine Albright. Evidentemente se trataba de un proyecto de largo plazo que, en un principio, fue avalado internacionalmente, en especial por Estados Unidos bajo la presidencia de Bill Clinton.¹²

Sin embargo, la *Sunshine Policy* se topó con varios obstáculos de diverso origen. Por ejemplo, en el ámbito interno, aparentemente la iniciativa no emanó de un consenso entre las principales fuerzas políticas y económicas de Corea del Sur, lo cual complicó el apoyo explícito de éstas. La actitud impredecible de Corea del Norte explicada en el capítulo de Alejandro Escalona, aunada a la falta de reciprocidad respecto a la ayuda unilateral surcoreana, alimentó la incredulidad sobre las posibilidades reales de unificación. En el plano externo, el nuevo presidente estadounidense electo en 2000, George W. Bush, dio marcha atrás a la política de reconciliación, privilegiando la estrategia de mano dura y *quid pro quo*.

COREA DEL SUR EN LA ACTUALIDAD.
RECUPERACIÓN Y CONSOLIDACIÓN
DE LAS REFORMAS POLÍTICA Y ECONÓMICA
(2003-)

El año de 2002 no sólo será recordado por la exitosa organización del torneo mundial de fútbol entre Corea del Sur y Japón y la destacada participación del seleccionado surcoreano, sino también porque en ese año se llevaron a cabo las elecciones presidenciales que darían término al gobierno de Kim Dae-Jung. Nuevamente Lee Hoi-Chang, del conservador y pro-*chaebol* Gran Partido Nacional (GPN) participó en la contienda, pero

¹² Esta nueva era de relaciones entre Corea del Norte y Estados Unidos estuvo cerca de ser coronada con la visita del mismo Bill Clinton a Pyongyang, pero las elecciones presidenciales celebradas a finales de 2000 no resultaron favorables al candidato demócrata, Al Gore. La visita presidencial ya no tendría relevancia dada la posición política de Clinton.

ahora como el candidato de oposición. Su principal adversario fue Roh Moo-Hyun, postulado por el oficialista Partido Democrático del Milenio (PDM), entidad fundada por Kim Dae-Jung. Esas elecciones también se recordarán por su definición en el último minuto gracias a la convocatoria masiva para votar por Roh, realizada a través de Internet y teléfonos celulares entre los votantes jóvenes, normalmente escépticos y apáticos hacia los viejos políticos. La convocatoria dio resultado, a pesar de que horas antes de la jornada electoral se rompió la coalición entre Roh y la Alianza Nacional 21, encabezada por el ex co-organizador de la Copa Mundial de Fútbol y heredero del fundador de Hyundai, Chung Mong-Joon.

Roh Moo-Hyun representaba una figura renovadora en el escenario político de Corea. Durante la campaña presidencial, Roh se diferenciaba de Lee Hoi-Chang por su humilde origen y su capacidad autodidacta para convertirse en abogado sin haber estudiado en una universidad. Para muchos, Roh encarnaba las aspiraciones colectivas de movilidad social y el rompimiento con las prácticas tradicionales de acceso al poder. La trayectoria de este hombre “común y corriente” como figura pública era relativamente reciente. Roh se había desempeñado como abogado en derechos humanos y tuvo un papel destacado en el juicio de los ex presidentes Chun Doo-Hwan y Roh Tae-Woo en 1995. Su base política provenía de su natal Pusan pero, gracias al apoyo del presidente Kim Dae-Jung contó también con el respaldo de la región de Cholla y la capital Seúl. Su perfil progresista también llamó la atención de algunos sectores que se habían destacado como opositores del régimen autoritario en los ochenta, cuyos representantes ocuparon algunos puestos de importancia en su gabinete.

Con el propósito de renovar la política y fomentar el crecimiento económico con estabilidad, Roh Moo-Hyun tomó posesión del cargo en febrero de 2003 bajo la promesa de formar un “Gobierno Participativo”. Sin embargo, su inexperiencia en

la administración pública, su limitada visión internacional y hasta su lenguaje poco elegante le merecieron un gran número de críticas. Asimismo, no le fue posible cumplir cabalmente el compromiso de erradicar la corrupción, aunque mostró un gran esmero en impulsar la transparencia y la descentralización. A lo largo del primer año, Roh aprendió que su inicial postura anti-*chaebol* y el anti-americanismo no podían ser guía de su mandato, a pesar de la demanda de profundizar las reformas y marcar su distancia de la gran potencia. Por primera vez en su vida, Roh viajó al exterior más allá de Japón y, tras sostener reuniones con jefes de Estado y empresarios en diversos foros, reconoció la privilegiada pero delicada situación geopolítica de Corea y también las amenazas y oportunidades de la globalización comercial y financiera. Así, el nuevo gobierno tenía en realidad pocas opciones políticas y económicas para diferenciarse del anterior régimen. Consecuentemente dio continuidad al proceso de consolidación democrática y confirmó su interés por cumplir con los compromisos de liberalización económica adquiridos en los diferentes mecanismos multilaterales de los que la RDC es miembro.

La continuidad entre los gobiernos de Kim Dae-Jung y Roh Moo-Hyun fue especialmente clara en el asunto de la “*sunshine policy*”, orientada a construir una relación cercana con Corea del Norte, brindando a ésta incentivos para normalizar sus relaciones con Occidente y preparando el terreno para una unificación a largo plazo. En este sentido, Seúl forma parte de las negociaciones a seis partes que desde 2003 han celebrado, además de la propia Corea del Sur, China, Japón, Rusia, Corea del Norte y Estados Unidos. Estas negociaciones tienen como objetivo central lograr el desarme nuclear de Pyongyang, a cambio de ayuda energética y alimentaria y la seguridad de que Corea del Norte no será agredida militarmente por otros países. En estas pláticas, Seúl ha tendido a mostrar una postura conciliadora que le acerca más con Beijing y Moscú que

con Washington y Tokio. Aunque los logros de esta política por parte de los gobiernos progresistas han sido severamente cuestionados por los sectores conservadores de Corea del Sur, lo cierto es que se han obtenido frutos como la construcción de carreteras y vías férreas que eventualmente unirán a las dos Coreas; la autorización de zonas industriales y zonas turísticas con capital surcoreano en distintos puntos de Corea del Norte; los reencuentros periódicos de familiares separados por la guerra y la continua celebración de reuniones interministeriales entre Seúl y Pyongyang.

Ya muy cerca de terminado su periodo como presidente, con bajo nivel de popularidad y críticas del sector conservador, Roh Moo-Hyun visitó Corea del Norte los primeros días de octubre de 2007. A diferencia de la visita de su antecesor, las expectativas de su reunión con Kim Jong-Il no eran tan altas y podría decirse que hasta los propósitos de la misma eran modestos, dado que difícilmente se podrían lograr compromisos creíbles de ambas partes. Esto en razón de que Roh estaba por concluir definitivamente su mandato y era poco probable que un gobierno progresista afín a su línea política triunfara en las elecciones de diciembre de 2007; asimismo, mientras se mantuviera el gobierno conservador de George W. Bush, difícilmente se podría obtener el respaldo político de Washington a iniciativas adicionales a las existentes en las negociaciones de seis partes, especialmente la desnuclearización de la península. En estas condiciones, la política del gobierno de Roh, en relación con Corea del Norte, sufrió de diversos obstáculos que minaron su capacidad de acción y contundencia, por lo que sólo pudo limitarse a dar continuidad a lo iniciado por Kim Dae-Jung.

Así como el gobierno de Roh Moo-Hyun heredó las políticas y compromisos del pasado gobierno, también heredó problemas y candados institucionales. Por ejemplo, la apertura del sector bancario, la débil supervisión hacia éste, el deseo del gobierno de reactivar la economía vía el consumo interno y

el ingreso de nuevos productos financieros destinados al consumo generaron, durante 2003, una burbuja crediticia que comenzó a colapsarse al siguiente año. Las repercusiones de este problema llegaron a afectar a un considerable segmento de la población. Al finalizar 2004 el endeudamiento total de los hogares surcoreanos se calculaba en 400 000 millones de dólares, repartidos entre cuatro millones de usuarios morosos. En otras palabras, uno de cada once surcoreanos enfrentaba problemas de insolvencia crediticia.

Asimismo, la promesa de mantener el crecimiento económico con estabilidad quedó en entredicho a causa de otros factores estructurales. Destaca entre ellos una rápida inversión de la pirámide demográfica, debido a las bajas tasas de natalidad y a la mayor esperanza de vida; ello supone, a su vez, una menor base productiva y un mayor gasto en seguridad social, y redundan en menor ahorro e inversión. Aunado a lo anterior, la alta dependencia con respecto al petróleo y los altos precios del energético propiciados por la crisis en Irak redundaron en niveles relativamente bajos de crecimiento económico. La paradoja es que muchos de estos problemas inmediatos y de largo plazo requerían acciones contra-cíclicas de un gobierno cuyos márgenes de maniobra estaban acotados por el escrutinio de gobiernos extranjeros y agencias calificadoras internacionales.

En el plano de la economía internacional, Corea ha impulsado varias iniciativas que le han valido el reconocimiento como una economía abierta y con la suficiente voluntad para adaptarse a las condiciones impuestas por la globalización y la conformación de bloques regionales. Entre tales proyectos se pueden destacar la ratificación del tratado de libre comercio con Chile, primero en su género para Corea; el inicio de negociaciones para tratados similares con Japón, India, México y Estados Unidos, y la iniciativa de convertir a Corea en un centro financiero y comercial en la región. Este nuevo enfoque de integración con la economía mundial ha sido producto de

las inercias de iniciativas anteriores, pero también del intento de Roh Moo-Hyun por continuar las reformas internas que requerían un ambiente de negocios más abierto y cercano a los estándares reconocidos internacionalmente, en particular aquellos de origen anglosajón.

No obstante la continuidad en la apertura económica y el mejoramiento en el ambiente de negocios e inversión externa, algunas agencias del gobierno coreano siguen dando muestras de resistencia a una mayor desregulación de la economía. Por ejemplo, algunos sectores mantienen límites de propiedad respecto a los grandes conglomerados e incluso al capital extranjero. Tal es el caso del sector de telecomunicaciones básicas, donde la propiedad agregada de inversionistas extranjeros en la empresa KT no puede exceder el 49% y técnicamente un solo inversionista no puede poseer más del 15% de las acciones, aunque en realidad hay presiones informales que impiden a los *chaebol* adquirir siquiera esa cantidad. La banca comercial también cuenta con restricciones de propiedad a inversionistas individuales locales, mas no a extranjeros. Esta medida institucional tiene la misma intención de contener la expansión de los conglomerados coreanos al sector bancario, a pesar de no existir restricciones para el sector financiero no bancario. Otros indicios de la persistencia de inercias pro regulación fueron evidentes a principios de 2005, cuando algunos miembros del Partido Uri en la Asamblea Nacional y posteriormente la FSC sugirieron establecer restricciones a los directivos extranjeros de bancos comerciales. Esto demuestra que la transición de un modelo cerrado a uno abierto suele enfrentar contradicciones debido a legados institucionales, mentales y de poder, aun cuando el proceso se encuentra en etapas avanzadas.

En el plano político, uno de los momentos más críticos del periodo presidencial de Roh Moo-Hyun ocurrió a 13 meses de haber asumido el poder y un mes antes de celebrarse elecciones parlamentarias a nivel nacional. En marzo de 2004, Roh fue

acusado de violar las leyes electorales al apoyar abiertamente al Partido Uri, solapar actos de corrupción y administrar fallidamente la economía. El voto mayoritario del GPN y el PDM en la Asamblea Nacional en contra del presidente Roh tuvo como consecuencia la suspensión temporal de sus funciones constitucionales –incluyendo la de comandante en jefe de las fuerzas armadas– mientras la Corte Constitucional revisaba el caso y emitía un veredicto. Inmediatamente después de la decisión de la Asamblea Nacional, 70 000 personas se lanzaron a protestar a las calles de Seúl. Los mítines y las veladas nocturnas de protesta, que pronto se extendieron por todo el país, no fueron tan accidentados como las tradicionales marchas estudiantiles y obreras a las que ya nos hemos referido. Se iniciaron, más bien, como manifestaciones pacíficas de una clase media que protestaba contra lo que consideraba el abuso de poder de una partidocracia insensible. A los eventos nocturnos, con decenas de miles de velas encendidas, pronto se unieron intelectuales, ONG's, sindicatos, organizaciones estudiantiles, grupos religiosos y ciertos sectores de la burocracia.

Finalmente, tras estas movilizaciones y unos comicios legislativos en los que el Partido Uri se alzó con una clara victoria, Roh Moo-Hyun fue reinstalado en el poder por una decisión expedida por la Corte. Es muy posible que en el futuro los libros de historia consignen el trimestre marzo-mayo de 2004 como un momento decisivo en el difícil proceso de construcción del pluralismo en Corea del Sur. En efecto, una sociedad altamente educada, dotada de un alto ingreso per cápita y con fácil acceso a la información (70% de los hogares surcoreanos disponen de Internet de banda ancha), se movilizó oportunamente para revertir las decisiones de la clase política tradicional. Consideramos que, después de las intensas jornadas vividas con motivo de la frustrada destitución de Roh, difícilmente la relación entre los partidos políticos y la sociedad civil en Corea del Sur volverá a ser la misma que en el pasado. La economía, por su parte, no

sufrió grandes descalabros debido al *impasse* político, aunque el incidente causó vergüenza entre varios círculos de la sociedad coreana que temían que la imagen de la joven democracia coreana hubiese quedado manchada.

CONCLUSIONES

En este capítulo hemos hecho un amplio recorrido por medio siglo de evolución política y económica de la República de Corea. A través de éste es posible constatar el estrecho vínculo que existe entre las esferas del Estado y el mercado. Las características iniciales del modelo coreano de desarrollo describen todo un andamiaje nacionalista que en las últimas dos décadas del siglo XX fue erosionando su estructura. En un principio era claro que la economía estaba supeditada a la política, pero después el país parece haber revertido este orden de prioridad; las consecuencias de mayor impacto las ha sufrido el Estado coreano, que paulatinamente ha quedado inerme.

Pese a las crisis de 1997 y los ajustes en la estrategia de desarrollo económico, Corea del Sur se destaca por haber logrado completar, en un lapso relativamente corto, una radical transformación de sus estructuras productivas. De un país devastado por la guerra y cuyo motor de acumulación se basaba en las actividades agropecuarias y extractivas en los años cincuenta, se transformó en un país productor y exportador de productos de alta densidad tecnológica. En esta transformación, la intervención del gobierno ha revestido una mayor centralidad de lo que aceptan los apologistas de las políticas de libre mercado. En la evaluación del éxito económico de Corea destaca no sólo la pragmática combinación de las estrategias de sustitución de importaciones, sino también el gradualismo que ha caracterizado al cambio de modelo económico emprendido en 1980.

Otro tanto puede decirse acerca de la transición a la democracia, iniciada en 1987-1988. El sistema de control autoritario,

que había sido consustancial al modelo de desarrollo, comenzó a ser crecientemente cuestionado. La liberalización de la política coreana ocurrió de manera paulatina a lo largo de una década, en la cual las fuerzas opositoras moderadas y el poder mismo fueron construyendo una transición pactada. La elección de Kim Young-Sam como primer presidente de origen civil después de 30 años de dominio militar fue un primer hito en este sentido. El segundo fue el triunfo del persistente opositor Kim Dae-Jung en las elecciones de 1997. Quizá el tercero sea la permanencia en el poder de Roh-Moo-Hyun, a pesar de su turbulenta gestión presidencial.

El cambio político en Corea, sin embargo, dista de constituirse en una transición de terciopelo. Si bien el ocaso del régimen autoritario no se produjo en condiciones de violencia generalizada, la afirmación de la democracia ha erosionado de manera decisiva el poder de aquellas instituciones y grupos que habían constituido la columna vertebral del viejo sistema. Este hecho, positivo en sí mismo, ha generado ciertos efectos perversos, el mayor de los cuales consiste en un deterioro de los niveles de gobernabilidad. La reforma del aparato institucional desarrollista no ha traído consigo los elementos necesarios para construir nuevas y eficientes instituciones políticas, hecho que ha impactado de manera negativa en la marcha de la economía. En Corea del Sur, parafraseando a Antonio Gramsci, lo nuevo no acaba de nacer y lo viejo no termina de morir.

En suma, los riesgos de una democracia plena (así sea en la definición mínima de existencia de elecciones libres con órganos independientes) como la coreana, son patentes. Sin embargo, es un hecho que, en las condiciones actuales y las previsibles, el proceso democratizador difícilmente se revertirá. La madurez política de la sociedad coreana se ha puesto a prueba en varias ocasiones y todo parece indicar que la nostalgia de algunos no es suficiente para que el colectivo social avale un potencial retorno al autoritarismo. Falta, sin embargo, un largo camino

por recorrer en dos cuestiones fundamentales, pero no excluyentes, de la política coreana: el establecimiento de un sistema electoral menos determinado por los personalismos y los intereses regionales, y el desarrollo de un sistema de partidos que verdaderamente ejerzan su función como intermediarios entre la sociedad y las estructuras de poder.

V
COREA DEL NORTE

ALEJANDRO ESCALONA AGÜERO

INTRODUCCIÓN

EN LA PENÍNSULA COREANA TIENE LUGAR un complejo escenario en donde la República Popular Democrática de Corea (RPDC) en el norte, y la República de Corea, en el sur son protagonistas. Como se relató en el tercer capítulo de este volumen, desde la división en 1945 ambas Repúblicas han seguido trayectorias paralelas, pero con modelos de desarrollo opuestos. Es decir, pese a la disimilitud entre ambas, no se podría entender por completo la historia individual de cada una y la racionalidad de sus políticas sin tener en cuenta a la otra.

El capítulo anterior hizo una revisión del caso de Corea del Sur, y corresponde a éste examinar lo ocurrido en Corea del Norte desde la guerra civil (1950-1953) hasta la primera mitad de la década de 2000. Para reconstruir el contexto es conveniente mencionar que a partir de la firma del armisticio que puso fin a la guerra, las hostilidades y amenazas mutuas no cesaron, incluso hubo numerosos actos de violencia, infiltraciones y operaciones de espionaje que ponían constantemente en alerta a las autoridades de ambas partes. Asimismo, la presencia o influencia de potencias externas como Estados Unidos, Japón, China o Rusia, ha sido una constante en el escenario.

A pesar de este ambiente de enemistad, tensión y desconfianza que ha durado más de 50 años, también se han alcanzado acuerdos para establecer un clima de coexistencia en la Península de Corea. En este contexto, por lo general, la RPDC ha sido presentada como la instigadora del conflicto y la desestabilizadora de las relaciones intercoreanas, lo cual le ha valido severas críticas, especialmente a su sistema político. Dicho sistema fue gestándose desde 1945, tras la derrota del colonialismo japonés y la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial.

Durante el transcurso de su evolución histórica, la RPDC se ha visto amenazada en cuanto a su continuidad por elementos internos y externos, conformándose una filosofía de sociedad monolítica cuyos pilares son el líder, el partido y el ejército y constituyen los pilares de la misma. Factores como la desaparición de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), la muerte de Kim Il-Sung –fundador y líder histórico de la RPDC, en julio de 1994–, la aguda crisis económica que sufre desde hace varios años y el adverso entorno internacional, no han desembocado en el colapso de Corea del Norte. Esta capacidad de resistencia ciertamente intriga a cualquier observador y, entre los más atrevidos, se comenta que el derrumbe total es sólo cuestión de tiempo. Pero ¿por qué y cómo es que Corea del Norte ha logrado mantenerse en pie?

La realidad de Corea del Norte es compleja y difícil de descifrar para la gran mayoría de la opinión pública. Poco se difunde sobre este tema o, cuando se intenta, tiende a hacerse con una visión parcial, no exenta de especulaciones y exageraciones porque no hay forma de contradecir o confirmar lo escrito, filmado o publicado. A los norcoreanos no se les da crédito y se les asocia con gente despiadada, lista para iniciar la próxima guerra. Si bien es cierto que se trata de un sistema inusual y en el que la voluntad de las masas es representada y guiada por un líder –primero Kim Il-Sung, y actualmente su

hijo, Kim Jong-Il— detrás de toda esta cerrada sociedad hay una historia y un pueblo que ha sufrido la división del territorio y que nunca ha cejado en la idea de volver a ser una nación.

En este capítulo se pretende realizar una aproximación a la realidad del norte de la Península Coreana, desde su fundación hasta 2007. Se pondrá énfasis en su dinámica ideológica y política, sin perder de vista el contexto socioeconómico e internacional. Se tratará de aportar elementos históricos que ayuden a comprender a este enigmático país. Se analizará cómo se ha llegado a una situación donde prevalece el declive económico interno, los bajos índices de productividad, la severa escasez de alimentos, el irregular suministro de energía, y las carencias materiales. También se discutirá el dilema entre teoría y práctica, la idea de autosostenimiento contra la gran necesidad de asistencia internacional, y la idea de una nación contra la realidad de un territorio dividido. Tales factores se interrelacionan con otros externos, donde se advierte el limitado respaldo internacional a las posiciones de la RPDC, las presiones de sus principales enemigos (Japón y Estados Unidos), justificándose con los pasos en materia de defensa que han tomado los norcoreanos (desarrollo de misiles de largo alcance o el uso de la energía nuclear con propósitos bélicos), y una peculiar postura de Corea del Sur, la cual recientemente tendió a inclinarse hacia la coexistencia en lugar del conflicto en la península.

LA RPDC: UN BALUARTE IDEOLÓGICO DURANTE LA ERA KIM IL-SUNG

En septiembre de 1948 fue creada la República Popular Democrática de Corea y por casi 50 años Kim Il-Sung, el “Gran Líder”, fue su principal figura política. En torno a éste se desarrolló la unidad del Partido del Trabajo de Corea (PTC), del Ejército Popular de Corea (EPC) y de asociaciones de estudiantes, campesinos, mujeres y trabajadores, creadas y supervisadas por el

Partido, conocidas como organizaciones de masas (Bluth, 2008: cap. 3). Dicha unidad fue fruto de un complejo y largo proceso con ciertas peculiaridades, entre las que se pudieran destacar: el carisma y la capacidad de organización de Kim Il-Sung; la utilización de mecanismos de movilización y educación de las masas; la existencia de un sistema de valores tradicionales y la influencia de las ideas marxistas-leninistas, la actuación de José Stalin en la URSS y de Mao Zedong en China. Tales elementos, entre otros, fueron adaptados a las condiciones de Corea del Norte, para establecer un modelo y enfrentar los cambios y amenazas en la arena internacional.

Kim Il-Sung se estableció en el poder desde la llegada de los soviéticos y su liderazgo se reforzó tras la Guerra de Corea en 1950, hasta consolidarlo a principios de los setenta. Cabe hacer notar que, tras la derrota japonesa, existían en Corea escasas condiciones socioeconómicas para construir el socialismo. Por ejemplo, el movimiento comunista coreano disponía de una débil base de poder, sufría de faccionalismo, falta de disciplina y preparación ideológica. Además, el movimiento carecía de un esquema táctico y estratégico para enfrentar tal situación.

Kim Il-Sung emerge en esta especie de vacío de poder y de caos; en este proceso, la influencia soviética fue determinante. Entre 1941 y 1945, Kim estuvo en varias ocasiones en territorio soviético, desde donde operaban las guerrillas que él dirigía, recibiendo apoyo y asesoramiento de Moscú. De tal forma, Kim Il-Sung se convirtió en el “elegido” por los soviéticos para encabezar un frente unido en Corea (Oberdorfer, 1997: 17). En su ascenso, Kim Il-Sung estimuló la formulación de nuevas políticas y la creación de nuevas instituciones, entre las que sobresalen el PTC y el EPC, entidades fundadas en 1946. El proceso condujo finalmente a la creación de la República Popular Democrática de Corea, el 9 de septiembre de 1948.

En sus inicios, el PTC poseía una composición heterogénea y fue resultado de un proceso de cambios dentro de las formas

de concebir la estructura partidista. Su militancia se conformaba por quienes habían acompañado a Kim Il-Sung en la guerrilla anti-japonesa (conocidos como la facción de *Kapsam*); quienes habían estado en China y en la URSS, y aquellos que permanecieron dentro de Corea, llegando a ser recluidos por largo tiempo en las cárceles establecidas por la colonización nipona. Debido a la heterogeneidad partidista existieron problemas de organización. Ante esta realidad y para ir ganando adeptos a sus posiciones, Kim Il-Sung maniobró políticamente para establecer su liderazgo y buscó apoyo en las diferentes facciones coreanas, así como en la creación de un poderoso ejército. Éste habría de heredar el armamento de las tropas soviéticas que finalmente salieron de la parte norte de Corea en 1948. Sus filas fueron integradas por combatientes que pelearon en China y los que quedaron en Corea. El EPC fue la columna vertebral del predominio de Kim Il-Sung.

El partido tendría su base social en el campesinado, que conformaba la mayoría de la población, y como dirigencia central al grupo encabezado por Kim Il-Sung, quien fue restando peso a otros grupos influyentes (Bluth, 2008: 23-25). La facción de Kim Il-Sung utilizó la estructura partidista para conseguir un importante sustento y respaldo social. En esencia se trató de una política partidista de “puertas abiertas”, por la cual cualquiera podría ser miembro del partido, independientemente de sus antecedentes clasistas, siempre y cuando mantuviera su lealtad a su máximo líder, Kim Il-Sung. La pertenencia al partido o a las instituciones estatales constituyó un mecanismo de movilidad social, lo cual era un incentivo para la unión en torno a Kim. Una de las formas de inculcar nuevas ideas fue la apertura de la educación en general, sin importar el origen de clase, lo cual acentuaba la relevancia social de la instrucción. Esto le permitió a la dirigencia contar con respaldo popular porque, independientemente de la influencia del trabajo ideológico, la

población podía contar con educación, tierra y trabajo, bienes a los que no había tenido acceso con anterioridad.

La división de la península fue un importante argumento explotado por Kim Il-Sung para establecer un objetivo supremo y nacional: la reunificación. Soviéticos, al norte, y estadounidenses, al sur, maniobraron en sus respectivas zonas de administración para concebir proyectos sociopolíticos y económicos acordes con sus intereses. Los principales líderes políticos coreanos, aprovechando tal coyuntura, se presentaron como los verdaderos representantes de sus compatriotas. Las diferencias fueron haciéndose más evidentes. La retirada de las tropas soviéticas y de las estadounidenses no hizo otra cosa que preparar el terreno para un conflicto militar, que se hizo más agudo con la creación, en mayo de 1948, de la República de Corea, con Syngman Rhee como su presidente y de la RPDC en septiembre del propio año, con Kim Il-Sung al frente.

La fragmentación de Corea generó una combinación de factores que condujeron al conflicto bélico coreano. Para los dirigentes coreanos la reunificación debería ser alcanzada por cualquier vía, incluso armada. El 25 de julio de 1950 comenzó uno de los momentos más calientes de la Guerra Fría: la Guerra de Corea. Cuando técnicamente se puso fin a la misma, el 27 de julio de 1953, el territorio coreano estaba prácticamente destruido y centenares de miles de personas muertas, heridas o desplazadas. La guerra no trajo otra cosa que la perpetuación de la división coreana, y la necesidad para ambas partes de sobrevivir, intentando reafirmar su existencia al sur o al norte del paralelo 38.

LA CONSOLIDACIÓN DE KIM IL-SUNG
COMO MÁXIMO LÍDER DE UN PECULIAR
MODELO SOCIALISTA (1953-1980)

En la segunda mitad de los cincuenta y en los años sesenta, la estrategia de desarrollo de la RPDC se configuró como un tema

prioritario para su alta dirigencia. Para Pyongyang era necesario recuperarse con mayor rapidez de las nefastas consecuencias de la guerra que su contraparte sureña. Tras la guerra fueron eliminadas las facciones dentro de la estructura partidista, erigiéndose líneas, consideradas como “dura” y “moderada”. Estas facciones tenían distintos puntos de vista sobre la manera de llevar adelante el modelo norcoreano tanto en lo económico como en sus relaciones con el exterior.

Después del Congreso del PTC, celebrado en abril de 1956, Kim Il-Sung viajó a los países socialistas para agradecer la importante ayuda brindada por éstos en la reconstrucción del país tras la firma del armisticio en julio de 1953. La asistencia soviética era vital para llevar adelante el plan económico (1957-1961). Sin embargo, la delegación norcoreana no pudo lograr que se mantuviera la cooperación soviética a los niveles de posguerra, puesto que la URSS condicionó su ayuda al cambio de los objetivos de ese plan. Ante tal negativa, Pyongyang optó por seguir adelante con su propia visión, y la puesta en práctica de su proyecto económico se tradujo en un mayor acercamiento con China.

Poco tiempo después se realizó la I Conferencia del Partido, en la cual se decidió tomar una línea propia, se eliminaron las facciones prosoviéticas y prochinas, a las que se acusó de oportunistas y revisionistas, asociándolas directamente con las declaraciones soviéticas contra los métodos de organización política y económica que estaban llevando adelante los norcoreanos. De esta forma, el grupo de Kim Il-Sung tomó el control total del Buró Político.

En esa coyuntura, la llamada idea *Juche* comenzó a tomar fuerza como punto central del esquema ideológico para enfrentar la situación prevaleciente y dar fuerza a la política de autosostenimiento económico y la independencia en política exterior. El *Juche* se basa en un sistema de ideas donde se conjugan el paternalismo ideológico, el centralismo, la presencia

de una economía autosostenible, el nacionalismo cultural, y el aislacionismo con el propósito de consolidar un sistema político autónomo. La idea *Juche* fue introducida inicialmente como una adaptación del marxismo-leninismo a la realidad coreana, después de la conclusión de la Guerra de Corea (1950-1953), y fue un importante recurso ante la difícil situación vivida por la RPDC durante el conflicto chino-soviético y en otras etapas de su devenir histórico.

A finales de los sesenta, el *Juche* se convirtió en un recurso para restar fuerza a las tendencias prosoviéticas dentro de la cúpula dirigente norcoreana. Este grupo, sustentado en los cambios en la arena internacional,¹ logró que la prioridad en cuanto a estrategia económica recayera en la industria pesada, en función de la defensa del país. Considerado como “la línea dura”, este grupo logró, entre 1966 y 1968, la militarización de la economía, un mayor presupuesto para la esfera de defensa, un aumento del personal en las filas del EPC y la extensión del adiestramiento militar a toda la población. Conformada en su mayoría por militares, la “línea dura” también abogaba porque Pyongyang buscara un cambio de orientación prochina hacia los soviéticos, con el objetivo de obtener mayor asistencia técnica y económica.

La justificación de este argumento se basaba en la incapacidad o la falta de voluntad de los chinos en ayudar a los norcoreanos en caso de una agresión de Estados Unidos o Corea del Sur. Así había ocurrido con el caso de Vietnam del Norte donde, ante la agresión estadounidense, los chinos condicionaron su

¹ Ciertos acontecimientos internacionales como el golpe de estado de Park Chun-Hee, en Corea del Sur; la forma de solucionar la crisis de los misiles en Cuba por parte de la URSS; el apoyo soviético a los indios en su conflicto fronterizo con China; la escalada de la guerra de Vietnam, así como la normalización de las relaciones entre Japón y Corea del Sur, daban razones a los de la “línea dura” para sustentar la necesidad de priorizar la modernización y militarización de la economía.

apoyo a que los vietnamitas respaldasen sus posiciones frente a la URSS. Por su parte, los llamados “moderados”, quienes eran parte de la estructura organizativa del PTC, defendían la idea de continuar una estrategia racional de desarrollo que conduciría pacíficamente a la construcción del socialismo.

Las continuas destituciones y movimientos de cuadros dentro de la estructura norcoreana de poder ponían en evidencia los conflictos entre estas tendencias. En 1967, algunos dirigentes del partido, defensores de la moderación, fueron destituidos de sus puestos. Kim Il-Sung, como coordinador y principal responsable de los procesos de toma de decisiones, parecía asumir una postura neutral e independiente desde el comienzo del conflicto. Los resultados de ese tipo de práctica fueron contraproducentes al causar, según la dirigencia norcoreana, el fracaso del plan socioeconómico 1961-1967, el cual se extendió hasta 1970, y motivó un significativo desajuste de la economía nacional. Atendiendo a tales fracasos, Kim Il-Sung fue reconociendo la invalidez de seguir llevando adelante la política sustentada por los representantes de la “línea dura”.

Como consecuencia, los de la “línea dura” fueron criticados severamente en la IV Conferencia Partidista del EPC, en enero de 1969. Según Kim Il-Sung, ellos pretendían una alianza con los soviéticos para recibir ayuda militar, pero habían fracasado en ese intento (Kim, 1975: 77). En 1969 los principales defensores de la “línea dura” fueron destituidos y reemplazados por militares que parecían compartir las ideas de los moderados. También fueron rehabilitados los dirigentes partidistas purgados en 1967. Nuevamente el *Juche* era invocado como vía para demostrar la capacidad coreana para enfrentar situaciones adversas.

Los acontecimientos posteriores evidenciaron una nueva postura hacia el exterior. Por ejemplo, se establecieron relaciones económicas con el mundo occidental (las cuales se vieron limitadas por la incapacidad financiera norcoreana afectada, a su vez, por la crisis energética del Medio Oriente en 1973),

se mejoraron los vínculos con la URSS y China, y se logró por primera vez, en julio de 1972, un acuerdo con la República de Corea. En éste se señalaban principios básicos para lograr la reunificación pacífica del país. Sin embargo, las partes no parecieron realmente interesadas en ir más allá de tenues declaraciones que concluyeron con un rotundo fracaso del proceso de negociación (Oberdorfer, 1997: 23-26).

En 1972 se aprobó la Constitución Socialista de la RPDC y se produjo un proceso de institucionalización, creándose un grupo de entidades que fortalecían el sistema político norcoreano y demostraban, teniendo como guía ideológica la idea *Juche*, que Kim Il-Sung había logrado convertirse en el máximo y único “Gran Líder”. Bajo su guía y para hacer frente al conflicto sino-soviético, la RPDC se convirtió en uno de los países más divergentes dentro de lo que fue el sistema socialista. En efecto, Corea del Norte elaboró una interpretación particular del marxismo-leninismo basada en prácticas políticas propias, que iban desde el papel del líder hasta la ideología de la confianza en sí mismos, pasando por la búsqueda de independencia frente al exterior (Cumings, 1990: 293).

En 1972 una pomposa ciudad de Pyongyang se engalanó para celebrar el 60 cumpleaños de su Gran Líder, un aniversario de trascendental importancia en la cultura coreana. Grandes construcciones fueron erigidas en tiempo récord como “muestra de cariño al Líder”. De igual forma se producían hazañas laborales, mientras que grandes complejos de monumentos, parques y escuelas se sumaban a la lista de otros centros públicos con el nombre de Kim Il-Sung. Todo estaba en función del Gran Líder, gracias a la maquinaria de educación ideológica de las masas. Esta tendencia a estimular el culto a la persona del Gran Líder se mantuvo hasta su muerte en 1994, y continuó con su hijo y sucesor, Kim Jong-Il.

Pese a la existencia de una especie de “paraíso del proletariado” (la capital Pyongyang), la economía norcoreana no logró

en los años setenta y ochenta recuperar los ritmos de finales de los cincuenta, que la habían colocado como una de las más industrializadas de Asia. Su población comenzó a sufrir las consecuencias de una economía fundamentalmente centrada en la producción interna, sin la entrada de recursos del exterior, a no ser los que procedieran de la Unión Soviética y otros países socialistas. Tenués intentos por diversificar la economía fracasaron; en cuanto a la agricultura, ésta se vio afectada continuamente por la falta de tierras con la calidad requerida para ser cultivadas, además de métodos de producción que limitaban el crecimiento productivo.

EL RECRUDECIMIENTO DE LA CRISIS NORCOREANA (1990-1994)

Con la llegada de los años noventa, la RPDC tuvo que sobrevivir a la desaparición del campo socialista. Los niveles socioeconómicos cayeron en picada. La agricultura no fue capaz de mantener sus ritmos de producción, la industria quedó casi paralizada, y los recursos de generación energética se tornaron prácticamente inexistentes. Ante tal coyuntura, Kim Il-Sung, secundado por su futuro sucesor, Kim Jong-Il, lanzó una ofensiva para estimular el crecimiento económico, al tiempo que dio pasos de entendimiento con la República de Corea, firmándose en Seúl un Acuerdo de No Agresión, Reconciliación y Ayuda Mutua, en diciembre de 1991. Según éste comenzarían a darse pasos para crear un ambiente de confianza y diálogo entre las partes.

Tal como ocurriera con el acuerdo firmado con Corea del Sur en 1972, poco cambió y el conflicto volvió a ser el factor fundamental de las relaciones intercoreanas. En la etapa final de la presidencia de George Bush, padre, Estados Unidos no parecía interesado en respaldar tal iniciativa y generó una campaña contra la RPDC, acusándola de utilizar la energía nuclear con fines bélicos, y amenazando con utilizar cualquier medio

para poner fin al “peligro norcoreano”. Pyongyang no desaprovechó la oportunidad para “jugar a la crisis”,² y la posibilidad de un conflicto se mantuvo latente. Sin embargo, la diplomacia prevaleció y en junio-julio de 1994, estadounidenses y norcoreanos alcanzaron acuerdos en principio para solucionar el dilema nuclear. En esta situación, la visita del ex presidente norteamericano James Carter a la RPDC, aunada a la decisión de la administración Clinton de negociar con Kim Il-Sung, salvaron a la península de un nuevo conflicto bélico.

El 8 de julio de 1994, pocos días después de haberse allanado el camino para una solución diplomática, falleció Kim Il-Sung, quien se había mantenido como el eje central del sistema norcoreano por casi 50 años. En esa coyuntura, una crisis alimentaria, energética y productiva comenzaba a afectar gravemente a la sociedad norcoreana. El sistema parecía colapsar desde adentro. La desaparición del campo socialista y la extinción de la URSS, la ineficiencia de la economía y, por último, la propia muerte de Kim Il-Sung, configuraban un difícil escenario en el que asumiría el poder su hijo, su anunciado sucesor, Kim Jong-Il.

KIM JONG-IL: EL SUCESOR DESIGNADO (1994-)

En los primeros cuatro años tras la muerte del “Gran Líder”, se produjeron señales de desavenencias dentro de la capa dirigente del país, mientras Kim Jong-Il buscaba establecer un mayor control interno. Muestras de ello fueron las continuas destituciones, las deserciones de dirigentes hacia Corea del Sur,

² El juego a la crisis es una formulación referida a crear condiciones para presionar al adversario, calculando riesgos y posibles consecuencias de las maniobras, amenazas o tácticas utilizadas. En particular, el juego consiste en la magnificación de circunstancias que deriva en provocaciones (ficticias o reales), fanfarroneo y mostrarse como víctima de amenazas (ficticias o reales). En el juego, la información (o la falta de) es un factor clave.

los procesos judiciales contra cuadros del partido, el ejército y el gobierno. De igual forma, afloraron indicios de desorden social (contrabando de alimentos, expresiones de descontento con la gestión estatal, incremento de la emigración) y se produjo una seria crisis humanitaria, elementos no evidentes en otras etapas. Los problemas políticos y socioeconómicos afectaron en todos los órdenes a esa sociedad. Corea del Norte atravesó momentos de suma complejidad.

En este contexto, Kim Jong-Il asumió la dirección del país, y se erigió como continuador de la obra iniciada por su padre, para lo que había sido preparado desde hacía muchos años. Dirigentes del partido, del gobierno y del ejército, así como los medios masivos de comunicación, ya calificaban a Kim Jong-Il, antes de la muerte de su padre, como el “Gran Dirigente” del partido y del pueblo. Sin embargo, durante los tres primeros años que siguieron a la desaparición física de Kim Il-Sung, su sucesor no ocupó de inmediato los puestos dejados vacantes por su padre, ni pareció contar con el control que aquel poseía en todas las esferas de la sociedad. No obstante, fue colocando en puestos claves a sus más cercanos colaboradores, al tiempo que concedió –factor que se mantiene aún– especial atención a sus relaciones con las fuerzas armadas, dando prioridad a su fortalecimiento.

No se debe soslayar que las fuerzas armadas se erigieron como un elemento vital en el esquema sociopolítico norcoreano. Factores como la importancia de las guerrillas en la lucha contra los japoneses, la propia guerra de Corea y el contexto de amenaza continua del exterior han posibilitado que el EPC asuma una gran responsabilidad en todos los ámbitos de la sociedad norcoreana. Pudieran existir diferencias entre el respaldo del EPC a Kim Il-Sung y el que le ha concedido Kim Jong-Il. El primero fue el creador y líder indiscutible del EPC, mientras que el segundo parece haberse respaldado en las fuerzas armadas para conseguir sus objetivos políticos.

Habría que valorar también el peso de la llamada “Economía II” (economía manejada por los militares) y sus resultados. En este sentido, la economía militar pareció haber sido exitosa en su desenvolvimiento; prueba fehaciente de ello fueron los avances en el desarrollo de misiles de largo alcance³ y en tecnología nuclear, además de lograr mantener en disposición combativa a un ejército de más de un millón de efectivos. Sin embargo, el mantenimiento de fuerzas armadas como las norcoreanas demanda una buena cantidad de recursos que las capacidades productivas del país no podrían soportar.

Tras la discontinuidad en las actividades de importantes instituciones centrales, muchos esperaban que en septiembre de 1998, Kim Jong-Il se convirtiera en Presidente de la RPDC. El hecho de haber sido designado como Secretario General del PTC, en 1997, dio la imagen de que se completaría la sucesión. Sin embargo, el puesto de Presidente fue dejado eternamente a Kim Il-Sung y su hijo fue reelegido al frente de la Comisión Nacional de Defensa (CND). Estos cargos, junto al de Comandante Supremo del Ejército Popular de Corea, le confirieron la categoría de máximo líder del país, aunque no ocupase el cargo de Presidente, ni se encargara de otras tareas de un jefe de Estado.⁴

La reelección de Kim Jong-Il al frente de la CND y su no elección como Presidente pudieran ser interpretadas como la mejor vía para garantizar la existencia de una figura líder, capaz de agrupar y dirigir al país bajo cualquier condición, sin com-

³ En agosto de 1998, la RPDC realizó una prueba de un misil de largo alcance que suscitó la atención mundial. Internamente, el hecho se manejó como el lanzamiento de un satélite de comunicaciones, mientras que en los medios de inteligencia se interpretó como una prueba dentro del programa de misiles norcoreano.

⁴ Las funciones de Jefe de Estado son generalmente asumidas por Kim Yong-Nam, Presidente del Comité Supremo Permanente de la Asamblea Nacional Popular de la RPDC.

prometerse a tener que pronunciar discursos en público, asistir a ceremonias de presentación de credenciales, o recibir a jefes de Estado. De igual manera, cualquier dificultad o fracaso en la gestión económica gubernamental recaería sobre el primer ministro u otros dirigentes.

Como máximo líder, Kim Jong-Il se ha mantenido por encima de todo y todos. Su estatus político le ha permitido continuar recurriendo a los mecanismos propagandísticos del culto a su personalidad, apoyándose para ello en la figura de su padre, quien con su eterna responsabilidad seguirá siendo la máxima figura, gobernando según las interpretaciones que haga su hijo de la realidad. Además, para conseguir reconocimiento y legitimidad, Kim Jong-Il continuó utilizando la idea *Juche* como un sistema de pensamiento basado en un planteamiento conceptual ideológico. La existencia de esta idea ha sido una importante herramienta para mantener la unidad en torno al líder y a la cual recurrir ante situaciones adversas.

En el contexto político norcoreano resultaba muy importante que Kim Jong-Il lograra consolidarse en el poder de Corea del Norte porque históricamente su dinámica sociopolítica ha exigido la existencia de un líder reconocido. Esto pareció concretarse ante una crítica situación socioeconómica, en la que se hicieron evidentes las diferencias entre la capa dirigente y la mayoría de la población, y la siempre latente amenaza externa que, por distintas vías y liderada por Estados Unidos, ha tenido como punto central la caída del sistema.

La crítica situación socioeconómica de mediados de los noventa no pudo ser ocultada por las autoridades norcoreanas. En 1995 importantes inundaciones afectaron a unos cinco millones de personas. Esto causó, entre otras consecuencias, grandes pérdidas de cosechas, calculadas en unos 1.9 millones de toneladas de cultivos, lo que llevó al gobierno coreano a realizar una sorpresiva solicitud de ayuda al exterior. Japón aportó 300 000 toneladas de arroz y Corea del Sur 150 000. La escasez de

alimentos se agravó en 1996 y en algunas áreas llegó a niveles de hambruna. El Programa Mundial de Alimentos (PMA) de la ONU informó que la ración individual de arroz se había reducido a 100 gramos diarios (Smith, 2002).

La situación empeoró por la sequía que siguió a las inundaciones. A principios de 1998 la ayuda internacional era aún insuficiente, y en marzo el gobierno implantó medidas de economía de guerra. Ese año fuentes externas estimaban que entre 1995 y 1998 habían muerto entre 220 y 500 000 personas, de acuerdo con las autoridades, y tres millones, según los más funestos escenarios (Smith, 2002).

Este cuadro se agudizó con el pobre desempeño de la economía, urgida de tecnología y capital, e incapaz de producir el mínimo necesario para la alimentación de una parte significativa de la población. Dicho comportamiento productivo pudiera estar condicionado, además de las calamidades climatológicas, el bloqueo norteamericano y la desaparición del campo socialista, por las limitaciones de la política de autosostenimiento económico; por la aplicación incorrecta de mecanismos para estimular la producción; por la baja competitividad de los productos exportables, así como por la pobre explotación de los recursos naturales. En el caso de la agricultura se apreciaba: la falta de renovación y modernización de plantas productoras de fertilizantes; el bajo suministro de energía en el momento de las siembras y las cosechas agrícolas; las limitaciones productivas por la carencia de electricidad, medios de transporte, maquinaria y combustible, y las grandes afectaciones en la calidad del suelo (erosión de los mismos, como consecuencia de la masiva deforestación en Corea del Norte).

Tal situación contrastaba con los grandes gastos en la construcción de fastuosos monumentos y museos y la celebración de actos y fiestas con motivo de distintas conmemoraciones, en aras de mantener una imagen de superioridad dirigida a su

población. Esta última ha sido capaz de resistir estos años de carencias y penurias, caracterizados por los agudos problemas alimentarios, así como la falta de energía eléctrica (vital para enfrentar el crudo invierno), de transporte y de importantes bienes de consumo. Esta capacidad de resistencia puede estar basada en la convicción en las ideas del PTC, la confianza en la figura del líder (muestra, a su vez, de la efectividad de la educación ideológica y la labor de propaganda), así como en la aceptación de que esos males son provocados por la política de los “enemigos imperialistas”. No pocos norcoreanos se refieren a Estados Unidos como el principal causante de sus desgracias.

Al mismo tiempo, la RPDC tenía que hacer frente a las constantes presiones del exterior dirigidas a socavar las bases del sistema político. La difícil coyuntura que atravesaba la RPDC a finales de los noventa provocó ciertos reajustes en el manejo de la política exterior por parte de su dirigencia. Tras la desaparición del campo socialista y el debilitamiento de su influencia entre los países del llamado Tercer Mundo, dicha política tuvo como elementos prioritarios las relaciones con Estados Unidos en un plano global, las regionales con Japón, China y Rusia y, por último, las peninsulares con Corea del Sur. Este diseño respondía al objetivo básico de lograr la supervivencia del proyecto político norcoreano.

Históricamente, Pyongyang ha concedido gran importancia a la búsqueda de vínculos estables con Estados Unidos, al que se considera como el actor de mayor peso (debido a su presencia directa en la península) y el más influyente entre las potencias inmersas en el problema coreano como factor coordinador de las políticas de seguridad de la región. Corea del Norte planteaba una política de dar y recibir. De alcanzarse un acercamiento con Washington, los norcoreanos podrían obtener dividendos económicos, diplomáticos y en el ámbito de seguridad. La evidencia más clara era la continua insistencia de Pyongyang

para la realización de conversaciones directas con la contraparte estadounidense.⁵

Otro de los puntos clave en la agenda norcoreana de política exterior lo constituía el establecimiento de relaciones plenas con Japón. Con ello se perseguía contar con una fuente de financiamiento para su maltrecha economía, un posible proveedor de tecnología y un receptor para sus productos. Sin embargo, los japoneses optaron por condicionar cualquier avance en las relaciones demandando la devolución de ciudadanos japoneses secuestrados por los servicios secretos norcoreanos, hecho que había sido rotundamente negado por Pyongyang. Quizá Japón prefirió dilatar cualquier arreglo como un compás de espera, al apreciar que la situación de Corea del Norte no era la idónea para lograr la normalización de las relaciones y al no ver claras señales de Estados Unidos para llegar más lejos en sus vínculos con el Norte.

Tras la desintegración de la URSS, Corea del Norte perdió a uno de sus principales aliados. No obstante, la dirigencia norcoreana intentó restaurar sus vínculos con Rusia, fundamentalmente en la esfera económica. Las relaciones ruso-norcoreanas habían alcanzado su nivel más bajo entre 1992-1995, pero a finales de los noventa y en los primeros años del siglo XXI experimentaron un importante repunte, gracias a la celebración de reuniones entre ambas partes para impulsar el intercambio político y económico mutuo. En ese periodo se produjeron intercambios de visitas al más alto nivel entre ambos países. En julio de 2000, el presidente ruso Vladimir Putin, visitó la RPDC, se reunió con Kim Jong-Il y firmó acuerdos para renovar el intercambio económico y comercial. En los dos años siguientes, el líder norcoreano visitó Rusia y otros acuerdos fueron firmados.

⁵ Como se recordará, intentos anteriores habían tenido como mayor resultado la firma del Acuerdo Marco de Ginebra en octubre de 1994, referido a la solución de la crisis nuclear de Corea del Norte.

Pese a las posibles discrepancias con los chinos, sus aliados históricos, Pyongyang optó por mantener los vínculos al mayor nivel. China, como importante actor en la arena internacional, respaldaría algunas posiciones claves de la política norcoreana, a sabiendas que los chinos harían todo lo posible a su alcance para mantener la estabilidad en sus fronteras, además de afianzarse como el principal suministrador de ayuda y socio comercial de la RPDC.

En el marco multilateral y ante la crisis económica, Corea del Norte pareció mostrar una mayor disposición para cooperar con algunas agencias especializadas de la ONU (PNUD, PMA, FAO, UNICEF), las cuales jugaron un importante papel en la coordinación de la ayuda humanitaria internacional a Corea del Norte. De igual forma, algunas organizaciones no gubernamentales internacionales se establecieron a partir de 1997 en la RPDC para contribuir a contrarrestar los efectos de la crisis. Entre ellas se destacaron Children Aid Direct, CESVI, Action contre le Faim, CAPANANUR, OXFAM, International Red Cross, Handicap Internacional, Triangle, Concern Worldwide, Medecins du Monde, Medecins San Frontiers (Smith, 2002).

En el ámbito intercoreano, el final de los noventa marcó un cambio cualitativo. Con posterioridad a la muerte de Kim Il-Sung, no se produjeron señales claras de acercamiento. A finales de 1997, no parecía que la RPDC estuviese dispuesta a impulsar un proceso serio encaminado a la solución de la división de la península. Sin embargo, comenzaban a producirse señales de disminución en el nivel de enfrentamiento entre Corea del Norte y del Sur.

NUEVOS AIRES EN LAS RELACIONES INTERCOREANAS

Durante muchos años el ambiente de conflicto predominó en las relaciones intercoreanas, y éstas permanecieron en un latente

conflicto. Tenues intentos por hacer variar tal tendencia eran paralizados por eventos o situaciones de amenazas entre las partes, que revertían esfuerzos por alcanzar una atenuación del conflicto. A partir de 1998 comienzan a registrarse indicios de cambio en las posturas clásicas de ambas partes en lo referente al problema coreano. Dicho problema –es decir, la división de la nación coreana en dos regímenes antagónicos, fundamentalmente como consecuencia de la Guerra Fría– tendió a generar la discordia, la amenaza del uso de la fuerza y la necesidad de vencer a la contraparte en aras de lograr legitimidad y reconocimiento tanto en la península como fuera de ésta.

La nueva dinámica de las relaciones intercoreanas pudo estar motivada por determinadas condiciones, entre las que sobresalen por una parte, la llegada a la presidencia de Kim Dae-Jung⁶ en Corea del Sur y su nueva política hacia los norcoreanos conocida como *Sunshine* (“brillo de sol”), y la repercusión de la crisis de la economía surcoreana de 1997, situación analizada en el capítulo anterior, dedicado a la República de Corea. Por la otra se destacarían la institucionalización de Kim Jong-Il en el poder, la difícil situación económica de Corea del Norte y los intentos de este país por estabilizar sus relaciones con Estados Unidos.

La nueva política surcoreana hacia su vecino del norte partía de la necesidad de crear un clima diferente en las relaciones intercoreanas que contribuyera a la coexistencia pacífica entre ambas partes, alejase la amenaza del enfrentamiento y facilitara “la apertura” del sistema norcoreano, lo que permitiría, según sus cálculos, aprovecharlo y vencerlo.

⁶ En diciembre de 1997, Kim Dae-Jung ganó las elecciones presidenciales en Corea del Sur. Se trataba de un viejo luchador por la democracia, que estuvo preso y condenado a muerte durante el periodo dictatorial de Park Chung-Hee. Una de sus prioridades sería resolver el problema coreano.

La existencia de un proceso de transición al interior de la sociedad surcoreana, donde la crisis económica iniciada en 1997 ejercía una fuerte presión, así como la necesidad de legitimar un cambio en la retórica sobre el problema nacional en aras de lograr reconocimiento político interno y externo, pudieron haber sido motivos básicos por los que el gobierno de Kim Dae-Jung pretendió cambiar las reglas de juego de las relaciones Norte-Sur. La experiencia alemana pareció haber repercutido en el diseño de un esquema de relaciones intercoreanas que buscaba evitar las implicaciones traumáticas de una absorción inmediata al estilo de la nación europea. Además, la estabilidad en la península era fundamental para hallar una salida a la crítica situación económica de entonces. Por una parte, de no lograrse un clima de seguridad entre las partes, difícilmente el capital externo –tal como pretendía el gobierno surcoreano– acudiría a ese mercado. Por la otra, las industrias surcoreanas pudieran beneficiarse competitivamente al ubicarse en territorio de la RPDC, al tiempo que se daría una imagen de compromiso, evitando la “amenaza del Norte” y contribuyendo a estabilizar su situación económica.

Para la RPDC, agobiada por una difícil situación productiva, financiera y comercial, los imperativos fueron mantener el *statu quo* y aceptar el nuevo reto de las relaciones intercoreanas. En ese contexto, Kim Jong-Il comenzó a dar señales de haberse consolidado en el poder, incrementó sus actividades públicas, firmó documentos y se reunió con personalidades y líderes extranjeros, además de visitar China y Rusia.

Por otra parte, las peculiares condiciones de la sociedad norcoreana y su crítico estado económico influyeron en la postura dual en lo relativo al papel de las inversiones externas en su economía. El discurso oficial recalcó la capacidad para generar bienes materiales, mientras que los funcionarios norcoreanos negociaban con entidades foráneas –principalmente surcoreanas– sobre acuerdos en materia de inversiones o líneas

de crédito. En este sentido resaltó el hecho de que el propio Kim Jong-Il recibiera al presidente honorario de Hyundai, Chung Ju-Yung, una de las grandes empresas surcoreanas, en su segunda visita a Norcorea, el 30 de octubre de 1998. De hecho, esta *chaebol*, como uno de los mayores conglomerados surcoreanos que sobresalen en el mundo de los negocios como entidades que intervienen en distintos renglones de la economía y en diferentes puntos geográficos, se convirtió en una de las empresas surcoreanas pioneras en las relaciones con la RPDC. En 1998, el propio Chung anunció la donación de camiones y ganado al Norte, amén de la decisión de establecer un proyecto turístico en el Monte Kumgang para que turistas surcoreanos pudiesen visitar Corea del Norte.

En cierta forma, Corea del Norte también comenzó a establecer mecanismos de diálogo y negociación con Estados Unidos, una de las prioridades fundamentales de su política exterior. Estados Unidos y Japón no escondieron su intención de eliminar o disuadir la “amenaza del Norte” por cualquier vía, mientras que Seúl pretendería aprovechar las debilidades de su oponente, sacarle provecho y evitar un abrupto colapso al estilo de la experiencia alemana. Su objetivo final sería una evolución socioeconómica del sistema de Corea del Norte que provocase la transformación de su sistema político y por ende, la desaparición del mismo. Cualquier paso a dar con respecto a Corea del Norte, sobre todo en el ámbito político-militar, requería del consenso de esas partes.

Ante esta situación Pyongyang priorizó, por su presencia político-militar, su potencialidad, su desempeño histórico y su papel líder en esa tríada (Seúl-Tokio-Washington), las relaciones con Estados Unidos. El objetivo era lograr concesiones que neutralizasen o minimizaran la capacidad de acción de Washington, al tiempo que permitieran a la RPDC mayores posibilidades económicas y diplomáticas. Para ello, Pyongyang

comenzó a maniobrar para establecer líneas de comunicación con el gobierno norteamericano.

Para alcanzar esos objetivos las autoridades norcoreanas recurrieron a todo tipo de “diplomacia”. Por una parte, la RPDC estuvo presente en la mesa de negociaciones, de forma bilateral o cuatrilateral y, por la otra, no dejó de usar el recurso del “juego a la crisis” como mecanismo para lograr ciertas concesiones de su contraparte. Partiendo del hecho de que un conflicto armado tendría serias consecuencias para toda la región e incluso globalmente, el principal elemento que había utilizado Pyongyang para establecer a las negociaciones con sus enemigos era exacerbar una situación al límite, de cierta forma, provocarlos. Cada acontecimiento, enfrentamiento a baja escala o sospecha sobre planes militares norcoreanos (misiles de largo alcance o armas de destrucción masiva) serviría para medir la reacción de sus oponentes y pondría al descubierto sus intenciones e intereses, además de permitirle alcanzar determinadas concesiones de sus adversarios.

Sin embargo, en el último año de los noventa, la diplomacia del “juego a la crisis” comenzó a no ser tan recurrente, mientras mecanismos más “pacíficos” comenzaron a ser puestos en práctica. Por lo tanto, un acercamiento a Corea del Sur sería un cambio significativo y un golpe sorpresivo que dejaría sin argumentos a sus adversarios sobre la tan mencionada “amenaza del norte”.

Tal escenario no tenía precedentes en las relaciones intercoreanas, y probablemente esto haya motivado un importante cambio en las actitudes tradicionales de los gobiernos coreanos sobre el problema en cuestión. En este caso, el gobierno surcoreano promovió una política de entendimiento y compromiso constructivo, sin dejar a un lado la cooperación en materia de seguridad con los norteamericanos como garantía frente a la “agresividad norcoreana”. Esto permitiría, interpretando a Kim

Dae Jung, “irradiar”, acorde con su *Sunshine Policy*, al sistema norcoreano y, paso a paso, ir desmantelando sus bases.

En cierto sentido, la administración surcoreana pareció ser consecuente con sus lineamientos. Ante determinados hechos de enfrentamiento con fuerzas de la RPDC, que en otras ocasiones hubieran significado echar atrás todo lo avanzado, la Casa Azul (sede de la presidencia surcoreana) defendió la validez de su política hacia el Norte frente a la oposición interna y a sus aliados nipones y norteamericanos. En efecto, Seúl levantó varias restricciones para establecer contactos comerciales y económicos con sus vecinos e hizo énfasis en la necesidad de encontrar una salida diplomática y concertada al problema nuclear y al de los misiles, así como en la importancia de reanudar los contactos gubernamentales Norte-Sur de Corea y promover los reencuentros de familiares separados por la división de la Península. Además, en sus declaraciones hizo un llamado a los gobiernos de Japón y Estados Unidos para que le concedieran reconocimiento diplomático a Pyongyang, y a los países occidentales para que le otorgaran ayuda a su contraparte. Como condición, el Norte debería renunciar al desarrollo de armas de destrucción masiva y dar señales de estar dispuesto a concertar un diálogo estable con ellos.

Esta nueva dinámica condujo al primer encuentro entre los mandatarios de ambas Coreas, que tuvo lugar en Pyongyang en junio de 2000. En esa ocasión Kim Jong-Il y Kim Dae-Jung firmaron la histórica *Declaración Conjunta de Pyongyang*,⁷ la cual hacía referencia a los principios básicos de la Declaración alcanzada en 1972, y a algunos de los puntos de la de 1991. Según la Declaración de Pyongyang, ambas partes se comprometían a dar pasos que aliviaran las tensiones, contribuyeran a la coexistencia entre ambas partes y facilitarían el camino del

⁷ Se trata del tercer documento alcanzado entre ambas partes, pero el primero firmado por los dos líderes de Corea del Norte y del Sur.

entendimiento, la comprensión y el respeto mutuo. Lo alcanzado en la cumbre de junio de 2000 condujo a la celebración de sucesivas reuniones ministeriales, las cuales versaron sobre la cooperación económica, la reapertura de las vías de comunicación entre ambas partes, la reunión de familiares separados, así como conversaciones militares que contribuyeran a evitar conflictos en este terreno y que, a largo plazo, permitieran la concreción de un acuerdo de paz. La voluntad de las autoridades norcoreanas fue la de respetar tales acuerdos y ejecutarlos, con algunas dificultades en ciertos casos y dependiendo de la dinámica de la situación internacional.

En ese contexto, el lenguaje hostil hacia los surcoreanos comenzó a variar, eliminando la palabra “títere” de la retórica norcoreana contra Seúl; en ciertos momentos Pyongyang también atenuó sus críticas a los estadounidenses, pero no varió mucho su lenguaje respecto a los japoneses. Esta estrategia no era más que una decisión de la alta dirigencia norcoreana para facilitar el diálogo. Los niveles de tensión bajaron cualitativa y cuantitativamente, al tiempo que incluso los militares comenzaban a reunirse, las familias separadas a encontrarse, y las inversiones surcoreanas a instrumentarse. De hecho se llegó a hablar de una visita de Kim Jong-Il a la República de Corea.

Paralelamente a los importantes avances en las relaciones con Corea del Sur, la RPDC obtuvo significativos logros —no exentos de contratiempos y dificultades— en sus relaciones con Estados Unidos. A principios de 2000, Pyongyang acordó, en reuniones celebradas en Berlín con el gobierno norteamericano, no realizar temporalmente pruebas de misiles de largo alcance. Los norteamericanos se comprometieron, por su parte, a un levantamiento parcial del bloqueo al que había estado sometida la RPDC desde la década de los cincuenta por considerarla instigadora del terrorismo internacional y nación enemiga. Estas medidas, se pensaba, permitirían la exportación de bienes de consumo y la importación de productos norcoreanos, la transferencia de

fondos personales y comerciales entre los dos países, así como la transportación comercial de personas y carga, vía marítima o aérea. Estados Unidos subrayó que tomaba esas medidas con vistas a mejorar las relaciones con Corea del Norte.

De igual forma, Estados Unidos se comprometía a acelerar los trabajos de construcción de plantas de generación de energía con reactores de agua ligera en Norcorea, en sustitución de la planta nuclear de plutonio de Yongbyong y el suministro de combustible pesado mientras durara dicha construcción. Todo ello en consonancia con el Acuerdo Marco alcanzado en octubre de 1994 en Ginebra, el cual Washington había prácticamente ignorado hasta entonces.⁸

El proceso de acercamiento entre Estados Unidos y Corea del Norte entre finales de 1999 y el año 2000 tuvo como elementos más significativos el encuentro en Washington entre el presidente Clinton y el enviado especial de Kim Jong-Il, el vicemarisca Cho Myong-Ro, quienes emitieron un Comunicado Conjunto en el que se dejaba por sentado las intenciones de mejorar las relaciones entre ambos países. También se produjo la visita a Pyongyang de la secretaria de Estado, Madeleine Albright, quien se reunió con Kim Jong-Il. Incluso se habló de la posibilidad de una visita del presidente estadounidense a Norcorea, como mencionaron León Manríquez y López Aymes

⁸ Cabe recordar que Washington había logrado, gracias a ese acuerdo, que Pyongyang congelase su programa basado en plutonio. Cuando los republicanos ganaron el control del Congreso en 1994, ellos criticaron el acuerdo y poco hizo el gobierno de Clinton para cumplirlo, actitud que varió al final de su mandato en el año 2000. Washington se comprometió a suministrar dos plantas nucleares de agua ligera en 2003, pero demoró el proceso de construcción a pesar de haberse creado un consorcio internacional conocido como KEDO, en el que tomaban parte surcoreanos y japoneses. También distribuyó combustible pesado, pero fuera de programación. Y sobre todo, no hizo mucho por cumplir con el artículo II referido a la normalización de las relaciones políticas y económicas. Si esto no se logró con Clinton, con Bush se tornaría totalmente imposible.

en el capítulo anterior. Este proceso era bien percibido e incluso estimulado por Seúl.

Sin embargo, los contactos se paralizaron entre diciembre de 2000 y principios de 2001 en espera de la proyección internacional del nuevo gobierno norteamericano, el cual ascendería al poder en febrero. Con la llegada al poder de George W. Bush, los aires de un posible entendimiento entre Washington y Pyongyang variaron negativamente. La reacción de la RPDC fue utilizar las relaciones intercoreanas como mecanismo de presión ante el repunte de la línea dura en Washington. Las autoridades norcoreanas intentaron vincular una parálisis en sus vínculos con Corea del Sur para que ésta contribuyera a influir en las decisiones de la Casa Blanca respecto a Corea del Norte. En aras de llenar el vacío que dejaba la salida de Clinton, se limitaron los mecanismos de cooperación con Corea del Sur, se fortalecieron los vínculos con la Comunidad Europea y se mantuvo una actividad diplomática internacional importante, sobre todo con la visita de Kim Jong-Il a Rusia por más de un mes y la de Jiang Zemin a la RPDC, tras la segunda de Kim Jong-Il a China.

Pese al congelamiento de los principales proyectos entre el Norte y el Sur, los canales de diálogo no fueron cerrados. Entre los inicios de 2001 y junio de 2002, empresarios surcoreanos siguieron viajando a Corea del Norte, ambas partes celebraron nuevas rondas de intercambios de familiares separados por la división, e importantes personalidades surcoreanas visitaron la RPDC, entre ellas la hija del ex dictador surcoreano Park Chung-Hee. Seúl declaraba que en el año 2001 había concedido ayuda a la RPDC por valor de 135 millones de dólares, un 19% por encima del año anterior, mientras que en términos de comercio bilateral se había alcanzado un valor de 403 millones de dólares, superior en un 20.8% a 1999 (*The Korea Herald*, 2002). Este importante matiz diferencia este contexto con periodos anteriores de acercamiento/enfrentamiento entre el

Norte y el Sur, en los cuales los mecanismos de comunicación eran sellados de manera radical e indefinidamente. Tal fue el caso de lo ocurrido tras la Declaración Conjunta de 1972 y los acuerdos alcanzados en Seúl en diciembre de 1991. En ambas oportunidades, la RPDC y Corea del Sur habían terminado por encontrar nuevos espacios para retornar al conflicto.

LOS RETOS ACTUALES PARA LA RPDC

No cabe duda que los mecanismos del diálogo entre los actores coreanos se erigen como la vía idónea para resolver el complejo conflicto. La administración Clinton pareció considerar que esta tendencia pudiera contribuir a disuadir la proliferación de armas de destrucción masiva por parte de la RPDC. Tal visión varió con la llegada al poder de George W. Bush en 2001, quien tendió a cerrar las vías del diálogo en función de posiciones intransigentes. Si en 2000 se materializaron pasos importantes en las relaciones entre estadounidenses y norcoreanos, la inestabilidad y la falta de coherencia en las mismas, provocaron que efectivamente Pyongyang hiciera uso nuevamente de la diplomacia de la crisis, con la diferencia de haber elevado su capacidad militar. Para entonces la RPDC había realizado pruebas con misiles de largo alcance, rompiendo la moratoria sobre tales pruebas en junio de 2006, y efectuando, en octubre del mismo año, una prueba nuclear.

A finales de 2006, la situación hacía recordar en cierto sentido a la de 1994, pero esta vez con una dinámica intercoreana distinta y con acontecimientos internacionales (Guerra de Iraq, ataque de Israel a Líbano) que le daban más razones a Kim Jong-Il para desconfiar de Estados Unidos y estar dispuesto a defender su sistema a cualquier precio. Aunque Washington ha mantenido una política de guerra fría contra la RPDC e incluyó a ésta en la lista negra junto a Iraq e Irán, la Corea de Kim Jong-Il dio pasos encaminados a mantener la

dinámica de las relaciones intercoreanas basadas en la coexistencia; además, sorprendentemente aceptó que en el pasado un grupo de ciudadanos japoneses había sido secuestrado y mostró su disposición a cooperar en materia de seguridad en la región. Tal actitud pudiera relacionarse con la persistencia de los problemas socioeconómicos en la RPDC, la continuidad de la política hacia el Norte de la administración surcoreana de Roh Moo-Hyun (2002-2007) y el agravamiento de las relaciones entre Pyongyang y Washington.

El funcionamiento de la economía norcoreana continuaba reflejando problemas que habían repercutido negativamente en el bienestar de su población. Pese a que se tomaron medidas y se seguía haciendo énfasis en la idea de resolver los problemas por sí solos, basados en la idea *Juche*, persistía un bajo aprovechamiento de la capacidad productiva. Tal limitación se relacionaba con la falta de combustible, la paralización por falta de piezas de repuestos y la baja competitividad de los productos norcoreanos en el mercado internacional. A pesar de una ligera mejoría de los resultados agrícolas,⁹ éstos se mostraban insuficientes para cubrir las grandes necesidades del mercado nacional. Se estimaba, por ello, que la RPDC seguiría necesitando de la ayuda internacional en materia alimentaria. Contradictoria y sorpresivamente, los norcoreanos expresaron en 2006 su intención de dejar atrás la fase de ayuda humanitaria que durante más de una década habían estado brindando entidades foráneas y pasar a una fase superior, estableciendo programas de desarrollo. En esa dirección, el Programa Mundial de Alimentos, el más importante coordinador de ayuda humanitaria a la RPDC, redujo de 6.5 millones a sólo 1.6 millones de beneficiarios de ayuda alimentaria (Cankor Report, 2006).

⁹ Según un informe de la FAO y el PMA, se obtuvieron mejores resultados en la producción agrícola en el periodo 2001-2002 en comparación con otros anteriores (Smith, 2002).

En cuanto a los precios y salarios, se produjeron cambios que contribuyeron a eliminar el sistema de racionalización y favorecieron la consecuente liberalización de precios, haciendo que las empresas se responsabilizaran de sus propios resultados productivos y no contasen con el subsidio estatal. Las empresas se encargarían de repartir los bonos para que sus trabajadores adquirieran los productos básicos. Debido a la baja producción de muchas de esas empresas, el Estado asumió la responsabilidad de distribuir productos básicos, pero dadas sus limitaciones materiales, los trabajadores no recibirían prácticamente lo mínimo indispensable (Smith, 2002).

Toda esta situación en su conjunto pudiera provocar un mayor descontento en la población, difícilmente visible para los extranjeros radicados en Pyongyang. Las condiciones de vida no dan claras señales de mejoría. Relacionado con esto se ha producido un aumento de la cifra de los que emigran de Corea del Norte, sobre todo hacia China.

Se estima que desde 1995 hay un aumento del éxodo hacia China, el cual en algunos periodos se ha intentado controlar mediante la cooperación entre Beijing y Pyongyang. Sin embargo, la actuación china es incapaz de detener la pujanza de la emigración norcoreana y más aun cuando actores internacionales comienzan a ejercer presión sobre Beijing en cuanto a los procedimientos para contrarrestar dicha emigración. La falta de rigor chino para controlar la inmigración norcoreana pareció irritar a Pyongyang por la forma en que las autoridades chinas no le “estaban ayudando” lo necesario. Sin embargo, se especula que este éxodo hacia China pudiera constituir, en un futuro cercano, una fuente de remesas para Corea del Norte.¹⁰

Por otra parte, en Pyongyang han aumentado los establecimientos privados que venden distintas mercancías a la

¹⁰ No es extraño encontrar norcoreanos trabajando en restaurantes coreanos, en la zona en que abundan dichos establecimientos en Beijing.

tan necesitada población. Productos de distinta índole (en su mayoría provenientes de China) pueden adquirirse en dicho mercado. Es un elemento peculiar en un sistema con un alto control sobre la población y que aduce defender la igualdad. La aplicación de tal medida pudiera responder a la incapacidad del Estado para cubrir las necesidades de la población, pero con su control pudiera sacarle provecho financiero.

Con esta realidad en la cara de todos, con el fuerte impacto sobre la población que produce anualmente la temporada invernal dadas las bajas temperaturas y la carencia de calefacción, condiciones de trabajo mínimas en los centros laborales, medios de transportación adecuados y una dieta que permita asimilar las necesidades en cuanto a calorías, la aparente calma en la ciudadanía norcoreana pudiera tener límites y elevarse los signos de descontento. Esto implicaría un desafío al rígido control gubernamental y una seria amenaza para la seguridad nacional. Antes de perder esta importante cuota de influencia, las autoridades norcoreanas pudieran buscar un cambio que posibilitara la mejoría de las condiciones generales socioeconómicas, sin que esto significase poner en riesgo su cuota de poder.

Quizá por lo anterior y pese a la hostil dinámica internacional, Kim Jong-Il no cerró la puerta a su intercambio con Corea del Sur e intentó extender sus relaciones comerciales con sus vecinos chinos y rusos, amén de mejorar las relaciones con Japón. Tras varios meses de parálisis durante 2002 y 2003, Pyongyang retomó con fuerza mecanismos de los acuerdos de 2000. En tal sentido cabría mencionar la participación norcoreana en los Juegos Asiáticos celebrados en 2002 en Busan, Corea del Sur; la celebración de encuentros entre familiares separados por la división del país, la aprobación en la Asamblea General de la ONU de una nueva resolución propuesta conjuntamente por el Norte y el Sur a favor de la continuación de los pasos hacia una eventual reunificación, así como la reanudación de las conversaciones en materia de defensa, importante garantía

para el desminado de la ZDM, paso esencial para la apertura de una vía terrestre entre ambas partes. En lo relacionado con el intercambio económico se fueron concretando algunos pasos como la apertura de una planta de ensamblaje en el puerto de Nampo, que permitiría la fabricación de autos Fiat SPA por un valor de 55 millones de dólares, o la apertura del complejo industrial de Kaesong para la fabricación de productos electrónicos y textiles. Destaca igualmente la continuación del proyecto turístico con el gigante Hyundai en el Monte Kumgang, gracias al cual miles de surcoreanos visitan la RPDC.

En el mismo sentido se inscriben el segundo viaje de Kim Jong-Il a Rusia y un nuevo viaje a China, con la que se acordó la apertura de zonas especiales de desarrollo, las cuales aún no funcionan como estaba previsto. Por último, el premier japonés Koizumi Junichiro, quien fue primer ministro de ese país entre 2001 y 2006, viajó a Pyongyang en dos ocasiones (septiembre de 2002 y mayo de 2004). Durante la primera visita del mandatario nipón, el líder norcoreano aceptó que ciudadanos japoneses habían sido secuestrados por agentes de la RPDC, se disculpó y cumplió con su promesa de que algunos de ellos viajarían a Japón. Estos parecían pasos concretos para la normalización de las relaciones bilaterales, algo que no ha ocurrido todavía.

Las relaciones con Estados Unidos, centrándose en la administración de George W. Bush, fueron matizadas por la discordia y el enfrentamiento, aunque también se produjeron casi al final ciertos avances en lo concerniente a una aproximación entre ambas partes. Desde su llegada a la Casa Blanca, los asesores de Bush consideraron como “romántica” la política hacia la RPDC de la última etapa de la administración Clinton y abogaron por un enfoque más objetivo. Si Corea del Norte rechazaba las propuestas de Washington, habría presiones diplomáticas o de mayor envergadura. Cuando el presidente estadounidense incluyó a Corea del Norte en la lista de los países

del “Eje del Mal”, todo indicaba que quedaban atrás la política de compromiso estimulada por la administración Clinton; los esfuerzos de la Unión Europea por atraer, antes que arrinconar a “la fiera”,¹¹ materializados con el reconocimiento diplomático de la mayoría de los países europeos en 2001; los empeños de China y Rusia por favorecer los cambios internos en la RPDC con cierta tendencia a la reforma económica, y la postergación de nuevas pruebas militares. Incluso se arriesgaban los avances de Japón, enfrascado en obtener un reconocimiento por parte de Corea del Norte sobre el secuestro de ciudadanos de ese país entre 1970 y 1980, hecho que pudiera abrir las puertas al establecimiento de relaciones diplomáticas.

El Pentágono hizo públicos planes de utilización de armas tácticas con capacidad nuclear contra una lista de países incluyendo Corea del Norte. Además, Estados Unidos se negó a certificar que la RPDC estaba cumpliendo con sus compromisos en materia de salvaguarda nuclear y prácticamente dejó a un lado sus compromisos con los acuerdos de Ginebra de 1994. En marzo de 2002 Bush acusó a Pyongyang de estar desarrollando un programa nuclear enriqueciendo uranio y en noviembre de 2002, dicha administración se negó a continuar suministrando combustible pesado tal como se había estipulado en los acuerdos de 1994.

En esa coyuntura, Washington prefirió utilizar la diplomacia multilateral y evitar la bilateral, como había hecho la administración Clinton. Para ello la Casa Blanca se valió de la iniciativa de realizar rondas de negociaciones entre seis países (Rusia, Estados Unidos, Japón, Corea del Sur, Corea del Norte y la anfitriona China) para discutir el tema nuclear norcoreano, que comenzaron en 2003. Ante la negativa de Washington de

¹¹ Forma utilizada en varias ocasiones por la prensa y por funcionarios norteamericanos durante el mandato de Clinton para hacer referencia a Kim Jong-Il y a Corea del Norte.

negociar bilateralmente, estas rondas se convirtieron prácticamente en el único mecanismo de diálogo entre norcoreanos y estadounidenses.

En términos de consideraciones de carácter estratégico global, Estados Unidos ha mantenido una postura de no otorgar concesión alguna a la RPDC. Esto ha significado actuar mediante medios diplomáticos, sobre la base de fuertes amenazas, en aras de controlar las crisis y al enemigo. En esencia, esa administración ha defendido la idea de “comprometer hasta vencer” –teniendo como trasfondo fuertes medidas coercitivas– a los estados que pudieran hacer peligrar sus intereses. En el ámbito coreano esto pudiera ser cuestionado, dada la inminente falta de voluntad, expresada en hechos concretos por la dirigencia norcoreana para hacer concesiones, tales como perder la carta del programa de misiles o de armas nucleares sin nada a cambio.

Varios hechos pudieran traerse a colación para demostrar que Corea del Norte no está dispuesta a ceder a las presiones norteamericanas, aunque, por otro lado, no cierre completamente las posibilidades al diálogo. Existe, pues, una recurrencia al “juego a la crisis”. Por ejemplo cuando informes de inteligencia de Estados Unidos sugirieron, a finales de 2002, que la RPDC estaba enriqueciendo uranio en secreto para producir armas nucleares, Pyongyang no desmintió tales aseveraciones y, ante la decisión estadounidense de no suministrar combustible, la RPDC decidió reabrir su programa basado en el enriquecimiento de plutonio. Después, en abril, los representantes norcoreanos dieron a entender que ya contaban con armas nucleares (O’Neill, 2003: 4). A esta “amenaza” se sumó la posibilidad de que Pyongyang rompiera con la moratoria de pruebas de misiles, hecho que tuvo lugar finalmente en junio de 2006.

Pese al recrudecimiento de las tensiones en torno a la Península Coreana y la ausencia del entendimiento en las rondas de reuniones de los seis en Beijing, en septiembre de 2005 las partes parecían haber logrado una importante Declaración Conjunta

en las mismas. En esa ocasión fue aceptada una propuesta china, presentada desde 2004, que contenía una decisión estratégica de Pyongyang de abandonar “todo programa armamentista y de armas nucleares”, a cambio del compromiso norteamericano de no atacar o invadir a la RPDC con cualquier tipo de armamento y de respetar la soberanía norcoreana, renunciando a ataques y maniobras para provocar un cambio de régimen.

El contenido de la resolución parecía poner fin al ambiente de enfrentamiento, abriendo paso al entendimiento entre las partes, principalmente entre Estados Unidos y la RPDC. Sin embargo, esto fue sólo un “espejismo político”, pues la declaración no aclaraba ni cómo ni cuándo se encauzaría su contenido. La línea dura en la administración norteamericana volvió al ataque, presionando para desconocer los compromisos alcanzados en Beijing. Uno de los primeros anuncios fue la liquidación de la Korean Peninsula Energy Development Organization (KEDO).¹²

La retirada estadounidense de KEDO supuso que Washington desconocía tales compromisos. Para justificar esta decisión, la Secretaría de Estado afirmaba: “Cuando los norcoreanos desmantelen sus armas nucleares y otros programas de forma verificable, supongo que podremos discutir cualquier cosa”. Por su parte, respecto al tema norcoreano, el principal negociador estadounidense expresaba en un testimonio ante el Congreso que “todas las opciones se mantenían sobre la mesa” (Sigal, 2006).

La administración norteamericana también comenzó a imponer sanciones financieras bajo la Iniciativa de Actividades

¹² Consorcio internacional, integrado por Estados Unidos, Japón y Corea del Sur cuya función era financiar y ejecutar la construcción de reactores de agua ligera, en cumplimiento del Acuerdo Marco de 1994. En ese contexto, bajo presión surcoreana, nipona y china, Washington había acordado respetar el derecho norcoreano a utilizar la energía nuclear y a discutir a su debido tiempo el suministro de reactores de agua ligera.

Ilícitas. Argumentando su derecho de tratar de prevenir la falsificación de dinero norteamericano y otras actividades ilícitas por los norcoreanos, estableció mecanismos para disminuir la capacidad de las precarias finanzas norcoreanas, ordenando la congelación de cuentas bancarias de este país denominadas en dólares, aduciendo que tales cuentas habían sido utilizadas, entre otras cosas, para la financiación del programa militar. En algunos casos estas cuentas pudieron ser legítimas, y su congelación afectaría su comercio externo, una manera extraña de estimular las reformas económicas en la RPDC.

La reacción de Pyongyang a estos pasos estadounidenses no se hizo esperar. La RPDC planteó, por medio de su vocero: “La solución al asunto nuclear tiene como base acabar con la desconfianza histórica entre los dos países y una forma de concretar esto es el suministro de reactores por parte de Estados Unidos. Los Estados Unidos no deben ni soñar con la idea de que Norcorea desmantele su programa nuclear sin antes contar con tales reactores, una prueba física para crear confianza” (Sigal, 2006).

Respecto a las cuentas bancarias, Pyongyang públicamente demandó el descongelamiento de las mismas y propuso dos opciones. La primera consistía en abrir cuentas en bancos estadounidenses, como muestra que sus divisas provenían de un comercio limpio y la segunda, establecer un cuerpo consultivo no permanente entre ambos países para resolver cualquier problema de falsificación y lavado de dinero. Ambas iniciativas fueron rechazadas por Estados Unidos. Tal pareciera que, en los hechos, Washington estaba dispuesto a entorpecer cualquier intento de reforma económica norcoreana, algo tan repetido en sus demandas hacia Pyongyang.

Contradictoriamente al espíritu de la declaración de Beijing, Estados Unidos decidió tomar medidas de conflicto, interpretando su puesta en práctica como un mecanismo de rendición norcoreana. Por ejemplo, cuando el negociador

principal estadounidense planeó visitar Pyongyang para iniciar conversaciones sobre la puesta en marcha de la Declaración Conjunta de Beijing, se condicionó tal visita al cierre del reactor de Yongbyon, algo inaceptable para la RPDC y una forma de asegurar el fracaso del encuentro. Tampoco se le dio luz verde al negociador estadounidense para que se reuniera con su similar norcoreano en Tokio, en abril de 2006.

Ante tales circunstancias, la RPDC recurrió a la conocida postura de condenar abiertamente las maniobras estadounidenses y repetir que estaba en condiciones de repeler cualquier amenaza o ataque. Pese al altisonante lenguaje anti-imperialista, Pyongyang no cerró las puertas a una posible aproximación con Estados Unidos, señalando que estaría dispuesta a dar un giro en sus posiciones si Estados Unidos demostraba su voluntad de respetar la declaración alcanzada en Beijing.

En esta lógica, Pyongyang aprovechó las negociaciones con Japón para dar a entender que le interesaba el diálogo y la búsqueda de soluciones con Estados Unidos y con Japón. En abril de 2006, Kim Young-Nam daba muestras del interés de Pyongyang por lograr acuerdos con Japón, país que, a la par de Estados Unidos, ha maniobrado contra la RPDC.

El representante del Estado norcoreano declaró: “Si las autoridades japonesas maniobran en función de la Declaración de Pyongyang (alcanzada durante la visita del premier nipón Koizumi a la RPDC), no habrá problemas imposibles de resolver” (refiriéndose al tema de los japoneses secuestrados por agentes secretos norcoreanos durante los setenta y ochenta). Con anterioridad Kim Jong-Il había manifestado al premier Koizumi, en su segundo encuentro en Pyongyang en mayo de 2004, que “cualquier progreso en las relaciones bilaterales dependería de forma importante de la actitud que asumiera el aliado de Japón (Estados Unidos)” (*Korea is One*, 2004). Estados Unidos no parecía dispuesto a cambiar su actitud y más bien optó por “arrinconar a la fiera”. El gobierno japonés,

por su parte, decidió introducir una propuesta en la Dieta para aplicar sanciones contra la RPDC, en lugar de dar pasos para avanzar en las negociaciones. Poco después los norcoreanos comenzaban los preparativos para el reinicio de las pruebas balísticas.

Por lo tanto, la prueba de un misil de largo alcance en junio de 2006 no sería para atraer atención. Más bien, parecía ser la reacción de Pyongyang a lo que Washington había dejado de hacer, transcurridos 10 meses de la declaración alcanzada en la reunión de los seis en Beijing. Tales pasos norcoreanos reflejarían que existía una proyección pragmática y estructurada que no respondía a un capricho o una simple banalidad, sino más bien se centraba en un objetivo concreto: salvaguardar el sistema. No se trataba de mendigar o ceder en todo. Se mantendría cierta capacidad de negociación, aunque se hiciesen concesiones como la de admitir el secuestro de ciudadanos japoneses. Este paso es uno de los más serios dados por Kim Jong-Il, demostrando una voluntad por establecer nuevos parámetros y esquemas en un mismo escenario, aunque con tales aceptaciones, los norcoreanos pusieran en tela de juicio el sentido ético y moral de su proyecto, el cual ha exigido y demandado respeto a los cuatro vientos.

Por otra parte, la postura norcoreana de reactivar todas las esferas de cooperación Norte-Sur se mantuvo tras el cambio de poder en Corea del Sur. En diciembre de 2002, los surcoreanos eligieron como presidente a Roh Moo-Hyun, un antiguo abogado en cuestiones laborales que sugirió en su campaña que Estados Unidos, con sus tropas apostadas en el país y la retórica del “eje del mal” de la Administración Bush, estaba separando aún más a las dos Coreas. Pyongyang no favorecería un interlocutor en el Sur que variase los principales elementos de la política en esta materia iniciadas por Kim Dae-Jung. El presidente Roh mantuvo las líneas generales de su antecesor, sorteando las dificultades del complejo escenario político co-

reano, y defendiendo la idea del diálogo y la colaboración entre Corea del Sur y del Norte.

La situación a finales de 2006 mostraba que ambas partes estaban interesadas en impulsar el curso de los acontecimientos. Esto se evidenció con el cumplimiento de los cronogramas trazados, las manifestaciones de respeto mutuo, a pesar de incidentes como el reconocimiento norcoreano de poseer armas nucleares o las pruebas de misiles de largo alcance que tanta alarma causaran en el plano internacional.

A finales de 2006 todo parecía indicar que Pyongyang se encontraba aislado y dispuesta a retomar la idea *Juche* para repeler las fuertes presiones y amenazas del exterior. Incluso su principal aliado, China, mantuvo una postura de muy bajo perfil para impedir la aprobación de una resolución condenatoria a la RPDC en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas tras las pruebas de misiles norcoreanas. Pese a ello, el proceso de cooperación y reconciliación entre la RPDC y la República de Corea no se ha detenido, elemento de suma importancia para considerar cuál pudiera ser el desenlace de la situación. De prevalecer una línea tendente al diálogo y la cooperación se pudieran evitar males mayores en las relaciones entre Washington y Pyongyang.

CONCLUSIONES

En el periodo analizado, la RPDC ha logrado salvaguardar su modelo, pese a las grandes amenazas a las que se ha enfrentado. En su historia dos hombres han estado al frente de ese país. Utilizando distintos métodos y mecanismos han logrado crear un sistema que se autodesigna como defensor de los intereses de los trabajadores, pero que en la práctica no ha logrado establecerse como un proyecto apto para mantener el crecimiento económico y desarrollar una sociedad que justifique sus pretensiones. A pesar de que ese país haya sufrido periodos de crisis, incluso una devastadora hambruna, el sistema no se ha colapsado, y

la idea de mantenerlo pudiera conducir a establecer estrategias y reformas que permitan un repunte socioeconómico. Todo esto a pesar de su retórica y de su aparente resistencia a los cambios.

La amenaza de un nuevo conflicto armado en ese territorio no ha desaparecido. Dicha sociedad en general está preparada para ello. Ha vivido prácticamente toda su existencia bajo un ambiente de amenaza de guerra. Sin embargo, un conflicto allí no le convendría a nadie, y menos en las condiciones actuales de la RPDC, dada su capacidad nuclear y de misiles de largo alcance, lo que podría causar grandes daños a sus adversarios. Rusia, China, e incluso Corea del Sur se han manifestado contrarios a un conflicto armado en la Península de Corea. Para Japón, el desarrollo nuclear norcoreano parece ser una justificación para un repunte militar, invocando la necesidad de defenderse de los norcoreanos, una vez que Estados Unidos prosigue sus intentos por controlar el desarrollo nuclear de Pyongyang, más en la mesa de negociaciones y con medidas financieras que con sus amenazas de uso de la fuerza.

Seúl y Pyongyang, los principales actores de la dinámica intercoreana, han tendido más al diálogo que al enfrentamiento, especialmente durante los gobiernos de Kim Dae-Jung y Roh Mu-Hyun (1998-2008). Aunque no exento de dificultades y contratiempos, el intercambio en todas las esferas entre la RPDC y Corea del Sur se ha incrementado. La Cumbre de 2000 entre los máximos líderes de ambas partes, en Pyongyang, estableció un importante precedente y demostró que había visos de entendimiento. La segunda cumbre, ocurrida en 2007, es prueba de ello, aunque los compromisos hayan sido modestos. Lo interesante será observar la evolución de la política hacia Corea del Norte por parte del presidente surcoreano, Lee Myung-Bak, que sucedió a Roh en 2008. La política de Lee parece ser diametralmente opuesta a la de Kim y Roh, aunque la política de un presidente estadounidense como Barack Obama podría

dar un cauce distinto al que se vislumbraba al inicio de la administración de Lee. Por su parte, la dirigencia norcoreana parece haberse habituado a la comunicación. Regresar al lenguaje del enfrentamiento y detener los proyectos de aproximación que ambas partes han acordado en casi dos lustros de relaciones intercoreanas, pudiera ser contraproducente para consolidar el avance hecho hasta el momento.

La historia contemporánea de Corea ha demostrado lo complejo de este escenario. En este ámbito la RPDC ha logrado mantenerse a flote. Las presiones externas contra ésta no han logrado que sucumba, pero su propia realidad, la ineffectividad de su economía y la dependencia de dos líderes, Kim Il-Sung y Kim Jong-Il (sin saber aún quién pudiera ser el tercer hombre de Pyongyang) pudieran convertirse en un factor de alto riesgo. El tema es apasionante, su seguimiento necesario y su desenlace pudiera estar ligado a la historia que en este capítulo se ha intentado analizar.

BIBLIOGRAFÍA

- AMSDEN, Alice H., *Asia's Next Giant: South Korea and Late Industrialization*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.
- ASOCIACIÓN DE PROFESORES DE HISTORIA, *Historia fácil de Corea*, Seúl, Centro de Información de Cultura Coreana y Academia de Estudios Coreanos, 2005.
- BANCO MUNDIAL, *World Development Indicators 2007*, Washington, DC, Banco Mundial, 2007.
- BELLO, Walden y ROSENFELD, Stephanie, *Dragons in Distress: Asia's Miracle Economies in Crisis*, San Francisco, The Institute for Food and Development Policy, 1990.
- BLUTH, Christoph, *Korea*, Cambridge, GB: Polity Press, 2008.
- Cankor Report*, núm. 248, mayo de 2006 (<http://www.nautilus.org/pipermail/cankor/2006-May/000078.html>).
- CHANDRA Vipan, *Imperialism, Resistance and Reform in Late Nineteenth-Century Korea. Enlightenment and the Independence Club*, Berkeley, CA, Center for Korean Studies, Institute of East Asian Studies, University of California, 1988.
- CHANG Ha-Joon, *The Political Economy of Industrial Policy*, Nueva York, St. Martin's Press, 1994.
- CHOI Byung-sun, "The Structure of the Economic Policy-Making Institutions in Korea and the Strategic Role of the Economic Planning Board (EPB)", en *The Korean Journal of Policy Studies*, núm. 2, 1987.
- CHUN Hae-jong, "Sino-Korean Tributary Relations in the Ch'ing Period", en Fairbank, John K., *The Chinese World Order. Tra-*

- ditional China's Foreign Relations*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1968.
- CLIFFORD, Mark, *Troubled Tiger. Businessmen, Bureaucrats, and Generals in Korea*, Armonk, M.E. Sharpe, 1998.
- COOK, Harold, *Korea's 1884 Incident: its Background and Kim Okyun's Elusive Dream*, Seúl, Royal Asiatic Society, Korean Branch, 1972.
- COVELL CARTER, Jon y COVELL, Alan, *Korean Impact on Japanese Culture*, Nueva Jersey y Seúl, Hollym International, 1987.
- CUMINGS, Bruce, "The Origins and Development of the North-east Asian Political Economy: Industrial Sectors, Product Cycles, and Political Consequences", *International Organization*, vol. 38, núm. 1, 1984a.
- _____, *The Two Koreas*, Nueva York, Foreign Policy Association, 1984b.
- _____, *The Origins of the Korean War*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1990.
- _____, *Korea's Place in the Sun. A Modern History*, Nueva York y Londres, W.W. Norton, 1997.
- _____, *El lugar de Corea en el sol. Una historia moderna*, Buenos Aires, Comunicarte Editorial, 2004.
- DALLET, Charles, *Histoire de L'Église de Corée*, París, Librairie Victor Palme, 1874.
- DE BARY, Theodore y KIM-HABOUSH, JaHyun (eds.), *The Rise of Neo-Confucianism in Korea*, Nueva York, Columbia University Press, 1985.
- DEUCHLER, Martina, *The Confucian Transformation of Korea. A Study of Society and Ideology*, Cambridge, MA, Council on East Asian Studies, Harvard University, Harvard University Press, 1992.
- ECKERT, Carter J., *Offspring of Empire. The Koch'ang Kims and the Colonial Origins of Korean Capitalism, 1876-1945*, Seattle y Londres, University of Washington Press, 1991.

- ECKERT, Carter J. *et al.*, *Korea Old and New. A History*, Seúl, Korea Institute, Harvard University e Ilchogak Publishers, 1990.
- _____, “Korea: Liberation, Division, and War, 1945-1953”, en BORTHWICK, Mark (ed.), *Pacific Century: The Emergence of Modern Pacific Asia*, Boulder, Westview Press y Allen & Unwin, 1992.
- ESTRADA, José Luis, “El Este Asiático y el Nuevo Sistema Internacional. Estrategias de inserción”, en José Luis LEÓN (coord.), *El nuevo sistema internacional. Una visión desde México*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- EVANS, Peter, *Embedded Autonomy*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1995.
- FAIRBANK, John K., *China a New History*, Cambridge, MA, The Belknap Press of Harvard University Press, 1992.
- _____, (ed.), *The Chinese World Order. Traditional China's Foreign Relations*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1968.
- FRIEDMAN, Milton y FRIEDMAN, Rose, *Libertad de elegir*, Barcelona, Ediciones Orbis, 1983.
- GRAYSON, James Hunthley, “The Myth of Tan’gun: A Dramatic Structural Analysis of a Korean Foundation Myth”, en *Korea Journal*, vol. 37, primavera, 1997.
- _____, *Korea. A Religious History*, Londres, Routledge Curson, 2002.
- HAGGARD, Stephan, *Pathways from the Periphery: The Politics of Growth in the Newly Industrializing Countries*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1990.
- HAHM Sung Deuk, y PLEIN, L. Christopher, *After Development. The Transformation of the Korean Presidency and Bureaucracy*, Washington, DC, The Georgetown University Press, 1997.
- HALLIDAY, Jon y MCCORMACK, Gavan, *Japanese Imperialism Today*, Nueva York, Monthly Review Press, 1973.

- HAN Youn-hee *et al.*, *Archaeological Sites in Korea*, Seúl, *Koreana*, Korea Foundation, primavera 1997, vol. 11, núm. 1.
- HART-LANDSBERG, Martin, *The Rush to Development. Economic Change and Political Struggle in South Korea*, Nueva York, Monthly Review Press, 1993.
- HATADA Takashi, *A History of Korea*, Santa Barbara, CA, ABC Clio, 1969.
- HAWLEY, Samuel, *The Imjin War. Japan's Sixteenth-Century Invasion of Korea and Attempt to Conquer China*, Berkeley, CA, The Royal Asiatic Society, Korea Branch, The Institute of East Asian Studies, University of California, 2005.
- HOGARTH, Kim Hyun-key, *Korean Shamanism and Cultural Nationalism*, Seúl, Jimoondang Publishing, 1999.
- HOWARD, Keith (ed.), *Korean Shamanism. Revivals, Survivals, and Change*, Seúl, The Royal Asiatic Society Seoul Press, 1998.
- HUNTINGTON, Samuel P., *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1991.
- ILYON (Iryon), *Samguk Yusa. Legends and History of the Three Kingdoms of Ancient Korea* (traducción de Ha Tae-Hung y Grafton K. Mintz), Seúl, Yonsei University Press, 2004.
- IM Hyo-Jai, "Korean Neolithic Chronology: A Tentative Model", en *Korea Journal*, Seúl, vol. 24, núm. 9, 1984.
- ISAACS, Jeremy y DOWNING, Taylor, *Cold War*, Batam Press, Londres, 1998.
- JOE, J. Wanne, *Traditional Korea: A Cultural History*, Seúl, Chung-ang University Press, 1982.
- JOHNSON, Chalmers, "Political Institutions and Economic Performance: The Government-Business Relationship in Japan, South Korea, and Taiwan", en DEYO, Frederic (ed.), *The Political Economy of the New Asian Industrialism*, Ithaca, Cornell University Press, 1987.

- KALTON, Michael, "An Introduction to Sirhak", en *Korea Journal*, Seúl, vol. 15, núm. 5, 1975.
- KIM Byung-Kook y SUH Jin-Joung, "Politics of Confucian Korea", en *Korea Focus on Current Topics*, vol. 5, núm. 6, noviembre-diciembre, 1997.
- KIM C. I. Eugene y KIM Han-kyo, *Korea and the Politics of Imperialism, 1876-1910*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1967.
- KIM Chan-Jin, "Foreign Investment Law of Korea", en KIM, Chan-Jin (ed.), *Business Laws in Korea*, Seúl, Panmun Book, 1988.
- KIM Dae-Jung, *Mass-Participatory Economy: Korea's Road to World Economic Power*, Cambridge, MA, Center for International Affairs Harvard University y University Press of America, 1996
- KIM Ilpyong, *Communist Politics in North Korea*, Nueva York, Praeger, 1975.
- KIM Key-Hiuk, *The Last Phase of the East Asian World Order. Korea, Japan, and the Chinese Empire, 1860-1882*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, University of California Press, 1980.
- KIM Kwang-Suk, y KIM Joon-Kyung, "Korean Economic Development: An Overview", en CHA Dong-Se; KIM Kwang-Suk y PERKINS, Dwight H. (eds.), *The Korean Economy 1945-1995: Performance and Vision for the 21 Century*, Seúl, Korea Development Institute, 1997.
- KIM Won-Yong, *Art and Archaeology of Ancient Korea*, Seúl, The Taekwang Publishing, 1986.
- KIM-RENAUD, Young-Key, *King Sejong the Great: The Light of the Fifteenth Century Korea*, Washington, The International Circle of Korean Linguistics, 1992.
- _____, *The Korean Alphabet: Its History and Structure*, Honolulu, University of Hawaii Press, 1997.
- KOHLI, Atul, "Where Do High-growth Political Economies Come From? The Japanese Lineage of Korea's 'Develop-

- mental State”, en WOO-CUMINGS, Meredith (ed.), *The Developmental State*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1999.
- Korea is One, “Talks between Kim Jong Il and Koizumi in Pyongyang”, en *Korea is One*, mayo de 2004 (http://www.korea-is-one.org/article.php3?id_article=248).
- Koreana, A Quarterly on Korean Art & Culture*, vol. 13, núm. 3, Korea Foundation, otoño de 2004.
- KRUEGER, Anne O., “Korean Industry and Trade over Fifty Years”, en CHA, Dong-Se, KIM, Kwang Suk y PERKINS, Dwight H. (eds.), *The Korean Economy 1945-1995: Performance and Vision for the 21 Century*, Seúl, Korea Development Institute, 1997.
- KRUEGER, Anne O., CORBO, Vittorio y OSSA, Fernando (eds.), *Export-Oriented Development Strategies: The Success of Five Newly Industrializing Countries*, Boulder, Westview Press, 1985.
- LAOTHAMATAS, Anek, *Democratization in Southeast and East Asia*, Nueva York y Singapur, St. Martin’s Press e Institute of Southeast Asian Studies, 1997.
- LEDYARD, Gari K., *The Korean Language Reform of 1446*, Seúl, Singu Munhwa Sa, 1998.
- LEE Ki-Baik, *A New History of Korea*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1984.
- LEE Kwang-Pyo, “El final de los funerales de la realeza en Corea”, en *Koreana, Arte y Cultura de Corea*, t. 14, núm. 4, invierno 2005.
- LEE Kyong-Hee, *World Heritage in Korea*, Seúl, Samsung Foundation of Culture y Sungin Printing, 1997.
- LEE, Peter H. (ed.), *Sourcebook of Korean Civilization*, Nueva York y París, Columbia University Press y UNESCO Publishing, 1993.
- LEE, Peter H. y DE BARY, Theodore (eds.), *Sources of Korean Tradition. Vol. I: From Early Times to the Sixteenth Century*, Nueva York, Columbia University Press, 1997.

- LEE Yeon-Ho, "The Failure of the Weak State in Economic Liberalization: Liberalization, Democratization and the Financial Crisis in South Korea", *The Pacific Review*, vol. 13, núm. 1, 2000.
- LEÓN, José Luis, "Burocracia y transformación económica en Corea del Sur: ¿fin del Estado desarrollista?", en *Anuario Asia Pacífico 2000*, México, El Colegio de México, 2000.
- _____, *State Capacity, State Autonomy and Economic Performance. Industrial Policy in Mexico, 1950-2000*, tesis de doctorado en ciencia política, Nueva York, Columbia University, 2001.
- MCCORMACK, Gavan, *Target North Korea. Pushing North Korea to the Brink of Nuclear Catastrophe*, Nueva York, Nation Books, 2004.
- MCGRANE, George A., *Korea's Tragic Hours. The Closing Years of the Yi Dynasty*, Seúl, Taewon Publishing, 1973.
- MENAMARA, Dennis L., *The Colonial Origins of Korean Enterprise. 1910-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- MICHELL, Tony, "Generational Change and Confucianism: Organization and Interaction in Korea", *Transactions*, 1986.
- MO Jongryn y MOON Chung-In, "Democracy and the Origins of the Korean Economic Crisis", en *Research Working Paper Series*, num. 98-1, Graduate School of International Studies, Yonsei University, marzo, 1998.
- NAHM, Andrew, *Korea, Tradition and Transformation: A History of the Korean People*, Elizabeth, NJ, Hollym, 1993.
- NELSON, Sarah M., *Korean Social Archaeology. Early Village*, Seúl, Jimoondang, 2004.
- OBERDORFER, Don, *The Two Koreas: A Contemporary History*, Reading, MA, Basic Books, 1997.
- O'NEILL, Tom, "Corea: la peligrosa línea divisoria", en *National Geographic en Español*, México, julio de 2003.

- OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos), “1998 Country Report: Korea”, sitio <http://www.oecd.org/puma/gvrnance/surveys/pubs/report98/surv98ko.htm>, 1998.
- OH, John Kie-Chiang, *Korean Politics. The Quest for Democratization and Economic Development*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1999.
- PAI Hyung-il, *Constructing Korean Origins: A Critical Review of Archaeology, Historiography and Racial Myth in Korean State Formation Theories*, Cambridge, MA, Harvard University Asia Center, 2000.
- PALAIS, James B., *Politics and Policy in Traditional Korea*, Cambridge MA y Londres, Council on East Asian Studies, Harvard University, 1991.
- , *Confucian statecraft and Korean Institutions. Yu Ho-yongwon and the Late Choson Dynasty*, Seattle y Londres, University of Washington Press, 1996.
- PARK, Soon-Won, *Colonial Industrialization and Labor in Korea. The Onoda Cement Factory*, Cambridge, MA y Londres, Harvard-Hollym Series on Korean Studies, Harvard East Asian Monographs, núm. 181, 1999.
- PERKINS, Dwight H., “Structural Transformations and the Role of the State: Korea, 1945-1995”, en CHA, Dong-Se, KIM, Kwang-Suk y PERKINS, Dwight H. (eds.), *The Korean Economy 1945-1995: Performance and Vision for the 21 Century*, Seúl, Korea Development Institute, 1997.
- Plataforms and Pledges of Korean Political Parties in the 15 Presidential Election*, Seúl, Instituto de Ciencias Sociales, Soongsil University, Noksan Foundation y Konrad Adenauer Foundation, 1997.
- PORTAL, Jane, *Korea: Art and Archaeology*, Nueva York, Thames y Hudson, 2000.
- PRAATT, Keith; RUTT, Richard y HOARE, James, *Korea. A Historical and Cultural Dictionary*, Richmond Surrey, GB, Curzon Press, 1999.

- ROBINSON, Michael Edson, *Cultural Nationalism in Colonial Korea, 1920-1925*, Seattle y Londres, University of Washington Press, 1988.
- ROMERO CASTILLA, Alfredo, “Corea: ¿Una nación entre dos estados?”, en TOLEDO, Daniel (ed.), *Asia y África en la historia*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1996.
- ROOT, Hilton L., “Distinctive Institutions in the Rise of Industrial Asia”, en Henry S. ROWEN (ed.), *Behind East Asian Growth. The Political and Social Foundations of Prosperity*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998.
- SAKONG II, *Korea in the World Economy*, Washington, DC, Institute for International Economics, 1993.
- SELIGSON, Silvia, *Cabalgata al cielo. Evidencias arqueológicas e identidad cultural de Corea*, en Walburga Wiesheu (comp.), *Evocaciones de Asia y África*, México, INAH-ENAH, 2003a.
- , *El espíritu de la montaña. Chamanismo coreano e identidad nacional*, en Walburga Wiesheu (comp.), *Evocaciones de Asia y África*, México, INAH-ENAH, 2003b.
- SEONG Somi, “Industrial Policy in Korea”, en MASUYAMA Seiichi, VANDERBRINK, Donna, y YUE Chia Siow (eds.), *Industrial Policies in East Asia*, Singapur y Tokio, Institute of Southeast Asian Studies y Nomura Research Institute, 1997.
- SETH, J. Michael, *A Concise History of Korea. From the Neolithic Period through the Nineteenth Century*, Nueva York, Rowman and Littlefield Publishers, 2006.
- SIGAL, Leon V., “What North Korea’s Missile Test Means”, *Northeast Asia Peace and Security Network*, 27 de julio de 2006 (<http://www.nautilus.org/fora/security/0662Sigal.html>).
- SHIN Gi-Wook y ROBINSON, Michael (eds.), *Colonial Modernity in Korea*. Cambridge, MA y Londres, Harvard-Hollym Series on Korean Studies, Harvard University Asia Center, 1999.
- SMITH, Hazel, “Overcoming Humanitarian Dilemmas in the DPRK”, United States Institute of Peace. julio de 2002 (<http://www.usip.org/pubs/specialreports/sr90.html>).

- SOHN Pow-Key, "Prehistoric Culture", en *Korea Journal*, vol. 10, núm. 10, Seúl, 1970.
- _____, "Palaeolithic Culture of Korea", en *Korea Journal*, vol. 14, núm. 4, Seúl, 1974.
- STEERS, Richard M., SHIN, Yoo Keun, y UNGSON, Gerardo R., *The Chaebol: Koreas New Industrial Might*, Nueva York, Harper & Row, 1989.
- SUH Dae-Sook, *The Korean Communist Movement 1918-1948*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1967.
- SUNOO, Harold W., *Korea: A Political History in Modern Times*, Seúl y Columbia, Missouri, Korean-American Cultural Foundation y Kunkuk University Pres, s.f.
- THE KOREA HERALD, "Engagement wltH North Only Way to go Forward", *The Korea Herald*, 15 de junio de 2002, <http://www.koreaherald.co.kr>.
- THURBON, Elizabeth, "Two Paths to Financial Liberalization: South Korea and Taiwan", en *The Pacific Review*, vol. 14, núm. 2, 2001.
- TURNBULL, Stephen, *Samurai Invasion. Japan's Korean War. 1592-1598*, Londres, Cassel, 2002.
- WEATHERSBY, Kathryn, *Soviet Aims in Korea and the Origins of the Korean War, 1945-1950: New Evidence from Russian Archives*, Working Paper 8, Washington, DC, Woodrow Wilson International Center for Scholars, 1993.
- WEEMS, Benjamin B., *Reform, Rebellion and the Heavenly Way*, Tucson, Arizona, The University of Arizona Press, 1966.
- WELLS, Kenneth M., *New God, New Nation. Protestants and Self-Reconstruction Nationalism in Korea. 1896-1937*, Honolulu, University of Hawaii Press, 1990.
- WOO Jung-En, *Race to the Swift. State and Finance in Korean Industrialization*, Nueva York, Columbia University Press, 1991.
- YI Pangja, *The World is One. Princess Yi Pangja's Autobiography*, Seúl y Los Ángeles, Taewon Publishing, 1973.

BIBLIOGRAFÍA ADICIONAL

- BUZO, Adrian, "Pathways to the Present: Stalinism and Traditionalism in the DPRK", en *Korea Observer*, vol. XXVI, núm. 3, otoño de 1995.
- BYUN Kyu-Yong, "Taoism and Taoists: Its Essence and Development", en *Korea Journal*, mayo de 1986.
- DEYO, Frederic (ed.), *The Political Economy of the New Asian Industrialism*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1987.
- EIU Country Profile, *North Korea 1995-96*, The Economist Intelligence Unit Limited, 1996.
- _____, *North Korea 1st quarter 1995*, The Economist Intelligence Unit Limited, 1995.
- _____, *North Korea 3rd quarter 1995*, The Economist Intelligence Unit Limited, 1995, pp. 45-47.
- _____, *North Korea 4th quarter 1995*, The Economist Intelligence Unit Limited, 1995, pp. 36-38.
- _____, *North Korea 1st quarter 1996*, The Economist Intelligence Unit Limited, 1996, pp. 39-47.
- _____, *North Korea 2nd quarter 1996*, The Economist Intelligence Unit Limited, 1996, pp. 35-40.
- _____, *North Korea 3rd quarter 1996*, The Economist Intelligence Unit Limited, 1996, pp. 39-52.
- "Engagement with North only way to go forward", 15 de junio de 2002, *The Korea Herald*, <http://www.koreaherald.co.kr>.
- FEFFER, John, "Between Kim Jong-Il and a Hard Place", en *Foreign Policy in Focus*, 27 de febrero de 2004, <http://www.fpif.org/commentary/2004/0402kimjongil.html>.
- _____, Time to Lift North Korea's Quarantine Financial sanctions only exacerbate the nation's rogue behavior, en *Yale Global*, 8 de junio de 2006, <http://yaleglobal.yale.edu/display.article?id=7535>.

- GÖTHEL, Ingeborg, *Juche and the Issue of National Identity in the DPRK of the 1960s North Korea*, Nueva Jersey, Prentice Hall, 1996.
- JEONG Kap-Young y KWACK Mahn-Soon, *Industrial Strategy for Global Competitiveness of Korean Industries*, Seúl, Institute of East and West Studies, Yonsei University, 1996.
- JWA Sung-hee y KIM June-il, *Trade Liberalization, Deregulation and Financial Reform*, Seúl, Institute of East and West Studies, Yonsei University, 1997.
- KANG Myung-Hun, *Korean Business Conglomerate: Chaebol then and now*, Berkeley, CA, Institute of East Asian Studies, University of California, 1996.
- KIM Il-Sung, *Obras completas*, vol. 27, Pyongyang, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1992.
- _____, “Sobre algunos problemas en torno a la idea *Juche* de nuestro partido y la política interior y exterior del gobierno de la República. Respuestas a las preguntas de los periodistas del diario japonés *Mainichi Shimbun* (17 de septiembre de 1972), en *Obras escogidas*, vol. 7, Pyongyang, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1971.
- _____, “Sobre la construcción socialista en la República Popular Democrática de Corea y la Revolución Surcoreana”, en *Obras escogidas*, vol. 4, Pyongyang, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1971.
- _____, “Sobre algunos problemas concernientes a los asuntos del partido y el Estado en la presente etapa de la revolución socialista”, en *Obras escogidas*, vol. 1, Pyongyang, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pyongyang, 1971.
- KIM Jang-Sil, *Democratic Transition in South Korea, 1985-1988: The Eclectic Approach*, Honolulu, The University of Hawaii, 1992.
- KIM Pan-Suk, “Prospects for Change in the Power Structure in North Korea”, en *Korea Observer*, vol. XXIV, núm. 3, otoño de 1993.

- MESQUITA MOREIRA, Mauricio, *Industrialization, Trade, and Market Failures. The Role of Government Intervention in Brazil and South Korea*, Nueva York, St. Martin's Press, 1995.
- NOLAND, Marcus, "How North Korea Funds Its Regime", Testimony before the Subcommittee on Federal Financial Management, Government Information, and International Security Committee on Homeland Security and Governmental Affairs, Institute for International Economics, 25 de abril de 2006, <http://www.iie.com/publications/papers/paper.cfm?ResearchID=629>.
- PARK, Han S., *The Nature and Evolution of Juche Ideology. North Korea*, Nueva Jersey, Prentice Hall, 1996.
- THE ECONOMIST, "China and North Korea: Friendship and Trade", *The Economist*, 22 de julio de 2006.

COLABORADORES

Silvia Seligson

Realizó sus estudios de licenciatura en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y de maestría y doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM. Es candidata al doctorado y trabaja en una tesis sobre el chamanismo y la identidad cultural de Corea.

Ha sido investigadora del Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CISINAH), y ha impartido cursos de estudios coreanos en el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México y la UNAM.

Ha impartido diversos cursos, seminarios y conferencias, además de publicar numerosos artículos y capítulos en libros colectivos sobre temas relacionados con las culturas del Este de Asia. También ha participado en congresos y eventos de difusión en diversas instituciones nacionales y extranjeras, así como en programas de radio y televisión.

Actualmente es investigadora, curadora y asesora externa del Museo Nacional de las Culturas del INAH, en la ciudad de México. Ahí ha colaborado en la instalación de las salas permanentes de Japón, China y Corea, así como en varias exposiciones temporales e itinerantes relacionadas con temas del Este Asiático. Contacto: seligsil@gmail.com

Alfredo Romero Castilla

Egresado de la licenciatura en ciencias diplomáticas, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. Obtuvo su maestría en estudios asiáticos en la Universidad Hanguk de Estudios Extranjeros, Seúl, República de Corea, siendo el primer estudiante mexicano y latinoamericano en cursar estudios de posgrado en Corea del Sur. Candidato a doctor en relaciones internacionales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Ha participado en diversos proyectos de investigación sobre temáticas del Este de Asia, apoyados por la UNAM, El Colegio de México, el Instituto de Economías en Desarrollo de Tokio, la Universidad de las Naciones Unidas, la Fundación Corea y el Instituto Coreano del Desarrollo.

Es autor de numerosos libros, capítulos de libros y artículos en torno a temas relacionados con la República de Corea, la República Popular Democrática de Corea, Japón y China. Igualmente ha publicado distintos trabajos sobre las relaciones entre Corea del Sur y México.

Actualmente es profesor de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, adscrito al Centro de Relaciones Internacionales donde imparte los cursos de Introducción al estudio de las relaciones internacionales, Teoría de las relaciones internacionales y Asia y Pacífico. Contacto: castilla@mail.politicas.unam.mx

José Luis León Manríquez

Licenciado en relaciones internacionales y maestro en estudios latinoamericanos, por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. Maestro y doctor en ciencia política por Columbia University, Nueva York.

Se ha desempeñado como profesor e investigador de distintas instituciones académicas en México y el extranjero, tales

como la Universidad de Buenos Aires, la Universidad de California San Diego, la University of Technology Sydney, la UNAM, el ITAM, el ITESM, la Universidad de Guadalajara y el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México.

Ha publicado numerosos artículos sobre temas internacionales y del noreste de Asia en libros colectivos y revistas especializadas tanto en México como en el extranjero. Fue miembro del Servicio Exterior Mexicano de carrera, donde fungió como director académico del Instituto Matías Romero (IMR), así como editor de la *Revista Mexicana de Política Exterior*.

Actualmente es profesor-investigador en el Departamento de Política y Cultura, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, y miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel II. Contacto: jll18@columbia.edu

Juan Felipe López Aymes

Licenciado en relaciones internacionales por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, y maestro en la Universidad Yonsei en Seúl, Corea. Doctor en relaciones internacionales por la Universidad de Sussex, Reino Unido.

Ha escrito diversos artículos y capítulos de libros sobre economía política coreana, así como temas relacionados con los mecanismos de cooperación económica en Asia Pacífico. Tiene experiencia docente tanto a nivel maestría como de licenciatura. En El Colegio de México ha impartido los cursos de Introducción a la economía coreana y Aspectos económicos de la reunificación coreana para alumnos de maestría. A nivel licenciatura ha colaborado con en el ITESM-CCM y Toluca, donde ha impartido los cursos de Economía política internacional, Integración Regional en Asia Pacífico y Negocios con Asiáticos.

Actualmente es profesor investigador en el Centro de estudios de Asia y África de El Colegio de México, donde trabaja

temas de economía política comparada en el noreste de Asia y economía política del desarrollo en el caso de Corea del Sur. En particular se interesa por la actividad de las empresas multinacionales en los países de la región y por los cambios institucionales en los regímenes de inversión. Contacto: jflopez@colmex.mx

Alejandro Escalona Agüero

Licenciado en relaciones internacionales, Instituto Superior de Relaciones Internacionales, La Habana, Cuba y maestro en Estudios de Asia y África, El Colegio de México. Realizó cursos de especialización en el Instituto de Relaciones Exteriores, Beijing, China y en el Instituto de Relaciones Exteriores, Nueva Delhi, India, y de idioma coreano en la Universidad de Yonsei de Seúl, República de Corea.

En el Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba ha sido Especialista principal en temas coreanos y de Mongolia de la Dirección de Asia, así como miembro de las representaciones de su país en Manila, Filipinas y Pyongyang, Corea del Norte. Asimismo, fungió como encargado de negocios en la Embajada de Cuba en Ulanbaator, Mongolia. En el Ministerio de Cultura se desempeñó como Jefe del Área de Asia, África y Medio Oriente.

En Bangladesh fue consultor del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, director del Proyecto Armonía Social y jefe de Relaciones Institucionales de Intervida. Más recientemente, fungió como consultor de UNICEF en Guinea Ecuatorial.

Ha sido colaborador de *National Geographic en Español*, así como del *Anuario Asia Pacífico* del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México. Contacto: skalona@yahoo.com

ÍNDICE ANALÍTICO

- Academia Confuciana (*Chiph-
yon-jon*) 73
- Academia Nacional 61
- Action contre le Faim 209
- Acuerdo de No Agresión,
Reconciliación y Ayuda
Mutua, 1991 201
- Acuerdo de Protectorado con
Japón 98
- Administración de Pequeños
Negocios 164
- Administración guiada 120
- Agencia Central de Inteligen-
cia Coreana (KCIA) 160
- Agricultura 25, 32, 37, 41, 43,
107, 158, 165, 201, 206
- Agrupación de jóvenes floridos
(*Hwarang-do*) 47, 53
- Albright, Madeleine 181,
216
- Aldeas 32, 33, 49, 59
- Alemania 19, 100
- Alfabeto *Hangul* 18, 23, 73,
74, 85, 96, 100
- Alianza Nacional 21 182
- Amarillo, Mar 24, 28, 43, 50
- Amnok, río 24, 38, 55, 66
- Amsa-dong 29, 30
- Anticomunismo 152, 159
- Arco de la Independencia 96
- Aristocracia 18, 42, 44, 47,
48, 49, 54, 56, 58, 59,
62, 64, 67, 75, 118, 123,
152
- Asamblea Nacional 97, 129,
160, 168, 186, 187, 204
- Asociación Coreana de Co-
mercio Exterior (KFTA) 155
- Asociación de Jóvenes (*Chong-
nyong Hoe*) 101
- Asociación de Profesores de
Historia 103, 104, 233
- Asociación para el Fortale-
cimiento del Gran Han
(*Taehan Chagang Hoe*)
101
- Ataques jurchen 56, 60, 74
- Australia 148
- Autoritarismo 8, 15, 93, 151,
152, 158, 189
- Autosostenimiento económico
197, 206

- Bajo pueblo (*chungin*) 57, 78
 Banco de Corea 178
 Banco de Desarrollo de Corea 156
 Beijing 14, 21, 27, 64, 86, 87, 135, 140, 183, 220, 224, 225, 226, 227, 228, 250
 Bethel, Ernest T. 101
 Bonesteel, Charles H. 124
 Brasil 12, 148, 159
 Buda (véase budismo) 42, 52, 53, 59, 60, 61
 Budismo (véase *Buda*) 13, 17, 18, 24, 27, 44, 45, 46, 47, 51, 52, 59, 60, 71, 73, 75
 Buena gente (*yamgmin*) 57
 Burbuja crediticia 185
 Bush, George (hijo) 181, 184, 217, 218, 222
 Bush, George (padre) 201
 Campesinos 49, 53, 54, 57, 63, 64, 65, 80, 83, 93, 101, 108, 113, 193
 Canadá 139, 148
 CAPANANUR 209
 Carter, James 202
 Casa Azul 214
 Centralismo 197
 Cerámica 29, 30, 31, 32, 37, 41, 44, 49, 51, 57, 58, 62, 81, 84
 CESVI 209
Chaebol 159, 164, 175, 179, 180, 181, 183, 186, 212, 242, 244
 Chamanismo (*musok*) 24, 35
 Cheju 24
 Chiang, Kai-Shek 139
 Children Aid Direct 209
 China 11, 12, 13, 14, 16, 17, 18, 19, 21, 23, 25, 27, 32, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 43, 44, 45, 46, 48, 49, 50, 51, 52, 54, 55, 56, 58, 60, 61, 64, 65, 66, 67, 70, 71, 73, 74, 75, 76, 77, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 91, 92, 93, 95, 97, 105, 114, 115, 123, 129, 131, 133, 134, 135, 137, 138, 140, 141, 142, 143, 144, 183, 191, 194, 195, 197, 198, 200, 207, 209, 211, 217, 220, 221, 222, 223, 225, 229, 230, 234, 235, 236, 245, 247, 248, 250
 Chinha 39
 Chinhung 43, 47
 Chinul 60
 Cho, Myong-Ro 216
 Cholchong 89
 Cholla 83, 132, 182
 Chong, Yag-Yong 86
 Chongoki-ri 28

- Choson (véase también *Dinastía Choson y Reino de Choson*) 8, 16, 18, 27, 33, 34, 35, 36, 38, 66, 69, 71, 72, 73, 75, 77, 79, 81, 83, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 95, 97, 99, 101, 102, 103, 105, 107, 109, 111, 113, 115, 133, 146, 240
- Chu, His 75
- Chun, Doo-Hwan 161, 162, 164, 170, 182
- Chung, Ju-Yung 212
- Chung, Mong-Joon 182
- Chungching 133
- Chungnyol 64
- Clan Yi 8, 18, 70, 71
- Clase media 127, 167, 187
- Clinton, William
 Clinton, Hill 181, 202, 216, 217, 218, 222, 223
- Club Independencia (*Tongnip Hyophoe*) 95, 100
- Coexistencia pacífica 77, 210
- Colonización Japonesa 15, 16, 18
- Comisión Conjunta Estados Unidos-URSS 125
- Comisión de Servicios Financieros (FSC) 178
- Comisión Nacional de Defensa (CND) 204
- Comisión Tripartita 178
- Comité Interino del Pueblo 128
- Compañía Aérea Cosen 109
- Compañía Textil *Kyongbang* 108
- Comunismo 122, 127, 138, 160
- Concejo de Nobles (*hwabaek*) 47
- Concern Worldwide 209
- Conferencia de los Tres Ministros 130
- Conferencia de Moscú 125
- Conferencia de Yalta 129
- Conflicto sino-soviético 200
- Confucianismo (véase Confucio) 8, 47, 61, 75, 77, 79
- Confucio 56
- Conocimiento práctico (*sirhak*) 85, 87
- Consejo Real 97
- Constitución Socialista 200
- Corea del Norte 9, 15, 21, 24, 42, 44, 55, 114, 120, 121, 127, 130, 135, 136, 137, 138, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 171, 180, 181, 183, 184, 191, 192, 193, 194, 195, 197, 199, 200, 201, 203, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 227, 229, 230, 231, 250

- Corea del Sur 8, 9, 13, 14, 15, 20, 31, 96, 103, 120, 121, 130, 131, 132, 138, 139, 140, 142, 145, 146, 147, 148, 149, 151, 153, 155, 157, 158, 159, 160, 161, 163, 165, 167, 169, 171, 172, 173, 174, 175, 177, 179, 181, 183, 184, 185, 187, 188, 189, 191, 193, 198, 201, 202, 205, 207, 210, 213, 215, 217, 218, 221, 223, 225, 228, 229, 230, 239, 248, 259
- Corte Suprema 160
- Crisis económica 9, 21, 172, 173, 177, 192, 209, 211
de 1980 15, 165
de 1997 9, 15, 20, 147, 172, 175, 176, 188, 210, 213
- Cristianismo 13, 24, 87, 110, 111, 131
- Culto a la personalidad 15
- Cultura china 36, 67
- Daewoo 180
- Declaración Conjunta de Pyongyang 214
- Declaración de Independencia, 1919 105, 106
- Democracia 9, 15, 96, 111, 149, 152, 160, 167, 168, 169, 170, 172, 188, 189, 210
- Desaparición del campo socialista 201, 202, 206, 207
- Desarrollo cultural 7, 41, 44, 50, 58
- Desregulación 175, 186
- Dinastía Choson 8, 18, 27, 69, 71, 73, 75, 77, 79, 81, 90, 97, 111, 115
- Dinastía Koryo
Ejército de Independencia 7, 17, 18, 25, 27, 55, 65, 66, 67, 69
- Dinastía Yi 66, 73, 145
- Dinastías chinas
Han 36, 39, 40, 44
Jin 39, 40,
Liao 44, 55, 56
Ming 16, 84
Qin 36, 85
Song 58
Tang 50, 73
Yuan 64, 65, 66
- Doctrina Nixon 156
- Economía autosostenible 198
- Economía II 204
- Economía militar 204
- Economic Planning Board (EPB) 233
- Edad de Bronce 31
- Edad de Hierro 7, 33, 35
- Egipto 138
- Eisenhower, Dwight D. 134, 142
- Ejército de Restauración 133

- Ejército de Voluntarios de Choson 134
- Ejército Popular de Corea (EPC) 21, 193, 204
- El Cairo 128
- Elecciones 20, 129, 130, 149, 161, 168, 170, 171, 176, 177, 181, 182, 184, 186, 189, 210
 en 1988 168
 en 1995 171
 en 1997 149, 171, 177
- Emigración 203, 220
- Eruditos burócratas (*sadaebu*) 64
- Esclavos 38, 49, 53, 54, 63, 65, 78, 83
- Esfera de Coprosperidad 119
- Estado arcaico (véase *Ko Choson*) 34
- Estado desarrollista 9, 20, 21, 121, 149, 172, 179, 239
- Estados tempranos 7, 17, 25, 33, 35, 37, 39, 40
- Estados Unidos 12, 16, 19, 21, 87, 91, 95, 99, 110, 114, 115, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 132, 133, 134, 136, 137, 138, 139, 140, 144, 145, 149, 158, 160, 161, 181, 183, 185, 191, 193, 198, 201, 205, 207, 208, 210, 212, 214, 215, 216, 218, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 230
- Faccionalismo 173, 194
- Federación de Industrias Coreanas (FKI) 154
- Feng sui*
pung-su 59
- Filipinas 139, 250
- Fondo Monetario Internacional (FMI) 177
- Funcionarios 40, 43, 47, 48, 49, 50, 56, 57, 58, 61, 62, 64, 65, 79, 95, 107, 110, 138, 169, 211, 223
- Gente común (*paeksong*) 48
- Geomancia 59, 61, 79
- Gobierno militar de ocupación 126
- Golpe de Kapsin 92
- Gore, Albert 181
- Gran Bretaña
 Inglaterra 12, 87, 95, 97, 128, 129, 139, 158
- Gran Khan 71
- Gran Líder 193, 200, 202
- Gran Partido Nacional (GPN) 181
- Grupo religioso *Chondo* 93
- Grupos tungúsicos 37
- Guerra de Vietnam 161, 198
- Guerra de Corea 8, 19, 123, 135, 145, 148, 194, 196, 198, 203

- Guerra Fría 19, 123, 160, 170, 196, 210, 218
- Guerra ruso-japonesa 98
- Guerra sino-japonesa 93
- Guerrillas 132, 133, 194, 203
- Haein, templo (Reflexiones en un Sereno Océano) 61
- Hambruna 14, 206, 229
- Han, río (Hangang) 24, 25, 36, 39, 40
- Hanahoe* 161, 168, 169
- Hanyang 18, 55, 71
- Hodge, John R. 126, 127
- Hogwu 73
- Hombre de Pekín 27
- Homogeneidad étnica 23, 146
- Hongang 54
- Hulbert, Homer B. 99
- Hyundai 182, 212, 222
- Idea *Juche* 14, 197, 198, 200, 205, 219, 229, 244
- Identidad 23, 34, 69, 71, 112, 113, 114, 115, 241, 247
- Imprenta 62
- Impuestos 44, 49, 53, 54, 57, 59, 65, 81, 89, 90, 92, 94, 99, 179
- Inchon 94, 125, 139
- India 137, 148, 185, 250
- Industrialización 14, 15, 121, 147, 150, 151, 154, 155, 156, 158, 159
- International Red Cross 209
- Invasiones de los mongoles 17
- Invasiones japonesas 85
- Irak 185
- Irán 218
- Iryon 27, 34, 35, 38, 39, 40, 41, 46, 47, 52, 53, 236
- Israel 218
- Jaisohn, Philip
So Chae-Pil 22, 92, 95
- Japón 11, 12, 13, 16, 23, 27, 28, 36, 40, 41, 42, 44, 45, 49, 52, 64, 70, 72, 76, 79, 81, 82, 84, 86, 88, 89, 91, 92, 93, 94, 95, 97, 98, 101, 102, 103, 104, 105, 107, 108, 109, 110, 112, 113, 114, 115, 117, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 127, 128, 140, 144, 145, 158, 181, 183, 185, 191, 193, 198, 205, 207, 208, 212, 214, 221, 222, 223, 225, 227, 230, 2447, 248
- Jiang, Zemin 217
- Jilin 37, 38
- Johnson, Lyndon B. 124
- Juegos Asiáticos de Busan 221
- Juegos Olímpicos de Seúl, 1988 167
- Kaesong (véase también *Kor-yo*) 7, 17, 18, 25, 27, 38,

- 55, 56, 58, 60, 62, 63 64,
65, 66, 67, 69, 71, 73, 75,
78, 135, 142, 222
Songdo 55, 64
Songak 55
- Kanghwa, isla de 63, 87, 91
Kennedy, John F. 124
Kija 34, 35, 36
Kim, Dae-Jung 20, 21, 149,
160, 161, 168, 169, 171,
177, 178, 179, 180, 181,
182, 183, 184, 189, 210,
211, 214, 228, 230, 237
Kim, Gu 133, 134
Kim, Koo 133
Kim, Il-Sung 9, 21, 112, 130,
131, 132, 134, 135, 136,
137, 139, 140, 192, 193,
194, 195, 196, 197, 199,
200, 201, 202, 203, 204,
209, 231, 244
Kim, Jong-Il 9, 21, 184, 193,
200, 201, 202, 203, 204,
205, 208, 210, 211, 212,
214, 215, 216, 217, 218,
221, 222, 223, 227, 228,
231, 243
Kim, Jong-Pil 168, 169, 171,
177
Kim, Pu-Sik 25
Kim, Young-Nam 227
Kim, Young-Sam 168, 169,
171, 172, 173, 174, 189
Kimhae 39, 41
Koguryo 27, 37, 38, 40, 41,
42, 43, 44, 55
Koi 40
Koizumi, Junichiro 222
Kojong 63, 72, 89, 92, 96, 97,
99, 100, 106
Komunmoru 28
Kongmin 65, 66
Korea Electric Power Corpo-
ration (KEPCO) 155
Korea Gas Corporation 155
Korea Railway Agency 156
Korea Road Developing Agen-
cy 156
Korean Peninsula Energy De-
velopment Organization
(KEDO) 225
Koryo 7, 17, 18, 25, 27, 38,
55, 56, 58, 60, 62, 63,
64, 65, 66, 67, 69, 71,
73, 75, 78
KT 186
Kukjo 38
Kulpori 29
Kumgang, Monte 212, 222
Kungchogo 42
Kungnae-song
Jian 42
Kwanggaeto 42
Kwangju 40
Kyongdok 52
Kyongju 39, 46, 48, 50, 52,
55
Kum-song 39

- Kyongsang 83, 132
 Latifundistas 57, 128
 Lee, Hoi-Chang 177, 181, 182
 Lee, Myung-Bak 230
 Lelang 36, 38, 41, 44
 Nangnang 36
 Liaodong, península de 28,
 31, 35
 Liaoning 31
 Líbano 218
 Liberación de Corea 104,
 115
 Liberalización 9, 20 149, 162,
 163, 166, 172, 173, 174,
 183, 189, 220
 MacArthur, Douglas 126,
 134, 139, 141, 145
 Mahan 39, 40
 Manchukuo 108
 Manchuria 13, 24, 25, 27, 30,
 31, 32, 35, 36, 37, 43,
 44, 56, 63, 66, 99, 105,
 107, 108, 112, 114, 125,
 131, 133
 Mao, Zedong 137, 138, 140,
 141, 194
 Marxismo-leninismo 198, 200
 Medecins du Monde 209
 Medecins Sans Frontiers 209
 Medio Oriente 199, 250
 Mercado doméstico 49
 Ministerio de Comunica-
 ciones 156
 Ministerio de Estado (*chip-
 sabu*) 47
 Ministerio de Finanzas y
 Economía (MOFE) 178
 Ministerio de Industria y Co-
 mercio (MTI) 155
 Misong-ri 29
 Modernización administrativa
 152
 Mongolia 13, 24, 30, 36,
 250
 Moscú 14, 123, 124, 125,
 126, 129, 131, 134, 135,
 136, 137, 140, 183, 194
 Movimiento “el conocimiento
 del Este” (*Tonghak*) 93
 Movimiento cultural (*Mun-
 hwa undong*) 112
 Movimiento independentista
 118
 Movimiento nacionalista 70,
 104, 109, 111, 112, 113,
 118, 144
 Movimiento obrero 173
 Movimiento *Samil* o *Mansei*
 106, 110
 Movimiento Sociedad de la
 Nueva Corea (*Singanhoe*)
 112
 Movimientos estudiantiles
 151, 173, 187
 Muryong 45
 Nacionalismo 109, 145, 198

- Naciones Unidas 129, 133, 138, 139, 140, 229, 248, 250
 Asamblea General 129, 130, 221
 Consejo de Seguridad 138, 229
 Comisión Temporal de las Naciones Unidas para Corea (UNTCOK) 129
 ONU 130, 139, 143, 206, 209, 221
 Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) 209, 219
 Organización de las Naciones Unidas para la Infancia y la Familia (UNICEF) 209, 250
 Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) 209
 Programa Mundial de Alimentos (PMA) 206, 209, 219
 Secretaría General 138
 Nagasaki 123
 Nampo 222
 Namsong-ri 32
 Neoconfucianismo 24, 73, 79
 Neolítico 25, 29, 31, 66
 Nixon, Richard 156
 Nómadas 24, 29
 Nongpo-dong 30
 Ofrendas 32, 35, 46
 Okinawa 123
 Ongjin 135
 Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) 174, 179, 240
 Organizaciones No Gubernamentales 209
 Osan-ri 29
 OXFAM 209
 Paektu-san (Montaña de la Cima Blanca) 24, 33
 Países Bajos 148
 Países socialistas 197, 201
 Pak, Hung-Sik 109
 Paleolítico 27, 28, 66
 Panmunjon 141, 142
 Paralelo 38 16, 124, 125, 141, 143, 196
 Park, Chung-Hee 8, 15, 20, 149, 151, 152, 153, 156, 157, 160, 161, 162, 198, 210, 217
 Partido Comunista Chino 112
 Partido Comunista Coreano 112, 129
 Partido Comunista Coreano (PCC) 129
 Partido Comunista de Japón 112

- Partido de la Reunificación 168
- Partido de los Trabajadores de Corea 129
- Partido Demócratas Liberales Unidos 171
- Partido Democrático de Corea 127, 130
- Partido Democrático de la Reunificación 168
- Partido Democrático del Milenio (PDM) 182, 187
- Partido Progresista (*Kaewhadan*) 92
- Partido Republicano Nueva Democracia 168
- Partido Uri 186, 187
- Patrimonio de la Humanidad 31, 50, 52, 61, 62
- Península Coreana 7, 12, 13, 14, 16, 17, 19, 23, 24, 27, 28, 36, 40, 43, 44, 64, 69, 70, 71, 87, 97, 104, 112, 114, 123, 144, 145, 148, 191, 193, 224
- Pinturas murales 44, 45
- Planes quinquenales 153, 156
- Plebeyos (*pyongin*) 48, 56, 57, 59, 78
- Pohang Iron and Steel Company (POSCO) 155, 163, 178
- Política de “Brillo de Sol” (*Sunshine policy*) 180, 181, 183, 214
- Política hacia el Norte (*Nordpolitik*) 214, 219
- Porcelana 58
- Portugal 148
- Potsdam 123, 125, 129
- Preceptor Nacional (*kuksa*) 27, 52, 60, 65
- Preceptor Real (*wangsa*) 60
- Promesa de Democratización 167, 168
- Pulguk-sa (Templo de la Tierra de Buda) 52
- Pusan 29, 41, 82, 91, 139, 182
- Putin, Vladimir 208
- Puyo 37, 42
- Pyongyang 14, 21, 28, 36, 42, 44, 55, 129, 135, 136, 137, 138, 140, 141, 180, 181, 183, 184, 197, 198, 200, 202, 207, 208, 209, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 238, 244, 250
- Pyonhan 39
- Rebeliones 54, 63
- Reforma *Yushin* 157, 161
- Reformas 9, 14, 17, 21, 47, 49, 54, 65, 73, 89, 90, 91, 93, 94, 95, 127, 128, 131, 160, 166, 170, 172, 174, 177, 178, 179, 180, 181, 183, 186, 226, 230

- Reformas económicas 21, 49, 166, 172, 179, 226
- Reformas *Kabo* 93
- Régimen de administración conjunta 123
- Reino de Choson (véase también *Choson y Dinastía Choson*) 72, 75, 77, 83, 86, 88, 90, 92, 102
- Reino de Kaya 39, 41, 43, 61
- Reino de Koguryo 27, 37, 38, 40, 41, 42, 43, 44, 55
- Reino de Paekche 27, 39, 40, 41, 42, 43, 45, 50, 54, 55
- Reino de Parhae 43
- Reino de Shilla 39, 69
- Reino Unificado de Shilla 42
- Relaciones intercoreanas 9, 21, 192, 201, 209, 210, 211, 213, 217, 219, 231
- República de Corea (RDC) (véase *Corea del Sur*) 34, 130, 147, 148, 149, 150, 178, 183, 188, 191, 196, 200, 201, 210, 215, 229, 248, 250
- República Popular Democrática de Corea (RPDC) (véase *Corea del Norte*) 21, 130, 191, 193, 194, 244, 248
- Revolución china 134, 135
- Revolución de Octubre de 1917 110, 111
- Rhee, In-Je 177
- Rhee, Syngman 20, 22, 95, 96, 99, 114, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 142, 149, 151, 152, 196
- Roh, Moo-Hyun 20, 149, 182, 183, 184, 186, 187, 189, 219, 228
- Roh, Tae-Woo 161, 167, 170, 171, 182
- Rusia (véase *Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*) 16, 87, 91, 92, 94, 95, 97, 98, 111, 145, 148, 183, 191, 207, 208, 211, 217, 222, 223, 230
- Rusk, Dean 124
- Segunda Guerra Mundial
Guerra del Pacífico 19, 98, 105, 117, 122, 130, 192
- Sejo 80
- Sejong 73, 74, 81, 237
- Seminómadras 37, 60, 63
- Seúl 18, 21, 29, 32, 39, 55, 71, 72, 82, 83, 92, 93, 96, 97, 98, 124, 125, 126, 129, 134, 135, 137, 139, 141, 167, 182, 183, 184, 187, 201, 212, 214, 215, 217, 218, 230, 233,

- 234, 235, 236, 237, 238,
239, 240, 242, 244, 248,
249, 250
- Shanghai 132, 133
- Simbolismo 46
- Sin, Ip 82
- Sistema chino de exámenes
48, 61
- Sistema *fengjian* 79
- Sistema tributario 18, 58, 76,
77, 85, 88, 115
- Socialismo 194, 199
- Sociedad de Amigos del Es-
tudio de Occidente (*Sou
Hakhoe*) 101
- Sociedad Impulsora del Cono-
cimiento en la Provincia
Hamgyong Norte (*Ham-
buk Hungak Hoe*) 101
- Sokchang-ri 28
- Sokkuram 52
- Songdok 51
- Songguk-ri 32
- Sonjo 82
- Stalin, José 124, 125, 135,
136, 140, 142, 145, 194
- Sunjong 72, 102
- Suyanggae 28
- Taedong, río 33, 38, 42, 43
- Taejo 38, 55, 56, 59, 72, 73,
81
- Taejong 73
- Tangun 7, 13, 24, 27, 33, 34,
35, 38
- Taoísmo 59
- Terratenientes 49, 54, 77, 79,
80, 90, 108, 127, 131
- Tokio 19, 84, 98, 184, 212,
227, 241, 248
- Toson 59
- Toyotomi, Hideyoshi 81, 82,
83, 84
- Tratado de Anexión de 1910
72, 101, 105
- Tratado de Kanghwa 92
- Tratados de libre comercio
185
- Tres Reinos 7, 17, 25, 27, 33,
35, 40, 42, 43, 44, 69
- Tribus 24, 33, 36, 37, 38, 39,
40, 43, 66
- Truman, Harry S. 127, 138,
139, 141, 142
- Tumbas 27, 44, 45, 46, 59
- Turquía 24, 139
- Turubong 28
- Uichon 60, 61
- Uijong 62
- Unión de Repúblicas Socialis-
tas Soviéticas (URSS) (véase
Rusia) 122, 192
- Unión Soviética 14, 19,
21, 111, 114, 122,
123, 124, 125, 127,
128, 130, 133, 135,
136, 137, 138, 140,
145, 192, 201
- Unión Europea

- Comunidad Europea 217, 223
- United States Army Military Government in Korea (USAMGIK) 126
- Veladas nocturnas 187
- Vietnam del Norte 198
- Wang, Kon 47, 55
- Washington 99, 114, 124, 127, 132, 133, 135, 138, 141, 156, 160, 161, 184, 207, 212, 216, 217, 218, 219, 222, 223, 225, 226, 228, 229, 233, 234, 235, 237, 240, 241, 242
- Wiman 36
- Wonhyo 52
- Wonsan 43, 55, 135
- Yalu, río 141
- Yangban* 80, 81, 83, 85, 86, 87, 90, 94, 96, 99, 100, 101, 105, 132, 146
- Yeo, Un-Hyeong 133
- Yi Choson 66
- Yi, Chingok 74
- Yi, Ha-Ung 89
Taewongun 89, 90, 94
- Yi, Ik 86
- Yi, Il 82
- Yi, Pangja 72, 242
- Yi, Siae 74
- Yi, Song-Gye 65, 66, 71
- Yi, Su-Gwang 86
- Yi, Sunsin 83, 84
- Yi, Un 72
- Yongbyon 227
- Yuan, Shikai 92
- Zaibatsu* 120, 121
- Zona Desmilitarizada (ZDM) 143
- Zonas especiales de desarrollo 222

Historia mínima de Corea,
se terminó de imprimir en enero de 2010
en los talleres de Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2, número 21, col. San Pedro de los Pinos, 03800 México, D.F.
Portada: Irma Eugenia Alva Valencia.
Tipografía y formación: Irma Martínez Hidalgo.
Cuidó la edición Perla Alicia Martín Laguerenne
bajo la supervisión de la Dirección de Publicaciones
de El Colegio de México.

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

Actualmente la Península Coreana constituye un microcosmos de diversas tendencias políticas, económicas, sociales y culturales en el Este Asiático. A partir de una narrativa basada en la cronología histórica, los autores de este libro buscan sintetizar en unas cuantas páginas la fascinante complejidad de esta civilización, poco estudiada en el mundo de habla hispana. Los lectores encontrarán en esta obra un análisis que va desde los mitos fundadores de la nación coreana hasta las negociaciones para la reunificación de la península, pasando por la estructuración del Estado nacional, la compleja relación con las potencias vecinas, la colonización del país por parte de Japón, las luchas por la independencia, la partición del país y el consiguiente desarrollo de dos sistemas políticos y socioeconómicos radicalmente distintos. Este libro ha sido diseñado y escrito por especialistas en el tema, y ofrece tanto una nueva perspectiva para los conocedores, como una apropiada introducción a los nuevos interesados en la Península Coreana. La obra también busca confirmar, mediante rigurosos análisis de la realidad coreana, la idea de que el acontecer histórico constituye un valioso laboratorio para las ciencias sociales.

 EL COLEGIO
DE MÉXICO



Historia
M·I·N·I·M·A